La justicia del visir

Tercer volumen de la trilogía
El juez de Egipto
CHRISTIAN JACQ

Título original: *La justice du vizir*
Traducción: Manuel Serrat

¡Alégrate, tierra entera!
La justicia ha vuelto a su lugar.
Vosotros, justos, venid y contemplad todos;
la justicia ha triunfado sobre el mal,
los perversos han caído sobre su rostro,
los ávidos son condenados.

Papiro Sallier 1
(British Museum 1018), recto VIII. 7

CAPÍTULO 1

La traición resultaba muy rentable. Mofletudo, rubicundo, apoltronado, Iarrot bebió una tercera copa de vino blanco para celebrar su elección. Cuando era escribano del juez Pazair, nombrado hoy visir de Ramsés el Grande, trabajaba demasiado y ganaba poco. Pero desde que se había puesto al servicio de Bel-Tran, el peor enemigo del visir, su situación había mejorado considerablemente A cambio de información sobre las costumbres de Pazair recibía una retribución. Con la ayuda de Bel-Tran y el falso testimonio de uno de sus esbirros, Iarrot esperaba obtener el divorcio con inculpación de su esposa y conservar la custodia de su hija, futura bailarina.

El ex escribano se había levantado con una fuerte jaqueca cuando la noche reinaba todavía sobre Menfis, la capital económica de Egipto, situada en la confluencia del delta y el valle del Nilo.

En una calleja, que generalmente era tranquila, se oían algunos susurros. Iarrot dejó su copa. Desde que traicionaba a Pazair, cada vez bebía más, no por remordimientos, sino porque por fin podía comprar grandes vinos finos y cerveza de primera calidad. Una sed inextinguible le abrasaba la garganta sin cesar.

Empujó la contraventana de madera y lanzó una mirada al exterior, pero no vio a nadie.

Refunfuñando pensó en la magnífica jornada que se anunciaba. Gracias a Bel-Tran iba a dejar aquel arrabal para residir en el mejor barrio de Menfis, muy cerca del centro de la ciudad.

Aquella misma noche se instalaría en una casa con jardincillo que contaba con cinco habitaciones; al día siguiente sería titular de un puesto de inspector del fisco, dependiente del ministerio que dirigía Bel-Tran.

Sólo existía una contrariedad: a pesar de la calidad de las indicaciones proporcionadas a Bel-Tran, Pazair todavía no había sido eliminado, como si los dioses lo protegieran. La suerte acabaría dándole alguna vez la espalda.

Fuera, alguien se reía sarcásticamente. Turbado, Iarrot pegó la oreja a la puerta que daba a la calle. De pronto lo comprendió: de nuevo aquella pandilla de chiquillos que se divertía manchando la fachada de las casas con una piedra de color ocre.

Furioso, abrió la puerta de golpe. Frente a él se encontraba una hiena con las fauces abiertas. Una enorme hembra babeante, con los ojos enrojecidos. El animal lanzó un grito, parecido a una risa de ultratumba, y se arrojó a su garganta.

Por lo general las hienas limpiaban el desierto devorando la carroña y no se acercaban a las aglomeraciones. Cambiando sus costumbres, una decena de fieras se había aventurado por los arrabales de Menfis y había matado a un ex escribano, Iarrot, un borracho detestado por sus vecinos. Provistos de palos, los habitantes del barrio habían puesto en fuga a los depredadores, pero todos interpretaron el drama como un mal presagio para el porvenir de Ramsés, cuya autoridad, hasta entonces, nadie había discutido. En el puerto de Menfis, en los arsenales, en los muelles, en los cuarteles, en los barrios del Sicómoro, del Muro del cocodrilo, del Colegio de medicina, en los mercados, en las tiendas de los artesanos, aquellas palabras corrían de boca en boca:

«¡El año de las hienas!»

El país se debilitaría, la crecida seria mala, la tierra estéril, los huertos se deteriorarían, faltarían frutos, legumbres, ropa y ungüentos; los beduinos atacarían las explotaciones del delta, el trono del faraón vacilaría. ¡El año de las hienas, la ruptura de la armonía, la brecha por la que se introducirían las fuerzas del mal!

Se murmuró que Ramsés el Grande había sido incapaz de impedir aquel desastre. Ciertamente, dentro de nueve meses se celebraría la fiesta de regeneración, que devolvería al monarca el poder necesario para afrontar la adversidad y vencerla. ¿Pero no llegaría demasiado tarde esa celebración? Pazair, el nuevo visir, era joven e inexperto. Entrar en funciones durante el año de las hienas lo llevaría al fracaso.

Si el rey ya no protegía a su pueblo, uno y otro perecerían en las voraces fauces de las tinieblas.

A finales del mes de enero, un viento glacial barría la necrópolis de Saqqara, dominada por la pirámide escalonada del faraón Zóser, gigantesca escalera hacia el cielo. Nadie habría podido reconocer a la pareja que, vestida con ropa de abrigo, se recogía en la capilla de la tumba del sabio Branir; protegidos por una gruesa túnica, formada por tiras de tela cosida, de manga larga, Pazair y Neferet leían en silencio los jeroglíficos grabados en una hermosa piedra calcárea:

“Vivos que estáis en la tierra y pasáis junto a este sepulcro, que amáis la vida y odiáis la muerte, pronunciad mi nombre para que yo viva, pronunciad en mi favor la fórmula de ofrenda.”

Branir, maestro espiritual de Pazair y Neferet, había sido asesinado. ¿Quién había sido tan cruel como para hundirle una aguja de nácar en la nuca, impedirle ser sumo sacerdote de Karnak y hacer que acusaran de asesinato a su discípulo Pazair?

Aunque la investigación no avanzaba, la pareja se había jurado descubrir la verdad, fueran cuales fuesen los riesgos que tuvieran que correr.

Un personaje descamado, de espesas y negras cejas que se reunían sobre la nariz, labios delgados, manos interminables y piernas enclenques, se acercó a la capilla. Djui pasaba la mayor parte de su tiempo preparando la momificación de los cadáveres para transformarlos en Osiris.

–¿Deseáis ver el emplazamiento de vuestra tumba? –preguntó a Pazair.

–Os sigo.

Esbelto, de cabellos castaños, con la frente ancha y alta y los ojos verdes con reflejos pardos, el visir Pazair había recibido de Ramsés el Grande la misión de salvar Egipto de una conjura que amenazaba el trono. Pequeño juez de provincia trasladado a Menfis, el joven Pazair, cuyo nombre significaba "el vidente", el que distingue a lo lejos, se había negado a avalar una irregularidad administrativa y había puesto al descubierto un drama abominable cuya clave le había sido ofrecida por el rey en persona.

Unos conspiradores habían suprimido la guardia de honor de la esfinge de Gizeh para acceder a un corredor que comenzaba entre las patas de la gigantesca estatua y desembocaba en el interior de la gran pirámide, centro energético y espiritual del país. Habían violado el sarcófago de Keops y robado el testamento de los dioses, que legitimaba el poder del faraón. Si éste no podía mostrarlo a los sacerdotes, a la corte y al pueblo durante la fiesta de regeneración, fijada para el próximo veinte de julio, día del año nuevo, se vería obligado a abdicar y entregar la nave del Estado a un ser de las tinieblas.

Ramsés había depositado su confianza en Pazair, porque el joven juez se había revelado inflexible y se había negado a cualquier compromiso, poniendo en peligro su carrera y su vida.

Después de haber sido nombrado visir, magistrado supremo, detentador del sello del rey, jefe de los secretos, director de las obras del faraón, primer ministro de Egipto, Pazair debía intentarlo todo para salvar el país del desastre.

Mientras caminaba por una avenida flanqueada de tumbas, contempló a su esposa, Neferet, cuya belleza lo fascinaba más cada día. Con los ojos de un azul estival, los cabellos casi rubios, el rostro muy puro de líneas tiernas, personificaba la felicidad y la alegría de vivir. Sin ella, habría cedido a los golpes del destino.

Neferet había sido elegida médico en jefe del reino tras un largo camino de pruebas. Le gustaba curar y había heredado del sabio Branir, médico y radiestesista, el don de identificar la naturaleza de los males y extirpar su raíz. Llevaba al cuello una turquesa que su maestro le había ofrecido para apartar la desgracia.

Ni Pazair ni Neferet habían querido ocupar funciones de tanta importancia; su más caro deseo era retirarse a una aldea de la región tebana y vivir felices bajo el sol del Alto Egipto. Pero los dioses habían decidido otra cosa; únicos depositarios del secreto del faraón, combatirían sin desfallecimientos, aunque el poder del que disponían parecía ilusorio.

–Aquí es –indicó el momificador señalando un emplazamiento vacío, junto a la sepultura de un antiguo visir–. Los talladores de piedra comenzarán el trabajo mañana mismo.

Pazair inclinó la cabeza. De acuerdo con su rango, su primer deber consistía en hacer excavar su morada de eternidad, donde descansaría acompañado por su esposa.

Djui se alejó con paso lento y fatigado.

–Tal vez nunca nos entierren en este cementerio –dijo Pazair con voz sombría–. Los enemigos de Ramsés han proclamado claramente su

voluntad de abandonar los ritos tradicionales. Quieren destruir un mundo, no a un hombre.

La pareja se dirigió hacia el gran patio al aire libre que precedía a la pirámide escalonada. Allí, en plena fiesta de regeneración, Ramsés tendría que blandir el testamento de los dioses, que ya no estaba en su poder.

Pazair seguía convencido de que el asesinato de su maestro estaba relacionado con la conjura; identificar al asesino lo pondría en la pista de los ladrones y tal vez le permitiera evitar aquella celada. Privado de la insustituible ayuda de Suti, su hermano espiritual, que había sido condenado a un año de reclusión en una fortaleza por infidelidad conyugal, Pazair sólo pensaba en el modo de conseguir su libertad. Pero él, señor de la justicia, no podía favorecer a un amigo, so pena de ser apartado de su función.

El gran patio de Saqqara imponía la inigualable grandeza del tiempo de las pirámides. Allí había tomado cuerpo la aventura espiritual de los faraones, allí se habían unido el norte y el sur, formando un reino luminoso y fuerte, cuya herencia asumía Ramsés. Pazair abrazó tiernamente a Neferet; deslumbrados, admiraron el austero edificio, visible desde cualquier punto de la necrópolis.

Tras ellos oyeron unos pasos. El visir y su esposa se volvieron. Se aproximaba un hombre, caminaba de prisa y parecía nervioso. Era de talla media, con el rostro redondo y pesada osamenta, los cabellos negros y las manos y los pies rechonchos.

Incrédulos, Pazair y Neferet se consultaron con la mirada.

Era él, efectivamente, Bel-Tran, su enemigo jurado, el alma de la conspiración.

Director de la Doble Casa blanca, ministro de Economía, dotado de una prodigiosa habilidad para el cálculo, infatigable trabajador, Bel-Tran había salido de lo más bajo de la escala social. Fabricante de papiro y más tarde tesorero principal de los graneros, había fingido apoyar a Pazair para controlar mejor sus acciones. Cuando este último, inesperadamente, se había convertido en visir, Bel-Tran se había arrancado su máscara de amigo sincero. Pazair recordaba la mueca de su rostro y sus amenazas: ¡Los dioses, los templos, las moradas de eternidad, los rituales... Todo es irrisorio y está superado. No tenéis conciencia alguna del nuevo mundo en el que estamos entrando. Vuestro universo está carcomido, ¡yo he corroído las vigas que lo sostienen!

Pazair no había considerado oportuno detener a Bel-Tran; primero tenía que destruir la tela que había tejido, desmantelar sus redes de complicidad y encontrar el testamento de los dioses. ¿Era presunción o Bel-Tran había gangrenado efectivamente el país?

–Nos comprendimos mal –dijo con voz dulzona–; lamento la violencia de mis palabras. Perdonadme aquel ímpetu, querido Pazair; siento por vos respeto y admiración. Pensándolo bien, estoy convencido de que estamos de acuerdo en lo esencial. Egipto necesita un buen visir, y vos lo sois.

–¿Qué ocultan esos halagos?

–¿Por qué destrozarnos mutuamente cuando una alianza nos evitaría muchos problemas? Ramsés y su régimen están condenados, lo sabéis. Vayamos, vos y yo, en el sentido del progreso.

Un halcón peregrino trazaba círculos en el azur del cielo invernal sobre el gran patio de Saqqara.

–Vuestros lamentos son pura hipocresía –intervino Neferet–; no esperéis entendimiento alguno.

La cólera llenó los ojos de Bel-Tran.

–Es vuestra última oportunidad, Pazair; os sometéis u os elimino.

–Salid inmediatamente de este lugar; su luz no puede conveniros.

Furioso, el ministro de Economía dio media vuelta.

Pazair y Neferet, cuyas manos se unieron, contemplaron cómo el halcón volaba hacia el sur.

CAPÍTULO 2

Todos los dignatarios del reino de Egipto estaban presentes en la sala de justicia del visir, una vasta estancia con columnas cuyas paredes estaban desnudas. Al fondo se encontraba el estrado en el que se situaría Pazair; en los peldaños había cuarenta bastones de mando cubiertos de cuero que simbolizaban la aplicación de la ley. Con la mano diestra en el hombro izquierdo, una decena de escribas, ataviados con peluca y paño cortos, velaban por los preciosos objetos.

En primera fila, sentada en un trono de madera dorada, se hallaba Tuy, la reina madre. De sesenta años de edad, delgada, altiva, con la mirada penetrante, lucía una larga túnica de lino orillada de oro y una soberbia peluca de cabello humano, cuyas largas trenzas caían hasta media espalda. A su lado estaba Neferet, que la había curado de graves afecciones oftálmicas; la esposa de Pazair llevaba los atributos oficiales de su cargo: una piel de pantera sobre un vestido de lino, una peluca estriada, un collar de cornalina y brazaletes de lapislázuli en las muñecas y los tobillos. En la mano derecha tenía su sello; en la izquierda, una escribanía. Ambas mujeres se estimaban; la reina madre había luchado eficazmente contra los enemigos de Neferet y había favorecido su ascenso a la cumbre de la jerarquía médica.

Detrás de Neferet estaba el nubio Kem, actual jefe de policía, aliado incondicional de Pazair. Condenado por un robo que no había cometido, le habían cortado la nariz y llevaba una prótesis de madera pintada. Contratado como policía en Menfis, había trabado amistad con el joven juez sin experiencia, enamorado de una justicia en la que Kem ya no creía. Tras muchas peripecias, y a petición de Pazair, el nubio dirigía ahora las fuerzas que mantenían el orden. Por lo tanto sostenía, no sin orgullo, el emblema de su función, una mano de justicia de marfil, decorada con un ojo abierto de par en par para detectar el mal, y una cabeza de león que evocaba la vigilancia. A su lado, sujeto por una correa, se encontraba su babuino policía, que se llamaba Matón; robusto, dotado de una fuerza colosal, el gran mono acababa de recibir un ascenso por su notable hoja de servicios. Su papel fundamental consistía en velar por Pazair, cuya existencia había sido amenazada varias veces.

A bastante distancia del babuino estaba el antiguo visir, Bagey, cuya curvada espalda soportaba el peso de los años. Alto, severo, con el largo rostro devorado por una prominente nariz, pálida tez, conocido por su carácter inflexible, temido, disfrutaba de una apacible jubilación en una pequeña morada de Menfis y aconsejaba a su joven sucesor.

Tras un pilar, Silkis, la esposa de Bel-Tran, dirigía sonrisas a sus vecinos. Mujerniña, obsesionada por su peso, había recurrido a la cirugía estética para seguir gustando a su marido.

Glotona, ávida de pasteles, sufría frecuentes jaquecas, pero desde que Bel-Tran le declarara la guerra al visir, ya no se atrevía a consultar con Neferet. Discretamente extendió por sus sienes una pomada a base de enebro, savia de pino y bayas de laurel; colocó sobre su pecho el collar de cerámica azul y se puso en las muñecas unos delicados brazaletes hechos de fragmentos de tejido rojo, unidos por cordoncillos en forma de corolas de loto florecido.

Bel-Tran, aunque se vistiera en el mejor sastre de Menfis, parecía siempre un espantajo con ropas demasiado estrechas o flotando en un paño demasiado ancho. En aquel momento de inquietante gravedad, olvidaba sus pretensiones de elegancia y aguardaba, inquieto, la llegada del visir. Nadie conocía el motivo del solemne juicio que Pazair había decidido convocar.

Cuando apareció el visir, cesaron los parloteos. Sólo sus hombros salían de un rígido vestido, de grueso tejido, que envolvía el resto del cuerpo; la vestidura estaba almidonada, como si quisiera subrayar la dificultad de la función. Acentuando más aún la austeridad y la

sencillez de su aspecto, Pazair se había limitado a una peluca corta, a la antigua.

Colgó una figurita de la diosa Maat[1] de una cadenita de oro, dando a entender que la sesión del tribunal quedaba abierta.

–Distingamos la verdad de la mentira y protejamos a los débiles para salvarlos de los poderosos –declaró el visir, utilizando la forma ritual que todos los jueces, del más pequeño al mayor, debían convertir en regla de su vida.

Por lo general, cuarenta escribas formaban una barrera a cada lado de la avenida central, por la que pasaban los acusados, demandantes y testigos introducidos por unos policías. Esta vez, el visir se limitó a sentarse en una silla de alto respaldo y mirar largo rato los cuarenta bastones de mando que estaban ante él.

–Egipto corre graves peligros –reveló Pazair–; fuerzas oscuras intentan arrojarse sobre el país. Por ello debo impartir justicia, para castigar a los culpables que han sido identificados.

Silkis apretó el brazo de su marido; ¿se atrevería el visir a atacar de frente al poderoso Bel-Tran, contra el que no tenía prueba alguna?

–Cinco veteranos pertenecientes a la guardia de honor de la esfinge de Gizeh fueron asesinados –prosiguió Pazair–. Este acto horrible es el resultado de una conjura en la que participaron el dentista Qadash, el químico Chechi y el transportista Denes. A causa de sus diversas fechorías, bien establecidas por la investigación, merecen la pena capital.

Un escriba pidió la palabra.

–Pero... ¡están muertos!

–Ciertamente, pero no fueron juzgados. Que el destino acabara con ellos no suprime el deber de este tribunal. La muerte no permite a un criminal escapar de él.

Aunque la concurrencia quedara sorprendida, admitió que el visir respetaba la ley. Se dio lectura a la acusación, recordando los actos de los

---

[1] Maat es la diosa de la justicia, cuyo nombre significa «la que es recta, la que señala la buena dirección». Encarnando la regla universal, que sobrevivirá a la especie humana, se la simboliza con una mujer sentada que sostiene una pluma de avestruz.

tres cómplices de Bel-Tran, cuyo nombre no fue pronunciado. Nadie discutió los hechos, ninguna voz se levantó para defender a los acusados.

–Los tres culpables serán devorados por el fuego de la cobra real en el más allá –declaró el visir–. No serán enterrados en la necrópolis, no recibirán ofrenda o libación alguna, y serán entregados a los cuchillos de los ejecutores encargados de las puertas del mundo subterráneo. Morirán por segunda vez y perecerán de hambre y de sed.

Silkis se estremeció, Bel-Tran permaneció imperturbable. El escepticismo de Kem, jefe de policía, se agrietó; los ojos del babuino se dilataron, como sí le satisficiera aquella condena póstuma. Neferet, trastornada, tuvo la sensación de que las palabras pronunciadas se hacían realidad.

–Cualquier faraón, cualquier jefe de Estado que amnistiara a los condenados –concluyó el visir recuperando una antigua fórmula– perderá el poder y la corona.

CAPÍTULO 3

El sol había salido hacía casi una hora cuando Pazair se presentó a las puertas del palacio real; los guardias del faraón se inclinaron ante el visir.

Recorrió un pasillo cuyas paredes estaban adornadas con delicadas pinturas que representaban lotos, papiros y amapolas, atravesó una sala con columnas, en la que había un estanque donde nadaban algunos peces, y llegó al despacho del soberano.

Su secretario particular saludó a Pazair.

–Su majestad os espera.

Como cada mañana, el visir debía dar cuenta de su acción al dueño de las Dos Tierras, el Alto y el Bajo Egipto. El lugar era idílico: una estancia vasta y luminosa, con ventanas que daban al Nilo y a los jardines, losas de cerámica adornadas con flores de loto azul, ramilletes dispuestos en mesillas doradas. En una mesa baja había algunos papiros desenrollados y material de escritura.

De cara al este, el rey meditaba. De talla media, robusto, con los cabellos casi rojos, amplia frente y nariz aguileña, Ramsés el Grande daba una sensación de poderío. Asociado desde muy joven al trono por un faraón extraordinario, Seti I, constructor de Karnak y de Abydos, había conducido a su pueblo por el camino de la paz con los hititas y de una prosperidad que muchos países le envidiaban.

–¡Pazair, por fin! ¿Cómo transcurrió el proceso?

–Los muertos culpables fueron condenados.

–¿Y Bel-Tran?

–Tenso, impresionado, pero sólido. Me hubiera gustado pronunciar la fórmula de costumbre: «Todo está en orden, los asuntos del reino van bien», pero no tengo derecho a mentiros.

Ramsés pareció turbado. Iba vestido con un simple paño blanco y no llevaba más joyas que unos brazaletes de oro y lapislázuli, cuya parte superior tenía la forma de dos cabezas de pato silvestre.

–¿Conclusiones, Pazair?

–Por lo que se refiere al asesinato de mi maestro Branir, no tengo certeza alguna, pero pienso explorar algunas pistas con la ayuda de Kem.

–¿La señora Silkis?

–La esposa de Bel-Tran es la primera sospechosa.

–Una mujer se hallaba entre los conjurados.

–No lo olvido, majestad. Tres de ellos han muerto; debemos identificar a sus cómplices.

–¡Bel-Tran y Silkis, evidentemente!

–Es probable, pero carezco de pruebas.

–¿No se ha descubierto Bel-Tran?

–Es cierto, pero tiene importantes apoyos.

–¿Qué has descubierto?

–Trabajo día y noche con los responsables de las distintas administraciones. Decenas de funcionarios me han enviado informes escritos, he escuchado a escribas bien situados, jefes de servicio y pequeños empleados. El balance es más negro de lo que imaginaba.

–Explícate.

–Bel-Tran ha comprado muchas conciencias. Extorsión, amenazas, promesas, mentiras... No retrocede ante ninguna bajeza. Sus amigos y él han concebido un plan preciso: apoderarse de la economía del país, combatir y destruir nuestros valores ancestrales.

–¿Por qué medios?

–Lo ignoro todavía. Detener a Bel-Tran sería un error estratégico, pues no tendría la seguridad de cortar todas las cabezas del monstruo e identificar las múltiples trampas que ha tendido.

–El día de año nuevo, cuando la estrella de Sothis aparezca en el signo de Cáncer para que se inicie la crecida del Nilo, tendré que mostrar al pueblo el testamento de los dioses. Si soy incapaz de hacerlo, tendré que abdicar y ofrecer el trono a Bel-Tran. ¿Tendrás tiempo, en tan pocos meses, de reducirlo a la impotencia?

–Sólo Dios podría responder a vuestra pregunta.

–Él es quien ha creado la realeza, Pazair, para edificar monumentos a su gloria, hacer felices a los hombres y apartar a los envidiosos. Nos dio la más preciosa de las riquezas, esta luz de la que soy depositario y que debo derramar a mi alrededor. Los humanos no son iguales; por ello los faraones son un apoyo para los débiles. Mientras Egipto siga construyendo templos donde se preserve la energía luminosa, su luz florecerá, sus caminos serán seguros, el niño permanecerá apacible en brazos de su madre, la viuda estará protegida, se cuidarán los canales, se hará justicia. Nuestras existencias no tienen importancia; es la armonía lo que debe ser preservado.

–Mi vida os pertenece, majestad.

Ramsés sonrió y puso las manos en los hombros de Pazair.

–Tengo la sensación de haber elegido bien a mi visir, aunque su tarea sea abrumadora. Estás convirtiéndote en mi único amigo. ¿Sabes lo que escribió uno de mis predecesores?: “No confíes en nadie; no tendrás hermano ni hermana. Aquel a quien hayas dado mucho te traicionará, el pobre al que hayas enriquecido te herirá por la espalda, aquel a quien hayas tendido la mano fomentará disturbios. Desconfía de tus íntimos y tus subordinados. Cuenta sólo contigo mismo. El día de la desgracia, nadie te ayudará.[2]

–¿No añade el texto que el faraón que sepa rodearse preserva su grandeza y la de Egipto?

–¡Conoces bien las palabras de los sabios! No te he enriquecido, visir, te he abrumado con un fardo que cualquier hombre razonable habría rechazado; sé consciente de que Bel-Tran es más peligroso que una víbora del desierto. Ha sabido engañar la vigilancia de los que me rodean, adormecer su desconfianza, infiltrarse en la jerarquía como la carcoma en la madera. Ha simulado amistad contigo para ahogarte mejor; en adelante, su odio irá creciendo y ya no te dejará en paz. Te atacará por

[2] Citas extraídas de La enseñanza para Merikare.

donde no lo esperes, te envolverá en tinieblas, manejará las armas de los traidores y los perjuros. ¿Aceptas este combate?

–Cumpliré mi palabra.

–Si fracasamos, Neferet y tú soportaréis la ley de Bel-Tran.

–Sólo los cobardes soportan; resistiremos hasta el fin.

Ramsés el Grande se sentó en una silla de madera dorada, frente al sol naciente.

–¿Cuál es tu plan?

–Esperar.

El rey no disimuló su asombro.

–¡El tiempo no juega a nuestro favor!

–Bel-Tran me creerá desesperado y avanzará por terreno conquistado; se quitará otras máscaras, y yo responderé de modo apropiado. Para convencerlo de que estoy extraviándome, dirigiré mis esfuerzos a un terreno secundario.

–Arriesgada táctica.

–Lo sería menos si dispusiera de otro aliado.

–¿De quién se trata?

–De mi amigo Suti.

–¿Te ha traicionado?

–Fue condenado a un año de reclusión en una fortaleza nubia por quebrantamiento de la fidelidad conyugal. La sentencia fue conforme a ley.

–Ni tú ni yo podemos quebrarla.

–Si escapara, ¿no deberían nuestros soldados consagrarse más a la protección de la frontera que a la persecución de un fugitivo?

–Dicho de otro modo, recibirían una orden conminándolos a no abandonar los muros de la fortaleza, en previsión de un ataque de las tribus nubias.

–La naturaleza humana es versátil, majestad, especialmente la de los nómadas; en vuestra sabiduría, habéis tenido la intuición de que se preparaba un ataque de tribus nubias.

–Pero no tendrá lugar...

–Los nubios renunciarán al advertir que nuestra guarnición se mantiene alerta.

–Redacta la orden, visir Pazair, pero no favorezcas en modo alguno la evasión de tu amigo.

–El destino proveerá.

CAPÍTULO 4

Pantera, la rubia libia, se ocultó en un refugio de pastor, en medio de un campo. Desde hacía dos horas, un hombre alto, panzudo y sucio la seguía. Era un recolector de papiro que pasaba la mayor parte de su tiempo en el lodo para extraer el precioso material. La había espiado mientras ella se bañaba desnuda y se había acercado arrastrándose.

Perpetuamente alerta, la joven y hermosa libia había conseguido huir, no sin abandonar un chal indispensable contra el frío nocturno.

Pantera, que había sido expulsada de Egipto por su ostentosa relación con Suti, joven casado con la señora Tapeni por las necesidades de la investigación del juez Pazair, rechazaba su destino. Firmemente decidida a no abandonar a su amante, cuya infidelidad temía, viajaría hasta Nubia para arrancarlo de su prisión y vivir de nuevo junto a él. Jamás prescindiría de su fuerza y de sus ardientes caricias, jamás le permitiría refocilarse en el lecho de otra mujer.

La distancia no le asustaba; utilizando su encanto, Pantera había tomado barcos de carga, de puerto en puerto, hasta Elefantina y la primera catarata. Al otro lado del amontonamiento de rocas que impedía el paso de las embarcaciones, se había permitido unos momentos de relajación en un brazo del río que serpenteaba por una zona cultivada.

No conseguiría despistar a su perseguidor; conocía el terreno a la perfección y no tardaría en descubrir su escondrijo. Ser poseída a la fuerza no asustaba a Pantera; antes de encontrar a Suti había pertenecido a una banda de salteadores y se había enfrentado con los soldados egipcios. Asilvestrada, amaba el amor, su violencia y su éxtasis. Pero aquel recolector de papiro era repugnante, y ella no tenía tiempo que perder.

Cuando el hombre se introdujo en el refugio, Pantera estaba tendida en el suelo, desnuda y dormida. Sus cabellos rubios, que le caían sobre los hombros, sus generosos pechos y su sexo dorado de lujuriosos rizos hicieron perder cualquier prudencia al recolector de papiro. Cuando se lanzó sobre su presa, sus pies quedaron atrapados en el lazo dispuesto a ras de suelo, y cayó pesadamente. Con rapidez, Pantera saltó sobre su espalda y lo estranguló. En cuanto murió, la muchacha dejó de apretar, lo desnudó para disponer de abrigo para la noche y prosiguió su ruta hacia el gran sur.

El comandante de la fortaleza de Tjaru, en el corazón de Nubia, rechazó el infame comistrajo que su cocinero le había servido.

–Un mes de calabozo para ese incapaz –decretó.

Una copa de vino de palma lo consoló de su decepción. Lejos de Egipto, era difícil alimentarse correctamente; pero ocupar aquel puesto le supondría ascensos y una jubilación ventajosa.

Allí, en aquel país desolado y árido, donde el desierto amenazaba los escasos cultivos y el Nilo caía, a veces, en violentas cóleras, recibía a condenados a penas de exilio que variaban de uno a tres años. Por lo general, se mostraba más bien clemente con ellos y les asignaba tareas domésticas en las que no se debilitaban demasiado; la mayoría de aquellos pobres tipos no había cometido delitos graves y aprovechaban su forzosa estancia para reflexionar sobre su pasado.

Con Suti, la situación se había degradado rápidamente. A éste le costaba aceptar la autoridad y se negaba a someterse. De ese modo, el comandante, cuyo primer deber era vigilar las tribus nubias para prevenir cualquier revuelta, había colocado al refractario en primera línea y sin armas. Desempeñaría un papel de cebo y experimentaría algunos saludables espantos. Naturalmente, la guarnición volaría a ayudarlo si se producía una agresión; al comandante le gustaba liberar a sus huéspedes en buen estado y preservar un inmaculado expediente administrativo.

El suboficial encargado del correo le entregó un papiro procedente de Menfis.

–Correo especial.

–¡El sello del visir!

Intrigado, el comandante cortó los cordoncillos y quebró el sello. El suboficial aguardaba órdenes.

–Los servicios de información temen una agitación en Nubia; nos piden que aumentemos la vigilancia y verifiquemos nuestro sistema de defensa.

–Dicho de otro modo, que cerremos las puertas de la fortaleza y que no salga nadie.

–Transmitid la consigna inmediatamente

–¿Y el prisionero Suti?

El comandante vaciló.

–¿Vos qué pensáis?

–La guarnición detesta al muchacho; sólo nos crearía problemas. Donde está ahora, nos será útil.

–Y si ocurriera un incidente...

–Nuestro informe hablaría de un accidente lamentable.

Suti era un hombre de gran estatura, rostro alargado, mirada franca y directa, y largos cabellos negros; fuerza, seducción y elegancia caracterizaban la menor de sus actitudes. Tras haber escapado de la gran escuela de los escribas de Menfis, ya que los estudios le aburrían, había vivido la existencia aventurera en la que soñaba, había conocido mujeres soberbias, se había convertido en héroe al identificar a un general felón y ayudar a su amigo Pazair, con el que había mezclado su sangre. Pese a su juventud, Suti había desafiado con frecuencia la muerte; sin una operación que el genio de Neferet había llevado a buen término, habría sucumbido a las heridas infligidas por un oso que lo había derribado, en Asia, durante un combate singular.

Sentado en una roca, en mitad del Nilo, atado a la piedra por una sólida cadena, sólo podía contemplar la lejanía, el sur misterioso y angustiante de donde surgían, a veces, hordas de guerreros nubios, de indomable valor. Él, el más avanzado de los centinelas, debía dar la alerta

gritando a pleno pulmón. La transparencia del aire era tal que los vigías de la fortaleza no dejarían de oírlo.

Pero Suti no gritaría; no daría ese placer al comandante y sus esbirros. Aunque no tuviera el menor deseo de morir, no se humillaría. Pensaba en el instante maravilloso en el que había terminado con el general Asher, traidor y criminal, mientras escapaba de la justicia y huía con un cargamento de oro.

Un cargamento que Suti y Pantera habían ocultado cuidadosamente, una fortuna que les habría permitido disfrutar de todos los placeres. Pero estaba encadenado y la muchacha había regresado a su Libia natal, con la prohibición de pisar de nuevo el suelo de Egipto. Sin duda ya lo habría olvidado aturdiéndose en otros brazos.

Por lo que a Pazair se refiere, estaba atado por su posición de visir; cualquier intervención a favor de Suti sería sancionada, sin desembocar por ello en una liberación. ¡Y pensar que el joven sufría aquella pena de exilio porque se había casado con la hermosa y ardiente Tapeni por necesidades de la investigación! Una boda que él creía poder deshacer sin dificultad alguna, subestimando las exigencias de la tejedora. La muy zorra lo había acusado de adulterio y hecho que lo condenaran a un año de fortaleza; cuando volviera a Egipto tendría que trabajar para ella y pasarle una pensión.

Rabioso, Suti golpeó la roca y tiró de la cadena. Mil veces había esperado que cediera, pero aquella prisión sin muros ni barrotes se revelaba de una solidez sin grietas.

Las mujeres, su felicidad y su desgracia... ¡Pero no lo sentía!

Tal vez una alta nubia de erectos pechos, firmes y redondos, llegara a la cabeza de los rebeldes, tal vez se enamorara de él, tal vez lo liberara en vez de degollarlo... Perecer así, tras tantas aventuras, conquistas y victorias, era demasiado estúpido.

El sol abandonaba el cenit e iniciaba su descenso hacia el horizonte. Hacía mucho tiempo que un soldado debería haberle traído comida y bebida. Se tendió, formó un cuenco con sus manos, recogió agua del Nilo y bebió; con un poco de habilidad, lograría atrapar un pez y no moriría de hambre. ¿Por qué ese cambio en la costumbre?

Al día siguiente le fue necesario convencerse de que lo abandonaban a su suerte. Si la guarnición permanecía encerrada en la fortaleza, tal vez temiera una expedición de los nubios. A veces, tras una fiesta con demasiadas libaciones, una pandilla de guerreros, sedienta de combate, tenía la loca idea de invadir Egipto y corría hacia la muerte.

Lamentablemente, él estaba en su camino. Tenía que romper la cadena, abandonar el lugar antes del ataque; pero ni siquiera disponía de una piedra dura. Con el espíritu vacío y el corazón rabioso, aulló.

Cuando se acercó la noche, ensangrentando el Nilo, la experta mirada de Suti percibió un movimiento insólito tras los matorrales que adornaban la orilla.

Alguien lo espiaba.

CAPÍTULO 5

En la mancha roja, rodeada de granos, que se extendía por su pierna izquierda, Bel-Tran aplicó una pomada a base de flores de acacia y clara de huevo, y bebió algunas gotas de zumo de áloe, sin esperar una curación espectacular. Negándose a admitir que sus riñones funcionaran mal y que su hígado estuviera saturado, el director de la Doble Casa blanca no tenía tiempo de curarse.

Su mejor remedio era una incesante actividad. Perpetuamente animado por una invasora energía, seguro de si mismo, charlatán hasta agotar al auditorio, parecía un torrente que nada detenía. A pocos meses del objetivo que los conjurados se habían fijado, el poder supremo, unos pequeños problemas de salud no interrumpirían su marcha triunfal. Ciertamente, tres de sus aliados habían muerto; pero le quedaban otros muchos. Los desaparecidos eran mediocres, estúpidos con frecuencia; ¿no habría tenido, antes o después, que librarse de ellos? El día en que habían fomentado el complot, Bel-Tran había seguido la estrategia definida sin cometer el menor error. Todos habían creído que seria un fiel servidor del faraón, que su dinamismo se pondría al servicio del Egipto de Ramsés, que su capacidad de trabajo se compararía con la de los grandes sabios que trabajaban para el templo y no para si mismos.

Ni siquiera la desaparición de Iarrot, el escribano felón, le molestaba en exceso, pues su fuente de información amenazaba ya con secarse. Las hienas le habían quitado un fardo de encima.

Bel-Tran sonrió pensando que había conseguido engañar a la jerarquía y tejer una sólida tela sin que ningún miembro del entorno del faraón lo advirtiera. Aunque Pazair intentara combatirlo, ya era demasiado tarde.

El ministro de Economía se dio un masaje con una pasta de hojas de acacia machacadas y mezcladas con grasa de buey en los rechonchos dedos de sus pies; hacía desaparecer la fatiga y el dolor. Bel-Tran no dejaba de recorrer las grandes ciudades y las capitales provinciales para alentar a sus cómplices con la idea de que muy pronto se produciría una revolución y, gracias a él, se harían ricos y poderosos, más de lo que podían imaginar en sus más enloquecidos sueños. El recurso a la avaricia humana, apoyado en argumentos de peso, nunca quedaba sin eco.

Masticó dos pastillas destinadas a hacer agradable el aliento; olíbano, juncia olorosa, resma de terebinto y caña de Fenicia, mezclados con miel, formaban un suave compuesto. Con satisfacción, Bel-Tran contempló su mansión de Menfis. Una vasta morada, en el centro de un jardín rodeado de muros; una puerta de piedra, con el dintel decorado con palmas; una fachada adornada con altas y delgadas columnas que imitaban papiros, cuyo principal productor era él; un vestíbulo y salas de recepción cuyo esplendor deslumbraba a sus huéspedes, vestuarios con decenas de arcones para la ropa, retretes de piedra, diez habitaciones, dos cocinas,

una panadería, un pozo, silos para grano, establos, un gran jardín donde, alrededor del estanque, crecían palmeras, sicómoros, azufaifos, perseas, granados y tamariscos.

Sólo un hombre rico tenía semejante mansión. Se sentía orgulloso de su éxito, él, el pequeño empleado, el advenedizo que los altos dignatarios habían desdeñado antes de temerle y someterse a su ley. Fortuna y bienes materiales: no existía otra felicidad duradera ni otro éxito. Los templos, las divinidades, los ritos eran sólo ilusiones y ensueño. Por ello, Bel-Tran y sus aliados habían decidido sacar Egipto de un pasado ya concluido y hacerle emprender el camino del progreso, donde sólo contaría la verdad de la economía. En ese campo, nadie podría igualarlo; Ramsés el Grande y Pazair tendrían que limitarse a encajar los golpes antes de desaparecer.

Bel-Tran tomó una jarra colocada en el agujero de una tabla elevada y provista de un tapón de limo; untada de arcilla, conservaba muy bien la cerveza. Sacó el tapón, introdujo en el recipiente un tubo unido a un filtro, para eliminar eventuales impurezas, y saboreó un líquido fresco y digestivo.

De pronto sintió deseos de ver a su mujer. ¿Acaso no había conseguido transformar a una pequeña provinciana, bastante torpe y más bien fea, en una dama menfita, adornada con los mejores atavíos y que provocaba los celos de sus rivales? Ciertamente, la cirugía estética le había costado muy cara; pero los rasgos de Silkis y la desaparición de sus excesos de grasa le daban satisfacción. Aunque la mujer fuera de humor voluble, presa a veces de crisis de histeria que el intérprete de los sueños apaciguaba, Silkis seguía siendo una mujer-niña y le obedecía al pie de la letra. En las recepciones de hoy y en las reuniones oficiales de mañana, estaría a su lado como un hermoso objeto, con un aspecto deslumbrador y el silencio por toda obligación.

Ella estaba aplicándose una mascarilla, compuesta de miel, natrón rojo y sal del norte, tras haberse frotado la piel con aceite de fenogreco y polvo de alabastro. Se había pintado los labios con carmín y los ojos con maquillaje verde.

–Estás arrebatadora, querida.

–Dame mi más hermosa peluca, ¿quieres?

Bel-Tran accionó el botón de nácar de un viejo arcón de cedro del Líbano. Sacó una peluca de cabellos humanos, mientras Silkis hacia correr la tapa de una arquilla para extraer un brazalete de perlas y un peine de acacia.

–¿Cómo te encuentras esta mañana? –le preguntó él mientras ajustaba el precioso tocado.

–Mis intestinos siguen delicados; bebo cerveza de algarrobo mezclada con aceite y miel.

–Si la situación empeora, consulta con el médico.

–Neferet me curaría.

–¡No hablemos de Neferet!

–Es una terapeuta excepcional.

–Es nuestra enemiga, como Pazair, y se hundirá con él.

–¿No aceptarías salvarla... si yo te lo pido?

–Ya veremos. ¿Sabes lo que te traigo?

–¡Una sorpresa!
–Aceite de enebro para ungir tu delicada piel.
Ella se lanzó a su cuello y lo besó.
–¿Te quedas hoy en casa?
–Por desgracia, no.
–A tu hijo y a tu hija les gustaría hablar contigo.
–Que obedezcan a su preceptor, eso es lo más importante. Mañana estarán entre las personalidades destacadas del reino.
¿No temes que...?
–Nada, Silkis, no temo nada, soy intocable. Y nadie puede conocer el arma decisiva que poseo.
Los interrumpió un criado.
–Un hombre solicita ver al señor.
–¿Su nombre?
–Mentmose.
Mentmosé, el antiguo jefe de policía, sustituido por el nubio Kem. Mentmosé, que había intentado librarse de Pazair acusándolo de asesinato y enviándolo al penal. Aunque no perteneciera al circulo de los conjurados, el ex funcionario había servido la causa de los futuros dirigentes. Bel-Tran creía que había desaparecido para siempre, exiliado en Biblos, en el Líbano, y reducido al rango de obrero en un astillero.
–Hacedlo pasar al salón de los lotos, junto al jardín, y servidle cerveza; voy en seguida.
Silkis estaba intranquila.
–¿Qué quiere? No me gusta.
–Tranquilízate.
–¿Estarás todavía de viaje mañana?
–Es necesario.
–¿Y qué debo hacer yo?
–Seguir siendo bella, no hablar con nadie sin mi autorización.
–Quisiera un tercer hijo tuyo.
–Lo tendrás.

Pasada ya la cincuentena, Mentmosé tenía un cráneo calvo y rojo y una voz gangosa que llegaba al agudo en cuanto lo contrariaban. Corpulento, cauteloso, con la nariz puntiaguda, había hecho una brillante carrera utilizando los desfallecimientos de los demás. Jamás había imaginado que caería en semejante abismo, pues se rodeaba de mil y una precauciones. Pero el juez Pazair había desorganizado su sistema y puesto de relieve su incompetencia. Desde que su enemigo ocupaba el puesto de visir, Mentmosé no tenía posibilidad alguna de recuperar el esplendor perdido. Bel-Tran era su única esperanza.
–¿No os han prohibido permanecer en Egipto?
–Estoy en situación ilegal, es cierto.
–¿Por qué corréis esos riesgos?
–Todavía tengo algunas relaciones, y Pazair no tiene sólo amigos.
–¿Qué esperáis de mi?
–He venido a ofreceros mis servicios.
Bel-Tran pareció dubitativo.

–Durante el arresto de Pazair –recordó el antiguo jefe de policía–, éste negó haber asesinado a su maestro Branir. Nunca creí en su culpabilidad y fui consciente de que estaban manipulándome, pero la situación me convenía. Alguien me avisó, por medio de un mensaje, para que cogiera a Pazair en flagrante delito cuando se inclinaba sobre el cadáver de su maestro. He tenido tiempo de pensar en ese episodio. ¿Quién pudo avisarme, salvo vos mismo o uno de vuestros aliados? El dentista, el transportista y el químico están muertos; vos no.

–¿Cómo sabéis que eran mis aliados?

–Algunas lenguas se han desatado y os presentan como el futuro dueño del país; odio a Pazair tanto como vos y tal vez yo posea indicios molestos.

–¿Cuáles?

–El juez afirma que acudió a casa de Branir al recibir una breve nota: «Branir está en peligro, acudid en seguida.» Suponed que, pese a lo que yo mismo he afirmado, no destruí el documento y pueda identificar la escritura. Suponed, también, que haya conservado el arma del crimen, la aguja de nácar, y que pertenezca a una persona que os es querida.

Bel-Tran reflexionó.

–¿Qué exigís?

–Alquiladme una vivienda en la ciudad, permitidme actuar contra Pazair y dadme un puesto en vuestro futuro gobierno.

–¿Nada más?

–Estoy convencido de que sois el porvenir.

–Vuestras pretensiones me parecen legitimas.

Mentmosé se inclinó ante Bel-Tran. Ya sólo le quedaba vengarse de Pazair.

CAPÍTULO 6

Puesto que Neferet había sido reclamada con urgencia por el hospital principal de Menfis, para una operación difícil, el visir Pazair alimentó personalmente a Traviesa, la pequeña mona verde. Aunque la insoportable hembra pasara su tiempo molestando a los criados y robando en las cocinas, Pazair sentía por ella una gran debilidad. La primera vez que vio a Neferet fue gracias a una intervención de Traviesa, que había salpicado con agua a Bravo, el perro del juez, dándole así la oportunidad de hablar con su futura esposa.

Bravo posó su pata delantera derecha en la muñeca del visir. Alto, de larga cola y orejas colgantes que se erguían a la hora de las comidas, el perro de color de arena llevaba un collar de cuero rosado y blanco en el que se leía «Bravo, compañero de Pazair».

Mientras Traviesa pelaba nueces de palma, el perro disfrutaba con un puré de legumbres. Afortunadamente, entre ambos animales se había establecido una paz concertada; Bravo aceptaba que le tirara de la cola diez veces por día, Traviesa respetaba su sueño cuando se instalaba en la vieja estera del juez, el único tesoro que poseía cuando llegó a Menfis. Un hermoso objeto, en verdad, que servía de lecho, mesa, alfombra y, a veces, de sudario. Pazair había jurado conservarlo, fuera cual fuese su fortuna; puesto que Bravo la había adoptado, desdeñando almohadones y mullidos asientos, sabia que su estera estaba bien guardada.

Un suave sol de invierno despertaba las decenas de árboles y los amates de flores que daban a la gran morada del visir el aspecto de uno de los paraísos del otro mundo, donde vivían los justos. Pazair dio algunos pasos por una de las avenidas, disfrutando los sutiles perfumes que ascendían de la tierra húmeda de rocío. Un amistoso hocico le tocó en el codo; su fiel asno, Viento del Norte, lo saludaba a su modo. Magnífico ejemplar de tierna mirada y aguda inteligencia, tenía un fabuloso sentido de la orientación, del que el propio visir carecía. Pazair le ofrecía alegremente una propiedad en la que ya no tenía que llevar pesadas cargas.

El asno irguió la cabeza. Percibía una presencia insólita en el gran portal, hacia el que se dirigió rápidamente. Pazair lo siguió.

Kem y su babuino policía aguardaban al visir. Tan insensible al frío como al calor, detestando el lujo, el jefe de policía sólo vestía un corto paño, como cualquier hombre de condición humilde; en el cinturón llevaba un estuche de madera que contenía un puñal, regalo del visir: hoja de bronce, empuñadura de electro, mezcla de oro y plata, con incrustaciones de lapislázuli y feldespato verde. El nubio prefería esta obra maestra a la mano de marfil que se veía obligado a utilizar en las ceremonias oficiales. Puesto que odiaba la atmósfera de las oficinas,

seguía recorriendo las calles de Menfis, como antes, y trabajando sobre el terreno.

El babuino parecía apacible; cuando su furor estallaba, era capaz de derribar un león. Sólo otro mono de su tamaño y su fuerza, enviado por un misterioso asesino decidido a apartarlo de su camino para poder atacar a Pazair, se había atrevido a enfrentarse con él en un duelo a muerte. Matón había vencido, aunque había recibido graves heridas; los cuidados de Neferet, por la que el mono sentía un agradecimiento sin limites, lo habían puesto de nuevo en pie.

–No hay peligro a la vista –estimó Kem–. Últimamente, nadie os ha espiado.

–Os debo la vida.

–Yo también, visir; puesto que nuestros destinos están unidos, no perdamos saliva agradeciéndonoslo. El pájaro está en su nido, lo he comprobado.

Como si conociera las intenciones del visir, Viento del Norte tomó la dirección correcta. Trotó con elegancia por las calles de Menfis, precediendo en unos metros al babuino y a ambos hombres. El paso de Matón imponía calma; enorme cabeza, con una franja de hirsutos pelos que llegaba hasta la cola, pelaje rojo en los hombros, le gustaba caminar erguido y lanzar miradas circulares.

Una alegre animación reinaba ante el principal taller de tejido de Menfis; algunas tejedoras charlaban, los proveedores entregaban ovillos de hilo de lino, que una supervisora examinaba con atención antes de aceptarlos. El asno se detuvo ante un montón de forraje, mientras el visir, el jefe de policía y su babuino penetraban en una estancia bien aireada, donde estaban los telares.

Se dirigieron al despacho de la superiora de las tejedoras, la señora Tapeni, cuya apariencia era engañosa. Era pequeña, vivaz, de negros cabellos y ojos verdes, y a sus treinta seductores años dirigía el taller con mano de hierro y sólo pensaba en su carrera.

La aparición del trío casi le hizo perder la sangre fría.

–¿De... deseáis verme?

–Estoy convencido de que podéis ayudarnos –declaró Pazair con voz pausada.

En el taller, los comadreos comenzaban a brotar por todas partes; ¡el visir de Egipto en persona y el jefe de policía con la señora Tapeni! ¿Recibiría un fulgurante ascenso o había cometido un grave delito? La presencia de Kem insinuaba más bien la segunda posibilidad.

–Os recuerdo –prosiguió Pazair– que mi maestro Branir fue asesinado con una aguja de nácar. Gracias a vuestras informaciones, estudié varias hipótesis, por desgracia infructuosas. Ahora bien, vos afirmasteis poseer informaciones decisivas; ¿no seria ya tiempo de revelarlas?

–Presumí.

–Entre los conjurados que asesinaron a los guardias de la esfinge había una mujer, tan cruel y decidida como sus cómplices.

Los ojos enrojecidos del babuino miraron a la hermosa morena, cada vez más incómoda.

–Suponed, señora Tapeni, que aquella mujer fuera también una excelente manejadora de aguja y que hubiera recibido la orden de

suprimir a mi maestro Branir, para acabar radicalmente con su investigación.
–Eso no me concierne.
–Me gustaría escuchar vuestras confidencias.
–¡No! –gritó la mujer al borde del ataque de nervios–. Queréis vengaros porque hice condenar a vuestro amigo Suti; pero yo tenía razón. No me amenacéis más u os denunciaré. ¡Salid de aquí!
–Deberíais adoptar un lenguaje más respetuoso –recomendó Kem–; estáis hablando con el visir de Egipto.
Temblorosa, Tapeni cambió su tono.
–No tenéis prueba alguna contra mí.
–Acabaremos obteniéndola; que os vaya bien, señora Tapeni.
–¿Está satisfecho el visir?
–Más bien si, Kem.
–Hemos dado en el clavo.
–La jovencita está muy nerviosa y aprecia mucho su éxito social nuestra visita no augura nada bueno para su reputación.
–Por lo tanto, reaccionará.
–De inmediato.
–¿La creéis culpable?
–De maldad y latrocinio, sin duda.
–¿Pensáis más bien en Silkis, la esposa de Bel-Tran?
–Una mujer-niña puede convertirse en criminal por simple capricho. Silkis, además, es una excelente manejadora de agujas.
–Dicen que es miedosa.
–Se doblega al menor deseo de su marido; si le pidió que sirviera de cebo, habrá obedecido. Viéndola aparecer en plena noche, el guardián en jefe de la esfinge habría perdido su lucidez.
–Cometer un crimen...
–No formularé acusación formal antes de tener la prueba.
–¿Y si no la obtenéis nunca?
–Confiemos en el trabajo, Kem.
–Me ocultáis algo importante.
–Estoy obligado a ello; pero sabed que luchamos por la supervivencia de Egipto.
–Actuar a vuestro lado no es cosa fácil.
–Sólo aspiro a una existencia tranquila, en la campiña, acompañado por Neferet, por mi perro y mi asno.
–Tendréis que esperar, visir Pazair.

La señora Tapeni no podía estarse quieta. Conocía la obstinación del visir Pazair, su empecinamiento en la búsqueda de la verdad y su indefectible amistad por Suti. Sin duda, la superiora de las tejedoras se había mostrado en exceso dura con su marido; pero Suti se había casado con ella, y no soportaba que le fuera infiel. Pagaría su relación con aquella perra libia.
Expuesta a la venganza del visir, Tapeni tenía que encontrar en seguida un protector. De acuerdo con recientes rumores, no podía permitirse vacilación alguna.

Tapeni corrió hacia los edificios oficiales, donde trabajaban los funcionarios del Ministerio de Finanzas. Interrogó a los guardias y sólo tuvo que esperar media hora antes de que llegara una silla de manos vacía, con un alto respaldo, provista de un taburete para apoyar los pies y anchos brazos. En la parte de atrás, una sombrilla protegía al ocupante de los rayos del sol. Veinte porteadores aseguraban un rápido desplazamiento, a las órdenes de un jefe de poderosa voz; alquilaban sus servicios a alto precio, excluyendo las carreras excesivamente largas.

Bel-Tran salió por la puerta principal del Ministerio y se dirigió apresuradamente hacia la silla. Tapeni le cerró el paso.

–Debo hablaros.

–¡Señora Tapeni! ¿Tenéis problemas en vuestro taller?

–El visir me importuna.

–Le gusta actuar como un justiciero.

–Me acusa de asesinato.

–¿A vos?

–Sospecha que asesiné a su maestro Branir.

–¿Pruebas?

–No las tiene, pero me amenaza.

–Una inocente no corre riesgo alguno.

–Pazair, Kem y su mono policía me dan miedo; necesito vuestra ayuda.

–No veo cómo podría...

–Sois un hombre rico y poderoso; se murmura que vuestro ascenso no ha terminado todavía. Me gustaría ser vuestra aliada.

–¿De qué modo?

–Domino el comercio de telas; a las nobles damas, como la vuestra, les gustan mucho. Sé cómo obtener las mejores condiciones de compra y de venta. Creedme, los beneficios no serían desdeñables.

–¿Gran volumen de negocio?

–Con vuestras cualidades, no os costará aumentarlo. Además, os prometo perjudicar al maldito visir.

–¿Algún plan preciso?

–Todavía no, pero contad conmigo.

–De acuerdo, señora Tapeni; consideraos protegida.

CAPÍTULO 7

Al servicio de los conjurados, enriquecido por sus crímenes, el devorador de sombras era un perfeccionista. Había prometido eliminar a Pazair y, a pesar de que había fracasado, tendría éxito. Tras haber seguido largo tiempo su pista, el jefe de policía había decidido comprobar su fracaso. Puesto que trabajaba solo, sin ayuda, el hombre de las tinieblas nunca sería identificado. Gracias al oro con el que había sido pagado, pronto seria propietario de una mansión en el campo, donde gozaría de un apacible retiro.

El devorador de sombras ya no tenía contacto alguno con quienes lo empleaban; tres habían muerto, Bel-Tran y Silkis ya le resultaban inaccesibles. Sin embargo, ésta no se había mostrado difícil en su último encuentro, cuando le había dado la orden de dejar inválido a Pazair; no había gemido ni pedido socorro al soportar su deseo. Bel-Tran y Silkis subirían pronto al trono de Egipto; de modo que el devorador de sombras se sentía obligado a ofrecerles la cabeza del visir, su peor enemigo.

Sacando partido de sus precedentes fracasos, ya no atacaría de frente; Kem y su babuino resultaban demasiado eficaces. El mono presentía el peligro, el nubio velaba permanentemente por Pazair. El devorador de sombras actuaría de un modo indirecto, tendiendo trampas.

A mitad de la noche escaló el muro del hospital principal de Menfis, se arrastró por el tejado y se introdujo en el edificio por medio de una escalera. Tomó un pasillo que olía a pomadas y ungüentos y se dirigió hacia las reservas de productos peligrosos. En los diversos laboratorios se conservaban baba, excrementos y orina de sapo, de murciélago, veneno de serpientes, de escorpiones y avispas, y otras sustancias tóxicas procedentes de vegetales con las que los farmacéuticos preparaban remedios muy activos.

La presencia de un vigilante no fue un problema para el devorador de sombras; lo derribó y se apoderó de una redoma con veneno y de una víbora negra, que estaba encerrada en un cesto.

Aterrada, Neferet se interesó por el estado del vigilante antes de inspeccionar los laboratorios. El hombre no estaba gravemente herido; había sido golpeado en la base del cuello, sin advertir siquiera la presencia de su agresor.

–¿Han robado mucho? –preguntó la médico en jefe del hospital.

–Casi nada... Una víbora negra, en un cesto

–¿Venenos?

–Es difícil de determinar; acabábamos de recibir un lote y esta mañana tenía que hacer inventario. El ladrón no ha roto nada.

–Que doblen la guardia esta misma noche. Yo misma avisaré al jefe de policía.

Inquieta, la joven pensaba en las tentativas de asesinato perpetradas contra su marido; ¿no preludiaría aquel incidente un nuevo drama?

Con el espíritu ensombrecido, el visir se presentó ante la puerta del Tesoro, en compañía de Kem y del mono policía. Por primera vez desde su entronización inspeccionaba las reservas de metales preciosos. Despertado antes del amanecer por un emisario del hospital, ni siquiera había tenido tiempo de cambiar algunas palabras con Neferet, impaciente por acudir al lugar de los hechos. Incapaz de dormirse de nuevo, había disfrutado de una ducha ardiente antes de dirigirse al centro de Menfis y franquear los cordones de policía que impedían el acceso al barrio del Tesoro a las personas no autorizadas.

El visir puso su sello en el registro que le presentó el guardián del Tesoro, un hombre de edad, lento y meticuloso. Aún conociendo el rostro de Pazair, comprobó la conformidad de la huella que el palacio le había transmitido cuando fue nombrado el nuevo visir.

–¿Qué deseáis ver?

–Todas las reservas.

–La tarea requerirá tiempo.

–Forma parte de mis deberes.

–A vuestras órdenes.

Pazair comenzó por el inmenso edificio donde se almacenaban los lingotes de oro y plata procedentes de las minas de Nubia y del desierto oriental. Cada pieza había recibido un número y el orden era impecable.

Pronto saldría un cargamento hacia el templo de Karnak, donde los orfebres trabajarían el precioso metal para adornar dos grandes puertas.

Pasado el primer deslumbramiento, Pazair advirtió que el local estaba medio vacío.

–Nuestras reservas son escasas –comentó el guardián del Tesoro.

–¿Por qué razón?

–Orden superior.

–¿Procedencia?

–La Doble Casa blanca.

–Mostradme los documentos.

El guardián del Tesoro no había cometido falta administrativa alguna. Desde hacía varios meses, lingotes de oro y plata, así como una importante cantidad de metales raros salían regularmente de las reservas, a petición de Bel-Tran.

No era posible esperar más.

Caminando con paso rápido, Pazair no tuvo que recorrer una gran distancia para llegar a la Doble Casa blanca, conjunto de construcciones de dos pisos que albergaban los despachos separados por jardincillos. Como de costumbre, reinaba una actividad de hormiguero; desde que Bel-Tran había sido colocado a la cabeza del gran cuerpo estatal, no toleraba el menor laxismo y reinaba tiránicamente sobre un ejército de atareados escribas.

En un vasto recinto había gordos bueyes destinados al templo; algunos especialistas examinaban los animales, recibidos como pago del

impuesto. En un cobertizo rodeado por un muro de ladrillos y protegido por soldados, unos contables pesaban los lingotes de oro antes de depositarlos en cajas. El correo interno funcionaba del amanecer al ocaso; jóvenes de ágiles piernas corrían de un lugar a otro, llevando consignas que debían ejecutarse de inmediato. Unos intendentes se encargaban del instrumental, de la fabricación de pan y cerveza, de la recepción y circulación de ungüentos, del material para las grandes obras, de los amuletos y objetos litúrgicos. Un servicio se consagraba a las paletas de escriba, cañas para escribir, papiros, tablillas de arcilla y madera. Al atravesar las salas de columnas, donde decenas de funcionarios redactaban notas e informes, el visir tomó conciencia de la maquinaria que Bel-Tran manipulaba ya. Poco a poco había controlado los diversos engranajes y sólo se había dejado ver tras haberlos dominado.

Los jefes de equipo se inclinaron ante el visir, sus empleados siguieron trabajando; parecían temer más a su patrón que al primer ministro de Egipto. Un intendente los condujo hasta el umbral de una vasta sala donde Bel-Tran, caminando de un lado a otro, dictaba sus instrucciones a tres escribas obligados a escribir con notable destreza.

El visir observó a su enemigo declarado. La ambición y la voluntad de poder impregnaban cada parcela de su ser, cada una de sus palabras; el hombre no dudaba de sus cualidades ni de su triunfo final. Cuando distinguió a Pazair, se interrumpió, despidió secamente a los escribas y les ordenó que cerraran la puerta de madera.

–Vuestra visita me honra.

–No os canséis con fórmulas hipócritas.

–¿Habéis tenido tiempo de admirar mi administración? Su ley principal es el trabajo encarnizado. Podríais destituirme y nombrar otro director, pero la maquinaria se bloquearía, y vos seríais la primera víctima. Necesitaríais más de un año para tomar de nuevo el timón de ese pesado bajel, y sólo disponéis de algunos meses antes de que se nombre un nuevo faraón. Pazair, renunciad y someteos.

–¿Por qué habéis vaciado nuestras reservas de metales preciosos?

Bel-Tran sonrió satisfecho.

–¿Habéis procedido a una inspección?

–Es mi deber.

–Hermoso rigor, ciertamente.

–Exijo explicaciones.

–¡Intereses superiores de Egipto! Era preciso contentar a nuestros vasallos y nuestros amigos, los libios, los palestinos, los sirios, los hititas, los libaneses y muchos otros, para mantener buenas relaciones y preservar la paz. A sus gobiernos les gustan los regalos, sobre todo el oro de nuestros desiertos.

–Habéis sobrepasado con mucho las cantidades habituales.

–En ciertas circunstancias hay que saber mostrarse generoso.

–Ni un gramo de metal precioso saldrá del Tesoro sin mi autorización.

–A vuestras órdenes... pero no se ha cometido irregularidad alguna. Advierto lo que estáis pensando: ¿no habré utilizado un procedimiento legal para apoderarme de las riquezas en mi beneficio? Astuta idea, lo admito. Permitidme que os deje en la duda, aunque con una certidumbre: no podréis demostrar nada.

CAPÍTULO 8

Encadenado a una roca en medio del Nilo, Suti miraba fijamente los matorrales de la orilla donde se ocultaba el nubio que lo observaba. Prudente, éste permanecía inmóvil, temiendo una trampa; Suti parecía un cebo demasiado bueno.

El nubio se movió de nuevo; había decidido actuar. Excelente nadador, como todos los de su raza, se desplazaría bajo el agua y sorprendería a su presa.

Con la rabia de la desesperación, Suti tiró de la cadena; rechinó, gimió, pero no se rompió. Iba a morir allí, estúpidamente, sin poder defenderse. Girando sobre si mismo, intentó percibir el lugar de donde procedería el ataque; la noche era oscura, el agua del río, impenetrable.

La esbelta forma apareció muy cerca. Se lanzó, con la cabeza por delante, tensando al máximo la cadena. El otro lo evitó, resbaló sobre la roca mojada, cayó al agua y apareció de nuevo.

–¡Quédate tranquilo, imbécil!

Aquella voz... ¡La habría reconocido hasta en el reino subterráneo!

–¿Eres tú... Pantera?

–¿Quién más podría socorrerte?

Desnuda, con los rubios cabellos chorreando sobre sus hombros, avanzó hacia él, bañada por la luz de la luna. Su belleza y su sensualidad lo deslumbraron.

Se pegó a él, lo rodeó con sus brazos y posó los labios en los suyos.

–Te he echado mucho de menos, Suti.

–Estoy encadenado.

–Al menos no me habrás engañado.

Pantera se inflamó, Suti no resistió el inesperado asalto. Bajo el cielo de Nubia, acunados por el canto de un salvaje Nilo, se entregaron con ardor el uno al otro.

Cuando la pasión se apaciguó, la muchacha, colmada, se tendió a su lado. Él acarició sus rubios cabellos.

–Afortunadamente, tu vigor no ha menguado. De lo contrario, te habría abandonado.

–¿Cómo has llegado hasta aquí?

–En barco, carro, pistas, asno... Estaba segura de que lo lograría.

–Problemas?

–Algunos violadores y ladrones, aquí y allá. Nada realmente peligroso; Egipto es un país apacible.

–Abandonemos en seguida este lugar.

–Estoy bien aquí.

–Si los nubios caen sobre nosotros, cambiarás de opinión.

Pantera se levantó, se zambulló y regresó con dos piedras cortantes. Con fuerza y precisión la emprendió con uno de los eslabones de la cadena, mientras Suti rompía el grillete que rodeaba su muñeca.

Sus esfuerzos se vieron coronados por el éxito. Libre, loco de alegría, Suti tomó a Pantera y la levantó; las piernas de la libia abrazaron los lomos de su amante, cuya virilidad renacía. Engarzándose el uno en el otro, resbalaron en la roca mojada y cayeron riendo al río.

Rodando por la orilla, sus cuerpos no se separaron. Ebrios el uno del otro, obtenían en el abrazo una nueva energía. El frío del amanecer los apaciguó por fin.

–Tenemos que marcharnos –dijo Suti, súbitamente grave.

–¿Hacia dónde?

–Hacia el sur.

–Lo desconocido, los animales salvajes, los nubios...

–Alejémonos de la fortaleza y de los soldados egipcios.

Cuando adviertan mi desaparición, enviarán patrullas y avisarán a sus espías. Ocultémonos hasta que se aplaque su furor.

–¿Y nuestro oro?

–Lo recuperaremos, no temas.

–La partida no será fácil.

–Siendo dos, lo lograremos.

–Si vuelves a engañarme con la tal Tapeni, te mataré.

–Mátala primero; me aliviarás.

–¡Tú fuiste el responsable de la boda! ¡Obedeciste a tu amigo Pazair, que te ha abandonado, y ya ves dónde estamos!

–Arreglaré todas mis cuentas.

–Si escapamos del desierto.

–No me asusta; ¿tienes agua?

–Dos odres llenos, colgados en las ramas de un tamarisco.

Tomaron una estrecha pista que pasaba entre rocas calcinadas y hostiles farallones. Pantera siguió el lecho de un ued donde subsistían algunos matojos de hierba, con los que se alimentaron. La arena sobrecalentada les abrasaba los pies, unos buitres de cuello blanco volaban sobre sus cabezas.

Durante dos días no encontraron alma viviente; mediado el tercero, el ruido de un galope los obligó a esconderse tras un abrigo rocoso formado por bloques de granito erosionados por los vientos. Vieron aparecer dos jinetes nubios arrastrando tras de sí a un muchacho desnudo que, agarrado a la cuerda atada a la cola de uno de los caballos, corría hasta peder el aliento. Se detuvieron, un polvo ocre ascendió hacia el cielo de azur. Uno cortó la garganta del prisionero, el otro sus testículos; riendo, abandonaron el cadáver y regresaron hacia su campamento.

Pantera no había cerrado los ojos.

–Ya ves lo que nos espera; los bandidos nubios ignoran la compasión.

–Basta con no caer en sus manos.

–El lugar no es muy favorable para una feliz retirada; vayamos más lejos.

Se alimentaron con brotes de palmera, extraviados en una soledad de rocas negras. Lúgubres lamentos los acompañaron; se había levantado un

potente soplo y nubes de arena cubrían el horizonte. Se extraviaron, cayeron, abrazados el uno al otro, y aguardaron a que finalizara la tormenta.

Un suave roce recorrió su piel; Suti despertó, apartó la arena que llenaba su nariz y sus orejas.

Pantera permanecía inerte.

–Levántate, la tormenta ha finalizado.

Ella no se movió.

–¡Pantera!

Asustado, Suti la levantó. La joven parecía inerte, abandonada.

–¡Despierta, te lo suplico!

–¿Me amas un poco? –preguntó con voz cálida.

–¡Fingías!

–Cuando se corre el riesgo de convertirse en esclava de un amante infiel, es preciso ponerlo a prueba.

–No nos queda agua.

La muchacha caminó hacia adelante, escrutando la arena para encontrar rastros de humedad. Al caer la noche, Pantera consiguió matar un roedor. Clavó dos fragmentos de nervadura de palma, inmovilizándolos con las rodillas, y frotó entre ambos una varilla de madera muy seca, sujeta con ambas manos; el movimiento, repetido con vigor, produjo un polvo de madera que se inflamó. La carne asada, aunque fuera poca, les devolvió las fuerzas.

En cuanto salió el sol, la modesta comida y el relativo frescor nocturno se olvidaron pronto; tenían que encontrar un pozo en seguida, so pena de perecer. Pero ¿cómo descubrirlo? Ni el menor oasis a la vista, ni siquiera algunos manojos de hierba o algún bosquecillo de espinosos que revelan, a veces, la presencia del agua.

–Sólo un signo puede salvarnos –declaró Pantera–. Sentémonos y acechémoslo. Caminar más es inútil.

Suti asintió. No temía el desierto ni el sol; morir libre, en el corazón de aquel océano de fuego, no lo asustaba. La luz danzaba en las rocas, el tiempo se disolvía en el calor, la eternidad se imponía, ardiente e indomable. ¿No estaba viviendo, en compañía de la rubia libia, una forma de felicidad tan preciosa como el oro y las montañas?

–Allí –murmuró ella–, a tu derecha.

Suti volvió la cabeza. Lo vio, orgulloso y huraño, venteando la atmósfera en lo alto de una duna.

Se trataba de un antílope macho que pesaba, al menos, doscientos kilos y cuyos largos cuernos podían traspasar un león de parte a parte. El antílope de la arena soportaba temperaturas caniculares, vagando por el desierto incluso cuando el sol caía en vertical.

–Sigámoslo –decidió Pantera.

Una leve brisa agitaba los pelos negros de la cola del antílope, cuyo ritmo respiratorio se aceleraba a medida que aumentaba el calor; animal del dios Seth, dueño de la tempestad y encarnación de los excesos de la naturaleza, el antílope de los largos cuernos sabía captar el menor soplo de viento para refrescar su circulación sanguínea. Con su pezuña, el gran

macho dibujó una especie de cruz en la arena y se alejó, siguiendo una cresta. La pareja tomó el mismo camino, a buena distancia.

El antílope había trazado una equis, jeroglífico que significa «pasar»; ¿estaba indicándoles un medio de salir de aquella estéril inmensidad? El solitario, con paso seguro, evitaba las zonas de arena blanda y caminaba hacia el sur.

Suti admiraba a Pantera. No se quejaba, no refunfuñaba ante ningún esfuerzo, se empeñaba en sobrevivir con la misma rabia que una fiera.

Poco antes del ocaso, el antílope apretó el paso y desapareció tras una enorme duna. Suti ayudó a Pantera a subir la pendiente que se deslizaba a sus pies. Cayó, la ayudó a levantarse, cayó a su vez. Con los pulmones ardiendo y los miembros doloridos, se arrastraron hasta la cima.

El desierto se teñía de oro; el calor no procedía ya del cielo, sino de la arena y las piedras. El tibio viento no apaciguaba el ardor de los labios y la garganta.

El antílope había desaparecido.

–Es infatigable –consideró Pantera–; no tenemos posibilidad alguna de alcanzarlo. Si ha descubierto la presencia de verdor, avanzará sin tregua varios días seguidos.

Suti miraba fijamente un punto en la lejanía.

–Creo ver... No, es una ilusión.

Pantera miró en la misma dirección; su vista se nublaba.

–Ven, avancemos.

Sus piernas se pusieron en marcha a pesar del sufrimiento; si Suti se había equivocado, tendrían que beber orines antes de morir de sed.

–¡Las huellas del antílope!

Tras haber procedido a una sucesión de saltos, el antílope había iniciado una lenta marcha hacia el espejismo que fascinaba a Suti. A su vez, Pantera comenzó a esperar; ¿no distinguía acaso una minúscula mancha de un verde oscuro?

Olvidaron el agotamiento y pusieron sus pasos en las huellas del antílope. El punto verde se hizo más y más grande, hasta convertirse en un bosquecillo de acacias.

El antílope descansaba bajo el árbol que tenía la copa más amplia. El macho de los largos cuernos observó a los recién llegados; admiraron su pelaje leonado, su cara blanca y negra. Suti sabía que no retrocedería ante el peligro; seguro de su poder, los empalaría si se creía amenazado.

–Los pelos de su barbita... ¡están mojados!

El antílope acababa de beber; masticaba vainas de acacia, buena parte de las cuales, no digerida, pasaría a sus excrementos y sembraría nuevos árboles por donde fuera.

–El suelo es blando –advirtió Suti.

Pasaron muy lentamente ante el animal y entraron en el bosquecillo, que resultó ser más grande de lo que parecía; entre dos palmeras datileras descubrieron la boca de un pozo rodeada de piedras planas.

Suti y Pantera se abrazaron antes de beber.

–Un verdadero paraíso –afirmó Suti.

CAPÍTULO 9

La inquietud reinaba en la calleja de Menfis donde vivía el viejo visir Bagey, predecesor de Pazair. Tenía fama de hombre intransigente y austero, inaccesible al halago. Antiguo geómetra, no soportaba la inexactitud; frío, rígido, había reinado sobre sus subordinados con un carácter inflexible. Debilitado por la tarea, había rogado a Ramsés que lo liberara de sus funciones para disfrutar de un apacible retiro en su pequeña casa de la ciudad.

El faraón, atento a la carrera de Pazair y a sus enfrentamientos con algunas autoridades, había apostado por la autenticidad y el deseo de verdad del joven juez para desarticular la conjura de la que Egipto sería víctima; Bagey, que no creía tener ya fuerzas para luchar, había aprobado su elección. Puesto que Pazair se había mostrado íntegro al proseguir su investigación y cumplir sin debilidades sus funciones de magistrado, merecía su apoyo.

La esposa de Bagey, una morena de desagradable físico, había avisado a la vecindad en cuanto el malestar de su marido se había agravado. Por lo general, se levantaba pronto, paseaba por la gran ciudad y regresaba poco antes del almuerzo. Aquella mañana se había quejado de un terrible dolor en los riñones. Pese a la insistencia de su mujer, Bagey rechazaba la intervención de un médico, convencido de que el dolor desaparecería. Gracias a su persistencia, había atendido a razones. Reunidos, los habitantes de la calleja preconizaban mil y un remedios, acusando a otros tantos demonios de haber provocado la enfermedad del antiguo visir. Cuando apareció Neferet, la médico en jefe del reino, se estableció el silencio. De sublime belleza, con su largo vestido de lino, sólo la acompañaba Viento del Norte, encargado de llevar su estuche médico; el asno caminaba en línea recta, hendiendo la muchedumbre en dirección a la casa de Bagey. Se detuvo ante la puerta adecuada, mientras algunas madres de familia felicitaban a Neferet, cuya popularidad no dejaba de aumentar. La joven, impaciente, sólo respondió con una sonrisa.

La esposa de Bagey pareció decepcionada. Había esperado un médico, no aquella criatura demasiado seductora.

–No deberíais haberos molestado.

–Vuestro esposo ayudó al mío en un período difícil; le estoy agradecida.

Neferet entró en la pequeña casa blanca de dos pisos; atravesó un apagado vestíbulo, sin decoración alguna, y, conducida por la matrona, subió por la estrecha escalera que llevaba al piso. Bagey descansaba en una habitación mal aireada que no había sido pintada desde hacía mucho tiempo.

–¡Vos! –exclamó al descubrir a Neferet–. Vuestro tiempo es en exceso precioso para...

–¿No os curé antaño?

–Incluso me salvasteis la vida. Sin vuestra intervención, mi vena porta me habría matado.

–¿Ya no confiáis en mí?

–Claro que sí.

Bagey se incorporó, se apoyó en la pared y miró a su esposa.

–Déjanos.

–¿No necesitas nada?

–La doctora va a examinarme.

La matrona se retiró con paso pesado y hostil.

Neferet tomó el pulso de su paciente en distintos lugares y consultó el reloj portátil que llevaba en la muñeca para calcular el tiempo de reacción de los órganos y su propio ritmo. Escuchó el viejo corazón, comprobó la buena circulación de las corrientes cálidas y frías. Bagey permanecía sereno, casi indiferente.

–Vuestro diagnóstico.

–Un momento.

Neferet utilizó un cordel delgado y fuerte, en cuyo extremo oscilaba un fragmento de granito, y pasó su péndulo por encima de las distintas partes del cuerpo del enfermo. Por dos veces, el granito describió amplios círculos.

–Sed sincera –exigió el antiguo visir.

–Se trata de una enfermedad que conozco y que trataré. ¿Seguís teniendo los pies hinchados?

–Con bastante frecuencia; los sumerjo en agua tibia y salada.

–¿Sentís alivio?

–Últimamente no demasiado.

–Vuestro hígado está de nuevo saturado; la sangre es espesa. Cocina demasiado grasa, ¿no es cierto?

–Mi mujer tiene sus costumbres, y es demasiado tarde para cambiarlas.

–Bebed más achicoria y una poción compuesta por brionia, zumo de higos, zumo de uva, frutos de persea y sicómoro. Hay que aumentar el volumen de vuestros orines.

–Había olvidado este remedio. Existe otro mal, estoy seguro.

–Intentad levantaros.

Bagey lo logró; Neferet le acercó una silla de madera formada por unos soportes transversales y un armazón cóncavo en el que estaba colocada una manta hecha de cuerdas trenzadas en espiga. El antiguo visir se sentó con rigidez, el asiento gimió bajo su peso. Neferet utilizó de nuevo el péndulo.

–Sufrís un principio de degeneración de los riñones; tendréis que absorber cuatro veces al día una mezcla de agua, levadura de cerveza y jugo de dátiles frescos; conservadla en una jarra ordinaria de terracota, cerrada con un tapón de barro seco cubierto con una tela. El remedio es sencillo pero eficaz; si no actúa rápidamente y tenéis dificultades para orinar, avisadme inmediatamente.

–Os deberé este nuevo restablecimiento.

–No será así si me ocultáis algo.

–¿Por qué sospecháis?
–Siento una profunda angustia cuya causa debo identificar.
–Sois una médica extraordinaria, Neferet.
–¿Aceptáis aclarármelo?
Bagey vaciló.
–Sabéis que tengo dos hijos. Mi hijo me da preocupaciones, pero al parecer aprecia su trabajo de verificador de ladrillos. Mi hija...
El antiguo visir bajó la mirada.
–Mi hija sólo realizó una corta estancia en el templo; los rituales la aburrieron. Se hizo contable en una granja cuyo propietario parece satisfecho con sus servicios.
–¿La juzgáis con severidad?
–Por el contrario, la felicidad de mis hijos es lo primero. ¿Por qué no respetar su elección? Desea fundar una familia y la aliento a ello.
–¿Y qué es lo que os contraria de ese modo?
–¡Es estúpido, deplorable! Mal aconsejada, mi hija intenta un proceso para obtener su herencia antes de hora. ¿Qué puedo darle aparte de esta casa?
–No tengo remedio alguno para este mal, pero conozco a alguien de indudable competencia.

Bravo pidió un pastel, Pazair cedió. Bagey, sentado en una confortable silla, procuraba permanecer a la sombra de una sombrilla. El antiguo visir temía los rayos del sol.
–Vuestro jardín es demasiado extenso; ¡cuántas preocupaciones, aunque tengáis buenos jardineros! Prefiero una casa pequeña en la ciudad.
–Al perro y al asno les gusta tener suficiente espacio.
–¿Qué tal se desarrollan vuestras primeras jornadas de visir?
–La tarea me parece dura.
–El rito de entronización os puso en guardia: un trabajo más amargo que la hiel. Sois joven, no queméis etapas; tenéis tiempo de aprender.
A Pazair le hubiera gustado confiarle que se equivocaba gravemente.
–Cuanto menos domine la situación, más comprometido estará el equilibrio de Egipto.
–¿No estáis cayendo en el pesimismo?
–Más de la mitad de nuestras reservas de metales preciosos ha sido dilapidada –reveló Pazair.
–Más de la mitad... Imposible! Mis últimos controles no lo revelaron.
–Bel-Tran utilizó todos los recursos administrativos, con perfecta legalidad, y transfirió buena parte del Tesoro al extranjero.
–¿Con qué justificación?
–Asegurar la paz con nuestros vecinos y nuestros vasallos.
–El argumento no carece de habilidad; debería haber desconfiado más de ese advenedizo.
–Engañó a toda la jerarquía: voluntad de éxito, trabajo encarnizado, grandes deseos de servir al país... ¿Quién no habría creído en su sinceridad?

–Dura lección.
Bagey estaba abatido.
–Ahora somos conscientes del peligro.
–Tenéis razón –reconoció el antiguo visir–; naturalmente, nadie reemplazará al sabio Branir, vuestro maestro asesinado, pero tal vez yo pueda ayudaros.
–Mi vanidad me hizo suponer que tomaría más rápidamente la medida a mi función; pero Bel-Tran me ha cerrado muchas puertas. Temo que mi poder sea sólo aparente.
–Si vuestros subordinados están convencidos de ello, vuestra posición pronto se hará inestable. Sois el visir, debéis dirigir.
–Los esbirros de Bel-Tran bloquearán mis decisiones.
–Superad el obstáculo.
–¿Cómo?
–En cada servicio oficial existe un hombre importante y experimentado; y no es forzosamente el de más rango. Descubridlo, apoyaos en él; comprenderéis la sutileza de los distintos engranajes de la administración.
El antiguo visir dio nombres y precisiones.
–Sed muy escrupuloso cuando deis testimonio de vuestra acción ante el faraón; Ramsés el Grande tiene una aguda inteligencia. Quien intente engañarlo, fracasará.
–Me gustaría consultaros en caso de dificultad.
–Siempre seréis bienvenido, aunque mi hospitalidad no es tan suntuosa como la vuestra.
–Cuenta más el corazón que la apariencia; ¿ha mejorado vuestra salud?
–Vuestra esposa es una médica excelente, pero a veces soy un paciente indisciplinado.
–Cuidaos.
–Estoy un poco cansado; ¿permitís que me retire?
–Antes de hacer que os acompañen, debo confesaros que he visto a vuestra hija.
–De modo que sabéis...
–Neferet me pidió que interviniera; nada me lo impedía.
Bagey pareció contrariado.
–No se trata de un privilegio –insistió Pazair–; un antiguo visir merece consideración. Me correspondía resolver el conflicto.
–¿Cómo ha reaccionado mi hija?
–El proceso no se celebrará. Conservaréis vuestra casa y ella construirá la suya gracias a un préstamo que yo he garantizado. Satisfecho su más caro deseo, la armonía reinará de nuevo en vuestra familia. Pronto vais a ser.., abuelo.
La severidad de Bagey desapareció; no pudo ocultar su emoción.
–Me ofrecéis muchas alegrías al mismo tiempo, visir Pazair.
–Es muy poco si se compara con vuestra ayuda.

CAPÍTULO 10

El gran mercado de Menfis era una fiesta cotidiana donde se cambiaban tantas palabras como mercancías. Los comerciantes, entre los que se hallaban mujeres de inagotable labia, gozaban de un lugar fijo. Se practicaba el trueque con muchas discusiones y gestos, y aunque a veces subiera el tono, las transacciones concluían siempre con buen humor.

El jefe de policía, acompañado por su babuino, deambulaba de buena gana por la gran plaza; la presencia de Matón evitaba los robos, su dueño aguzaba el oído para sorprender fragmentos de conversación que reflejaban el estado de ánimo de la población e interrogaba discretamente a algunos informadores mediante un código.

Kem se detuvo ante un vendedor de conservas; buscaba una oca preparada para asarla, metida en una jarra tras haber sido secada y salada. El mercader, sentado en una estera, mantenía la cabeza gacha.

–¿Estás enfermo?

–Es mucho peor.

–¿Te han robado?

–Mirad mi mercancía y lo comprenderéis.

Fabricadas con arcilla del Medio Egipto, decoradas con guirnaldas de flores y pintadas de un azul luminoso, las jarras utilizadas para la conservación de los alimentos resultaban de notable eficacia. Kem examinó las inscripciones: agua, vino, pero no había ninguna de carne.

–No me la han servido –confesó el comerciante–; es un desastre.

–¿Explicaciones?

–Ninguna. El transportista ha viajado de vacío; jamás había sufrido semejante miseria!

–¿Algún caso parecido?

–¡Todos mis colegas! Algunos han podido vender los restos que les quedaban, pero nadie ha sido abastecido.

–Tal vez se trata de un simple retraso.

–Si no nos lo entregan mañana, os prometo un motín.

Kem no tomó el incidente a la ligera; nadie, rico o modesto, aceptaría semejante perturbación. La gente acomodada exigía carne para sus banquetes; los más humildes, pescado seco. El nubio se dirigió pues a los almacenes donde se centralizaban las jarras de carne.

Con las manos cruzadas a la espalda, el responsable contemplaba el Nilo.

–¿Qué ocurre?

–Hace ocho días que no llega mercancía.

–¡Y no lo habéis comunicado!

–Claro que si.

–¿A quién?

–Al funcionario del que dependo: el encargado de salazones.

–¿Dónde puedo encontrarlo?
–En su taller, junto a los mataderos del templo de Ptah.

Los matarifes discutían mientras bebían cerveza dulce. Por lo general, desplumaban las ocas y los patos colgados de una larga pértiga, los vaciaban, los salaban y los ponían en conserva en grandes jarras etiquetadas.
–¿Por qué estáis sin hacer nada? –preguntó Kem.
–Tenemos animales y jarras –respondió uno de ellos–, pero no sal. No sabemos nada más; dirigíos al responsable.
El encargado de la salazón, un hombrecillo rechoncho y casi calvo, estaba jugando a los dados con su ayudante. La aparición del jefe de policía y de su babuino le quitó las ganas de distraerse.
–No soy culpable –declaró con voz temblorosa.
–¿Os he acusado, tal vez?
–Si estáis aquí...
–¿Por qué no entregáis a los matarifes la sal que necesitan?
–¡Porque no tengo!
–Explicaos.
–Dispongo de dos fuentes de avituallamiento: el valle del Nilo y los oasis. Tras los grandes calores del verano, la espuma del dios Seth se solidifica en la superficie del suelo, junto al río. La tierra está cubierta de una capa blanca. Esta sal contiene fuego peligroso para las piedras de los templos; se recoge sin tardanza y se almacena. En Menfis utilizamos también la sal recogida en los oasis, pues fabricamos muchas conservas. Hoy, ya nada...
–¿Por qué?
–Los depósitos de sal del Nilo han sido sellados y ya no llegan las caravanas de los oasis.

Kem corrió a casa del visir, cuyo despacho estaba invadido por una decena de altos funcionarios coléricos. Cada uno de ellos quería hablar más alto que los demás; una deplorable cacofonía les servía de discurso. Finalmente, tras la firme intervención de Pazair, hablaron uno tras otro.
–¡Se paga el mismo precio por una piel no trabajada que por una piel trabajada! Los artesanos amenazan con dejar el trabajo si no intervenís para restablecer la diferencia.
–Las azadas entregadas a los cultivadores del dominio de la diosa Hator no sólo son defectuosas o frágiles, sino que, además, su precio se ha doblado. ¡Cuatro deben[3] en vez de dos!
–El más modesto par de sandalias cuesta tres deben, ¡el triple de su precio normal!; y no hablo de piezas lujosas.
–Una oveja: diez deben en vez de cinco; un buey cebado: doscientos en vez de cien. Si esta locura prosigue, no podremos alimentarnos.
–La pierna de toro resulta inabordable, incluso para los ricos.
–¡Y no hablemos de los recipientes de bronce y cobre! Mañana tendremos que cambiar todo un guardarropa para comprar uno solo.

---

[3] Un deben equivalía a noventa y un gramos de cobre; era un valor de referencia con el que se calculaba el importe de los productos

Pazair se levantó.

–Calmaos, os lo ruego.

–¡Visir de Egipto, este aumento de los precios es insoportable!

–Lo admito, pero ¿quién lo ha provocado?

Los altos funcionarios se miraron mutuamente; el más indignado tomó la palabra.

–Pero... ¡vos mismo!

–¿Mi sello ha sido colocado en directrices que apuntan en ese sentido?

–No, el vuestro no, el de la Doble Casa blanca. ¿Cuándo se ha visto que un visir esté en desacuerdo con su ministro de Economía?

Pazair comprendió el punto de vista de sus interlocutores. La trampa tendida por Bel-Tran era hábil: inflación artificial, descontento de la población, el visir acusado.

–He cometido un error y lo rectificaré; preparad un baremo de precios adecuado a la normalidad, lo ratificaré. Los aumentos excesivos serán sancionados.

–¿No seria preciso... cambiar el valor del deben?

–No es necesario.

–¡Los comerciantes se quejarán! Estaban enriqueciéndose gracias a este error.

–Su prosperidad no me parece comprometida. Apresuraos, os lo ruego; mis mensajeros irán mañana mismo a pueblos y ciudades para proclamar mis decisiones.

Los altos funcionarios se inclinaron y se retiraron. Kem contempló el gran despacho, lleno de estanterías que se doblaban bajo el peso de papiros y tablillas.

–Si comprendo bien –dijo el nubio–, nos hemos librado de una buena.

–Lo supe ayer por la noche –reveló Pazair–. He trabajado desde entonces para contener esa devastadora oleada. Bel-Tran intenta enojar a todo el mundo, demostrar que hago una política desastrosa y que el faraón ya no dirige el país. Evitaremos la catástrofe, pero comenzará de nuevo favoreciendo algunos oficios. Su objetivo es dividir, oponer los ricos a los pobres, esparcir el odio y utilizar en su beneficio esta energía negativa; deberemos mantener una vigilancia incesante. ¿Me traéis buenas noticias?

–Me temo que no.

–¿Un nuevo drama?

–No sirven sal.

Pazair palideció. La población podría carecer de conserva, de carne y pescados secos, los alimentos más corrientes.

–Sin embargo, la recolección fue abundante.

–Se han sellado las puertas de los almacenes.

–Vayamos a abrirlas.

Los sellos tenían el nombre de la Doble Casa blanca; en presencia de Kem y de dos escribas, el visir los rompió. Inmediatamente se levantó y firmó un acta. El propio encargado de la sal abrió las puertas.

–¡Qué humedad!

–La sal fue mal recogida y mal almacenada –comprobó Kem–; la mojaron con agua corrompida.

–Que la filtren –ordenó Pazair.
–No podrá salvarse casi nada.
Furioso, Pazair se volvió hacia el encargado.
–¿Quién ha estropeado la sal?
Lo ignoro. Cuando Bel-Tran la examinó la consideró inadecuada para el consumo y la conservación de los alimentos. Se redactaron informes con todos los requisitos exigidos.
El hombre temblaba ante la penetrante mirada del babuino; realmente no sabía nada más.

El servicio encargado del comercio con los oasis era un anejo del departamento de Estado que se ocupaba de las relaciones con los países extranjeros; aunque pertenecieran a territorio egipcio desde las primeras dinastías, aquellos lejanos parajes seguían resultando misteriosos para los habitantes del valle. Pero producían natrón, indispensable para la higiene y la momificación, y una sal de excelente calidad. Caravanas de asnos recorrían sin cesar las pistas, transportando pesados y preciosos fardos.
Un ex cazador de beduinos salteadores había sido puesto a la cabeza de aquella administración; con el rostro arrugado por el sol, la cabeza cuadrada y un poderoso pecho, conocía el valor del esfuerzo y del peligro.
La presencia del babuino lo inquietó.
–Sujetad a ese animal; sus cóleras son temibles.
–Matón ha prestado juramento –respondió Kem–; sólo la toma con los delincuentes.
El encargado de los oasis se ruborizó.
–Nadie ha puesto nunca en duda mi honestidad.
–¿No os habréis olvidado de saludar al visir de Egipto?
Inmediatamente, el hombre dobló el espinazo.
–¿Qué cantidad de sal hay en los almacenes?
–Muy poca. Hace varias semanas que los asnos de los oasis no entregan nada, ni aquí ni en Tebas.
–¿Y eso no te ha extrañado?
–Yo mismo di la orden de interrumpir cualquier comercio.
–¿Por tu propia iniciativa?
–Recibí órdenes.
–¿Bel-Tran?
–En efecto.
–¿Cuáles fueron sus razones?
–Que bajaran los precios. La gente del oasis se negó por completo, convencidos de que la Doble Casa blanca cambiaría sus decisiones; pero la situación se eterniza. Mis reclamaciones quedan sin respuesta; afortunadamente disponemos de la sal del valle.
–Afortunadamente –repitió Pazair, aterrado.

Afeitado, con una peluca que le cubría la mitad de la frente y vestido con una larga túnica, el devorador de sombras era irreconocible. Tirando de dos asnos por una larga cuerda se presentó a la puerta del dominio de Pazair que daba a las cocinas. Ofreció al intendente quesos frescos, yogur

salado y cremoso, conservado en una jarra, y cuajada con alumbre. Desconfiado primero, el intendente apreció la calidad de los productos.

Cuando se inclinó sobre el recipiente, el devorador de sombras lo derribó y arrastró su cuerpo al interior de la propiedad.

Por fin ponía manos a la obra.

CAPÍTULO 11

El devorador de sombras tenía un plano de la mansión del visir. No había dejado ninguna cosa al azar, por lo que sabía que a aquella hora los servidores estaban trabajando en la cocina, donde comían los jardineros. La ausencia del mono y de Kem, que acompañaban a Pazair por la ciudad, le permitía actuar corriendo un mínimo de riesgo.

Insensible a la naturaleza, el asesino quedó sin embargo deslumbrado por el lujuriante jardín. Cien codos de largo por doscientos de ancho[4], cultivos en terrazas, bancales recorridos por acequias, un huerto, un pozo, un estanque de recreo, un quiosco protegido de los vientos, una hilera de arbustos podados en forma de cono del lado del Nilo, una doble hilera de palmeras, una sombreada avenida, un cenador, amates de flores donde dominaban acianos y mandrágoras, una viña, higueras, sicómoros, tamariscos, palmeras datileras, perseas y ejemplares raros importados de Asia encantaban la vista y el olfato. Pero el hombre de las tinieblas no se demoró en aquel encantador lugar; rodeó el estanque donde florecían los lotos azules y se agachó para acercarse a la mansión.

Se detuvo, acechando el menor ruido; ni el asno ni el perro, que comían en el otro extremo de la propiedad, lo habían descubierto. Según el plano se hallaba a la altura de las habitaciones de invitados. Saltó por una ventana baja y penetró en el interior de una estancia rectangular, amueblada con una cama y unos arcones para las ropas; con su mano izquierda sujetaba el asa del cesto donde se agitaba la víbora negra.

Cuando salió de la habitación descubrió, como estaba previsto, una hermosa sala de cuatro columnas; el pintor había representado una decena de especies de pájaros de vivos colores retozando en un jardín. El asesino elegiría una ornamentación semejante para su futura morada.

Se inmovilizó. Retazos de conversación procedían de su derecha, del cuarto de baño, donde una sirvienta vertía un líquido tibio y perfumado sobre el cuerpo desnudo de Neferet. La dueña de la casa escuchaba las quejas de su criada, referentes a problemas familiares, e intentaba calmarla. Al devorador de sombras le hubiera gustado contemplar a la joven, cuya belleza lo fascinaba, pero su misión prevalecía sobre el placer. Retrocedió y abrió la puerta de una gran habitación; en unas mesillas había jarrones llenos de malvarrosas, acianos y lises. A la cabecera de las dos camas pudo ver cabezales de madera dorada; allí dormían Pazair y Neferet.

Cumplida su tarea, el devorador de sombras cruzó la sala de las cuatro columnas, pasó ante el cuarto de baño y penetró en una estancia oblonga, llena de redomas de diversos tamaños.

Era el laboratorio privado de Neferet.

---

[4] Unos cinco mil cuatrocientos metros cuadrados.

Cada remedio estaba identificado por su nombre, con las correspondientes indicaciones terapéuticas. No le costó nada descubrir lo que buscaba.

De nuevo oyó voces femeninas y el canto del agua que corría; los sonidos procedían de la estancia contigua. En la esquina superior izquierda de la pared descubrió un agujero que el yesero no había tapado todavía; sin poder resistirlo, se encaramó a un taburete y estiró el cuello.

La vio. De pie, Neferet recibía el agua deliciosa que vertía la sirvienta, encaramada en un banco de ladrillos bastante elevado con respecto a la dueña; terminada la ducha, la joven de sublime cuerpo se tendió en una banqueta de piedra. Quejándose de su marido y de sus hijos, la sirvienta le dio un suave masaje con ungüento en la espalda.

El devorador de sombras se sació del espectáculo; la última mujer de la que había abusado, Silkis, de robustas formas, era fea si se la comparaba con Neferet. Por un instante pensó en irrumpir en el cuarto de baño, estrangular a la sirvienta y violar a la suntuosa esposa del visir; pero no tenía tiempo.

De una caja en forma de nadadora desnuda que empujaba ante ella un pato, la sirvienta, con la yema del índice, recogió un poco de pomada y la extendió en la parte baja de la espalda de Neferet, para eliminar fatiga y contracturas. El devorador de sombras contuvo su deseo y abandonó la morada.

Cuando el visir cruzó la puerta de su propiedad, poco antes del ocaso, el intendente corrió hacia él.

–Señor, me han agredido! Esta mañana, a la hora en que pasan los vendedores ambulantes... El hombre se ha presentado como un quesero. He desconfiado, porque no lo conocía; pero la calidad de sus productos me ha tranquilizado. Y me ha dejado sin sentido.

–¿Has avisado a Neferet?

–He preferido no asustar a vuestra esposa y hacer mi propia investigación.

–¿Qué has descubierto?

–Nada preocupante. Nadie ha visto al individuo en la propiedad; se ha marchado tras haberme derribado. Sin duda quería robar y ha descubierto que su empresa estaba condenada al fracaso.

–¿Cómo te encuentras?

–Algo vacilante.

–Ve a descansar.

Pazair no compartía el optimismo de su intendente. Si el agresor era el misterioso asesino que había intentado suprimirlo varias veces, probablemente se había introducido en la casa. ¿Con qué intención?

Agotado por una dura jornada en la que no había podido recuperar el aliento, el visir sólo pensaba en encontrarse con Neferet. Avanzó de prisa por la avenida principal del jardín, bajo las copas de los sicómoros y las palmeras, admiró el ondular de las hojas. Le gustaba el sabor del agua de su pozo, de sus dátiles y sus higos. El rumor de los sicómoros evocaba la suavidad de la miel, el fruto de las perseas recordaba un corazón. Dios le concedía el privilegio de gozar de aquellas maravillas y, más aún, de compartirlas con la mujer a la que había amado con todo su ser desde el primer instante en que la vio.

Sentada bajo un granado, Neferet tocaba un arpa portátil de siete cuerdas; como ella, el árbol conservaba su belleza durante todo el año pues, en cuanto caía una flor, otra se abría. La voz, impostada en un tierno agudo, cantaba una antiquísima melopea que narraba la felicidad de unos amantes, fieles para siempre. Se acercó a ella y la besó en el cuello, en el lugar donde sus labios la hacían estremecerse.

–Te amo, Pazair.

–Más te amo yo.

–Te equivocas.

Se besaron con el ardor de la juventud.

–Tienes mal aspecto –observó ella.

–De nuevo el resfriado y la tos.

–Cansancio y ansiedad.

–Estas últimas horas han sido difíciles; hemos rozado dos grandes catástrofes.

–¿Bel-Tran?

–Sin duda alguna. Ha organizado un aumento de precios para sembrar tumultos en la población y ha interrumpido el comercio de sal.

–Por eso nuestro intendente no ha encontrado conservas de oca; ¿y el pescado seco?

–En Menfis se han agotado las existencias.

–Te considerarán el responsable.

–Es la regla.

–¿Qué piensas hacer?

–Volver inmediatamente a la normalidad.

–Para los precios bastará un decreto... ¿Pero y la sal?

–No todos los almacenes han sido afectados por la humedad; las caravanas saldrán otra vez, muy pronto, de los oasis. Además, he abierto las reservas del faraón, en el delta, Menfis y Tebas. No careceremos mucho tiempo de conservas; para apaciguar los espíritus, los graneros reales distribuirán alimentos gratuitos durante algunos días, como en períodos de hambruna.

–¿Y los comerciantes?

–A título de indemnización recibirán algunas telas.

–Por lo tanto, se ha restablecido la armonía.

–Hasta el próximo ataque de Bel-Tran; no dejará de acosarme.

–¿No ha cometido faltas?

–Afirma que ha actuado en interés de la Doble Casa blanca y, por lo tanto, del faraón; aumentar el precio de los géneros y obligar a los vendedores de sal a bajar los suyos habría enriquecido al Tesoro.

–Y empobrecido al pueblo.

–Bel-Tran no se preocupa por ello; prefiere aliarse con los ricos, cuyo apoyo le será indispensable cuando tome el poder. A mi entender, sólo se trata de escaramuzas destinadas a comprobar mi capacidad de reacción. Puesto que domina el sistema económico mucho mejor que yo, tal vez sus próximos golpes sean decisivos.

–No seas tan pesimista; la fatiga es causa de esta pasajera desesperación. Un buen médico te curará.

–¿Conoces algún remedio?

–La sala de unciones.

Pazair se dejó conducir, como si descubriera el lugar. Tras haberse lavado los pies y las manos, se quitó el traje de función y el paño, y luego se tendió en un banco de piedra. Las manos de la médico en jefe del reino le dieron un suave masaje, eliminaron los dolores de espalda y las rigideces de la nuca. Cuando se volvió de lado Pazair contempló a Neferet; su vestido de lino muy fino apenas ocultaba sus formas, su cuerpo estaba impregnado de perfume. La atrajo hacia si.

–No tengo derecho a mentirte, ni siquiera por omisión. Nuestro intendente ha sido agredido, esta mañana, por un falso quesero; no lo ha identificado y nadie ha visto al hombre después de su fechoría.

–El hombre que intentó eliminarte y al que Kem no ha identificado todavía.

–Es probable.

–Modificaremos el menú previsto para esta noche –decidió Neferet, recordando que el misterioso asesino había intentado matar a Pazair con un pescado envenenado.

La sangre fría de su esposa dejaba maravillado a Pazair. El deseo que crecía en él lo impulsaba a olvidar angustias y peligros.

–¿Has renovado las flores de nuestra alcoba?

–¿Quieres admirarlas?

–Es mi más ferviente deseo.

Tomaron el pasadizo que llevaba de la sala de unciones a la habitación; Pazair desnudó a Neferet, muy lentamente, cubriéndola de enfebrecidos besos. Cada vez que hacían el amor contemplaba sus tiernos labios, su esbelto cuello, sus pechos firmes y redondos, sus finas caderas, sus delgadas piernas, y agradecía al cielo que le ofreciera tan enloquecida felicidad. Neferet respondió a su ardor y juntos conocieron el secreto goce que la diosa Hator, soberana del amor, dispensaba a sus fieles.

La vasta morada estaba silenciosa. Pazair y Neferet descansaban cogidos de la mano; un extraño ruido intrigó al visir.

–¿No has oído una especie de bastonazo?

Neferet aguzó el oído; el ruido se repitió y, luego, volvió la quietud. La muchacha se concentró; lejanos recuerdos volvían poco a poco a su memoria.

–A mi derecha –indicó Pazair.

Neferet encendió la mecha de una lámpara de aceite. En el lugar que el visir señalaba había un arcón para la ropa que contenía sus paños.

Se disponía a levantar la tapa cuando la escena apareció en la memoria de Neferet. Lo asió del brazo derecho y le obligó a retroceder.

–Llama a un sirviente, pídele que venga con un bastón y un cuchillo. Ya sé lo que ha venido a hacer el falso quesero.

Recordaba cada uno de los instantes de la prueba durante la que había tenido que atrapar una serpiente y extraer su veneno para preparar un remedio. Cuando golpeaba con la cola las paredes del cesto en el que estaba encerrada producía el sonido que Pazair y ella acababan de escuchar.

Pazair regresó con el intendente y un jardinero.

–Tened cuidado –recomendó Neferet–; en este arcón hay un reptil encolerizado.

El intendente levantó la tapa con el extremo de un largo bastón; apareció la sibilante cabeza de una víbora negra. El jardinero, acostumbrado a luchar con este tipo de indeseables huéspedes, la cortó en dos.

Pazair estornudó varias veces y sufrió un acceso de tos.

–Voy a buscar tu remedio.

Ni el uno ni el otro habían tocado la suculenta cena que les había preparado el cocinero; Bravo, en cambio, había hecho honor a las costillas de cordero asadas. Saciado, con el hocico apoyado en sus patas cruzadas, tomaba un merecido descanso a los pies de su dueño.

En su laboratorio, lleno de redomas de madera, marfil, cristal multicolor y alabastro, que tenían formas tan variadas como la de una granada, un loto, un papiro o un pato, Neferet eligió la poción a base de brionia que disiparía la congestión casi crónica que sufría Pazair.

–Mañana mismo –anunció el visir– ordenaré a Kem que haga custodiar nuestra mansión por hombres seguros. Este tipo de incidentes no volverá a producirse.

Neferet puso diez gotas en una copa y añadió agua.

–Bébetelo; dentro de una hora tomarás de nuevo la misma cantidad.

Pensativo, Pazair tomó la copa.

–Ese asesino debe de estar a sueldo de Bel-Tran; ¿fue uno de los conjurados que violaron la gran pirámide? No lo creo. Es un elemento exterior a la maquinación propiamente dicha. Lo que permite suponer que existen otros...

Bravo gruñó mostrando los dientes.

El acontecimiento dejó estupefacta a la pareja; el perro nunca se había comportado así con ellos.

–Tranquilízate –ordenó el visir.

Bravo se irguió sobre sus patas y gruñó de nuevo.

–¿Qué te ocurre?

El bastardo dio un salto y mordió a Pazair en la muñeca. Atónito, soltó la copa y levantó el puño.

Neferet, lívida, se interpuso.

–¡No le pegues! Creo que he comprendido...

Con los ojos llenos de amor, Bravo lamió las piernas de su dueño.

La voz de Neferet tembló.

–No es el olor de la tintura de brionia. El asesino ha sustituido tu poción habitual por un veneno robado en el hospital. Yo iba a matarte al querer curarte.

CAPÍTULO 12

Pantera estaba asando una liebre, Suti terminaba de fabricar un improvisado arco de madera de acacia. Se parecía a su arma preferida, capaz de lanzar flechas a sesenta metros en tiro directo y a más de ciento cincuenta metros en tiro parabólico. Ya en su adolescencia, Suti había dado pruebas de un don excepcional para alcanzar blancos lejanos y minúsculos.

Rey de su modesto oasis, rico en agua pura, suculentos dátiles y caza que acudía a beber, se sentía feliz. A Suti le gustaba el desierto, su poderío, su fuego devorador que arrastraba el pensamiento hacia el infinito. Durante largas horas, contemplaba los amaneceres y las puestas de sol, los imperceptibles movimientos de las dunas, la danza de la arena acompasada por el viento. Zambulléndose en el silencio, comulgaba con la ardiente inmensidad donde el sol reinaba como único señor. Suti tenía la sensación de alcanzar el absoluto, más allá de los dioses; ¿era necesario abandonar aquel desconocido pedazo de tierra olvidado por los hombres?

–¿Cuándo nos iremos? –preguntó Pantera acurrucándose contra él.

–Tal vez nunca.

–¿Piensas instalarte aquí?

–¿Por qué no?

–¡Es el infierno, Suti!

–¿Qué nos falta?

–¿Y nuestro oro?

–¿No eres feliz?

–Esta felicidad no me basta; quiero ser rica y mandar un ejército de servidores en una inmensa propiedad. Me servirás vino de calidad, me ungirás las piernas con aceite perfumado y te cantaré canciones de amor.

–¿Hay propiedad más grande que el desierto?

–¿Dónde están los jardineros, los lagos de recreo, las orquestas, las salas de banquete, los...?

–Cosas que no necesitamos en absoluto.

–¡Dilo por ti! Vivir como una mendiga me repugna; ¡no te arranqué de tu prisión para pudrirme en ésta!

–Nunca fuimos más libres. Mira a tu alrededor: ningún intruso, ningún parásito, el mundo en su belleza y su verdad. ¿Por qué alejarse de semejante esplendor?

–Tu detención te ha debilitado mucho.

–No desdeñes mis palabras; me he enamorado del desierto.

–¿Y yo ya no cuento?

–Tú eres una libia en fuga, la enemiga hereditaria de Egipto.

–¡Monstruo, tirano!

Lo molió a puñetazos; Suti la agarró por los antebrazos y la tumbó de espaldas. Pantera se debatía, pero él fue más fuerte.

–O aceptas ser mi esclava de las arenas, o te repudio.

–No tienes ningún derecho sobre mí; antes morir que obedecerte.

Vivían desnudos, protegiéndose del sol en las horas más cálidas y disfrutando de la sombra de las palmeras y el follaje; cuando el deseo se apoderaba de ellos, sus cuerpos se unían con una pasión que se renovaba sin cesar.

–¡Estás pensando en aquella zorra, en tu esposa legítima, en Tapeni!

–A veces sí, lo reconozco.

–Me eres infiel con el pensamiento.

–Desengáñate; si tuviera a la señora Tapeni al alcance de la mano, la ofrecería a los demonios del desierto.

Pantera, súbitamente inquieta, frunció el entrecejo.

–¿Los has visto?

–Por la noche, mientras duermes, observo la cima de la gran duna. Aparecen por allí. Uno tiene cuerpo de león y cabeza de serpiente, otro cuerpo de león alado y cabeza de halcón, el tercero un hocico puntiagudo, con grandes orejas y cola bífida[5]. Ninguna flecha puede alcanzarlos, ningún lazo capturarlos, ningún perro perseguirlos.

–Te burlas de mi.

–Estos demonios nos protegen; tú y yo somos de su raza, indomables y feroces.

–Has soñado, esas criaturas no existen.

–Pues tú sí que existes.

–Libérame; eres demasiado pesado.

–¿Estás segura?

Él la acarició.

–¡No! –aulló la muchacha echándolo hacia un lado.

El filo del hacha se hundió en el suelo, a pocos centímetros del lugar donde estaban segundos antes, rozando la sien de Suti.

Con el rabillo del ojo descubrió al agresor, un nubio de gran tamaño que recuperaba el mango de su arma y, de un salto, se colocaba frente a su presa.

Sus miradas se cruzaron, preñadas de la muerte del otro; las palabras estaban de más.

El nubio hizo molinetes con el hacha; sonreía, seguro de su fuerza y de su habilidad, obligando a retroceder a su adversario.

La espalda de Suti chocó con el tronco de una acacia. El nubio levantó su arma en el momento en que Pantera lo agarraba por el cuello; subestimando la fuerza de la muchacha, intentó apartarla con un codazo en el pecho. Indiferente al sufrimiento, ella le reventó un ojo. Aullando de dolor intentó golpearla con el hacha, pero Pantera había soltado la presa y rodaba por el suelo.

Con la cabeza por delante, Suti golpeó el vientre del negro y lo derribó. Pantera lo estranguló con un palo.

---

[5] Los animales fantásticos que pueblan el desierto están representados, especialmente, en las tumbas de los nobles de la necrópolis BaniHassan, en el Egipto Medio

El nubio agitó los brazos, pero no consiguió liberarse. Suti permitió que su amante concluyera sola la victoria. Su enemigo murió asfixiado, con la laringe aplastada.

–¿Iba solo? –preguntó angustiada.

–Los nubios cazan en grupo.

–Me temo que tu querido oasis se convertirá en un campo de batalla.

–Eres realmente un demonio; tú has quebrado mi paz atrayéndolos aquí.

–¿No tendríamos que largarnos en seguida?

–¿Y si estuviera solo?

–Acabas de decir lo contrario. No te hagas ilusiones y marchémonos.

–¿Hacia dónde?

–Hacia el norte.

–Los soldados egipcios nos detendrán; deben de estar desplegados por toda la región.

–Si me sigues, escaparemos y recuperaremos nuestro oro.

Pantera manifestó su entusiasmo abrazando a su amante.

–Te habrán olvidado, te creen perdido, tal vez muerto; atravesaremos sus líneas, evitaremos las fortalezas y seremos ricos.

El peligro había excitado a la libia; sólo los brazos de Suti la calmarían. El joven habría respondido de buena gana a sus deseos si su mirada no hubiera percibido un movimiento insólito en la cima de la gran duna.

–Ahí llegan los demás –murmuró.

–¿Cuántos?

–No lo sé; avanzan arrastrándose.

–Pasaremos por el camino del antílope.

Pantera se desengañó al advertir la presencia de varios nubios agazapados detrás de las rocas redondeadas en su parte superior.

–Hacia el sur, entonces.

También aquella dirección les estaba prohibida; el enemigo rodeaba el oasis.

–He fabricado veinte flechas –recordó Suti–; no bastarán.

El rostro de Pantera se ensombreció.

–No quiero morir.

Él la estrechó en sus brazos.

–Derribaré los que pueda apostándome en la copa del árbol más alto. Permitiré que uno de ellos entre en el oasis; tú lo eliminarás con el hacha, tomarás su carcaj y me lo traerás.

–No tenemos ninguna posibilidad de lograrlo.

–Confío en ti.

Suti los vio desde su promontorio. Eran alrededor de cincuenta hombres, unos armados de bastones, otros con arcos y flechas. Escapar de ellos sería imposible. Lucharía hasta el fin y mataría a Pantera antes de que fuera violada y torturada. Su última flecha sería para ella.

Lejos, por detrás de los nubios, en la cresta de una duna, el antílope que los había conducido luchaba contra un viento cada vez más violento; lenguas de arena se desprendían del montículo y volaban hacia el cielo. De pronto, el antílope desapareció.

Tres guerreros negros corrieron aullando. Suti tensó su arco, apuntó por instinto y disparó tres veces. Los hombres cayeron, con el rostro en el suelo y el pecho atravesado.

Les sucedieron otros tres. El joven hirió a dos; el tercero, loco de rabia, entró en el oasis. Disparó una flecha hacia la copa del árbol, fallando por poco; Pantera se arrojó sobre él, ambos cuerpos entremezclados salieron del campo de visión de Suti. No se oyó ni un solo grito.

El tronco se movió; alguien trepaba. Suti blandió su arco.

Del follaje de la acacia emergió una mano que sujetaba un carcaj lleno de flechas.

–¡Lo tengo! –gritó Pantera, temblorosa.

Suti la izó a su lado.

–¿No estás herida?

–He sido más rápida que él.

No tuvieron tiempo para congratularse; lanzaban ya otro asalto. Pese a lo rudimentario de su arco, Suti no careció de precisión. Sin embargo tuvo que disparar dos veces para alcanzar a un arquero que les apuntaba.

–El viento –explicó.

Las ramas comenzaban a moverse por efecto de la reciente tempestad; el cielo se volvió cobrizo, el aire se llenó de polvo. Un ibis, atrapado por la tormenta, fue arrojado al suelo.

–Bajemos –exigió Suti. Los árboles gemían emitiendo siniestros rugidos; las palmas arrancadas fueron aspiradas por un torbellino amarillo.

Cuando Suti llegó al suelo, un nubio, con el hacha levantada, se abalanzó contra él.

El soplo del desierto era tan fuerte que frenó el gesto del negro; sin embargo, el filo abrió el hombro izquierdo del egipcio que, con ambos puños unidos, rompió la nariz de su enemigo.

La borrasca los separó, el nubio desapareció.

La mano de Suti tomó la de Pantera; si lograban escapar de los nubios, la terrorífica cólera del desierto no los respetaría.

La arena, en oleadas de inaudita violencia, abrasó sus ojos y los inmovilizó. Pantera soltó el hacha, Suti el arco; se agacharon al pie de una palmera cuyo tronco apenas veían. Ni ellos ni sus agresores eran capaces ya de moverse.

El viento aullaba, el suelo parecía huir bajo sus pies, el cielo había desaparecido. Pegados el uno al otro, cubiertos por un sudario de granos tornasolados que les azotaba la piel, el egipcio y la libia se sintieron perdidos en medio de un océano desencadenado.

Al cerrar los párpados, Suti pensó en Pazair, su hermano en espíritu. ¿Por qué no había acudido en su ayuda?

CAPÍTULO 13

Kem paseaba por los muelles del puerto de Menfis presenciando la descarga de mercancías y el embarque de géneros hacia el Alto Egipto, el delta o países extranjeros. Las entregas de sal se habían reanudado, la naciente cólera de la población se apaciguaba. Sin embargo, el nubio seguía inquieto; persistían extraños rumores sobre la declinante salud de Ramsés y la decadencia del país.

El jefe de policía estaba furioso contra sí mismo; ¿por qué no lograba identificar al hombre que intentaba matar a Pazair?

Ciertamente, ya no podría penetrar en la propiedad del visir, gracias al imponente dispositivo policial que actuaba día y noche; pero Kem no disponía de la menor pista. Ninguno de sus informadores le había proporcionado un indicio serio. El criminal trabajaba solo, sin ayuda, sin confiar en nadie; hasta el momento, aquella estrategia actuaba en su favor. ¿Cuándo iba a cometer un error, cuándo dejaría algún rastro significativo?

El babuino policía, a diferencia de su colega, no cambiaba de humor. Tranquilo, con la mirada al acecho, el simio no perdía ni un solo detalle de las escenas que se desarrollaban a su alrededor. Matón se inmovilizó ante la Casa del pino, la administración encargada del transporte de la madera. Sensible a las más ínfimas reacciones del mono, Kem no tiró de él. Los enrojecidos ojos de Matón se habían clavado en un hombre impaciente que subía a bordo de un enorme barco de transporte cuyo cargamento estaba protegido por grandes telas. Alto, muy nervioso, vestido con un manto de lana roja, arengaba a los marinos y les ordenaba que se apresuraran; ¿por qué estaría incitando a los cargadores en vez de celebrar los ritos de partida? Kem entró en el edificio central de la Casa del pino, donde unos escribas detallaban los cargamentos y registraban los movimientos de los barcos en unas tablillas de madera. El jefe de policía se dirigió a uno de sus amigos, un vividor originario del delta.

–¿Adónde va ese barco?

–Al Líbano.

–¿Qué transporta?

–Jarras para agua y odres.

–¿Es el capitán, ese que tiene tanta prisa?

–¿De quién estás hablando, Kem?

–Del hombre que viste un manto de lana rojo.

–Es el armador.

–¿Y siempre está tan tenso?

–Por lo general es un personaje más bien discreto; tu mono ha debido de asustarlo.

–¿De quién depende?

–De la Doble Casa blanca.

Kem salió de la Casa del pino; el babuino se había instalado al pie de la pasarela, impidiendo que el armador abandonara el navío. Intentó escapar saltando al muelle, a riesgo de romperse el cuello; pero el mono lo alcanzó y lo derribó en cubierta.

–¿Por qué tienes tanto miedo? –preguntó Kem.

–¡Va a estrangularme!

–Si contestas, no lo hará.

–El barco no me pertenece. Dejadme marchar.

–Eres responsable de la mercancía; ¿por qué estás cargando jarras y odres en el sector de la Casa del pino?

–Los demás muelles están llenos.

–No es cierto.

El babuino retorció la oreja al armador.

–Matón detesta a los mentirosos.

–Las lonas... ¡Levantad las lonas!

Mientras el babuino vigilaba al sospechoso, Kem siguió el consejo. Fue un hallazgo en verdad sorprendente. Troncos de pinos y cedros, tablas de acacia y sicómoro.

Kem se sintió muy contento; esta vez, Bel-Tran había dado un paso en falso.

Neferet descansaba en la terraza de la mansión; se recuperaba poco a poco de la terrible impresión que había sufrido y seguía teniendo pesadillas. Había comprobado el contenido de las pociones que se conservaban en su laboratorio particular, temiendo que el asesino hubiera vertido veneno en otras redomas; pero se había limitado al remedio destinado a Pazair.

El visir, cuidadosamente afeitado por un excelente barbero, besó con ternura a su esposa.

–¿Cómo estás esta mañana?

–Mucho mejor; vuelvo al hospital.

–Kem acaba de enviarme un mensaje; afirma tener una buena noticia.

Ella se lanzó a su cuello.

–Te lo ruego, acepta que te protejan durante tus desplazamientos.

–Tranquilízate; Kem me ha enviado su babuino.

El jefe de policía había perdido su legendaria calma; se palpaba la nariz de madera con insólito nerviosismo.

–Ya tenemos a Bel-Tran –anunció–; me he tomado la libertad de convocarlo inmediatamente. Cinco policías lo llevan a vuestro despacho.

–¿Es sólido el expediente?

–He aquí mis observaciones.

Pazair conocía perfectamente la legislación que regulaba el comercio de la madera. De hecho, Bel-Tran había cometido una grave falta que se castigaba con severas sanciones. Sin embargo, su aire irónico no revelaba ninguna inquietud.

–¿Por qué ese despliegue de fuerza? –se extrañó–. Que yo sepa, no soy un bandido.

–Sentaos –propuso Pazair.

–No tengo ganas; mi trabajo me espera.

–Kem acaba de requisar un barco de carga con destino al Líbano fletado por un armador que depende de la Doble Casa blanca, de vos, por lo tanto.

–No es el único.

–Según la costumbre, los cargamentos destinados al Líbano contienen jarros de alabastro, vajillas, piezas de lino, pieles de buey, rollos de papiro, cables, lentejas y pescado seco, a cambio de la madera que nos hace falta y que ese país nos envía.

–No me decís nada nuevo.

–¡Pues ese barco habría transportado troncos de cedro y pino, e incluso tablas hechas con nuestras acacias y sicómoros, cuya exportación está prohibida! Dicho de otro modo, estabais expidiendo de nuevo el material que ya habíamos pagado y nos hubiera faltado madera para nuestros navíos, para los mástiles erigidos ante las puertas de nuestros templos y para nuestros sarcófagos.

Bel-Tran no perdió la sangre fría.

–No domináis el asunto. Las tablas fueron encargadas por el príncipe de Biblos para los ataúdes de sus cortesanos; aprecia mucho la calidad de nuestras acacias y nuestros sicómoros. ¿Acaso un material egipcio no es prenda de eternidad? Negárselo hubiera sido una grave injuria y un error político, de nefastas consecuencias para nuestra economía.

–¿Y los troncos de cedro y pino?

–El joven visir no está informado de las sutilezas técnicas que rigen nuestros intercambios. El Líbano se compromete a proporcionarnos maderas resistentes a los hongos y los insectos; éstas no lo eran. Por eso he ordenado que se devolviera el cargamento. Los expertos han confirmado los hechos. Los documentos están a vuestra disposición.

–Expertos de la Doble Casa blanca, supongo.

–La opinión general es que son los mejores. ¿Puedo marcharme?

–No me engañáis, Bel-Tran; habéis organizado un tráfico con el Líbano para enriqueceros y beneficiaros con el apoyo de una de nuestras relaciones comerciales más importantes. Voy a poner fin a este asunto; en adelante, la importación de madera dependerá sólo de mi.

–Como queráis; si seguís así pronto os aplastará el peso de tantas responsabilidades. Pedidme una silla de manos, os lo ruego; tengo prisa.

Kem estaba aterrado.

–Perdonadme; os he puesto en ridículo.

–Gracias a vos hemos suprimido uno de sus poderes –estimó Pazair.

–Ese monstruo tiene tantas cabezas... ¿Cuántas tendremos que cortar antes de debilitarlo?

–Las que sean necesarias. Redactaré un decreto ordenando a los jefes de provincia que planten decenas de árboles para que sea posible descansar a su sombra. Además, no se cortará ningún árbol sin mi autorización.

–¿Qué pretendéis?

–Devolver la confianza a los egipcios abrumados por los rumores. Demostrarles que el porvenir es risueño como el follaje.

–¿Y vos lo creéis?

–¿Lo dudáis?

–No sabéis mentir, visir de Egipto. Bel-Tran aspira al trono, ¿no es cierto?

Pazair se mantuvo silencioso.

–Comprendo que mantengáis la boca sellada; pero no me impediréis escuchar mi intuición. Estáis librando un combate a vida o muerte y no tenéis posibilidad alguna de vencer. El asunto está podrido desde el comienzo, y tenemos las manos atadas. Ignoro por qué, pero permaneceré a vuestro lado.

Bel-Tran se felicitó por su prudencia; afortunadamente se rodeaba de eficaces precauciones y sobornaba a bastantes funcionarios para permanecer fuera de alcance, fuera cual fuese la naturaleza del ataque y su origen. El visir había fracasado y volvería a fracasar. Aunque averiguara ciertas estrategias, Pazair obtendría sólo irrisorias victorias.

Bel-Tran era seguido por tres servidores que llevaban los regalos destinados a Silkis: un costoso ungüento para engrasar y perfumar los cabellos de sus pelucas; un cosmético compuesto de polvo de alabastro, miel y natrón rojo, que suavizaría su piel; una buena cantidad de comino de primera calidad, remedio contra las indigestiones y los cólicos.

La camarera de Silkis parecía despechada. A Bel-Tran debería haberle recibido su esposa, y darle un masaje en los pies.

–¿Dónde está?

–Vuestra esposa está acostada.

–¿Qué le pasa ahora?

–Los intestinos.

–¿Qué le habéis dado?

–Lo que me ha pedido: una pequeña pirámide rellena con dátiles y una infusión de cilantro. La medicación no le hace efecto.

La habitación había sido aireada y fumigada; Silkis, muy pálida, se retorcía de dolor. Cuando vio a su marido hizo algunos melindres.

–¿Qué excesos has cometido ahora?

–Ninguno, una simple golosina... Mis males se agravan, querido.

–Mañana por la noche tendrás que estar de pie, y radiante; he invitado a varios jefes de provincia y tendrás que hacer los honores.

–Neferet sabría cuidarme.

–Olvida a esa mujer.

–Me prometiste que...

–No te prometí nada. Pazair no se doblega; prosigue empecinadamente el combate, el muy fantoche. Implorar a su esposa seria una debilidad por nuestra parte, una debilidad inaceptable.

–¿Ni siquiera para salvarme?

–No estás tan enferma. Se trata de una simple indisposición. Llamaré ahora mismo a varios médicos; piensa sólo en estar bien mañana por la noche y en seducir a unos hombres importantes.

Neferet conversaba con un anciano de piel curtida y arrugada; voluble, le mostraba un recipiente de terracota hacia el que la muchacha se inclinaba con interés.

Al acercarse, Pazair reconoció al apicultor, que había sido injustamente condenado al penal de donde él lo había sacado.

El anciano se levantó y saludó.

–¡Visir de Egipto! Qué alegría veros...! Entrar en vuestra casa no ha sido tarea fácil. Me han hecho mil preguntas, han comprobado mi identidad e, incluso, registrado mis recipientes de miel.

–¿Cómo están las abejas del desierto?

–Estupendamente; por eso estoy aquí. Probad este celestial alimento. Los dioses, a quienes el mal comportamiento de los humanos amargaba a menudo, recuperaban la alegría comiendo miel, según afirmaban las leyendas. Cuando habían caído a la tierra, las lágrimas de Ra se habían transformado en abejas, alquimistas encargadas de convertir la vegetación en oro comestible.

El sabor sorprendió a Pazair.

–Nunca vi una cosecha semejante –indicó el apicultor–. En cantidad y en calidad.

–Todos los hospitales recibirán su provisión –intervino Neferet–, y conseguiremos abundantes reservas.

Excipiente suavizante, la miel era utilizada en terapéutica del ojo, para cuidar los vasos y pulmones, servía en ginecología y entraba en la composición de numerosos remedios. Los enfermeros la utilizaban en la mayor parte de los apósitos.

–Espero que la médico en jefe del reino no quede cruelmente decepcionada –añadió el anciano.

–¿Qué temes? –preguntó Pazair.

–Las noticias circulan de prisa; desde que se conoce la abundancia de la cosecha, la porción del desierto donde trabajo con mis ayudantes ya no está tan tranquila como antaño. Nos observan mientras tomamos los fragmentos de panal e introducimos la miel en jarras selladas con cera. Cuando nuestra tarea haya terminado, temo que nos ataquen y desvalijen.

–¿No os vigila la policía?

–Efectivos insuficientes; mi cosecha supone una verdadera fortuna y serían incapaces de defenderla.

Sin duda, Bel-Tran debía de estar informado; privar a los hospitales de aquella sustancia provocaría una grave crisis.

–Avisaré a Kem; el transporte se realizará con absoluta seguridad.

–¿Sabes qué día es hoy? –interrogó Neferet.

Pazair se mantuvo silencioso.

–La antevíspera de la fiesta del jardín.

El rostro del visir se iluminó.

–La diosa Hator habla por tu voz; vamos a distribuir felicidad.

La mañana de la fiesta del jardín, las prometidas y las recién casadas plantaron un sicómoro en los jardines. En las plazas de las ciudades y los pueblos, a orillas del río, se regalaban pasteles y ramilletes de flores, y se bebía cerveza. Tras haberse frotado con ungüento, las hermosas bailaron al son de las flautas, las arpas y los tamboriles. Muchachos y muchachas hablaron de amor, los ancianos cerraron los ojos.

Cuando los escribas entregaron a los alcaldes las jarras de miel, los nombres del visir y del faraón fueron aclamados. ¿No era la abeja uno de los símbolos del rey de Egipto? De excesivo precio para la mayoría de las

familias, el oro comestible era un sueño casi inaccesible. Un sueño que podrían saborear durante aquel día de fiesta, celebrado bajo la protección de Ramsés el Grande.

Desde su terraza, Neferet y Pazair oían encantados los ecos de los cantos y las danzas. Las bandas armadas que se disponían a atacar los convoyes de miel habían sido detenidas por la policía. El viejo apicultor banqueteaba con sus amigos, afirmando que el país estaba bien gobernado y que la miel de la fiesta disiparía la desgracia.

CAPÍTULO 14

El oasis estaba destruido. Palmeras decapitadas, acacias destrozadas, troncos partidos, ramas arrancadas, manantial cegado, dunas despanzurradas, montículos de arena cubriendo todas las pistas... Los alrededores eran sólo desolación.

Cuando Suti entreabrió los ojos no reconoció su puerto de paz y se preguntó si habría llegado a las regiones tenebrosas, donde no penetra el sol. Flotaba en el aire tanto polvo amarillento que la luz no conseguía penetrarlo.

En su hombro izquierdo despertó el sufrimiento, en el lugar herido por el filo del hacha; extendió las piernas, tan doloridas que le parecieron rotas. Pero sólo estaban arañadas. A su lado había dos nubios aplastados por el tronco de una palmera. Uno de ellos, en una irrisoria rigidez, blandía todavía su puñal.

¿Dónde estaba Pantera? Aunque sus pensamientos estuvieran enmarañados, Suti recordó el ataque de los nubios, el inicio de la tempestad, la violencia del viento, la súbita locura del desierto. Ella estaba a su lado cuando la borrasca los había separado. A cuatro patas, jadeante, excavó.

La libia había desaparecido. No renunció; no abandonaría aquel maldito lugar sin la mujer que le había devuelto la libertad.

Registró cada rincón, movió otros cadáveres de negros y levantó una enorme palmera. Pantera parecía una muchacha dormida, soñando con un apuesto cortejador.

No había en su cuerpo desnudo rastro de herida, aunque luciera un soberbio chichón en la nuca. Suti le dio un masaje en los globos oculares haciéndola volver suavemente en si.

–¿Estás... vivo?

–Tranquilízate, sólo estás aturdida.

–¡Mis brazos, mis piernas!

–Doloridos, pero intactos.

Infantil, la muchacha lo abrazó.

–¡Pronto, salgamos de aquí!

–No sin agua.

Durante largas horas, Suti y Pantera trabajaron para despejar el pozo. Tuvieron que limitarse a un agua lodosa y acre, con la que llenaron dos odres. Luego, Suti fabricó un nuevo arco y unas cincuenta flechas. Tras un sueño reparador, vestidos con los harapos tomados de los cadáveres para protegerse del frescor nocturno, partieron hacia el norte, bajo el manto de la noche estrellada.

La resistencia de Pantera dejaba pasmado a Suti. Haber escapado de la nada le proporcionaba una nueva energía, el empeño de reconquistar su oro y ser una mujer acomodada, respetable y respetada, capaz de satisfacer todos sus caprichos. No creía en otro destino que el que ella misma se fabricaba, segundo a segundo, y desgarraba el tejido de su existencia a mordiscos, proclamando la desnudez de su alma con perfecto impudor. No temía nada salvo su propio miedo, al que ahogaba sin piedad.

Sólo autorizaba algún breve alto, velaba por las raciones de agua, elegía la dirección y el camino, en un caos de rocas y dunas. Suti se dejaba guiar, absorto por aquel conmocionado paisaje; actuaba en él como si fuera un hechizo y lo llenaba con su magia. Resistir habría sido inútil; viento, sol y calor creaban una patria cuyos contornos apreciaba.

Pantera permanecía siempre alerta; al aproximarse a las líneas egipcias aumentó su vigilancia. Suti se puso nervioso; ¿no estaría alejándose de la verdadera libertad, de la inmensidad donde le gustaba vivir con la nobleza del antílope?

Mientras llenaban sus odres en un manantial, señalado por un círculo de piedras, aparecieron más de cincuenta guerreros nubios, armados con palos, espadas cortas, arcos y hondas, y los rodearon. Ni Pantera ni Suti los habían oído acercarse.

La libia apretó los puños; fracasar así la trastornaba.

–Luchemos –murmuró.

–Es inútil.

–¿Qué recomiendas?

Suti volvió lentamente la cabeza: no había posibilidad de fuga. Ni siquiera habría tenido tiempo de tensar el arco.

–Los dioses prohíben el suicidio; si lo deseas, te estrangularé antes de que me destrocen el cráneo. Te violarán del modo más abominable.

–Los exterminaré.

El cerco se cerró.

Suti decidió abalanzarse contra dos colosos que avanzaban uno junto a otro; al menos, moriría combatiendo.

Un nubio de edad avanzada lo interpeló.

–¿Exterminaste tú a nuestros hermanos?

–El desierto y yo.

–Eran valientes.

–Yo también lo soy.

–¿Cómo lo hiciste?

–Mi arco me salvó.

–Mientes.

–Déjame utilizarlo.

–¿Quién eres?

–Suti.

–¿Egipcio?

–Sí.

–¿Qué buscabas en nuestro país?

–Me he fugado de la fortaleza de Tjaru.

–¿Fugado?

–Estaba prisionero.

–Sigues mintiendo.
–Me habían encadenado a una roca, en medio del Nilo, para servir de cebo a tus semejantes.
–Eres un espía.
–Me ocultaba en el oasis cuando los tuyos se lanzaron al ataque.
–Si la gran tempestad no se hubiera producido, te habrían vencido.
–Ellos han muerto, yo vivo.
–Eres orgulloso.
–Si pudiera enfrentarme con vosotros, uno a uno, te demostraría que mi orgullo está justificado.
El nubio miró a sus compatriotas.
–Tu desafío es despreciable; has matado a nuestro jefe en el oasis y me has obligado a ponerme a la cabeza de nuestro clan, a mi, un anciano.
–Permite que me bata con tu mejor guerrero y devuélveme la libertad si salgo vencedor.
–Combate contra todos.
–Eres un cobarde.
La piedra brotó de una honda e hirió a Suti en la sien; medio aturdido, se derrumbó. Los dos colosos se acercaron a Pantera; ella los desafió con la mirada y no retrocedió ni una pulgada. Le arrancaron las ropas y el harapo que ocultaba sus cabellos.
Atónitos, retrocedieron.
Con los brazos colgantes, Pantera no ocultó sus pechos ni los rubios rizos de su sexo; regia, avanzó.
Los nubios se inclinaron.

Los ritos en honor de la diosa rubia duraron toda la noche; los guerreros habían reconocido a la terrorífica criatura cuyo poder alababan los ancestros. Procedente de la lejana Libia, derramaba, al albur de sus cóleras, epidemias, cataclismos y hambruna.
Para apaciguarla, los nubios le ofrecieron alcohol de dátil, serpiente cocida a la brasa y ajo fresco, eficaz contra las picaduras de serpientes y escorpiones. Danzaron alrededor de Pantera, coronada de palmas y ungida con aceite aromático; hacia ella ascendieron plegarias que brotaban del fondo de las edades.
Olvidaron a Suti; como los demás, era el servidor de la diosa rubia. Pantera representó perfectamente su papel; concluida la fiesta, tomó el mando de la pequeña tropa, ordenó a los exploradores que rodearan la fortaleza de Tjaru y siguieran una pista hacia el norte. Con gran sorpresa por su parte, los soldados egipcios se habían encerrado detrás de los muros y hacia varios días que no patrullaban.
Hicieron un alto al pie de un espolón rocoso, al abrigo del sol y del viento; Suti se acercó a Pantera. Había bajado de su silla de manos, llevada por cuatro entusiastas mocetones.
–No me atrevo a levantar hasta ti los ojos.
–Haces bien, te destriparían.
–No soporto esta situación.
–Estamos en el buen camino.
–Pero no del modo adecuado.
–Sé paciente.

–Eso no va conmigo.
–Un poco de esclavitud lo mejorará.
–Ni lo pienses.
–Nadie puede escapar al poder de la diosa rubia.
Furibundo, Suti se entrenó con sus nuevos compañeros a tirar con honda; como se mostró bastante diestro, se ganó su estima. Algunas sesiones de lucha con las manos desnudas, de las que salió vencedor, les reafirmaron aquella opinión favorable, definitivamente asentada por una demostración de tiro con arco. Nació una amistad entre guerreros.
Tras la cena, los nubios hablaban de la diosa de oro, llegada para enseñarles música, danza y los juegos del amor. Mientras los narradores adornaban el mito, dos hombres, separados del grupo, encendieron un fuego para calentar un bote que contenía cola fabricada con grasa de antílope. Cuando la temperatura fue suficiente, la sustancia se hizo líquida; el primero mojó en ella un pincel, el segundo le presentó una placa de cinturón hecha con madera de ébano. Meticuloso, su compañero extendió la cola. Suti bostezó; cuando iba a alejarse, una luz brilló en las tinieblas. Intrigado, se dirigió hacia los dos hombres; el que manejaba el pincel, muy concentrado, ponía en la hebilla una hoja metálica.
El egipcio se inclinó; sus ojos no le habían engañado. Se trataba de una hoja de oro.
–¿De dónde lo has sacado?
–Es un regalo de nuestro jefe.
–¿Y quién se lo había dado a él?
–Cuando regresaba de la ciudad perdida, traía joyas y placas como ésta.
–¿Conoces su emplazamiento?
–Yo no; el viejo guerrero, si.
Suti lo despertó y le hizo dibujar un plano en la arena; luego reunió a la pequeña banda alrededor de la hoguera.
–¡Escuchadme todos! Fui teniente de carros en el ejército. Sé manejar el gran arco, he matado a decenas de beduinos e hice justicia suprimiendo a un general felón. Mi país no me lo agradeció; hoy quiero hacerme rico y poderoso. Este clan necesita un jefe, un hombre aguerrido y conquistador. Yo lo soy; si me seguís, el destino os será favorable.
El inflamado rostro de Suti, sus largos cabellos, su fortaleza y su prestancia impresionaron a los nubios; pero intervino el anciano guerrero.
–Mataste a nuestro jefe.
–Fui más fuerte que él; la ley del desierto no perdona a los débiles.
–Nosotros debemos designar a nuestro próximo señor.
–Os llevaré a la ciudad perdida y exterminaremos a quienes se nos opongan. No tienes derecho a mantener para ti el secreto; mañana, nuestro clan será el más respetado del mundo.
–Nuestro jefe iba solo a la ciudad.
–Nosotros iremos juntos y tendréis oro.
Partidarios y adversarios de Suti comenzaron a discutir; la influencia del anciano era tal que la derrota del egipcio parecía indiscutible. De modo que tomó a Pantera y con un gesto brutal le arrancó las ropas. Las llamas iluminaron su rubia desnudez.

–¡Ved, ella no se rebela contra mi! Sólo yo puedo ser su amante. Si no me aceptáis como jefe, provocará una nueva tempestad de arena y moriréis todos.

La libia tenía en sus manos la suerte de Suti; si lo rechazaba, los nubios sabrían que fanfarroneaba y lo destrozarían. Elevada al rango de diosa, ¿no se habría embriagado de vanidad?

La muchacha se soltó; los guerreros negros apuntaron con sus flechas y sus puñales hacia Suti.

Se había equivocado poniendo su confianza en una libia. Al menos, sucumbiría admirando un sublime cuerpo de mujer.

Con una agilidad felina, ella se tendió junto al fuego y le abrió los brazos.

–Ven –dijo sonriente.

CAPÍTULO 15

Pazair se despertó sobresaltado. Había soñado con un monstruo de cien cabezas, con innumerables zarpas que laceraban las piedras de la gran pirámide e intentaban derribarla. Su vientre era un rostro humano, el de Bel-Tran. Sudando, pese al frescor de aquella noche de febrero, el visir palpó el marco de madera de su cama, el somier hecho de cuerdas vegetales trenzadas y los pies en forma de cabeza de león.

Se volvió hacia el lecho de Neferet. Estaba vacío.

Apartó la red de mallas muy finas que servia de mosquitera, se levantó, se cubrió con un manto y abrió la ventana que daba al jardín. Un tierno sol de invierno despertaba árboles y flores, algunos paros cantaban. La vio, arrebujada en una gruesa manta, con los pies desnudos en el rocío.

Se confundía con el alba, aureolada por su luz. Dos halcones, brotando de la barca de Ra, volaron alrededor de Neferet cuando depositó en el altar de los antepasados una ofrenda de loto, a la memoria de Branir. Fecundando el espacio, uniendo Egipto con el navío celeste, las rapaces regresaron a su proa, fuera del alcance de las miradas de los hombres.

Concluido el rito, Pazair abrazó a su esposa.

–Eres la estrella de la mañana en el alba de una feliz jornada, inigualable, radiante; tus ojos son suaves como tus labios. ¿Por qué eres tan hermosa? Tus cabellos han captado la claridad de la diosa Hator. Te amo, Neferet, como nunca nadie ha amado.

Se unieron en el alba amorosa.

De pie en la proa del barco que navegaba hacia Karnak, Pazair admiró la región donde se celebraban, con tanto esplendor, las bodas del sol y del agua. En las orillas, los campesinos cuidaban acequias de riego mientras un cuerpo de especialistas se encargaba de los canales, arterias vitales de Egipto. Las copas de las palmeras ofrecían una sombra generosa a los hombres que se inclinaban con amor sobre la tierra negra y fértil. Cuando los niños vieron pasar el barco del visir corrieron por las riberas y los caminos de sirga; lanzaron gritos de júbilo y saludaron con gestos entusiastas.

El babuino policía estaba en el techo de la cabina central, desde donde vigilaba a Pazair. Kem ofreció al visir cebollas frescas.

–¿Nada nuevo sobre el asesino?

–Nada –repuso el jefe de policía.

–¿Ha reaccionado la señora Tapeni?

–Visitó a Bel-Tran.

–Una nueva aliada...

–Desconfiemos de ella. Su capacidad de hacer daño no es desdeñable.

–Una enemiga más.
–¿Os asusta acaso?
–Gracias a los dioses, la inconsciencia me sirve de valor.
–Seria más acertado decir que no tenéis elección.
–¿Algún incidente en el hospital?
–Vuestra esposa puede trabajar en paz.
–Le toca reformar rápidamente el programa de salud pública; a su predecesor no le preocupó demasiado y han aparecido graves lagunas. La función de Neferet y la mía resultan, a veces, muy pesadas; no estábamos preparados para ello.
–¿Cómo iba yo a pensar que me convertiría en el jefe de una policía que me cortó la nariz?
El viento soplaba con fuerza, contrariando la acción de la corriente; a veces, los marineros avanzaban a remo, sin quitar el mástil ni arriar la vela rectangular, alta y estrecha. El capitán, acostumbrado a navegar por el Nilo durante todo el año, conocía sus añagazas y sabía utilizar la más ligera brisa para transportar con rapidez a sus ilustres viajeros. El perfil de la embarcación, de casco sin quilla y elevados extremos, había sido estudiado por los carpinteros del faraón para deslizarse perfectamente sobre el agua.
–¿Cuándo actuará de nuevo el asesino?
–No os preocupéis, Kem.
–Al contrario, lo tomo como un asunto personal; ese diablo mancilla mi honor.
–¿Tenéis noticias de Suti?
–La orden de alerta llegó a Tjaru; los soldados están encerrados en la fortaleza hasta recibir otra consigna.
–¿Pudo escapar?
–Según los informes oficiales, no falta nadie; pero me ha llegado una noticia extraña. Al parecer, un empecinado fue encadenado a una roca, en medio del Nilo, para servir de cebo a los bandidos nubios.
–Sólo puede ser él.
–En ese caso, no seáis demasiado optimista.
–Saldrá de ese mal paso; Suti se escaparía incluso del reino de las sombras.
El pensamiento del visir voló hacia su hermano espiritual, luego comulgó con el admirable paisaje tebano. La franja cultivada, a un lado y otro del Nilo, era la más ancha y lujuriante del valle. Casi setenta pueblos trabajaban para el inmenso templo de Karnak, que empleaba más de ochenta mil personas, sacerdotes, artesanos y campesinos. Estas riquezas desaparecían ante la majestad del área consagrada al dios Amón, rodeada por una muralla de ladrillos, ondulante como una ola.
El director de la casa del sumo sacerdote, su mayordomo y su chambelán recibieron al visir en el embarcadero; intercambiadas las fórmulas de cortesía, se ofrecieron para conducir a Pazair junto a su amigo Kani, antiguo jardinero elevado a la dignidad de pontífice máximo de la más vasta ciudad-templo de Egipto. Cuando tomó la avenida central de la inmensa sala con columnas, donde sólo penetraban los iniciados a los misterios, el visir les rogó que lo dejaran solo. Kem y su babuino permanecieron ante la doble y gran puerta dorada, que se abría durante

las grandes fiestas, cuando la barca de Amón salía del santuario para inundar la tierra con su luz.

Pazair se recogió largo rato frente a una sublime representación del dios Thot, cuyos alargados brazos daban la medida de base que había utilizado el maestro de obras. Leyó los jeroglíficos de las columnas, descifró el mensaje del dios del conocimiento, incitando a sus discípulos a respetar las proporciones que presidían el nacimiento de toda vida. El visir debía mantener cotidianamente aquella armonía, para que Egipto fuera el espejo del cielo; los conjurados querían destruirla y sustituirla por un monstruo frío, dispuesto a torturar a los hombres para hartarse mejor de bienes materiales. ¿No eran Bel-Tran y sus aliados una nueva raza, más temible que el más cruel de los invasores?

El visir salió de la sala de las columnas y disfrutó el purísimo azul del cielo de Karnak en el pequeño patio al aire libre, en cuyo centro un altar de granito marcó el nacimiento del templo, muchos años antes. Sagrado entre todos, estaba siempre cubierto de flores. ¿Por qué era necesario abandonar aquella profunda paz, fuera del tiempo?

–Me complace volver a verte, visir de Egipto.

Kani, con el cráneo afeitado y un bastón dorado en la mano, se inclinó ante Pazair.

–Soy yo el que debo saludaros.

–Te debo respeto; ¿no es el visir los ojos y los oídos del faraón?

–Que vean y oigan con agudeza.

–Pareces preocupado.

–Vengo a pedir ayuda al sumo sacerdote de Karnak.

–Iba a implorar la tuya.

–¿Qué ocurre?

–Graves problemas, me temo. Me gustaría enseñarte el templo que acaba de ser restaurado.

Kani y Pazair cruzaron una de las puertas del recinto de Amón, siguieron a lo largo de una muralla, saludaron a los pintores y los escultores que estaban trabajando y se dirigieron hacia un pequeño santuario de la diosa Maat.

En el interior del modesto edificio, construido con gres, había dos banquetas de piedra. Allí actuaba el visir cuando juzgaba a un gran personaje de la jerarquía sagrada.

–Soy un hombre sencillo –dijo Kani–; no olvido que tu maestro Branir debía reinar sobre Karnak.

–Branir murió asesinado, el faraón os designó.

–Tal vez fuera una mala elección.

Pazair nunca había visto tan deprimido a Kani; acostumbrado a los caprichos de la naturaleza y a las implacables realidades de la tierra, se había impuesto sin embargo a sus subordinados y a los colegios de sacerdotes, y gozaba de la estima general.

–Soy indigno de mi función, pero no rehuiré mis responsabilidades. Muy pronto compareceré aquí mismo, ante tu tribunal, y me condenarás.

–He aquí un rápido proceso! ¿Me autorizáis a investigar?

Kani se sentó en la banqueta.

–No te costará mucho; te bastará con consultar los recientes archivos contables. En unos pocos meses casi he arruinado Karnak.

–¿De qué modo?
–Basta con examinar las entradas de cereales, de productos lácteos, de frutos... Sea cual sea el género del que se trate, mi gestión es un espantoso fracaso.
Pazair se turbó.
–¿Os han engañado?
–No, los informes son formales.
–¿Las condiciones climáticas?
–La crecida fue abundante, los insectos no han devorado los cultivos.
–¿Cuál es la causa de este desastre?
–Mi incompetencia. Deseaba avisarte para que alertaras al rey.
–No hay prisa.
–La verdad saldrá a la luz. Como puedes comprobar, mi ayuda no te serviría de nada; mañana sólo seré un anciano despreciable.

El visir se encerró en la sala de los archivos del templo de Karnak y comparó el balance de Kani con el de sus predecesores. La diferencia lo abrumó.
Una certidumbre se abrió paso en su espíritu: intentaban arruinar la reputación de Kani y obligarlo a dimitir. ¿Quién podía reemplazarlo sino un dignatario hostil a Ramsés? Sin la ayuda de Karnak era imposible controlar Egipto; pero ¿cómo imaginar que Bel-Tran y sus esbirros se hubieran atrevido a atacar a un sumo sacerdote tan íntegro? Le harían un reproche decisivo: Karnak, Luxor y los templos de la orilla oeste pronto carecerían de ofrendas. El culto se celebraría mal y pronto se gritaría por todas partes el nombre del responsable, ¡el incapaz Kani!
La desesperación invadió a Pazair. Venía a buscar la ayuda de un amigo y se vería obligado a inculparlo.
–Dejad de preocuparos por vuestros papiros –recomendó Kem–, y vayamos sobre el terreno.
Las primeras aldeas investigadas, cercanas al gran templo, vivían apacibles, al eterno compás de las estaciones; el interrogatorio de los alcaldes y los escribas de los campos no reveló nada anormal. Tras tres días de infructuosas investigaciones, el visir se rendía a la evidencia. Era preciso regresar a Menfis y describir la situación al rey antes de procesar a Kani, el sumo sacerdote.
Un viento violento hacia difícil el viaje y Kem obtuvo un día más de investigación; esta vez, los dos hombres, el mono y su escolta inspeccionaron una aldea alejada del templo, en los limites de la provincia de Coptos. Allí, como en todas partes, los campesinos se dedicaban a sus ocupaciones mientras sus esposas se encargaban de los niños y preparaban las comidas. A orillas del Nilo, un lavandero trabajaba con su ropa y un médico campesino mantenía su consulta a la sombra de un sicómoro.
El babuino se puso nervioso; su nariz se estremeció, arañó el suelo.
–¿Qué ha notado? –preguntó Pazair.
–Ondas negativas; no habrá sido un viaje inútil.

CAPÍTULO 16

El alcalde del pueblo, de unos cincuenta años de edad, era un hombre panzudo, afable y cortés. Padre de cinco niños, notable hereditario, fue avisado inmediatamente de la llegada de un grupo de desconocidos. A regañadientes, interrumpió su siesta; acompañado por un portador de sombrilla, indispensable para preservar su calvo cráneo de los rayos del sol, salió al encuentro de los inesperados visitantes.

Cuando su mirada se encontró con los ojos enrojecidos del enorme babuino, se detuvo en seco.

–Os saludo, amigos míos.

–Nosotros también –respondió Kem.

–¿Está domesticado el mono?

–Es un policía juramentado.

–Ah... ¿y vos?

–Soy Kem, el jefe de policía; he aquí a Pazair, visir de Egipto.

Atónito, el alcalde escondió la panza y se dobló, tendiendo las manos hacia adelante en signo de veneración.

–¡Qué honor, qué honor! Una aldea tan modesta recibiendo al visir... ¡Qué honor!

Al erguirse de nuevo, el gordo soltó un chorro de almibarados cumplidos; cuando el babuino soltó un gruñido, se interrumpió.

–¿Estáis seguro de controlarlo bien?

–Salvo cuando ventea un malhechor.

–Afortunadamente, en mi pequeña comunidad no lo hay.

Pensándolo bien, el gran nubio de voz grave parecía tan temible como su simio; el alcalde había oído hablar de ese extraño jefe de policía, que se preocupaba muy poco por las tareas administrativas y se acercaba tanto al pueblo que ningún delincuente escapaba por mucho tiempo. Verlo allí, en su territorio, era una desagradable sorpresa. ¡Y el visir! Demasiado joven, demasiado serio, demasiado inquisidor... La nobleza natural de Pazair, la profundidad y agudeza de su mirada, el rigor de su porte no presagiaban nada bueno.

–Permitidme que me asombre: ¡tan eminentes personajes en esta aldea perdida!

–Tus campos se extienden hasta perderse de vista –advirtió Kem– y están perfectamente irrigados.

–No os fiéis de las apariencias; en esta región, la tierra es difícil de trabajar. Mis pobres campesinos se desloman.

–Sin embargo, el verano pasado la inundación fue excelente.

–No tuvimos suerte; aquí fue demasiado fuerte y nuestras albercas de riego se hallaban en mal estado.

–Según dicen, fue una cosecha excelente.

–Desengañaos, fue muy inferior a la del año pasado.
–¿Y la viña?
–¡Qué decepción! Bandadas de insectos destrozaron las hojas y los granos de uva.
–Los demás pueblos no sufrieron estos incidentes –observó Pazair.
La voz del visir estaba preñada de sospechas; el alcalde no esperaba un tono tan incisivo.
–Tal vez mis colegas hayan presumido, tal vez mi pobre aldea fuera víctima de la fatalidad.
–¿Y el ganado?
–Numerosos animales murieron victimas de enfermedades; vino un veterinario, pero demasiado tarde. Este lugar está realmente apartado y...
–El camino de tierra es excelente –objetó Kem–; los responsables nombrados por Karnak lo mantienen con gran cuidado.
–Pese a nuestros escasos recursos, es un inmenso privilegio invitaros a almorzar; perdonad la frugalidad de mis manjares, pero los ofrezco de corazón.
Nadie podía violar las leyes de la hospitalidad; Kem aceptó en nombre del visir y el alcalde mandó a su sirviente para que avisara a la cocinera.
Pazair comprobó que el pueblo era floreciente; numerosas casas acababan de ser pintadas de blanco. Vacas y asnos tenían el pelaje brillante y vientres bien alimentados, los niños llevaban ropas nuevas. En las esquinas de las callejas, de agradable limpieza, había estatuillas de divinidades; en la plaza mayor, frente a la alcaldía, vio un hermoso horno de pan y una rueda de molino de gran tamaño, estrenada recientemente.
–Os felicito por vuestra gestión –dijo Pazair–; a vuestros conciudadanos no les falta nada. Es el pueblo más hermoso que nunca he visto.
–¡Me honráis demasiado, demasiado! Entrad, os lo ruego.
La morada del alcalde, por su tamaño, el número de sus habitaciones y la decoración, era digna de un hombre de Menfis. Los cinco hijos saludaron a los ilustres huéspedes; la esposa del alcalde, que inclinó la cabeza posando su mano diestra en el pecho, había tenido tiempo de maquillarse y ponerse un vestido elegante.
Se sentaron en esteras de primera calidad y degustaron cebollas dulces, pepinos, habas, puerros, pescado seco, costillas de buey asadas, queso de cabra, sandía y pasteles untados de zumo de algarrobo. Un vino tinto de perfumado paladar acompañó los platos. El apetito del alcalde parecía insaciable.
–Vuestro recibimiento es digno de elogios –estimó el visir.
–¡Qué honor!
–¿Podríamos consultar al escriba de los campos?
–Vive con su familia, al norte de Menfis, y no volverá hasta dentro de una semana.
–Sus archivos deben de ser accesibles.
–Por desgracia, no. Cierra su despacho y yo no me atrevo a...
–Yo, si.
–Vos sois el visir, claro, pero eso seria un...
El alcalde se calló, temiendo decir alguna inconveniencia.
–El camino hasta Tebas es largo y el sol se pone de prisa en esta estación; consultar esos aburridos documentos podría retrasaros.

Tras haber comido buey asado, Matón quebró el hueso; el crujido hizo que el alcalde soltara un respingo.

–¿Dónde están esos archivos? –insistió Pazair.

–Bueno... No lo sé. El escriba debió de llevárselos con él.

El babuino se levantó. De pie parecía un atleta de gran talla; sus enrojecidos ojos se clavaron en el panzudo de manos temblorosas.

–¡Sujetadlo, os lo ruego!

–Los archivos –ordenó Kem–, o no respondo de las reacciones de mi colega.

La mujer del alcalde se arrodilló ante su marido.

–Diles la verdad –suplicó.

–Yo... Yo tengo esos documentos. Voy a buscarlos.

–Matón y yo os acompañaremos; podremos ayudaros a llevarlos.

La espera del visir fue de corta duración; el alcalde desenrolló personalmente los papiros.

–Todo está en regla –murmuró–; las observaciones se efectuaron en la fecha adecuada. Estos informes son perfectamente triviales.

–Dejadme leerlos en paz –exigió Pazair.

Febril, el alcalde se alejó; su mujer salió del comedor.

Puntilloso, el escriba de los campos había realizado varias veces el recuento de cabezas de ganado y sacos de cereales. Había precisado el nombre de los propietarios, el de los animales, su peso y su estado de salud. Las líneas consagradas a los huertos y los árboles frutales eran igualmente detalladas. Las conclusiones generales estaban escritas en rojo: en los distintos sectores de producción los resultados eran excelentes, superiores a la media.

Perplejo, el visir hizo un simple cálculo. La superficie de explotaciones agrícolas era tal que sus riquezas casi colmaban el déficit del que acusarían a Kani; ¿por qué no figuraban en su balance?

–Doy la mayor importancia al respeto por los demás –afirmó.

El alcalde inclinó la cabeza.

–Pero si el otro persiste en disimular la verdad, ya no es respetable. ¿Es éste vuestro caso?

–¡Os lo he dicho todo!

–Detesto los métodos brutales, pero en ciertas circunstancias, cuando la urgencia se impone, un juez debe violentarse.

Como si hubiera leído el pensamiento del visir, Matón se lanzó al cuello del alcalde y le dobló la cabeza hacia atrás.

–¡Detenedlo, me romperá la nuca!

–El resto de los documentos –exigió Kem con calma.

–¡No tengo nada más, nada más!

Kem se volvió hacia Pazair.

–Os propongo un paseo mientras Matón dirige a su modo el interrogatorio.

–¡No me abandonéis!

–El resto de los documentos –repitió Kem.

–¡Que me quite primero las patas de encima!

El babuino soltó su presa, el alcalde se palpó la dolorida nuca.

–¡Os comportáis como salvajes! Rechazo esta arbitrariedad, condeno este acto incalificable, esta tortura ejercida contra un edil.

–Os acuso de ocultar documentos administrativos.

La amenaza hizo que el alcalde palideciera.

–Si os facilito el complemento, exijo que reconozcáis mi inocencia.

–¿Qué falta habéis cometido?

–Actúo en interés del bien común.

El alcalde sacó un papiro sellado de un arcón para vajillas. La expresión de su rostro había cambiado; un individuo feroz y frío había sustituido al miedoso.

–¡Pues bien, mirad!

El texto indicaba que las riquezas del pueblo habían sido entregadas en la capital de la provincia de Coptos. El escriba de los campos había firmado y fechado.

–Este pueblo forma parte de la propiedad de Karnak –recordó Pazair.

–Estáis mal informado, visir de Egipto.

–Vuestra población figura en la lista de las propiedades del sumo sacerdote.

–También el viejo Kani está mal informado; lo que revela la realidad no es su lista, sino el catastro. Consultadlo en Tebas y descubriréis que mi pueblo pertenece a la jurisdicción económica de Coptos, y no al templo de Karnak. Los mojones lo prueban. Os denunciaré por agresión y daños; mi acusación os obligará a instruir vuestro propio proceso, visir Pazair.

CAPÍTULO 17

El guarda de la oficina del catastro de Tebas se despertó sobresaltado por un ruido insólito; primero creyó que era una pesadilla, luego oyó los golpes que daban en la puerta.

–¿Quién es?

–El jefe de policía, en compañía del visir.

–Detesto las bromas, sobre todo en plena noche; seguid vuestro camino u os pesará.

–Mejor harías abriendo inmediatamente.

–¡Largaos o llamo a mis colegas!

–No lo dudes; nos ayudarán a derribar esta puerta.

El guarda vaciló; miró por una ventana con cruceros de piedra y, gracias a la luz de la luna llena, distinguió el perfil de un coloso nubio y el de un enorme babuino. ¡Kem y su simio! Su fama se había extendido por todo Egipto.

Corrió el cerrojo.

–Perdonad, pero es tan inesperado...

–Enciende las lámparas; el visir desea examinar los mapas.

–Seria conveniente avisar al director.

–Haz que venga.

La cólera del alto funcionario de rostro arrugado desapareció en presencia del visir; el guarda no le había mentido. ¡El primer ministro del país estaba en sus locales, y a una hora inesperada!

Repentinamente obsequioso, facilitó la tarea del visir.

–¿Qué planos deseáis consultar?

–Los de las propiedades del templo de Karnak.

–Pero... ¡Es enorme!

–Comencemos por los pueblos más alejados.

–¿Al norte o al sur?

–Al norte.

–¿Pequeños o grandes?

–Los más importantes.

El funcionario desplegó los mapas en largas mesas de madera. Los empleados del catastro habían indicado los limites de cada parcela de terreno, los canales, las poblaciones.

El visir buscó en vano el pueblo que acababa de visitar.

–¿Están al día estos planos?

–Claro.

–¿No han sido modificados recientemente?

–Si, a petición de tres alcaldes.

–¿Por qué razón?

–Las aguas se habían llevado los mojones; era necesaria una nueva agrimensura. Un especialista efectuó el trabajo y mis servicios tuvieron en cuenta sus observaciones.

Ha reducido la propiedad de Karnak!

–No me encargo de juzgar el catastro; me limito a registrarlo.

–¿No habéis avisado al sumo sacerdote Kani?

El funcionario se alejó de la llama de la lámpara para ocultar su rostro en la oscuridad.

–Me disponía a enviarle un informe completo.

–Deplorable retraso.

–Se debe a la falta de personal, y...

–¿Cómo se llama el agrimensor?

–Sumenu.

–¿Su dirección?

El director del catastro vaciló.

–No es de aquí.

–¿No es de Tebas?

–No, venía de Menfis...

–¿Quién lo había enviado?

–El palacio real, ¿quién si no?

Por la vía procesional que llevaba al templo de Karnak, adelfas de flores rosadas y blancas ofrecían a los paseantes una encantadora visión, cuya suavidad atenuaba la austeridad de la monumental muralla que cercaba el área sagrada. El sumo sacerdote Kani había aceptado abandonar su retiro para conversar con Pazair; ambos hombres, los más poderosos de Egipto después del faraón, caminaban lentamente entre dos hileras de esfinges protectoras.

–Mi investigación ha progresado.

–¿De qué va a servir?

–Demostrará que sois inocente.

–No lo soy.

–Os han engañado.

–Yo mismo me engañé sobre mis capacidades.

–Abrid los ojos; los tres pueblos más alejados del templo entregaron su producción a Coptos. Por eso vuestro balance es deficitario.

–¿Dependían de Karnak?

–El catastro fue modificado tras la última crecida.

–¿Sin consultarme?

–Intervino un agrimensor de Menfis.

–¡Es inconcebible!

–Un mensajero acaba de salir hacia Menfis con la orden de traer al responsable, un tal Sumenu.

–¿Qué hacer si ha sido el mismo Ramsés quien me ha arrebatado esos pueblos?

Meditar a orillas del lago sagrado, participar en los ritos del amanecer, mediodía y el ocaso, presenciar el trabajo de los astrólogos en el tejado del templo, leer los viejos mitos y las guías del más allá, conversar con grandes dignatarios que realizaban un retiro en el interior del recinto del

dios Amón, ésas fueron las principales ocupaciones de Pazair durante su retiro. Vivió la luminosa eternidad grabada en la piedra, escuchó la voz de las divinidades y de los faraones que habían embellecido el edificio durante dinastías y se impregnó de la inalterable vida que animaba bajorrelieves y esculturas.

Se recogió varias veces ante la estatua de su maestro, Branir, representado como un escriba anciano que desenrollaba en sus rodillas un papiro en el que estaba inscrito un himno a la creación.

Cuando Kem le proporcionó la información deseada, el visir se dirigió rápidamente a la oficina del catastro, cuyo director manifestó su satisfacción; recibir una nueva visita del primer ministro le confería una inesperada importancia.

–Recordadme el nombre del agrimensor de Menfis –solicitó Pazair.

–Sumenu.

–¿Estáis seguro?

–Sí... él mismo me lo dijo.

–He hecho comprobaciones.

–No era necesario, todo está en regla.

–Desde que era un pequeño juez de provincia cogí la costumbre de verificarlo todo; a menudo es pesado, pero a veces resulta útil. ¿Sumenu, habéis dicho?

–Puedo equivocarme, yo...

–El agrimensor Sumenu, agregado al palacio real, murió hace dos años. Vos ocupasteis su lugar.

Los labios del funcionario se entreabrieron, pero fue incapaz de emitir sonido alguno.

–Modificar el catastro es un crimen; ¿habéis olvidado que la atribución de pueblos y tierras a determinada jurisdicción depende del visir? El que os ha sobornado especuló con la inexperiencia del sumo sacerdote de Karnak y con la mía. Hizo mal.

–Os equivocáis.

–No tardaremos en saberlo, lo consultaremos con el ciego.

El superior de la corporación de los ciegos de Tebas era un personaje imponente, de ancha frente y grandes mandíbulas.

Tras la inundación, cuando el río se había llevado los mojones y borrado las señales de propiedad, la administración recurría a él y sus colegas en caso de discusión. El jefe de los ciegos era la memoria de la tierra; a fuerza de recorrer campos y cultivos, sus pies conocían las dimensiones exactas.

Estaba comiendo higos secos bajo su parra cuando escuchó los pasos.

–Sois tres: un coloso, un hombre de talla media y un babuino. ¿Se trata del jefe de policía y de su famoso colega, Matón? ¿Y será el tercero...?

–El visir Pazair.

–Asunto de Estado, pues. ¿Qué tierras han intentado robar? ¡No, no digáis nada! Mi diagnóstico debe ser por completo objetivo. ¿Qué sector es el afectado?

–Los ricos pueblos del norte, junto a la provincia de Coptos.

–Los marineros se quejan mucho en esa región; los gusanos se comen las cosechas, los hipopótamos las pisotean, ratones, langostas y gorriones

devoran lo que queda. Redomados mentirosos. Sus tierras son excelentes y el año fue fasto.

–¿Quién es el especialista de ese territorio?

–Yo mismo. Nací y crecí allí; los mojones no han variado desde hace veinte años. No os ofrezco higos, ni cerveza, pues supongo que tenéis prisa.

El ciego llevaba en la mano un bastón cuyo extremo tenía la forma de una cabeza de animal, de puntiagudo hocico y largas orejas[6]; a su lado, un agrimensor iba soltando una cuerda siguiendo sus indicaciones.

El ciego no vaciló ni una sola vez; precisó las cuatro esquinas de cada campo, halló el emplazamiento de los mojones y las estatuas de las divinidades, especialmente de la cobra protectora de las cosechas, y de las estelas de donación reales que delimitaban las propiedades de Karnak. Unos escribas anotaban, dibujaban y registraban.

Concluido el dictamen, no quedó ninguna duda: habían modificado irregularmente el catastro y habían atribuido a Coptos ricas tierras pertenecientes a Karnak.

–«El visir debe fijar los limites de cada provincia, velar por las ofrendas y ordenar que comparezca ante él quien se haya apoderado ilegalmente de una tierra», ésta es la orden que me dio el faraón, como todos los faraones la dan a todos los visires en su entronización.

El jefe de la provincia de Coptos, un cincuentón heredero de una rica familia de notables, palideció.

–Responded –ordenó Pazair–; vos estabais presente en la ceremonia.

–Si... el rey pronunció estas palabras.

–¿Por qué habéis aceptado riquezas que no os pertenecían?

–El catastro se había modificado...

–Una falsificación, puesto que no aparecía mi sello ni el del sumo sacerdote de Karnak. Teníais que haberme avisado. ¿A qué esperabais? ¿A que transcurrieran los meses y Kani dimitiera, a que yo fuera destituido y se atribuyera mi cargo a uno de vuestros cómplices?

–No os permito insinuar que...

–Habéis ayudado a conjurados y asesinos. Bel-Tran habrá sido lo bastante astuto como para no dejar que subsista vínculo alguno entre vos y la Doble Casa blanca; así no podré demostrar vuestra relación. Pero me bastará con vuestra malversación; sois indigno de gobernar una provincia. Considerad definitiva vuestra destitución.

El visir reunió su tribunal en Tebas, ante la gran puerta del templo de Karnak, donde habían edificado un pabellón de madera. Pese a los consejos de prudencia de Kem, Pazair había rechazado la audiencia a puerta cerrada que los acusados imploraban; una numerosa muchedumbre rodeaba el tribunal de justicia.

Tras haber resumido los principales episodios de su investigación, el visir leyó la acusación; comparecieron los testigos, los escribanos anotaron las declaraciones. El jurado, compuesto por dos sacerdotes de Karnak, el alcalde de Tebas, la esposa de un noble, una comadrona y un

---

[6] Este bastón ritual era idéntico al cetro cus, que sólo las divinidades, con alguna excepción, podían llevar, pues su cabeza es la del animal del dios Seib, señor de la tormenta, del rayo y del fuego celestial.

oficial superior, dictó una sentencia que Pazair consideró adecuada al espíritu y la letra de las leyes.

El jefe de la provincia de Coptos, destituido de sus funciones, fue condenado a quince años de cárcel y a pagar enormes indemnizaciones al templo; los tres alcaldes culpables de mentiras y apropiación indebida trabajarían ahora como obreros agrícolas, sus propiedades se repartirían entre las más humildes; el director del catastro de Tebas sufriría diez años de penal.

El visir no reclamó penas más graves; ninguno de los condenados apeló.

Una de las redes de Bel-Tran quedaba aniquilada.

CAPÍTULO 18

Contempla el cielo del desierto –recomendó a Suti el viejo guerrero–; allí nacen las piedras preciosas. Alumbra las estrellas, y de las estrellas nacen los metales. Si sabes hablarle y logras escuchar su voz, conocerás el secreto del oro y de la plata.

–¿Conoces tú su lenguaje?

–Antes de partir con el clan por los caminos que llevan a ninguna parte, yo era ganadero. Mis hijos y mi mujer murieron en un año de gran sequía; por ello abandoné mi poblado y confié mis pasos al mañana sin rostro. ¿Qué me importa la orilla de la que nada regresa?

–¿Es sólo un sueño la ciudad perdida?

–Nuestro antiguo jefe fue allí varias veces y regresó con oro: ésa es la verdad.

–¿Y es éste el camino?

–Si eres un guerrero, lo sabes.

El anciano, con su paso regular e implacable, se puso de nuevo a la cabeza del clan, en una región tan árida y desolada que no habían visto un antílope desde hacia varias horas. Suti retrocedió hasta Pantera, tendida en una rudimentaria silla de manos llevada por seis nubios, encantados de sostener a la diosa de oro.

–Dejadme, quiero caminar.

Los guetreros obedecieron y, luego, entonaron un canto marcial que prometía a sus enemigos cortarlos en finas tiras y devorar su poder mágico.

Pantera ponía mala cara.

–¿Por qué estás enojada?

–Esta aventura es estúpida.

–¿No deseas ser rica?

–Sabemos dónde está nuestro oro; ¿por qué correr tras un espejismo a riesgo de morir de sed?

–Un nubio no muere de sed, y yo nunca ambiciono un espejismo; ¿te bastan estas promesas?

–Jura que iremos a buscar nuestro oro al lugar donde lo ocultamos.

–¿Por qué tanta obstinación?

–Estuviste a punto de morir por ese oro, te salvé, mataste a un general felón para obtenerlo. No debemos desafiar más al destino.

El egipcio sonrió; Pantera expresaba una visión muy personal de los acontecimientos. Suti no había deseado el oro del traidor, sino aplicar la ley del desierto suprimiendo a un perjuro y a un asesino que intentaba huir y escapar al tribunal del visir. Que la fortuna le hubiera sonreído demostraba lo acertado de su acto.

–Supón que la ciudad perdida esté llena de oro y que...

–¡Me importan un pimiento tus insensatos proyectos! Júrame que regresaremos a la gruta.
–Tienes mi palabra.
Satisfecha, la diosa rubia se instaló de nuevo en la silla de manos.

La pista terminó al pie de una montaña cuya ladera estaba sembrada de rocas negruzcas. El viento barría el desierto; ni halcones ni buitres giraban en un cielo asfixiante.
El anciano guerrero se sentó; sus compañeros lo imitaron.
–No iremos más lejos –le dijo a Suti.
–¿De qué tenéis miedo?
–Nuestro jefe hablaba con las estrellas, nosotros no; más allá de esta montaña no hay un solo manantial. Quienes desafiaron a la ciudad perdida desaparecieron, devorados por las arenas.
–Vuestro jefe no.
–Las estrellas lo guiaban, pero su secreto se ha perdido. No iremos más lejos.
–¿No estarás buscando la muerte?
–Ésa no.
–¿No os dio el jefe ninguna indicación?
–Un jefe no habla, actúa.
–¿Cuánto tiempo duraba su expedición?
–La luna se levantaba tres veces.
–La diosa de oro me protegerá.
–Se quedará con nosotros.
–¿Discutirás mi autoridad?
–Si quieres perecer en el desierto, eres muy libre; permaneceremos sentados hasta que aparezca por quinta vez la luna, luego partiremos hacia los oasis.

Suti se dirigió a la libia, más arrebatadora que nunca; el viento y el sol hacían su piel ambarina, doraban sus cabellos, subrayaban su carácter salvaje e indomable.
–Me voy, Pantera.
–Tu ciudad no existe.
–Está llena de oro. No corro hacia la muerte sino hacia otra vida, hacia la vida en la que soñaba cuando estaba encerrado en la escuela de escribas de Menfis. La ciudad no sólo existe, sino que va a pertenecernos.
–Nuestro oro me basta.
–¡Aspiro a más, a mucho más! Supón que el alma del jefe nubio al que maté ha penetrado en mí y me guía hacia un tesoro fabuloso... ¿Quién sería lo bastante loco como para negarse a la aventura?
–¿Quién seria lo bastante loco como para intentarlo?
–Bésame, diosa de oro; me traerás suerte.
Sus labios eran cálidos como el viento del sur.
–Puesto que te atreves a abandonarme, consíguelo.

Suti llevó consigo dos odres de agua salobre, pescado seco, un arco, flechas y un puñal. No había mentido a Pantera: el alma de su enemigo vencido le enseñaría el camino a seguir.

Desde la cima de la montaña contempló un paisaje de insólita potencia. Una garganta de rojizo suelo serpenteaba entre dos abruptos farallones y llegaba a otro desierto, tan ancho como el horizonte. Suti penetró en ella como un nadador zambulléndose en las olas. Sentía la llamada de un país desconocido, cuyas luminosas fibras le atraían de un modo irresistible.

El caminante dejó atrás la garganta sin dificultades; no había pájaros, ni mamíferos, ni reptiles, como si cualquier vida se hubiera ausentado. Bebiendo a pequeños tragos, descansó a la sombra de un bloque de piedra hasta que cayó la noche.

Cuando aparecieron las estrellas, levantó la mirada al cielo e intentó descifrar su mensaje. Dibujaban extrañas figuras. Con el pensamiento las unió por medio de líneas. De pronto, una estrella fugaz atravesó el espacio trazando un camino que Suti guardó en su memoria. Seguiría aquella dirección.

Pese a su instintivo entendimiento con el desierto, el calor se hizo abrumador, cada paso era un sufrimiento; pero el peregrino seguía la estrella invisible, como si hubiera abandonado su dolorido cuerpo. La sed le obligó a vaciar sus odres.

Suti cayó de rodillas. Lejos, fuera de su alcance, vislumbró una montaña rojiza; no tendría fuerzas para explorar la roca buscando un manantial. Sin embargo, no se había equivocado; lamentó no ser un antílope, capaz de saltar hacia el sol y olvidar la fatiga.

Volvió a levantarse para demostrar al desierto que su fuerza lo nutría. Sus piernas avanzaron, movidas por el fuego que recorría la arena. Cuando cayó de nuevo, sus rodillas quebraron un fragmento de vasija. Incrédulo, recogió los pedazos de una jarra.

Aquí habían vivido hombres; sin duda un campamento de nómadas. Al avanzar comprobó que el suelo crujía bajo sus pies; por todas partes había restos de recipientes, jarras y jarrones formando montículos. Aunque su cuerpo le pareciera cada vez más pesado, trepó por una de las colinas de desechos que le tapaba la vista.

Abajo se hallaba la ciudad perdida. Un puesto de guardia de ladrillos, medio derrumbado, casas destartaladas, un templo sin techo cuyos muros amenazaban ruina... Y la montaña roja perforada por galerías, cisternas para recoger el agua de las lluvias invernales, mesas de piedra inclinadas, destinadas a lavar el oro, chozas de piedra donde los mineros guardaban sus herramientas. Por todas partes había arena rojiza.

Suti corrió hacia una cisterna, exigiendo un último esfuerzo a sus temblorosas piernas; se agarró al pretil de piedra y se dejó caer al interior. El agua estaba tibia, divina; cada poro de su piel se impregnó de ella antes de que bebiera.

Saciado, presa de una desconocida embriaguez, exploró la ciudad.

No halló la menor osamenta humana o animal; toda la población había abandonado de pronto el paraje, dejando a sus espaldas una enorme explotación minera. En cada morada había joyas, copas, jarrones, amuletos de oro y plata macizos; por sí solos, los objetos constituían una fortuna colosal.

Suti quiso asegurarse de que los filones fueran explotables, así que se introdujo en las profundas galerías que se dirigían al corazón de la

montaña. Identificó, con la vista y la mano, largas vetas fáciles de trabajar. La cantidad de metal superaba las más locas esperanzas.

Enseñaría a los nubios a extraer el increíble tesoro. Con un poco de disciplina, serían excelentes mineros.

Aquella mañana, mientras el sol de Nubia adornaba la roja montaña con mágicos resplandores, Suti se convirtió en dueño del mundo. Confidente del desierto, más rico que un rey, recorrió las callejas de la ciudad del oro, de su ciudad, hasta que descubrió a su guardián.

A la entrada de la ciudad había un león de llameantes crines; sentado, observaba al explorador. De un solo zarpazo le desgarraría el pecho o el vientre. La leyenda afirmaba que la fiera mantenía siempre los ojos abiertos y nunca dormía; ¿cómo engañar su vigilancia, si era cierta?

Suti tensó su arco. El león se levantó. Lento y majestuoso penetró en un edificio en ruinas. Suti debería haber pasado de largo, pero su curiosidad prevaleció. Dispuesto a disparar una flecha, lo siguió.

El animal había desaparecido. En la penumbra había lingotes de oro. Una reserva olvidada, un tesoro que le ofrecía el genio del lugar, aparecido en forma de fiera antes de regresar a lo invisible.

Pantera estaba atónita. Tantas maravillas, tantas riquezas...

Suti lo había conseguido. La ciudad del oro les pertenecía. Mientras ella descubría los tesoros, su amante dirigía un equipo de nubios, hábiles en extraer los metales de su ganga. Atacaban el cuarzo con picos y martillos, quebraban la roca y luego la lavaban antes de separar el metal; amarillo brillante, amarillo oscuro, teñido de rojo, el oro nubio se adornaba con admirables colores. En varias galerías, la plata aurífera merecía su nombre de piedra luminosa, capaz de iluminar las tinieblas; no valía menos que el oro.

De acuerdo con la costumbre, los nubios la transportarían en forma de pepitas o de anillos.

Suti se reunió con Pantera en el viejo templo cuyos muros amenazaban ruina; la libia no se preocupaba, probándose collares, pendientes y brazaletes.

–Restauraremos este lugar –dijo él–; ¿imaginas las puertas de oro, un sol de plata, estatuas de piedras preciosas?

–No viviré aquí; esta ciudad está maldita, Suti. Expulsó a sus habitantes.

–No temo esa maldición.

–No desafíes a tu suerte.

–¿Qué propones?

–Llevémonos todo lo que podamos, recuperemos nuestro oro e instalémonos en algún lugar apacible.

–Pronto te aburrirías.

Pantera hizo una mueca; Suti supo que había dado en el blanco.

–Tú sueñas con un imperio, no con una jubilación; ¿no deseabas convertirte en una gran dama y reinar sobre un ejército de sirvientas?

Ella se apartó.

–¿O llevar collares como éstos, pero en un palacio, ante un grupo de nobles admirativos y celosos? Pues yo puedo hacerte más hermosa todavía.

Con un fragmento de oro perfectamente pulido le frotó los brazos y la garganta.

–Qué suave es...

Bajó hasta los pechos y recorrió su espalda antes de explorar regiones más intimas.

–¿Voy a transformarme en oro?

Pantera ondeó al compás de Suti; en contacto con el metal precioso, aquella carne de los dioses que tan pocos mortales habían tenido ocasión de tocar, ¿no iba a convertirse en la diosa de oro que los nubios veneraban?

Suti no olvidó rincón alguno del cuerpo de su amante; el oro actuaba como un bálsamo untuoso y provocaba estremecimientos de deliciosa languidez.

La muchacha se tendió en el suelo del templo abandonado, donde brillaban las pepitas; él la cabalgó.

–Mientras Tapeni viva, no me pertenecerás.

–Olvídala.

–La reduciré a cenizas.

–¿Se rebajará una futura reina a tan vulgares tareas?

–¿Intentas defenderla?

–Es demasiado razonable para mí.

–¿Combatirás a mi lado contra Egipto?

–Soy capaz de estrangularte.

–Los nubios te destrozarían.

–Soy su jefe.

–¡Y yo su diosa! Egipto te ha rechazado, Pazair te ha traicionado. Venguémonos.

Suti lanzó un grito de dolor y se arrojó hacia un lado. Pantera vio al agresor: un escorpión negro que se refugió bajo una piedra.

El joven se mordió la muñeca izquierda hasta que brotó la sangre, aspiró el veneno y escupió.

–Serás la más rica de las viudas ilegítimas.

CAPÍTULO 19

Pazair estrechó en sus brazos a Neferet; su ternura hizo desaparecer las fatigas del viaje y le devolvió el deseo de lucha. Le explicó cómo había salvado a Kani y contrarrestado uno de los planes de Bel-Tran. Pese a su alegría, la notaba preocupada.

–Noticias de la fortaleza de Tjaru –le dijo.

–¡Suti!

–Se lo considera desaparecido.

–¿En qué circunstancias?

–Según el informe del comandante de la fortaleza, huyó; como la guarnición había recibido la orden de permanecer encerrada tras las murallas, ninguna patrulla salió en su busca.

Pazair levantó los ojos al cielo.

–Regresará, Neferet, y nos ayudará; pero ¿por qué hay esa preocupación en tu mirada?

–Simple cansancio.

–Habla, te lo ruego; no lleves sola la carga.

–Bel-Tran ha iniciado una campaña de difamación contra ti. Come y cena con grandes dignatarios, altos funcionarios y jefes de provincia; Silkis sonríe y calla. Tu inexperiencia, tu mal controlado ardor, tus insensatas exigencias, tu incompetencia, tu falta de conocimientos sobre las sutilezas de la jerarquía, tu ignorancia de las realidades actuales, tu fidelidad a valores caducos... ésos son sus temas favoritos.

–Hablar demasiado acabará perjudicándolo.

–Te perjudica a ti, día tras día.

–No te preocupes.

–No soporto que te calumnien.

–Pues es una buena señal. Bel-Tran actúa así porque todavía duda del éxito final. Los golpes que acabo de asestarle han sido, tal vez, más dolorosos de lo que imaginaba. Es una reacción en verdad interesante; me alienta a proseguir.

–El superintendente de los escritos ha preguntado varias veces por ti.

–¿Motivo?

–Sólo te lo dirá a ti.

–¿Otros visitantes notables?

–El director de las misiones secretas y el superintendente de los campos; también desean una entrevista y deploraron tu ausencia.

Los tres hombres pertenecían a la cofradía de los nueve amigos del faraón, los personajes más influyentes del reino, acostumbrados a hacer y deshacer reputaciones. Era la primera vez que intervenían desde el nombramiento de Pazair.

–¿Y si los invitáramos a comer? –propuso.

El superintendente de los escritos, el superintendente de los campos y el director de las misiones secretas se parecían; hombres de edad madura, ponderados, con la voz grave y el aspecto solemne, habían ascendido los peldaños de la jerarquía de los escribas y dado plena satisfacción al rey. Ataviados con peluca y vestidos con una túnica de lino sobre una camisa de mangas largas y plisadas, llegaron juntos a la puerta de la propiedad del visir, donde Kem y su babuino los identificaron.

Neferet los recibió y los condujo por el jardín; admiraron el estanque de recreo, la parra, los árboles raros importados de Asia, y felicitaron a la joven por los amates de flores. Concluidas las mundanalidades, los llevó al comedor de invierno, donde Pazair conversaba con Bagey, el antiguo visir; los tres altos dignatarios se sorprendieron de encontrarlo allí.

Neferet desapareció.

–Preferiríamos veros a solas –dijo el superintendente de los escritos.

–Supongo que vuestra intervención se refiere al modo como cumplo con mis funciones; ¿por qué no va a ayudarme mi predecesor durante esa prueba? Sus consejos podrán resultarme preciosos.

Frío, distante, algo encorvado, Bagey miró severamente a sus interlocutores.

–Ayer trabajábamos juntos; ¿me consideráis hoy un extraño?

–Claro que no –repuso el superintendente de los campos.

–Entonces caso cerrado –dijo Pazair–; comeremos los cinco.

Se sentaron en sillas curvadas; ante cada uno de ellos había una mesa baja en la que los servidores colocaron platos llenos de vituallas. El cocinero había preparado suculentos pedazos de buey, cocidos en una marmita de terracota, de fondo redondeada, y aves asadas al espetón. Junto al pan fresco había mantequilla fabricada con fenogreco y alcaravea, sin agua ni sal, y conservada en un sótano fresco, para evitar que se oscureciera; guisantes y calabacines en salsa acompañaban las carnes.

Un escanciador llenó las copas de vino tinto del delta, colocó la jarra en un soporte de madera y abandonó la estancia cerrando la puerta.

–Hablamos en nombre de las autoridades superiores de este país –comenzó el director de las misiones secretas.

–A excepción del faraón y de mí mismo –intervino Pazair.

La observación hirió al dignatario.

–Esas objeciones me parecen inútiles.

–Ese tono es muy desagradable –consideró Bagey–; sean cuales sean vuestra edad y vuestro rango, debéis respeto al visir designado por el faraón.

–Nuestra conciencia nos impide ahorrarle criticas y reprimendas justificadas.

Bagey, irritado, se levantó.

–No acepto esta gestión.

–No es inconveniente ni ilegal.

–No opino así; vuestro papel es servir al visir y obedecerlo.

–Siempre que su acción no sea contraria a la felicidad de Egipto.

–No escucharé una palabra más; comeréis sin mí.

Bagey salió del comedor.

Sorprendido por la violencia del ataque la brutal reacción del antiguo visir, Pazair se sintió muy solo. La carne y las legumbres se enfriaron; el vino fino permaneció en las copas.

–Hemos hablado mucho con el director de la Doble Casa blanca –confesó el superintendente de los campos–; sus inquietudes nos parecen fundadas.

–¿Por qué no os ha acompañado Bel-Tran?

–No le hemos avisado de lo que íbamos a hacer; es un hombre joven, impulsivo, que podría carecer de la serenidad necesaria en tan grave asunto. Esa misma juventud podría arrastraros a un callejón sin salida, salvo si prevalece la razón.

–Ocupáis puestos importantes donde no son admisibles las palabras ociosas; puesto que mi tiempo es tan precioso como el vuestro, os agradecería que fuerais directamente al grano.

–He aquí una buena prueba de vuestro equivocado comportamiento. Gobernar Egipto requiere mayor flexibilidad.

–El faraón gobierna, yo velo por el respeto de Maat.

–A veces, lo cotidiano se aleja de lo ideal.

–Con tales pensamientos –juzgó Pazair–, Egipto corre a su ruina.

–Puesto que carecéis de experiencia –consideró el superintendente de los campos–, tomáis al pie de la letra viejos ideales vaciados de su sustancia.

–No es ésa mi opinión.

–¿Y condenasteis al jefe de la provincia de Coptos, el heredero de una familia noble y afamada, en nombre de ese ideal?

–Se aplicó la ley sin tener en cuenta el rango.

–¿Pensáis destituir así a muchos dirigentes estimados y calificados?

–Si conspiran contra su país, serán acusados y juzgados.

–Confundís las faltas graves con las necesidades del poder.

–¿Es una falta leve falsear el catastro?

–Reconocemos vuestra honestidad –admitió el superintendente de los escritos–; desde el comienzo de vuestra carrera habéis demostrado vuestro sentido de la justicia y vuestro amor por la verdad: nadie piensa en discutirlo; el pueblo os respeta y admira. ¿Pero es eso suficiente para evitar un desastre?

–¿Qué me reprocháis?

–Tal vez nada, si sabéis tranquilizarnos.

Habían concluido los primeros asaltos; se iniciaba el verdadero combate.

Aquellos tres hombres lo sabían todo sobre el poder, la jerarquía y los mecanismos sociales; si Bel-Tran había conseguido convencerlos de lo acertado de sus deseos, Pazair no tendría demasiadas posibilidades de franquear el obstáculo. Aislado, desmentido, seria un juguete fácil de quebrar.

–Mis servicios –declaró el superintendente de los campos– han establecido la lista de los propietarios y granjeros, han censado las cabezas de ganado, han evaluado las cosechas; mis expertos han fijado las tasas, teniendo en cuenta la opinión de los campesinos, pero este enorme trabajo supondrá el cobro de unos impuestos demasiado escasos. Sería necesario doblar las tasas sobre el forraje y los bovinos.

–Rechazado.

–¿Cuáles son vuestras razones?

–En caso de dificultad, el aumento de los impuestos es la peor solución. Me parece más urgente suprimir las injusticias; nuestras reservas de alimentos son suficientes para enfrentarnos a varias crecidas malas.

–Reformad las disposiciones en exceso favorables a los campesinos; en caso de imposición injusta, el habitante de una gran ciudad sólo tiene tres días para apelar, pero un provinciano dispone de tres meses.

–Yo mismo fui víctima de este reglamento –recordó Pazair–; prolongaré el plazo de los ciudadanos.

–¡Aumentad al menos los impuestos de los ricos!

–El personaje que más paga de Egipto, el gobernador de Elefantina, entrega al Tesoro el equivalente de cuatro lingotes de oro; el gobernador de una provincia de dimensiones medias, mil panes, terneras, huevos, miel y algunos sacos de cereales. No es necesario exigir más, puesto que mantienen una gran casa y velan por el bienestar de los aldeanos.

–¿Pensáis acaso emprenderla con los artesanos?

–De ningún modo. Sus moradas seguirán exentas de impuestos y mantendré la prohibición de embargar sus herramientas.

–¿Cederéis en lo del impuesto de la madera? Sería necesario extenderlo a todas las provincias.

–He estudiado de cerca los centros madereros y el modo como reciben broza, fibras de palma y leña; durante la estación fría, la distribución se llevó a cabo de modo correcto. ¿Por qué modificar el trabajo de equipos, cuya rotación es satisfactoria?

–Juzgáis mal la situación –consideró el director de las misiones secretas–; el modo como está organizada nuestra economía ya no corresponde a las exigencias actuales. Debe aumentarse la producción, la rentabilidad...

–Ésas son las palabras que le gustan a Bel-Tran.

–¡Es el director de la Doble Casa blanca! Si estáis en desacuerdo con vuestro ministro de Economía, ¿cómo llevar a cabo una política coherente? ¡Destituidlo y destituidnos también a nosotros!

–Seguiremos trabajando juntos, de acuerdo con las leyes tradicionales; Egipto es rico, el Nilo nos ofrece la abundancia, y la prosperidad perdurará siempre que luchemos cada día contra la injusticia.

–¿No os deforma vuestro pasado? La economía...

–El día en que la economía prevalezca sobre la justicia, la desgracia caerá sobre esta tierra.

–El papel de los templos tiene que minimizarse –sugirió el superintendente de los escritos.

–¿Qué les reprocháis?

–Recogen la casi totalidad de los géneros, los productos y los objetos antes de distribuirlos, en función de las necesidades de la población. ¿No sería deseable un método más directo?

–Sería contrario a la regla de Maat y destruiría Egipto en pocos años. Los templos son nuestros reguladores de energía; los especialistas, recluidos en sus muros, no tienen más preocupación que la armonía. Gracias a los templos estamos unidos con lo invisible y con las fuerzas

vitales del universo; de sus escuelas y de sus talleres salen los seres que moldean nuestro país desde hace siglos. ¿Deseáis decapitarlo?

–Habéis deformado mis palabras.

–Mucho me temo que vuestro pensamiento parece un bastón retorcido.

–¡Me insultáis!

–¿No estáis dando la espalda a nuestros valores fundacionales?

–Sois un hombre de una pieza, Pazair, ¡un fanático!

–Si estáis convencido de ello, no lo dudéis: pedid mi cabeza al rey.

–Gozáis del apoyo de Kani, el sumo sacerdote de Karnak, cuyas opiniones son apreciadas por Ramsés. Pero este favor no durará más que vuestra popularidad; dimitid, Pazair, sería la mejor solución, para vos y para Egipto.

CAPÍTULO 20

El jefe de los jardineros del templo de Heliópolis estaba aterrado. Sentado al pie de un olivo, lloraba. Pazair, llamado con urgencia, se estremecía; un viento frío soplaba a ráfagas, agitando las hojas de envés plateado. Alertado por Kem, el visir había considerado conveniente desplazarse.

–Contadme –le dijo al jardinero.

–Yo mismo había vigilado la cosecha... ¡Los más viejos olivos de Egipto! Qué desgracia... ¿Por qué ese vandalismo, por qué?

El jefe de los jardineros era incapaz de decir otra cosa. Pazair lo abandonó a su tristeza, tras haberle asegurado que no lo consideraba responsable, y siguió a Kem hasta las reservas del templo de Ra, donde se conservaba el mejor aceite para iluminación del país.

El suelo era un charco viscoso. No se había salvado ni una sola jarra. Habían quitado el tapón y habían derramado el contenido.

–¿Cuál es el resultado de vuestra investigación?

–Un solo hombre –repuso el nubio–; se ha introducido en el local por el techo.

–El mismo procedimiento que en el hospital.

–El hombre que intenta asesinaros, no cabe duda. Pero ¿por qué ese saqueo?

–El papel económico de los templos molesta a Bel-Tran; suprimir la fuente de iluminación hará más lento el trabajo de los escribas y los sacerdotes. Haced que salgan inmediatamente mensajeros; que la policía vigile todas las reservas de aceite. Por lo que se refiere a la región de Menfis, utilizaremos la de palacio. Ninguna lámpara permanecerá vacía.

La réplica de Bel-Tran a la firmeza del visir no se había hecho esperar.

No había ni un solo servidor que no manejara la escoba, hecha de largas fibras rígidas reunidas en manojos, ni una sierva que no tuviera un cepillo de cañas sujetas por un ancho anillo: toda la gente que trabajaba en la casa del visir limpiaba los suelos con ardor. Flotaba un delicioso olor de incienso, de canela y cinamomo; la fumigación purificaría la gran mansión y la libraría de insectos y demás huéspedes indeseables.

–¿Dónde está mi esposa?

–En la reserva de trigo –respondió el intendente.

De rodillas, Neferet hundía en una esquina dientes de ajo, pescado seco y natrón.

–¿Quién se oculta ahí?

–Tal vez una serpiente; estos ingredientes la asfixiarán.

–¿Por qué esta limpieza?

–Temo que el asesino haya dejado otras huellas de su paso.

–¿Sorpresas desagradables?

–Hasta el momento no; no hemos olvidado ningún lugar sospechoso. ¿Qué ha dicho el faraón?

Pazair la ayudó a levantarse.

–La actitud de sus consejeros le ha sorprendido; le demuestra que la enfermedad del país es grave. Temo no ser un terapeuta tan eficaz como tú.

–¿Qué responderá a los cortesanos?

–Yo debo ocuparme de sus peticiones.

–¿Han exigido que te vayas?

–Una simple sugerencia por su parte.

–Bel-Tran sigue haciendo correr sus calumnias.

–No carece de debilidades; nosotros tenemos que descubrirlas.

El visir no pudo contener un estornudo, seguido de un estremecimiento.

–Necesitaré un médico.

La gripe quebraba los huesos, destrozaba el cráneo y vaciaba el cerebro. Pazair bebía zumo de cebolla, se desinfectaba la nariz con zumo de palma, se descongestionaba con inhalaciones y absorbía tintura de madre de brionia para evitar complicaciones pulmonares. Satisfecho al tener en casa a su dueño, Bravo dormía a los pies de la cama, aprovechando una cómoda manta y, de paso, alguna cucharada de miel.

Pese a la fiebre, el visir consultaba los papiros que le mostraba Kem, único autorizado para servir de intermediario entre Pazair y su despacho. Cuantos más días pasaban más dominaba el visir su oficio; aquellos momentos de distancia le resultaban benéficos, en la medida en que comprobaba que los grandes templos, de norte a sur, escapaban del control de Bel-Tran. Regulaban la economía de acuerdo con las enseñanzas de los antiguos y velaban por el reparto de las riquezas almacenadas; gracias a Kani y a los demás sumos sacerdotes, plenamente de acuerdo con el superior de Karnak, el visir preservaría la estabilidad del navío del Estado, al menos hasta la fatídica fecha en que Ramsés tendría que abdicar.

Una inhalación de sulfuro de arsénico, que los médicos denominaban «el que ensancha el corazón», alivió a Pazair; para evitar la tos, absorbió una decocción de raíces de malvavisco y coloquíntida fresca. El agua cobriza acabaría de curar la infección.

Cuando el nubio se palpó la nariz de madera, el visir comprendió que tenía informaciones importantes.

–Primero, una noticia preocupante: Mentmosé, mi predecesor de triste recuerdo, ha abandonado el Líbano, donde sufría una pena de exilio.

–Enorme riesgo... Cuando le echéis mano, será condenado a penal.

–Mentmosé lo sabe; por eso su desaparición no presagia nada bueno.

–¿Una intervención de Bel-Tran?

–Es posible.

–¿Una simple huida?

–Me gustaría creerlo; pero Mentmosé os odia tanto como Bel-Tran. Los fascináis, tanto al uno como al otro, porque no comprenden vuestra rectitud ni vuestro amor por la justicia. Mientras erais un pequeño juez, no

tenía importancia. Pero como visir... ¡Es inaceptable! Mentmosé no desea terminar apaciblemente su vida; quiere vengarse.

–¿No hay nada nuevo sobre el asesinato de Branir?

–Directamente no, pero...

–¿Pero?

–A mi entender, el hombre que intentó mataros varias veces es el que suprimió a Branir; surge de la nada y en la nada se refugia, más rápido que un lebrel.

–¿Intentáis hacerme admitir que se trata de un aparecido?

–Un aparecido, no... Un devorador de sombras como nunca había conocido otro. Un monstruo enamorado de la muerte.

–¿Ha cometido por fin el error que esperabais?

–Tal vez se equivocó al atacar a mi babuino, lanzando contra él otro simio. Es la única ocasión en la que recurrió a un aliado y, por lo tanto, se puso en contacto con alguien. Temía que la pista quedara cortada, pero uno de mis mejores informadores, un tal Patascortas, tiene ciertos problemas. Un juez acaba de aumentar el montante de la pensión alimenticia que debe pagar a su anterior esposa. Por ello ha recuperado la memoria.

–¿Conoce acaso la identidad del devorador de sombras?

–Si es así exigirá una enorme recompensa.

–Concedida. ¿Cuándo lo veréis?

–Esta noche, detrás de los muelles.

–Iré con vos.

–Vuestro estado os lo impide.

Neferet había convocado a los principales proveedores de sustancias raras y costosas utilizadas en los laboratorios. Aunque las reservas no se hubieran agotado, consideraba prudente aumentarlas en seguida, dadas las dificultades de cosecha y entrega.

–Comencemos por la mirra; ¿para cuándo se espera la próxima expedición al país de Punt?

El responsable tosió.

–Lo ignoro.

–¿Qué significa esta respuesta?

–No se ha fijado fecha alguna.

–Vos debéis decidirla, según creo.

–No dispongo de barcos, ni de tripulaciones.

–¿Por qué?

–Espero que los países extranjeros lo tengan a bien.

–¿Habéis consultado con el visir?

–He preferido seguir la vía jerárquica.

–Deberíais haberme avisado de ese contratiempo.

–No había ninguna prisa...

–Pues ahora se trata de una urgencia.

–Necesitaré una orden escrita.

–La tendréis hoy mismo.

Neferet se volvió hacia otro comerciante.

–¿Habéis encargado gomorresina verde de gálbano[7]?

–Encargado, si; pero tardará en llegar.

–¿Por qué?

–Procede de Asia, depende del humor de los cosechadores y los vendedores. La administración me ha recomendado que no los importunara; al parecer, nuestras relaciones son más bien tensas, a causa de incidentes que desconozco. En cuanto sea posible...

–¿Y la resma oscura de ládano? –preguntó Neferet al tercer proveedor–. Sé que viene de Grecia y de Creta; estos países nunca se niegan a comerciar.

–Lamentablemente, sí. La cosecha fue escasa; de modo que han decidido no exportar.

Neferet ni siquiera interrogó a los demás comerciantes; su turbación significaba que responderían también negativamente.

–¿Quién recibe esos productos raros en suelo egipcio? –preguntó al proveedor de mirra.

–Los aduaneros.

–¿De qué administración dependen?

El hombre farfulló.

–De... de la Doble Casa blanca.

La mirada de la joven, tan tierna por lo común, se llenó de rebeldía e indignación.

–Al convertiros en sicarios de Bel-Tran –declaró con firmeza–, estáis traicionando a Egipto. Como médico en jefe del reino, pediré que se os acuse de atentado a la salud pública.

–No es ésta nuestra intención, pero las circunstancias... Deberíais admitir que el mundo evoluciona y que Egipto debe adaptarse. Nuestro modo de comerciar se modifica, Bel-Tran detenta las llaves de nuestro porvenir. Si aceptáis aumentar nuestros beneficios y revisar nuestros márgenes, las entregas podrían reanudarse en seguida.

–Extorsión... . Una extorsión que compromete la salud de vuestros compatriotas

–Las palabras son excesivas. Nuestros espíritus están abiertos y unas negociaciones bien conducidas...

–Dado que se trata de un caso de urgencia, pediré al visir una orden de requisa y yo misma trataré con nuestros proveedores extranjeros.

–¡No os atreveréis!

–La codicia es una enfermedad incurable, y yo no sé tratarla. Pedidle otro empleo a Bel-Tran; ya no dependéis de los servicios médicos.

---

[7] Estas gomorresinas (gálbano y ládano), extraídas de árboles o arbustos, que en nuestros días siguen utilizándose en perfumería, se consideraban sustancias medicinales.

CAPÍTULO 21

La fiebre no había impedido a Pazair firmar la orden de embargo que permitía a la médico en jefe del reino asegurar la libre circulación de las gomorresinas indispensables para los terapeutas. Provista del documento, Neferet se había dirigido en seguida al servicio de los países extranjeros para velar personalmente por la redacción de los documentos administrativos que ordenarían la salida de las expediciones comerciales.

El estado de su enfermo favorito no le inspiraba preocupación alguna, aunque tendría que permanecer acostado dos o tres días para evitar cualquier riesgo de recaída.

El visir no se concedía ningún descanso; rodeado de papiros y tablillas de madera, transmitidos por los escribas de las distintas administraciones, buscaba los puntos débiles que Bel-Tran podía explotar. Imaginaba estrategias y adoptaba medidas para detener los golpes, pero sin hacerse muchas ilusiones; el director de la Doble Casa blanca y sus aliados sabrían encontrar otros puntos de ataque.

Cuando el intendente le anunció el nombre del visitante que quería ser recibido, Pazair no creyó lo que estaba oyendo. Pese a su asombro, aceptó.

Seguro de sí mismo, vestido a la última moda con una lujosa túnica de lino, demasiado estrecha en la cintura, Bel-Tran saludó calurosamente al visir.

–Os he traído una jarra de vino blanco del año dos de Seti, el padre de nuestro ilustre soberano. ¡Un caldo magnífico! Os gustará.

Sin que lo invitaran, Bel-Tran tomó una silla y se sentó frente a Pazair.

–He sabido que estabais enfermo; ¿nada grave?

–Pronto estaré bien.

–La verdad es que disfrutáis de los cuidados de la mejor médica del reino; sin embargo, esa fatiga me parece significativa. El cargo de visir es casi imposible de soportar.

–Salvo para hombros tan anchos como los vuestros.

–Por la corte circulan numerosos rumores; todo el mundo sabe que tenéis grandes dificultades para cumplir correctamente con vuestra función.

–Es cierto.

Bel-Tran sonrió.

–Incluso estoy seguro de que nunca lo lograré –añadió Pazair.

–Amigo mío, esta enfermedad os resulta muy beneficiosa.

–Aclarádmelo; puesto que disponéis del arma decisiva, puesto que estáis seguro de obtener el poder supremo, ¿cómo puede molestaros mi acción?

–No tiene ninguna importancia pero me resulta muy desagradable. Si aceptáis obedecerme y seguir, por fin, el camino del progreso, seguiréis

siendo visir. Vuestra popularidad no es desdeñable; se alaba vuestra capacidad de trabajo, vuestra rectitud, vuestra clarividencia... Me seríais muy útil aplicando mi política.

–Kani, el sumo sacerdote de Karnak, me desaprobaría.

–¡Vos podríais engañarlo! Me lo debéis, puesto que hicisteis fracasar mi intento de conquistar buena parte de las tierras del templo. Esta economía sagrada es arcaica, Pazair; no debe frenarse ni regularse la producción de riquezas, sino favorecer un continuo crecimiento.

–¿Asegurará la felicidad de los hombres y el equilibrio de los pueblos?

–No importa; da poder a quien lo controla.

–No dejo de pensar en mi maestro Branir.

–Un hombre del pasado.

–Según los anales, ningún crimen ha permanecido impune.

–Olvidad esa deplorable historia y preocupaos del porvenir.

–Kem no deja de investigar; cree haber identificado al asesino.

Bel-Tran mantuvo su sangre fría, pero su mirada se nubló.

–Mi hipótesis es distinta de la del jefe de policía; he estado a punto, varias veces, de acusar a vuestra esposa.

–¿Silkis? Pero...

–Ella fue la mujer que llamó la atención del guardián en jefe de la esfinge para hacerle abandonar su vigilancia. Desde el comienzo de la conjura, ella os ha obedecido; es una excelente tejedora y maneja la aguja mejor que nadie. No hay ser más temible que una mujer-niña, afirman los antiguos sabios; la creo culpable de haber asesinado a Branir hundiéndole en la nuca una aguja de nácar.

–Vuestra fiebre es perniciosa.

–Silkis necesita vuestra fortuna, pero sois su esclavo, mucho más de lo que podéis imaginar. Éste es el mal que os domina.

–¡Basta de miserables pensamientos! ¿Os someteréis por fin?

–Haberlo supuesto demuestra una indudable falta de lucidez.

Bel-Tran se levantó.

–No actuéis contra Silkis, ni contra mí. Todo está perdido para vos y vuestro rey; el testamento de los dioses está fuera de vuestro alcance, para siempre.

El viento vespertino anunciaba la primavera; cálido, perfumado, llevaba a lo lejos el alma del desierto. La gente se acostaba más tarde, hablaba de casa en casa, se informaba de los acontecimientos del día. Kem aguardó a que se apagaran las últimas lámparas antes de aventurarse por las callejas que llevaban a los muelles.

El babuino avanzaba lentamente, volvía la cabeza a izquierda y derecha, miraba hacia arriba, como si presintiera un peligro. Nervioso, volvía a veces sobre sus pasos y luego apresuraba bruscamente la marcha. El nubio respetaba la menor de las reacciones del simio: en las tinieblas, lo guiaba.

La zona de las dársenas estaba silenciosa; algunos guardianes custodiaban los almacenes. Kem y Patascortas se habían citado tras un edificio abandonado. El informador solía tratar allí cierto número de asuntos ilícitos, ante los que el nubio cerraba los ojos a cambio de conocer ciertos detalles que los policías sedentarios no podían obtener.

Patascortas había abandonado, desde su nacimiento, el camino de la verdad; traficante espontáneo, no tenía más placer que el de robar al prójimo. La gente humilde de Menfis no tenía, para él, secreto alguno; desde el inicio de su investigación, Kem pensaba que él iba a ser el único que le procuraría una información seria sobre el asesino, pero no debía acosarlo, so pena de producir un mutismo definitivo.

El babuino, al acecho, se inmovilizó. Su oído era más fino que el de un hombre y su oficio de policía había desarrollado sus facultades de percepción. Unas nubes cubrieron el primer cuarto de la luna; la oscuridad se extendió sobre el abandonado almacén, desprovisto de puertas. El simio reanudó su marcha.

La buena voluntad de Patascortas se debía a un problema jurídico; su ex esposa, bien aconsejada, estaba despojándolo de la pequeña fortuna que había amasado. Tenía que decidirse a vender su más precioso bien: la identidad del devorador de sombras. ¿Qué exigiría a cambio? Oro, el silencio del jefe de policía sobre un tráfico más importante que de costumbre, un cargamento de jarras de vino... Kem decidiría.

El babuino emitió un desgarrador lamento. Kem creyó que estaba herido; un rápido examen bastó para comprobar que estaba equivocado. Matón aceptó proseguir y rodeó el almacén.

No había nadie en el lugar de la cita. Kem, apacible, se sentó junto al babuino. ¿Habría renunciado Patascortas? El nubio no lo creía. El informador necesitaba urgentemente ayuda material.

Transcurrió la noche. Poco antes del amanecer, Matón tomó a su colega de la mano y lo arrastró al interior del almacén. Sólo había cestos abandonados, cajas despanzurradas, restos de herramientas... El mono se abrió paso en aquel caos, se detuvo ante un montón de sacos de grano y emitió el mismo lamento de unas horas antes.

El jefe de policía apartó rabiosamente los sacos.

Patascortas estaba apoyado en un pilar de madera. Había acudido a la cita, pero el devorador de sombras le había roto la nuca para que no revelara su nombre.

Pazair tranquilizó a Kem.

–Soy el responsable de la muerte de Patascortas.

–Claro que no; fue él quien se puso en contacto con vos.

–Debería haber ordenado que lo protegieran.

–¿De qué modo?

–No lo sé, yo...

–Dejad de atormentaros.

–El devorador de sombras se olió las intenciones de Patascortas, lo siguió y lo suprimió.

–O tal vez intentara extorsionarlo.

–Era lo bastante venal como para cometer esa locura... Y la pista se ha interrumpido de nuevo. Naturalmente, mantendré vuestra protección.

–Tomad disposiciones; mañana nos marchamos al Medio Egipto.

La voz de Pazair se había ensombrecido.

–¿Algún incidente?

–Varios informes inquietantes, debidos a los administradores provinciales.

–¿Sobre qué?
–El agua.
–¿Teméis que...?
–Lo peor.

Neferet había realizado una delicada operación: un joven artesano, herido en el cráneo, con las vértebras cervicales lesionadas y la sien derecha hundida. El hombre había caído del techo de una mansión, pero gracias a que había sido trasladado en seguida al hospital, sobreviviría.

Agotada, la joven se había dormido en una de las salas de reposo. Uno de sus ayudantes la despertó.

–Lo siento, pero os necesitan.

–Recurrid a otro cirujano; no me quedan fuerzas para operar.

–Se trata de un caso extraño; vuestro diagnóstico es indispensable.

Neferet se levantó y siguió al ayudante.

La paciente tenía los ojos abiertos, pero fijos. Debía de tener unos cuarenta años de edad y llevaba un lujoso vestido; sus cuidados pies y manos demostraban que pertenecía a una familia acomodada.

–Estaba tendida en una calleja del barrio norte –explicó el ayudante–; los habitantes no la conocían. Parece que acaben de anestesiaría...

Neferet escuchó la voz del corazón en las arterias, luego examinó los ojos.

–Esta mujer está drogada –concluyó–; ha absorbido extracto de amapola rosa, una sustancia que sólo debe utilizarse en el hospital[8]. Exijo que se abra inmediatamente una investigación.

Ante la insistencia de su esposa, Pazair había retrasado su marcha al Medio Egipto y había pedido a Kem que investigara sobre el terreno. La mujer, que no llegó a salir del coma, había muerto por el abuso de la droga.

Gracias al simio, las lenguas se desataron. La infeliz había acudido tres veces a la calleja donde la aguardaba un mercader griego que estaba instalado en una hermosa mansión. Cuando Kem se presentó en su casa, el sospechoso estaba ausente; una sirvienta rogó al jefe de policía que se instalara en la sala de recepción y le sirvió una cerveza fresca. El comerciante había salido a tratar un asunto en los muelles y no tardaría.

Alto, flaco, barbudo, el griego puso pies en polvorosa en cuanto vio al jefe de policía. Kem ni se movió, confiando en la vigilancia de su colega. De hecho, el mono le hizo una zancadilla al fugitivo, que cayó cuan largo era.

Kem lo agarró de la túnica y lo levantó.

–¡Soy inocente!

–Has matado a una mujer.

–Vendo recipientes, nada mas.

Por un instante, el nubio se preguntó si no habría dado con el devorador de sombras; pero le pareció que el personaje había caído en la trampa con excesiva facilidad.

–Si no hablas, serás condenado a muerte.

[8] De la planta shepeu, amapola, se extraía el opio y la morfina, utilizados como sedantes y analgésicos.

La voz del griego se hizo lacrimosa.

–¡Tened piedad! Sólo soy un intermediario.

–¿A quién le compras la droga?

–A unos compatriotas que cultivan las plantas en Grecia.

–Ellos están fuera de mi alcance, tú no.

Los enrojecidos ojos del babuino reforzaban la afirmación de su colega.

–Os daré sus nombres.

–Dame los de tus clientes.

–¡No, eso no!

La velluda mano de Matón se posó en el hombro del griego. Aterrorizado, habló con abundancia, citando a funcionarios, mercaderes y algunos personajes nobles.

Entre ellos estaba la señora Silkis.

CAPÍTULO 22

La mañana de la partida, Pazair recibió una invitación de Bel-Tran para un gran banquete donde estarían presentes los principales dignatarios de la corte, los altos funcionarios y varios jefes de provincias. El director de la Doble Casa blanca debía ofrecer, a fines de invierno, una suntuosa recepción que el visir honraba con su presencia.

–Está burlándose de nosotros –dijo Neferet.

–Bel-Tran sigue la tradición cuando le es útil.

–¿Estamos obligados a participar en esta mascarada?

–Mucho me temo que sí.

–La inculpación de la señora Silkis provocaría un buen escándalo.

–Intentaré ser discreto.

–¿Ha cesado el tráfico de drogas?

–Kem ha demostrado una perfecta eficacia; los cómplices del griego fueron detenidos en los muelles, al igual que todos sus clientes.., salvo Silkis.

–Es imposible emprenderla con ella, ¿no es cierto?

–Las amenazas de Bel-Tran no me detendrán.

–Lo importante es haber puesto fin a este horror.

–¿De qué serviría, hoy, encarcelar a la esposa de Bel-Tran?

Bajo la persea donde charlaban, Pazair abrazó a Neferet.

–Para hacer justicia.

–¿No es el momento en que se realiza un acto tan importante como el acto mismo?

–¿Me recomiendas que espere? Pasan los días y las semanas, y la abdicación del faraón se aproxima.

–Tenemos que luchar con lucidez hasta el último momento.

–¡Son tan densas las tinieblas! A veces...

Ella puso el índice en sus labios.

–Un visir de Egipto no renuncia nunca.

A Pazair le gustaba el paisaje del Medio Egipto, los acantilados blancos bordeando el Nilo, las vastas llanuras verdeantes y las claras colinas donde los nobles habían excavado sus moradas de eternidad. La región no tenía el carácter altivo de Menfis ni el esplendor solar de Tebas, pero conservaba los secretos de un alma campesina, replegada hacia unas modestas explotaciones dirigidas por familias celosas de sus tradiciones.

Durante el viaje, el babuino policía no había señalado peligro alguno; cada vez más tibio, el aire primaveral parecía encantarlo, sin que se atenuara la vivacidad de su mirada.

La provincia del Óryx se sentía orgullosa de su gestión del agua; desde hacía siglos aseguraba la subsistencia de sus habitantes, apartaba el espectro de la hambruna y no hacía distinción alguna entre el grande y el

pequeño. Los años de crecidas débiles, unas albercas de almacenamiento, construidas con notable habilidad, bastaban para regar las propiedades. Canales, esclusas y diques eran permanentemente vigilados por puntillosos especialistas, sobre todo durante el período crucial que seguía a la retirada de las aguas de la crecida; muchos campos seguían anegados, absorbiendo el precioso limo que justificaba el calificativo de «tierra negra» atribuido a Egipto. Encaramados en las colinas, los pueblos se llenaban de cantos en honor de la energía fecundadora oculta en el río.

Cada diez días, el visir recibía un detallado informe de las reservas de agua del país, y no era raro que se desplazara, sin avisar a las autoridades locales, para verificar su trabajo. Al dirigirse hacia la capital de la provincia del Óryx, Pazair fue calmándose; diques en excelente estado, depósitos jalonando el camino y cuidadores de canales trabajando ofrecían un espectáculo tranquilizador.

La llegada del visir provocó una alegre animación; todos querían ver al ilustre personaje, presentarle su petición, exigir más justicia. No había agresividad alguna en las palabras; la estima y la confianza de la población conmovieron a Pazair en lo más hondo y lo llenaron de una nueva fuerza. Para aquellos seres, tenía que salvaguardar el país e impedir la descomposición del reino. Rogó al cielo, al Nilo y a la tierra fecundada, imploró a las potencias creadoras que le abrieran el espíritu para conseguir salvar al faraón.

El jefe de la provincia, Iua, cuyo nombre significaba «buey cebado», había reunido en su hermosa mansión blanca a sus principales colaboradores: el vigilante de los diques, el de los canales, el distribuidor de las aguas de reserva, el geómetra público y el reclutador de trabajadores temporeros; todos mostraban un aspecto sombrío. Se inclinaron ante Pazair, a quien el jefe de la provincia, un sexagenario vividor heredero de un largo linaje, cedió su lugar y la presidencia de la reunión.

–La visita me honra –declaró– y también a mi provincia.

–Unos informes me han alertado; ¿los avaláis vos?

La brutalidad de la pregunta sorprendió al notable, pero no lo escandalizó; los visires, abrumados por el trabajo, no se detenían en inútiles cortesías.

–No los inspiré.

–Varias provincias son presa de las mismas inquietudes; he elegido la vuestra por su ejemplar comportamiento desde hace varias dinastías.

–Seré claro, también. Ya no comprendemos las directrices del poder central –deploró Iua–. Por lo general, me dejan dirigir libremente mi provincia, aun exigiendo resultados que nunca han decepcionado al faraón. Ahora bien, desde que las aguas se retiraron, nos ordenan actuar de un modo irrazonable.

–Explicaos.

–Nuestro geómetra público, como cada año, calculó la cubicación de tierra que debía desplazarse y apelmazarse para hacer impermeables los diques; ¡sus cifras fueron revisadas a la baja! Si aceptamos las rectificaciones, carecerán de solidez y serán destruidos por el empuje del agua.

–¿De dónde proceden las correcciones?

–Del servicio general de agrimensura de Menfis. ¡Pero eso no es todo! Nuestro reclutador de trabajadores temporeros conoce perfectamente el número de hombres que necesita para efectuar los trabajos de mantenimiento durante la reparación y el entarquinado de los diques. El servicio de empleo le niega la mitad, sin justificación. Más grave aún: la utilización de las albercas de sumergimiento. ¿Quién respeta, más que nosotros, el tiempo de paso del agua de una alberca aguas arriba a una alberca aguas abajo, de acuerdo con el ritmo apropiado para las distintas especies a cultivar? Los servicios técnicos de la Doble Casa blanca quieren imponernos unas fechas incompatibles con las exigencias naturales. ¡Y no hablemos del aumento impositivo que esta producción acarreará! ¿Qué tienen en la cabeza los funcionarios de Menfis?

–Mostradme esos documentos –exigió Pazair.

El jefe de la provincia hizo que le trajeran los papiros. Los signatarios pertenecían a la Doble Casa blanca o a ciertos servicios que Bel-Tran controlaba más o menos directamente.

–Dadme material de escritura.

Un escriba ofreció al visir una paleta, con tinta fresca y un cálamo. Con su rápida y precisa caligrafía, Pazair anuló las directrices y puso su sello.

–Se han corregido los errores administrativos –anunció– no tengáis en cuenta estas órdenes caducas y seguid el procedimiento habitual.

Pasmados, los administradores de la provincia se consultaron con la mirada; Iua debía intervenir.

–Debemos entender que...

–En adelante, sólo las directrices que lleven mi sello serán ejecutorias.

Encantados por la rapidez de esa intervención inesperada, los administradores saludaron al visir y, con el corazón alegre, se dirigieron a sus ocupaciones. Sólo el jefe de la provincia seguía mostrándose inquieto.

–¿Tenéis otros motivos de preocupación?

–¿No implica vuestra actitud una especie de guerra abierta contra Bel-Tran?

–Alguno de mis ministros puede equivocarse.

–¿Por qué mantenerlo, en ese caso?

Pazair temía la pregunta. Hasta entonces, los asaltos habían sido más bien discretos; pero el asunto del agua sacaba a la luz las graves disensiones entre el visir y el director de la Doble Casa blanca.

–Bel-Tran tiene una gran capacidad de trabajo.

–¿Sabéis que hace gestiones con los jefes de provincia para convencerlos de la excelencia de su política? Yo, como mis colegas, me hago una pregunta: ¿quién es el visir, él o vos?

–Acabáis de obtener la respuesta.

–Y me tranquiliza... No me gustaron sus proposiciones.

–¿Cuáles fueron?

–Un puesto importante en Menfis, atractivas ventajas materiales, menos preocupaciones...

–¿Por qué lo rechazasteis?

–Porque estoy contento con lo que tengo; Bel-Tran no admite una ambición limitada. Me gusta esta región y detesto las grandes ciudades. Aquí me respetan; en Menfis soy un desconocido.

–Así pues, le respondisteis negativamente.

–El personaje me asusta, lo confieso; por lo tanto, preferí fingir que vacilaba. Otros jefes de provincia aceptaron ayudarlo, como si vos no existierais. ¿No habréis albergado una serpiente en vuestro seno?

–Si es así, yo repararé mi error.

Iua no ocultó su turbación.

–Oyéndoos, creo que el país corre el riesgo de enfrentarse a horas difíciles. Puesto que habéis preservado la integridad de mi provincia, os apoyare.

Kem y su simio estaban sentados en el umbral de aquella hermosa casa; el babuino comía dátiles, el policía observaba las escenas callejeras, obsesionado por el devorador de sombras y convencido de que el hombre de las tinieblas pensaba en él con la misma intensidad.

En cuanto el visir reapareció, el nubio se levantó.

–¿Todo va bien?

–De nuevo hemos evitado por los pelos una catástrofe; debemos inspeccionar varias provincias más.

Iua alcanzó a Pazair y a Kem camino del embarcadero.

–Olvidaba un detalle... ¿Me enviasteis vos un verificador de agua potable?

–En absoluto. Describídmelo.

–Unos sesenta años, talla media, cráneo calvo y rojizo, que se rasca con frecuencia, muy irritable, voz gangosa, tono cortante.

–Mentmosé –murmuró el nubio.

–¿Cómo se comportó?

–Una simple gira de inspección.

–Llevadme a las reservas.

La mejor agua potable se recogía unos días después del comienzo de la crecida; enriquecida con sales minerales, regulaba la actividad intestinal y favorecía la fecundidad de las mujeres.

Turbia y lodosa, se filtraba y se almacenaba en grandes jarras que la conservaban muy bien durante cuatro o cinco años. La provincia del Óryx, en los años de fuerte calor, a veces la exportaba hacia el sur.

Iua hizo abrir el depósito principal, asegurado con pesados cerrojos de madera. Quedó sin respiración al descubrir el desastre: los tapones de las jarras habían sido arrancados y el agua se había derramado por el suelo.

CAPÍTULO 23

¿Cómo podía ser tan bella una mujer?, se preguntó Pazair contemplando a Neferet, engalanada para el banquete que Bel-Tran ofrecía. La médico en jefe del reino llevaba un collar de siete vueltas de cuentas de cornalina, adornadas con oro de Nubia, que le había regalado la reina madre; ocultaba la turquesa, regalo de su maestro Branir, destinada a alejar las fuerzas nocivas.

Su peluca de finas trenzas y rizados mechones ponía de relieve su purísimo rostro, de tez clara y resplandeciente; pulseras de pequeñas cuentas adornaban sus muñecas y sus tobillos; un cinturón de amatista, regalo de Pazair, subrayaba la finura de su talle.

–Ya es hora de vestirse –advirtió la muchacha.

–Tengo que leer el último informe.

–¿Las reservas de agua potable?

–Mentmosé destruyó una decena; las demás ya están protegidas. Los heraldos proclaman la descripción del bandido; o caerá en manos de la policía o se verá obligado a ocultarse.

–¿Cuántos jefes de provincia se han vendido a Bel-Tran?

–Un tercio, tal vez; pero los trabajos de mantenimiento de los diques se realizarán correctamente. He dado órdenes en este sentido, con la prohibición de que se reduzcan los efectivos.

Neferet se sentó, ligera, en sus rodillas para impedirle trabajar.

–Realmente ya es hora de que te pongas un paño de fiesta, una peluca clásica y un collar digno de tu rango.

Kem, como jefe de policía, había recibido una invitación. Muy incómodo en ese tipo de recepciones, el nubio no llevaba más joyas que su puñal de mango de electro, decorado con incrustaciones de lapislázuli y feldespato verde. Refugiado en un ángulo de la gran sala con columnas, donde Bel-Tran y Silkis recibían a sus huéspedes, vigilaba al visir, rodeado de numerosas personalidades. El simio se había colocado sobre el tejado de la casa, desde donde observaba los alrededores.

Guirnaldas de flores adornaban las columnas; la nobleza de Menfis llevaba resplandecientes atavíos; ocas asadas y carne de buey se servia en bandejas de plata, los mejores caldos se escanciaban en copas importadas de Grecia. Algunos invitados se sentaban en almohadones, otros elegían sillas. Un carrusel de servidores cambiaba con frecuencia los platos de alabastro.

El visir y su esposa presidían tras una bien provista mesa de ofrendas; unas siervas les lavaron las manos con agua perfumada y les pusieron al cuello un collar de aciano. Cada invitada recibió una flor de loto y la hincó en su peluca.

Tocadoras de arpa, de laúd y tamboril encantaban a la concurrencia; Bel-Tran había pagado a las mejores profesionales de la ciudad, exigiendo de ellas melodías inéditas que los aficionados apreciarían en su justo valor.

Un cortesano muy viejo, incapaz de moverse, se beneficiaba de una cómoda silla perforada que le permitía participar en la velada. Un servidor cambiaba el recipiente de terracota, colocado bajo el asiento, después de la utilización y lo sustituía por otro lleno de arena perfumada.

El cocinero de Bel-Tran era un virtuoso de las finas hierbas; había combinado los sabores del romero, el comino, la salvia, el eneldo y la canela, que se consideraba «realmente noble». Los gastrónomos se deshacían en felicitaciones mientras en las conversaciones todos hablaban de la generosidad del director de la Doble Casa blanca y de su esposa.

Bel-Tran se levantó y pidió silencio.

–Amigos míos, en esta magnífica velada, que vuestra presencia hace más hermosa todavía, quisiera rendir homenaje al hombre cuya benevolente autoridad todos respetamos, el visir Pazair. El visirato es una institución sagrada; la voluntad del faraón se expresa a través de ella. Pese a su joven edad, nuestro querido Pazair da pruebas de una notable y sorprendente madurez; ha sabido lograr que la población lo amara, tomar rápidas decisiones, y trabaja cada día para preservar la grandeza de nuestro país. En vuestro nombre, y a título de homenaje, séale ofrecido este modesto objeto:

El intendente colocó ante Pazair una copa azul de terracota, recubierta de un vidriado y cuyo fondo estaba decorado por una flor de loto de cuatro pétalos.

Os lo agradezco –dijo Pazair–, y permitidme que entregue esta obra maestra al templo de Ptah, el dios de los artesanos. ¿Quién puede olvidar que los templos tienen el deber de reunir las riquezas y redistribuirlas en función de las necesidades de la población? ¿Quién osaría reducir su papel sin atentar a la armonía y destruir el equilibrio creado desde la primera de nuestras dinastías? Si estas viandas son suculentas, si esta tierra es fértil, si nuestra jerarquía se apoya en los deberes del hombre y no en sus derechos, se debe a que Maat, la eterna regla de vida, es nuestra guía. Quien la traiciona, quien atenta contra ella, es un criminal al que no se le concederá la menor indulgencia. Mientras el sentido de la justicia sea nuestro valor primordial, Egipto vivirá en paz y celebrará fiestas.

Las palabras del visir entusiasmaron a una parte de la concurrencia y dejaron fría a la otra. Cuando se reanudaron las discusiones, los clanes se enfrentaron con palabras moderadas, tanto para alabar la intervención del visir como para criticarla. ¿Era una recepción el marco adecuado para este tipo de declaraciones? Durante el breve discurso del visir, el rostro de Bel-Tran se había contraído, y su crispada sonrisa no había engañado a nadie. ¿No se decía que entre el jefe del gobierno y su ministro de Economía había una profunda divergencia de puntos de vista?

Debido a los contradictorios rumores, no era fácil separar lo cierto de lo falso.

Terminada la comida, los invitados tomaron el fresco en el jardín. Kem prestó una mayor atención, ayudado por Matón; el visir escuchaba las quejas de unos altos funcionarios que lamentaban, con razón, las lentitudes administrativas. Bel-Tran, de inagotable cháchara, embaucaba a un grupo de atentos cortesanos.

Silkis se aproximó a Neferet.

–Hace mucho tiempo que quería hablar con vos; esta velada me lo permite.

–¿Habéis decidido divorciaros?

–Amo tanto a Bel-Tran! Es un marido maravilloso. Si intervengo en vuestro favor, podremos evitar lo peor.

–¿Qué queréis decir con eso?

–Bel-Tran siente verdadera estima por Pazair; ¿por qué no se muestra más razonable vuestro esposo? Entre ambos harían un trabajo excelente.

–El visir no está convencido de ello.

–Se equivoca; convencedlo para que cambie de opinión, Neferet.

Silkis hablaba con la voz ingenua y almibarada de una mujer-niña.

–Pazair no se hace ilusión alguna.

–Queda tan poco tiempo... Pronto será demasiado tarde. ¿No es mala consejera la obstinación del visir?

–Un compromiso lo sería más aún.

–Acceder al puesto de médico en jefe no os fue fácil; ¿por qué estropear vuestra carrera?

–Curar a los enfermos no es una carrera.

–En ese caso, no os negaréis a cuidarme.

–No pienso hacerlo.

–¡Un médico no puede elegir a sus enfermos!

–En las actuales circunstancias, sí.

–¿Qué me reprocháis?

–¿Os atreveréis a afirmar que no sois una criminal?

La señora Silkis se apartó.

–No comprendo... Acusarme, a mi...

–Aliviad vuestra conciencia, confesad; no existe mejor remedio.

–¿Y de qué soy responsable?

–De haber consumido droga, al menos.

Silkis cerró los ojos y ocultó el rostro entre sus manos.

–¡Dejad de proferir horrores!

–El visir tiene la prueba de vuestra culpabilidad.

Presa de un ataque de nervios, Silkis corrió a refugiarse en sus aposentos; Neferet se reunió con Pazair.

–Temo no haber actuado correctamente.

–De acuerdo con la reacción de tu interlocutora, estoy convencido de lo contrario.

Bel-Tran intervino.

–¿Qué ha ocurrido? Vos...

La mirada de Neferet petrificó al director de la Doble Casa blanca. No había odio alguno, ninguna violencia, pero sí una luz que atravesaba el ser. Bel-Tran se sintió desnudo, despojado de sus mentiras, de sus artificios y artimañas; su alma ardía, un espasmo le lastimó el pecho. Al

borde del desvanecimiento suspendió el combate y abandonó la gran sala de columnas.

La recepción había terminado.

–¿No serás una hechicera? –preguntó Pazair a su esposa.

–¿Cómo luchar, sin magia, contra la enfermedad? En realidad, Bel-Tran se ha visto a sí mismo; y lo que ha descubierto no parece haberle alegrado.

La suavidad de la noche les encantó; olvidaron por algunos instantes que el transcurso del tiempo les era contrario. Comenzaron a soñar que Egipto no cambiaría nunca, que el perfume del jazmín llenaría siempre sus jardines, que la crecida del Nilo alimentaría, por toda la eternidad, a un pueblo unido por el amor a su rey.

Una grácil forma brotó de un bosquecillo y les cortó el paso.

La mujer lanzó un grito de espanto. De un prodigioso salto, Matón había abandonado el tejado y se había colocado entre la pareja y ella, dejándola helada. Con las fauces abiertas, dilatados los orificios nasales, se disponía a atacar.

–¡Impedídselo, os lo suplico!

–¡Señora Tapeni! –Pazair posó la mano diestra en el hombro de Matón, que se reunió con Kem–. ¡Qué extraña manera de abordarme...! Os arriesgáis mucho.

La hermosa morenita tembló durante unos segundos.

–Debo registraros –dijo el nubio.

Atrás!

–Si os negáis, ordenaré a Matón que lo haga en mi lugar.

Tapeni cedió. Pazair estimó que el sacerdote que le había dado el nombre, «ratón», había advertido su verdadera naturaleza: vivacidad, nerviosismo, astucia.

Kem esperaba encontrar una aguja de nácar que demostrara su voluntad de agredir al visir y su culpabilidad en el asesinato de Branir; pero la tejedora no llevaba encima arma ni herramienta alguna.

–¿Deseabais hablarme?

–Pronto no interrogaréis a nadie.

–¿En qué se basa esta profecía?

La hermosa morena se mordió los labios.

–Una vez más, señora Tapeni, habéis hablado demasiado o no habéis hablado suficientemente.

–En este país, nadie aprueba vuestro rigor; el rey se verá obligado a destituiros.

–Su majestad debe juzgar, en efecto; ¿ha concluido la entrevista?

–He oído decir que Suti se escapó de la fortaleza donde purgaba su pena de exilio.

–Estáis bien informada.

–¡No esperéis que vuelva!

–Volveré a verlo vivo... Y vos también.

–Nadie escapa a las soledades de Nubia; morirá allí de sed.

–La ley del desierto ya le fue favorable; Suti sobrevivirá y arreglará sus cuentas.

–¡Es contrario a la justicia!

–Lo deploro, pero ¿cómo controlarlo?

–Tenéis que garantizar mi seguridad.
–Como la de todos los habitantes de este país.
–Haced que busquen a Suti y lo detengan.
–¿En el desierto de Nubia? Imposible. Tengamos paciencia y esperemos a que se manifieste. Buenas noches, señora Tapeni.
Oculto tras el enorme tronco de un sicómoro, el devorador de sombras vio pasar al visir, su esposa, Kem y su maldito babuino, con el oído al acecho.
Tras su reciente fracaso, el asesino había sentido deseos de intentar un golpe de fuerza durante la recepción. Pero el nubio velaba en el interior y el simio en el exterior. ¿No habría estropeado varios años de éxito por un simple acceso de vanidad, para demostrar que nadie, ni siquiera un visir, podía escapar de él?
Debía conservar su sangre fila. Tras haber roto la nuca de Patascortas, mediocre chantajista que había cometido el error de sospechar de él, el devorador de sombras había sentido que sus manos temblaban por primera vez. Matón no le impresionaba más que antes, pero le horrorizaba no poder conseguir eliminar a Pazair. ¿Una fuerza extraña protegía al visir? No, se trataba sólo de un policía nubio y un babuino de aguda inteligencia.
El devorador de sombras ganaría el combate más encarnizado de su carrera.

CAPÍTULO 24

Suti se palpó los labios, las mejillas, la frente, pero no reconoció las líneas de su rostro. Era sólo una masa abotargada y dolorida; sus párpados hinchados le impedían ver. Tendido en unas parihuelas que llevaban seis fuertes nubios, no consiguió mover las piernas.

–¿Estás ahí?

–Claro –respondió Pantera.

–Mátame entonces.

–Sobrevivirás; unos días más y el veneno desaparecerá. Puesto que puedes hablar, tu sangre circula de nuevo. El viejo guerrero no comprende cómo ha podido resistir tu organismo.

–Mis piernas... ¡Estoy paralizado!

–No, atado. Tus convulsiones molestaban a los porteadores; pesadillas sin duda. ¿Soñabas con la señora Tapeni?

–Estaba sumido en un océano de luz donde nadie me molestaba.

–Merecerías que te abandonara al borde de la pista.

–¿Cuánto tiempo he permanecido inconsciente?

–El sol se ha levantado ya tres veces.

–¿Hemos avanzado?

–Nos dirigimos hacia el oro.

–¿No hay soldados egipcios?

–Nadie a la vista, pero nos acercamos a la frontera; los nubios están poniéndose nerviosos.

–Vuelvo a tomar el mando.

–¿En tu estado?

–Desátame.

–¿Sabes que estás horrible?

Pantera ayudó a Suti a ponerse en pie.

–¡Qué bueno es sentir la tierra! Un bastón, pronto.

Apoyándose en una tosca muleta, Suti se puso a la cabeza del clan. Su altivez fascinó a Pantera.

El grupo pasó al oeste de Elefantina y del puesto fronterizo de la primera provincia del sur. Algunos guerreros aislados se les habían unido en su lento ascenso hacia el norte. Suti tenía confianza en aquellos combatientes valerosos y experimentados; si daban con los policías del desierto, no vacilarían en enfrentarse a ellos.

Los nubios seguían a la diosa rubia; cargados de oro, soñaban con conquistas y victorias, al mando del egipcio, más fuerte que el escorpión. Franquearon una barrera de granito tomando estrechos senderos, caminaron por el lecho de un ued seco, mataron alguna pieza para alimentarse, bebieron con cuidado y anduvieron sin queja alguna.

El rostro de Suti había recuperado su belleza y el héroe su ardor. Era el primero en levantarse y el último en acostarse, se hartaba del aire del desierto y era infatigable. Pantera lo amó más aún; el joven estaba convirtiéndose en un auténtico jefe guerrero, cuya palabra imponía y cuyas decisiones nadie discutía.

Los nubios le habían fabricado varios arcos de diversos tamaños y los utilizó para matar algunos antílopes y un león. Con certero instinto, como si siempre hubiera recorrido aquellas pistas inexploradas, condujo a su pequeño ejército hasta los manantiales.

–Se acerca un escuadrón de policías –le advirtió un guerrero negro.

Suti los identificó en seguida: «los de la vista penetrante» recorrían el desierto para garantizar la seguridad de las caravanas y detener a los bandidos beduinos. No solían aventurarse por aquellos parajes.

–Ataquémoslos –dijo Pantera.

–No –replicó Suti–; escondámonos y dejemos que se alejen.

Los nubios se agazaparon en un roquedal y los policías siguieron adelante; los perros, sedientos y fatigados, no advirtieron su presencia. Finalizada su misión, el escuadrón se dirigía al valle.

–Los habríamos exterminado sin dificultad –masculló Pantera tendida junto a Suti.

–Si no hubieran regresado, el puesto de Elefantina habría dado la alarma.

–No quieres matar egipcios... ¡Y yo no hago más que soñar con ello! Tú, el paria, mandas un grupo de nubios disidentes cuyo único oficio es la guerra. Pronto tendrás que combatir; está en tu naturaleza, Suti, y no podrás escapar a ello.

La mano de Pantera acarició el torso de su amante; ocultos por dos bloques de granito, olvidando el peligro, se abrazaron en el calor del cenit. Cubierta de joyas de oro procedentes de la ciudad perdida, con la piel tornasolada y ardiente, la libia utilizó su cuerpo como si fuera una lira y cantó una inflamada melodía de la que Suti apreció cada nota.

–Allí es –dijo Pantera–; reconozco el paisaje.

La libia apretó la muñeca derecha de Suti como si quisiera rompérsela.

–Allí está nuestro oro, en aquella gruta. Para mi es más precioso que cualquier otro. Mataste a un general egipcio para apoderarte de él.

–Ya no lo necesitamos.

–Al contrario! Con él serás el señor del oro.

Suti no pudo apartar la mirada de la gruta donde se ocultaba el tesoro de un general felón, a quien la ley del desierto había condenado a muerte. Pantera había tenido razón arrastrándolo hasta allí; negar aquel episodio de su vida y sumirlo en el olvido hubiera sido una cobardía. Como a su amigo Pazair, a Suti le apasionaba la justicia; si su brazo no hubiera golpeado al fugitivo, no se habría hecho justicia. El cielo le había concedido el oro del traidor, destinado a comprar su tranquilidad al libio Adafi.

–Ven –dijo la muchacha–. Ven a admirar nuestro porvenir.

Avanzó, soberbia. De su collar y sus brazaletes brotaron cegadores reflejos; los nubios se arrodillaron, fascinados por la lenta marcha de su diosa de oro dirigiéndose a un santuario que sólo ella conocía. Los había

conducido tan lejos, en territorio egipcio, para acrecentar su poder mágico y hacerlos invencibles; cuando penetró en la gruta, acompañada por Suti, los negros cantaron la melopea inmemorial que saludaba el regreso de la novia lejana, dispuesta a celebrar sus bodas con el alma de su pueblo.

Pantera estaba convencida de que aquella toma de posesión sellaría su destino uniéndolo al de Suti; aquel instante seria una promesa de mil mañanas de tornasolados colores.

Suti recordaba la ejecución del general Asher, aquel vil asesino seguro de escapar al tribunal del visir y poder vivir una feliz vejez en Libia, donde habría fomentado disturbios contra Egipto. El joven no lamentaba su gesto; en su interior estaba inscrita la rectitud de las áridas extensiones, donde la mentira no podía florecer.

La gruta les pareció fresca; unos murciélagos importunados revolotearon en todas direcciones antes de agarrarse de nuevo a las paredes, cabeza abajo.

–Era aquí –lamentó Pantera–; pero ¿dónde está el carro?

–Sigamos.

–Es inútil, recuerdo el lugar preciso donde lo ocultamos.

Suti exploró en vano el menor recodo; la gruta estaba vacía.

–¿Quién ha podido averiguar.., quién ha osado...?

Loca de rabia, Pantera se arrancó el collar de oro y lo arrojó contra la roca.

–¡Destrocemos esta maldita caverna!

Suti recogió un jirón de tela.

–Mira.

La muchacha se inclinó sobre el hallazgo.

–Lana coloreada –indicó–; nuestros ladrones no son demonios nocturnos sino merodeadores de las arenas. Cuando sacaron el carro, uno de ellos se desgarró el vestido en un saliente de la pared.

Pantera recuperó la esperanza.

–Persigámoslos.

–Es inútil.

–No renunciaré.

–Yo tampoco.

–¿Qué recomiendas?

–Permanecer aquí y tener paciencia; volverán.

–¿Por qué estás tan seguro?

–Con las prisas por explorar el lugar, olvidamos el cadáver.

–Asher está bien muerto.

–Tendría que quedar su osamenta en el lugar donde lo maté.

–El viento...

–No, sus amigos se lo llevaron. Nos esperan con intención de vengarse.

–¿Hemos caído en una emboscada?

–Algunos vigías habrán observado nuestra llegada.

–¿Y si no hubiéramos vuelto?

–Poco probable; habrían permanecido en el lugar varios años, hasta tener la certeza de que habíamos muerto. ¿Habrías actuado tú de otro modo si hubieras sido la aliada del general? Identificarnos es esencial; suprimirnos será un placer para ellos.

–Combatiremos.

–Siempre que nos den tiempo para preparar nuestra defensa. Incluso se han llevado mi arco... Les encantaría atravesarme con mis propias flechas.

Con el pecho desnudo, los espléndidos y firmes senos ofrecidos al sol, Pantera arengó a sus fieles. Les explicó que unos merodeadores habían desvalijado el santuario de la diosa de oro y robado sus bienes; el enfrentamiento parecía inevitable y confiaba a Suti el cuidado de dirigirlos a la victoria.

Nadie protestó, ni siquiera el viejo guerrero. Se sintió rejuvenecido ante la idea de hacer que la arena bebiera la sangre de los beduinos; los nubios demostrarían su valor. En el cuerpo a cuerpo nadie los igualaba.

Aunque estuviera convencido de ello, el ex teniente de carros Suti organizó un verdadero campamento fortificado, utilizando bloques de piedra para proteger a los guerreros nubios. En la gruta almacenaron odres llenos de agua, alimentos y armas. A poca distancia de su posición excavaron agujeros, distribuidos irregularmente.

Luego comenzó la espera.

Suti disfrutó de aquel tiempo interrumpido, atento a los secretos cantos del desierto, a sus movimientos invisibles y a las palabras del viento; sentado en la posición del escriba, confundiéndose con la roca, apenas sentía el calor. Temía menos el estruendo de las armas que el ruido y la agitación de la ciudad; aquí, el menor acto debía estar en armonía con el silencio, vehículo de los pasos de los nómadas.

Aunque Pazair lo hubiera abandonado, le habría gustado tenerlo a su lado, compartir aquel momento en que el vagabundeo terminaba. Sin decir palabra, se habrían alimentado con el mismo ardor, dejando que la mirada se perdiera en el horizonte ocre, devorador de lo efímero.

Felina, Pantera lo abrazó por detrás; dulce como un perfume de primavera, acarició su nuca.

–¿Y si te equivocas?

–No hay peligro.

–Tal vez a esos bandidos les baste con haber robado nuestro oro.

–Hemos interrumpido un tráfico; recuperar la mercancía no basta: deben identificarnos.

A causa del calor, de acuerdo con la costumbre que nubios y egipcios compartían, fuera de las ciudades vivían desnudos.

Pantera no se cansaba de admirar el espléndido cuerpo de su amante, que le pagaba con la misma moneda; su piel tostada no temía ya el sol, su deseo se revitalizaba. Cada día, la diosa rubia cambiaba de joyas; el oro embellecía sus curvas y sus valles, y la hacía inaccesible para cualquiera que no fuese Suti.

–Si hay libios aliados con los merodeadores de las arenas, ¿los combatirás?

–Mataré a los ladrones.

Su beso fue digno de la inmensidad, sus cuerpos unidos rodaron por una tierna arena, acariciada por la brisa del norte.

El viejo guerrero indicó a Suti que el hombre encargado del avituallamiento de agua no había regresado.

–¿Cuándo salió?

–Cuando el sol saltaba por encima de la gruta. Por su posición en el cielo, debería de haber regresado hace ya mucho tiempo.

–Tal vez el pozo estuviera seco.

–No, nos habría dado de beber durante varias semanas.

–¿Confiabas en él?

–Era mi primo.

–El ataque de un león...

–Las fieras beben por la noche; y él sabía evitar sus asaltos.

–¿Salimos a buscarlo?

–Si no está de vuelta antes del ocaso, será que lo habrán matado.

Transcurrieron las horas. Los nubios ya no cantaban. Inmóviles, miraban en la dirección del pozo, hacia el lugar por donde tenía que aparecer su compañero.

El astro del día declinó, penetró en la montaña de Occidente y bajó hasta la barca de la noche para recorrer los espacios subterráneos, en los que se enfrentaría con el enorme dragón que intentaba absorber el agua del universo y desecar el Nilo.

La pista permaneció vacía.

–Lo han matado –afirmó el viejo guerrero.

Suti dobló la guardia; tal vez los agresores se acercaban a la gruta. Si se trataba de merodeadores de las arenas, no vacilarían en violar las leyes de la guerra y atacar durante la noche.

Sentado frente al desierto se preguntó, sin angustia, si estaría viviendo sus últimas horas; ¿estarían transidas por la apacible gravedad de las rocas olvidadas o por el furor de un último combate?

Pantera se acurrucó contra él.

–¿Estás dispuesto?

–Tanto como tú.

–No intentes morir sin mi; cruzaremos juntos la puerta del más allá. Pero antes seremos ricos y viviremos como reyes; si realmente lo deseas, lo lograremos. Sé un jefe, Suti, no malgastes tu energía.

Y como él no respondió, la muchacha respetó su silencio y se unió a su sueño.

El aire frío despertó a Suti; el desierto era gris, la luz del amanecer se enviscaba en una bruma espesa. Pantera abrió los ojos.

–Caliéntame.

Él la estrechó entre sus brazos, pero se apartó bruscamente con los ojos fijos en la lejanía.

–¡A vuestros puestos! –ordenó a los nubios.

De la bruma emergían decenas de hombres armados y carros.

CAPÍTULO 25

Con los cabellos largos, la barba mal recortada, una tela enrollada a la cabeza, largas túnicas de rayas coloreadas, los merodeadores de las arenas formaban prietas líneas. Algunos, hambrientos, tenían salientes las clavículas, enflaquecidos los hombros y visibles las costillas; en sus dobladas espaldas llevaban unas esteras enrolladas.

Juntos blandieron sus arcos y lanzaron una primera descarga de flechas que no alcanzaron a ningún nubio. Suti había dado orden de no responder y los beduinos se enardecieron; vociferando, se aproximaron.

Los arqueros nubios estuvieron a la altura de su reputación; ni uno solo falló el blanco. Además, su cadencia de tiro fue rápida y sostenida; eran uno contra diez, pero pronto restablecieron el equilibrio. Los supervivientes retrocedieron, dando paso a unos carros ligeros, con la base hecha de tiras de cuero entrecruzadas y cubiertas con pieles de hiena; en los paneles exteriores se veía la agresiva figura de una divinidad a caballo. Un hombre manejaba las riendas, otro blandía una jabalina. Ambos llevaban perilla y tenían la piel cobriza.

–Libios –observó Suti.

–Imposible –objetó Pantera, dolida.

–Libios aliados con los merodeadores de las arenas; recuerda tu promesa.

–Hablaré con ellos, no me atacarán.

–No te hagas ilusiones.

–Deja que lo pruebe.

–No corras ese riesgo.

Los caballos piafaban. Los hombres de las jabalinas protegieron su pecho con un escudo; cuando estuvieran cerca del adversario, lanzarían su venablo.

La libia se levantó y salió de su refugio. Cruzó la línea de los bloques de roca y dio unos pasos por la extensión llana que la separaba de los carros.

–¡Tiéndete! –aulló Suti.

Una jabalina volaba, poderosa y precisa.

La flecha de Suti atravesó la garganta del lanzador cuando su gesto ni siquiera había terminado. Echándose hacia un lado, Pantera evitó la fatal herida. Reptó para regresar a la gruta.

Los asaltantes se lanzaron al ataque mientras los nubios, enfurecidos por la agresión contra su diosa de oro, disparaban flecha tras flecha.

Los conductores de carro vieron demasiado tarde los agujeros excavados en la arena; algunos los evitaron, otros volcaron, pero la mayoría cayó en la trampa. Las ruedas se dislocaron, las cajas se rompieron y sus ocupantes fueron arrojados al suelo.

Los nubios se lanzaron sobre ellos y no les dieron cuartel; regresaron del campo de batalla con caballos y jabalinas.

Tras el primer combate, Suti sólo había perdido tres nubios y había infligido grandes bajas a la coalición formada por beduinos y libios. Los vencedores aclamaron a la diosa de oro, el viejo guerrero compuso un canto a su gloria. Pese a la ausencia de vino de palma, la embriaguez se apoderó de los espíritus; Suti tuvo que forzar la voz para impedir que la tropa abandonara sus posiciones. Todos deseaban exterminar solos al resto de sus enemigos.

Un carro pintado de rojo brotó de una nube de polvo. Bajó de él un hombre sin armas, con los brazos caldos; altivo, tenía una curiosa cabeza cuadrada, desproporcionada en relación a su cuerpo. Su voz, ronca, llegaba muy lejos.

–Quiero hablar con vuestro jefe.

Suti se mostró.

–Aquí estoy.

–¿Cómo te llamas?

–¿Y tú?

–Mi nombre es Adafi.

–El mío Suti, oficial del ejército de Egipto.

–Acerquémonos; gritar no va bien para una entrevista constructiva.

Ambos hombres avanzaron el uno hacia el otro.

–¿De modo que eres Adafi, el enemigo jurado de Egipto, el conspirador, el fomentador de disturbios?

–¿Y tú fuiste el que mató a mi amigo, el general Asher?

–Tuve ese honor, aunque la muerte de aquel traidor resultara demasiado dulce.

–Un oficial egipcio a la cabeza de una pandilla de nómadas nubios... ¿no serás tú también un traidor?

–Has robado mi oro.

–Me pertenecía; era el precio convenido con el general para un apacible retiro en mi territorio.

–El tesoro me pertenece.

–¿Por qué razón?

–Botín de guerra.

–No te falta aplomo, jovencito.

–Reclamo lo mío.

–¿Qué sabes tú de mis tratos con los mineros?

–Tu pandilla ha sido aniquilada y no tienes apoyo alguno en Egipto. Desaparece en seguida y refúgiate en lo más profundo de tu bárbaro país. Tal vez allí no te alcance el furor del faraón.

–Si quieres tu oro, tendrás que ganártelo.

–¿Está aquí?

–En mi tienda. Puesto que venciste al general Asher, cuyos huesos yo enterré, ¿por qué no vamos a ser amigos? A guisa de pacto, te ofrezco la mitad del oro.

–Lo exijo todo.

–Eres demasiado ambicioso.

–Has perdido va muchos hombres; mis guerreros son superiores a los tuyos.

–Sin duda es cierto, pero conozco tus trampas y somos más numerosos.
–Mis nubios combatirán hasta el último hombre.
–¿Quién es la mujer rubia?
–Su diosa de oro; gracias a ella ignoran el miedo.
–Mi espada decapitará esa superstición.
–Si sobrevives.
–Si te niegas a colaborar, te eliminaré.
–No podrás huir, Adafi, acabarás siendo el más notable de mis trofeos.
–El orgullo te ha sorbido el seso.
–Si quieres salvar la vida a tus tropas, desafíame.
El libio miró a Suti de arriba abajo.
–Contra mí no tienes ninguna posibilidad.
–Yo lo decido.
–Eres muy joven para morir.
–Si gano, recuperaré mi oro.
–¿Y si pierdes?
–Te apoderas del mío.
–¿Del tuyo...? ¿Qué quieres decir?
–Mis nubios transportan una buena cantidad de metal precioso.
–De modo que ahora haces tú el tráfico, en vez del general.
Suti permaneció silencioso.
–Perecerás –profetizó Adafi, cuya amplia frente se frunció.
–¿Qué armas utilizamos?
–Cada uno las suyas.
–Exijo que se firme un tratado, apoyado por ambos bandos.
–Los dioses serán testigos.
La ceremonia se organizó sin tardanza; tres libios y tres nubios, entre ellos el viejo guerrero, participaron en ella. Invocaron los genios del fuego, del aire, del agua y de la tierra, encargados de destruir al eventual perjuro, luego acordaron una noche de descanso antes del duelo.
Junto a la gruta, los nubios formaron un círculo alrededor de la diosa de oro; imploraron su protección y le suplicaron que concediera la victoria a su héroe. Con piedras quebradizas, que dejaban marcas rojas en la piel, decoraron el cuerpo de Suti con los signos de la guerra.
–No nos conviertas en esclavos.
El egipcio se sentó frente al sol, obteniendo de la luz del desierto la fuerza de los gigantes de antaño, capaces de mover bloques de granito para construir templos donde se encarnaba lo invisible. Había rechazado la vida de los escribas y los sacerdotes, pero Suti sentía la presencia de una energía oculta en el cielo al igual que en el suelo; la absorbía respirando, la canalizaba concentrándose en el objetivo que quería alcanzar.
Pantera se arrodilló junto a él.
–Es una locura; Adafi nunca fue vencido en singular combate.
–¿Qué arma prefiere?
–La jabalina.
–Mi flecha será más rápida.
–No quiero perderte.

–Como deseas ser rica, debo correr riesgos. Créeme, no hay otra solución; me repugnaba que mataran a esos nubios.

¿Y verme viuda te deja indiferente?

–Como diosa de oro, me protegerás.

–Cuando Adafi te haya matado, le hendiré un puñal en el vientre.

–Tus compatriotas te destrozarán.

–Los nubios me defenderán... Y se producirá la matanza que tanto temes!

–Salvo sí venzo.

–Te enterraré en el desierto e iré a quemar viva a la señora Tapeni.

–¿Me permitirás encender la pira?

–Te amo cuando sueñas; te amo porque sueñas.

La bruma cubría de nuevo el desierto, apagando la claridad del alba. Suti avanzó; la arena crujió bajo sus pies desnudos. En su mano diestra llevaba un arco de alcance medio, el mejor que tenía; en la izquierda, una sola flecha. No tendría tiempo de disparar otra; Adafi tenía fama de ser un invencible combatiente, y ningún adversario había logrado ponerlo en peligro. Inhallable, escapaba siempre de las expediciones policiales que debían interceptarlo; su actividad preferida era armar a rebeldes y bandoleros para mantener la inseguridad en las provincias occidentales del delta. ¿No pensaría Adafi en reinar en el norte de Egipto?

Los rayos del sol desgarraron la grisalla. Muy digno en su túnica roja y verde, con los cabellos ocultos por un turbante negro, se mantenía a unos cincuenta metros de su adversario.

Suti supo que había perdido.

Adafi no manejaba una jabalina, sino el arco preferido del egipcio, que había encontrado en la gruta. Un arma de excepcional calidad, de madera de acacia, capaz de mandar una flecha a más de sesenta metros en tiro directo. El que Suti utilizaría parecía casi irrisorio; de precisión aleatoria, simplemente le permitiría herir al libio. Si intentaba acercarse, Adafi sería el primero en disparar sin concederle siquiera la posibilidad de réplica.

El rostro del libio había cambiado: duro, hosco, no mostraba la menor huella de humanidad. Adafi quería matar, todo su ser estaba preñado de muerte. Con la mirada fría, esperaba que su presa temblase.

El ex teniente de carros comprendió por qué el libio vencía siempre en sus duelos. Agazapado tras un montículo, a la izquierda, otro arquero libio protegía a Adafi. ¿Actuaría antes que su señor, coordinarían sus gestos?

Suti se reprochó su estupidez. Un combate franco y leal, el respeto a la palabra dada... Adafi no había pensado en ello ni un solo instante. Y, sin embargo, el primer instructor del joven egipcio le había enseñado que beduinos y libios solían herir por la espalda. Aquel olvido iba a costarle la vida.

Adafi, Suti y el libio emboscado tensaron su arco al mismo tiempo; el egipcio aplicó un esfuerzo progresivo, aumentando poco a poco la tensión. Su actitud divirtió a Adafi; éste había supuesto que Suti intentaría eliminar primero al hombre colocado a su izquierda y, luego, dispararía otra flecha en su dirección.

Pero había tomado un solo proyectil.

Con el rabillo del ojo, el joven asistió a una escena tan violenta como rápida. Pantera, que se había acercado arrastrándose a la espalda del libio agazapado, lo degolló. Adafi advirtió el drama y apuntó con su flecha a la mujer rubia, que se arrojó a la arena. Suti aprovechó aquel error, tensó al máximo la cuerda, se identificó con la flecha y proyectó su espíritu hacia el blanco.

Consciente de su error, Adafi se precipitó.

Su flecha rozó la mejilla derecha de Suti; la del egipcio se clavó en el ojo derecho del libio. Fulminado, Adafi cayó boca abajo.

Mientras los nubios clamaban su júbilo, Suti cortó la mano derecha del vencido y blandió su arco hacia el cielo.

Los merodeadores de las arenas y los libios soltaron sus armas y se postraron ante la pareja abrazada que formaban Suti y Pantera.

El rostro de la diosa de oro resplandecía de felicidad; rica, feliz, con un ejército a sus pies y soldados libios obligados a obedecerla, asistía a la materialización de sus más enloquecidos sueños.

–Sois libres de partir o de obedecerme –dijo Suti–; si me seguís, tendréis oro. A la menor desobediencia, os ejecutaré con mis propias manos.

Nadie se movió; la recompensa prometida habría seducido a los más desconfiados mercenarios. Suti examinó los carros y los caballos; los unos y los otros le parecieron satisfactorios. Con algunos conductores bien entrenados y arqueros nubios, superiores a cualquier rival, el ex teniente disponía de un ejército eficaz y coherente.

–Eres el dueño del oro –dijo Pantera, radiante.

–Has vuelto a salvarme la vida.

–Ya te lo dije: sin mí no harías nada grande.

Suti distribuyó una primera paga, que disipó cualquier animosidad. Los libios ofrecieron vino de palma a los nubios y su confraternización se convirtió en una borrachera salpicada de cantos y risas. Su nuevo jefe se había aislado, prefiriendo el silencio del desierto. Pantera se le reunió.

–¿Me has olvidado en tus sueños?

–¿Acaso no eres tú quien los inspira?

–Le has hecho a Egipto un inmenso favor; matando a Adafi has eliminado a uno de sus más tenaces adversarios.

–¿Qué hacer con esta victoria?

CAPÍTULO 26

Vestido con un modesto paño y unas viejas sandalias, mal afeitado, el visir Pazair paseó por el gran mercado de Menfis, mezclándose con los ociosos. ¿Era éste el mejor modo de saber lo que pensaba la población? Comprobó, con satisfacción, que se ofrecía a la clientela productos muy variados. La circulación de los barcos se llevaba a cabo sin interrupción por el Nilo, la entrega de géneros alimenticios disfrutaba de apreciable regularidad. Una reciente comprobación de las instalaciones portuarias y las dársenas donde se revisaban los barcos, dos veces por año, había demostrado el excelente estado de la flota mercante.

Pazair advirtió que el trueque era abundante y que se pactaban numerosos intercambios en las condiciones normales; la inflación, dominada, no penalizaba ya a los más modestos. Entre los comerciantes, un gran número de mujeres ocupaban lugares ventajosos y ambicionados. Cuando las discusiones se prolongaban, el aguador calmaba la sed de los litigantes. «¡Mi corazón está contento!», exclamó un campesino, satisfecho por haber adquirido una jarra a cambio de unos hermosos higos. Algunos curiosos rodeaban una magnífica pieza de lino que desplegaban dos mercaderes de telas.

–¡Un paño divino! –comentó una señora acomodada.

–Por eso es caro –indicó el fabricante.

–Desde el nombramiento del nuevo visir, los precios intempestivos no están bien vistos.

–¡Mejor así! Se venderá más y se comprará mejor. Si adquirís este paño, añadiré un echarpe.

Mientras se cerraba el trato, Pazair se interesó por un vendedor de sandalias, colgadas con cordeles de una pequeña viga de madera sostenida por dos columnitas.

–Harías bien cambiando tu calzado, muchacho –comentó el especialista–. Has caminado demasiado con las sandalias que llevas; la suela te fallará dentro de poco.

–No tengo medios.

–Tu cara me gusta; te fiaré.

–Va contra mis principios.

–¡Quien no contrae deudas, se enriquece! De acuerdo, repararé las tuyas a buen precio.

Goloso, Pazair compró un pastelillo de miel, apartándose de las conversaciones que trataban de la preparación de la próxima comida. No había inquietud en las palabras, nadie discutía la acción del visir. Sin embargo, éste no quedó muy tranquilo; casi nunca se pronunciaba el nombre de Ramsés.

Pazair se aproximó a una vendedora de ungüentos y regateó por una pequeña redoma.

–Es algo caro –dijo.
–¿Eres de la ciudad?
–No, del campo. Me atraía la fama de Menfis; Ramsés el Grande la ha convertido en la más hermosa ciudad del mundo. Me gustaría tanto verlo! ¿Cuándo saldrá de su palacio?
–Nadie lo sabe; dicen que está enfermo y que reside en Pi-Ramsés, en el delta.
–¿Él, el hombre más robusto del país?
–Se murmura que su poder mágico se ha agotado.
–¡Pues bien, que lo regeneren.
–¿Pero es posible todavía?
–Pues entonces, un nuevo soberano...
La vendedora inclinó la cabeza.
–¿Quién sucederá a Ramsés?
–¿Quién puede saberlo?
Se alzaron unos gritos. La muchedumbre se dislocó, dando paso a Matón; en unos pocos saltos estuvo a los pies de Pazair.
Creyendo que se las veía con un ladrón y que el babuino policía iba a detenerlo, la vendedora echó rápidamente una cuerda al cuello del delincuente para inmovilizarlo. Pese a su costumbre, el simio no mordió la pantorrilla de su víctima sino que permaneció plantado ante ella basta la llegada de Kem.
–¡Yo misma lo he detenido! –presumió la vendedora–; ¿tengo derecho a una prima?
–Ya veremos –repuso el nubio llevándose a Pazair.
–Parecéis furioso –advirtió el visir.
–¿Por qué no me habéis avisado? ¡Habéis cometido una gran imprudencia!
–Nadie podía reconocerme.
–Pues Matón os ha encontrado.
–Necesitaba escuchar a la gente.
–¿Sabéis algo más?
–La situación no es brillante; Bel-Tran está preparando las conciencias para la caída de Ramsés.

Neferet llegaba con retraso, pese a la importancia de la comisión administrativa que debía presidir. Algunos puntillosos la acusarían de coquetería, pero había curado de urgencia a Traviesa, la pequeña mona, que sufría una indigestión; a Bravo, el perro, que tenía una tos espasmódica, y a Viento del Norte, el asno, que se había herido en una pata.
Cuidar a los tres genios buenos de la casa le parecía prioritario.
La asamblea de notables se levantó al entrar la médico en jefe del reino y se inclinó ante ella. La belleza de Neferet disipó cualquier veleidad crítica; cuando ella hablaba, su voz actuaba como un bálsamo y los viejos facultativos no se cansaban de aquel remedio.
La presencia de Bel-Tran sorprendió a Neferet.
–La administración me delega como interlocutor financiero –explicó–. Hoy deben adoptarse medidas referentes a la salud pública; debo

asegurarme de que no comprometan el equilibrio presupuestario del Estado, cuya responsabilidad asumo ante el visir.

De ordinario, la Doble Casa blanca se limitaba a enviar un delegado; la intervención del director anunciaba un combate para el que Neferet no estaba preparada.

–Estoy insatisfecha del número de hospitales en las capitales de provincia y las pequeñas aglomeraciones; os propongo crear una decena de establecimientos, siguiendo el modelo de Menfis.

–Me opongo –intervino Bel-Tran–; el coste seria enorme.

–Los jefes de provincia financiarían la construcción; el servicio de salud les atribuirá médicos competentes y asumirá el funcionamiento. No necesitaremos ayuda de la Doble Casa blanca.

–¡Pero afectará al pago de los impuestos!

–Según el decreto del faraón, los jefes de provincia pueden elegir: o pagar a vuestra administración o mejorar los equipos sanitarios. Han elegido la segunda solución, de acuerdo con mis consejos, y con toda legalidad. Espero que el año que viene prosigamos.

Bel-Tran se vio obligado a aceptarlo; no podía creer que Neferet hubiese actuado con tanta habilidad y rapidez. Sin ostentación alguna, entablaba sólidos vínculos con los responsables locales.

–De acuerdo con el «libro de la protección», que data del tiempo de los ancestros fundadores, Egipto no debe desdeñar a ninguno de sus hijos; nosotros, como médicos, debemos cuidar a los que sufren. Ramsés, a comienzos de su reinado, prometió una existencia feliz a las jóvenes generaciones; la salud es, para todos, un elemento esencial de esta felicidad. Por eso he decidido formar más médicos y enfermeros, para que todos, vivan donde vivan, gocen del mejor tratamiento.

–Deseo una modificación de la jerarquía médica –declaró Bel-Tran–. Demos mayor importancia a los especialistas y menos a los médicos generales. Mañana, cuando Egipto se haya abierto al mundo exterior, los especialistas se enriquecerán fácilmente y podremos exportarlos en nuestro beneficio.

–Mientras yo sea médico en jefe –afirmó la muchacha–, preservaremos la tradición; si los especialistas tomaran el poder, la medicina perdería su visión de lo esencial: el ser humano al completo, la armonía del cuerpo y del espíritu.

–Si no aceptáis mi propuesta, la Doble Casa blanca os será hostil.

–¿Tratáis de extorsionarme?

Bel-Tran se levantó; imperioso, se dirigió a la asamblea.

–La medicina egipcia es la más famosa, muchos sabios extranjeros permanecen aquí para aprender sus bases. Pero debemos reformar los métodos y rentabilizar más esta fuente de riqueza. ¡Vuestra ciencia merece algo más, creedme! Produzcamos más remedios, utilicemos las drogas y los venenos, cuyos secretos conocemos, preocupémonos de la cantidad. Este es el porvenir.

–Lo rechazamos.

–Hacéis mal, Neferet; he venido a advertiros, a vos y a vuestros colegas, amistosamente. Rechazar mi ayuda seria un error desastroso.

–Aceptarla sería destruir nuestra vocación.

–No es un valor mercantil.

–Tampoco la salud.

–Os equivocáis, como el visir; defender el pasado no os llevará a parte alguna.

–Soy incapaz de curar la enfermedad que sufrís.

Bagey, el antiguo visir, había ido a consultar a Neferet debido a unos insoportables dolores renales y a los orines sanguinolentos. La médico en jefe lo había examinado durante más de una hora y diagnosticado una hematuria parasitaria, que curaría con una preparación magistral compuesta por semillas de pino piñonero, juncia, beleño, miel y tierra de Nubia, que debía tomar cada noche, antes de acostarse. La terapeuta tranquilizó a su paciente; el tratamiento seria eficaz.

–Mi organismo se desgasta –deploró Bagey.

–Sois más fuerte de lo que pensáis.

–Mi resistencia disminuye.

–La causa de esa pasajera debilidad es la infección; os prometo una mejoría rápida, seguida de una larga vejez.

–¿Cómo está vuestro esposo?

–Le gustaría veros.

Pazair y Bagey caminaron a la sombra de los grandes árboles del jardín. Feliz por aquel imprevisto paseo, Bravo los acompañó, husmeando de paso los arriates de flores.

–Bel-Tran ataca en todos los frentes, pero consigo frenar su acción.

–¿Os habéis ganado la confianza de los principales responsables de la administración?

–Algunos me aprueban y desconfían de Bel-Tran; afortunadamente, su brutalidad y su ambición, demasiado visibles, molestan a algunas conciencias. Muchos escribas son fieles a la antigua sabiduría que creó el país.

–Os noto más sereno, más seguro de vos mismo.

–Es sólo una apariencia; cada día resulta para mi un combate, y no puedo prever de dónde vendrán los golpes. Me hace falta vuestra experiencia.

–Desengañaos; yo ya no tenía la energía necesaria. Eligiéndoos, el faraón tomó la decisión adecuada. Bel-Tran lo ha comprendido; no esperaba semejante resistencia por vuestra parte.

–¿Cómo es posible traicionar de ese modo?

–La naturaleza humana es capaz de lo peor.

–A veces me siento desalentado; las pequeñas victorias que obtengo no frenan el transcurso de los días. La primavera ha empezado, va se habla de la próxima crecida.

–¿Cuál es la actitud de Ramsés?

–Me incita a trabajar. Al no ceder ni una pulgada de terreno a Bel-Tran, tengo la impresión de retrasar el plazo.

–Habéis conquistado incluso parte de su territorio.

–Es mi única razón de esperanza; tal vez debilitándolo lo haga dudar. Tomar el poder sin los apoyos necesarios lo llevaría al fracaso. Pero ¿tendré tiempo suficiente para derribar los pilares sobre los que descansa su edificio?

–El pueblo os aprecia, Pazair; os teme pero os ama. Cumplís vuestra función de modo impecable, de acuerdo con los deberes que el rey os ha indicado. Y en mi boca, no se trata de un halago.

–¡Bel-Tran compraría de buena gana mis servicios! Cuando pienso en sus demostraciones de amistad me pregunto si fue sincero alguna vez o si desde el primer momento estuvo representando un papel, con la esperanza de incluirme en su estrategia.

–¿Por qué va a tener límites la hipocresía?

–No os hacéis muchas ilusiones.

–Prescindo del entusiasmo; es inútil y peligroso.

–Me gustaría confiaros ciertos expedientes referentes al catastro y a la agrimensura; ¿querríais comprobar si algunos datos han sido modificados?

–De buena gana, además se trata de mi verdadera especialidad. ¿Qué teméis?

–Que Bel-Tran y sus aliados intenten robar legalmente algunas tierras.

El anochecer era tan hermoso y suave que Pazair se concedió cierto descanso junto al estanque de recreo. Sentada en el borde, con los pies en el agua y los párpados apenas maquillados con un trazo verde, Neferet tocaba un laúd, cuyas cuerdas, afinadas al unísono, estaban anudadas en la base del mango. Su melodía, ligera y afrutada, arrobaba al visir. Armonizaba con el estremecimiento de las hojas, mecidas por la brisa del norte.

Pazair pensó en Suti, a quien semejante concierto habría encantado; ¿por qué pistas vagaba, qué peligros corría? El visir contaba con su heroísmo para borrar sus faltas, pero chocaría con la ferocidad de la señora Tapeni. Según Kem, la mujer cada vez se ocupaba menos del taller de tejedoras para correr por toda la ciudad. ¿De qué modo intentaba perjudicarlo?

La voz del laúd apaciguó sus inquietudes; con los ojos cerrados, Pazair se abandonó a la magia de la música.

El devorador de sombras eligió aquel momento para actuar. En los parajes que rodeaban la mansión del visir sólo quedaba un puesto de observación, una gran palmera datilera, que estaba plantada en el centro del patio de una casita perteneciente a una pareja de jubilados. El asesino se había introducido en la casa, los había dejado sin sentido y, provisto de su arma, había trepado al árbol.

La suerte estaba de su parte. Como esperaba, en aquel anochecer, mientras el sol declinante acariciaba la piel, el visir había regresado a casa antes de lo acostumbrado y descansaba, acompañado por su esposa, en un lugar abierto.

El devorador de sombras asió el curvo bastón arrojadizo que utilizaban los especialistas en cazar pájaros. El babuino policía, encaramado en el tejado de la mansión del visir, no tendría tiempo de intervenir. El arma, temible cuando era manejada con precisión, rompería la nuca de Pazair.

El criminal adoptó una posición estable, sujetándose a una rama con la mano izquierda; se concentró y estudió la trayectoria. Aunque la distancia era grande, no fallaría; desde muy joven había dado pruebas de

excepcionales cualidades en aquel ejercicio. Destrozar la cabeza de los pájaros le divertía mucho.

Traviesa, la pequeña mona verde de Neferet, tenía la mirada perpetuamente alerta, dispuesta a recoger un fruto maduro que cayera del árbol o a jugar con el primer mirlo de la palmera.

Cuando el brazo soltó el proyectil, lanzó un grito de alarma.

En el cerebro del babuino, la coordinación fue fulgurante. En un instante tradujo el grito de la mona verde, vio el bastón arrojadizo cruzando los aires, adivinó el blanco y saltó de lo alto del tejado.

En una prodigiosa pirueta, Matón interceptó el arma del crimen y cayó a pocos metros del visir.

Estupefacta, Neferet soltó el laúd; Bravo, adormilado, se despertó con un respingo y saltó sobre el vientre de su dueño.

Con el torso rígido, sus ensangrentadas patas sujetando firmemente el bastón arrojadizo, el oficial de policía Matón miraba con orgullo al primer ministro egipcio que, una vez más, acababa de escapar a la muerte.

El devorador de sombras corría ya por una calleja, con el espíritu turbado; ¿qué divinidad habitaba el alma de aquel babuino? Por primera vez en toda su carrera, el asesino dudó de su capacidad. Pazair no era un hombre como los demás; una fuerza sobrenatural lo protegía. ¿La diosa Maat, la justicia del visir, lo hacía invulnerable?

CAPÍTULO 27

El babuino se dejó mimar. Neferet lavó sus patas con agua cobriza, desinfectó la herida y se la vendó. Aunque ya había tenido ocasión de comprobarla, la robustez de Matón volvió a sorprenderla; a pesar de la violencia del golpe, la herida no era profunda y cicatrizaría en seguida. Resistente, el babuino sólo necesitaría uno o dos días de relativo reposo, sin dejar siquiera de andar.

–Hermoso objeto –dijo Kem examinando el bastón arrojadizo–; tal vez sea un principio de pista. El devorador de sombras ha tenido la bondad de dejarnos un interesante indicio. Lamentablemente no lo habéis visto.

–Ni siquiera he tenido tiempo de sentir miedo –confesó Pazair–. Sin el grito de Traviesa...

La pequeña mona verde se había atrevido a acercarse al enorme babuino y tocarle la nariz; Matón no había reaccionado. Envalentonándose, Traviesa puso su minúscula pata en el muslo del gran macho, cuyos ojos parecieron enternecerse.

–Doblaré el perímetro de seguridad alrededor de vuestra casa –anunció el jefe de policía– y yo mismo interrogaré a los fabricantes de bastones arrojadizos. Por fin tenemos una posibilidad de identificar al agresor.

Una violenta pelea había enfrentado a la señora Silkis y Bel-Tran. Aunque éste admirase a su hijo, designado sucesor, quería seguir siendo el dueño de su casa; pero su esposa se negaba a reprender al muchacho, y más aún a su hija, de la que aceptaba sin reaccionar mentiras e injurias.

Considerando injustas las críticas de su esposo, la señora Silkis había montado en cólera. Perdiendo el control de sus nervios, había desgarrado telas, destrozado un precioso arcón y pisoteado costosos vestidos. Antes de marcharse a su oficina, Bel-Tran había pronunciado terribles palabras: «Estás loca.»

La locura... El término la asustaba. ¿No era acaso una mujer normal, enamorada de su marido, esclava de un hombre rico, madre afectuosa? Al tomar parte en la conjura, al mostrarse desnuda al guardián en jefe de la esfinge para que abandonara su vigilancia, había obedecido a Bel-Tran, confiando en su destino.

Mañana, ambos reinarían sobre Egipto.

Pero la obsesionaban ciertos fantasmas. Cuando aceptó ser violada por el devorador de sombras, se había sumido en unas tinieblas que ya no se disipaban; los crímenes de los que era cómplice la torturaban menos que aquel abandono, fuente de un turbio placer. Y luego, la ruptura con Neferet... ¿Era una locura, mentira o perversión querer seguir siendo su amiga? Las pesadillas se sucedían y también las noches en blanco.

Sólo un hombre la salvaría: el intérprete de los sueños. Exigía sumas exorbitantes, pero la escucharía y la guiarla. Silkis pidió un velo a su camarera para disimular sus rasgos.

La sirvienta estaba llorando.

–¿Qué te apena?

–Es horrible... ;Está muerto!

–¿Quién?

–Venid a verlo.

El áloe, soberbio arbusto cubierto de flores anaranjadas, amarillas y rojas, ya sólo era un tallo seco. No sólo se trataba de una pieza rara, regalo de Bel-Tran, sino que también era un productor de remedios que la señora Silkis utilizaba cada día. El aceite de áloe, aplicado en las panes genitales, evitaba las inflamaciones y favorecía la unión de los cuerpos; además, extendido en las placas rojas que corroían la pierna izquierda de Bel-Tran, atenuaba el prurito.

Silkis se sintió abandonada; el incidente le provocó una atroz jaqueca. Pronto se ajaría como el áloe.

El gabinete del intérprete de los sueños estaba pintado de negro y sumido en la oscuridad. Tendida en una estera, con los ojos cerrados, Silkis se disponía a responder a las preguntas del sirio, cuya clientela se componía sólo de ricos y nobles damas. En vez de hacerse obrero o comerciante, había estudiado los libros mágicos y las claves de los sueños, decidido a calmar las angustias de algunos ociosos a cambio de una bien merecida retribución.

En una sociedad feliz y libre, los peces no eran fáciles de atrapar; pero una vez en sus redes, ya no escapaban. ¿Acaso el tratamiento, para resultar eficaz, no debía ser de duración ilimitada?

Aceptada aquella evidencia, le bastaba interpretar, con mayor o menor dureza, las fantasías de sus pacientes. Desequilibradas llegaban y desequilibradas se iban; al menos, el hombre las instalaba en su locura, más o menos grave, y aumentaba su fortuna.

Hasta entonces, su único adversario había sido el fisco, por lo que pagaba grandes impuestos para proseguir sin preocupaciones su actividad. Pero el nombramiento de Neferet para el puesto de médico en jefe del reino lo inquietaba. Según ciertos informadores serios, no se la podía comprar y no demostraba indulgencia alguna para con charlatanes de su especie.

–¿Habéis soñado mucho últimamente? –preguntó a la señora Silkis.

–Visiones horribles. Tenía un puñal y lo hundía en el cuello de un toro.

–¿Cómo reaccionaba?

–¡La hoja se rompía! El toro se daba la vuelta y me pisoteaba.

–¿Son las relaciones con vuestro marido.., satisfactorias?

–El trabajo lo absorbe; está tan cansado que se duerme en seguida. Y cuando tiene ganas, lo hace aprisa, demasiado aprisa.

–Tenéis que decírmelo todo, Silkis.

–Sí, sí, lo comprendo...

–¿Habéis manejado alguna vez un puñal?

–No.

–¿Y algún objeto similar?

–No, no lo creo.
–¿Una aguja? ¡una aguja! ¿Una aguja de nácar?
–¡Sí, claro! Sé tejer, es mi utensilio preferido.
–¿La utilizasteis para agredir a alguien?
–¡No, os juro que no!
–A un hombre de cierta edad... Os da la espalda, os acercáis sin hacer ruido y le hundís la aguja de nácar en el cuello...
Silkis aulló, se mordió los labios y se retorció en la estera.
Asustado, el intérprete de los sueños estuvo a punto de pedir ayuda; pero la crisis de demencia se calmó. Chorreando sudor, Silkis se sentó.
–No he matado a nadie –declaró con voz ronca, alucinada–; no tuve valor. Mañana, si Bel-Tran me lo pide, lo tendré. Aceptaré para conservarlo.
–Estáis curada, señora Silkis.
–¿Qué... qué decís?
–Ya no necesitáis mis cuidados.

Los asnos estaban cargados y dispuestos a partir hacia el puerto cuando Kem se aproximó al intérprete de los sueños.
–¿Has terminado el traslado?
–El barco me espera, voy a Grecia; allí no me crearán problemas.
–Prudente decisión.
–Me lo habéis prometido: los aduaneros no me detendrán.
–Depende de tu buena voluntad.
–He interrogado a la señora Silkis, como me pedisteis.
–¿Le hiciste las preguntas adecuadas?
–Sin comprender nada, obedecí vuestras órdenes.
–¿Resultado?
–No ha matado a nadie.
–¿Estás seguro?
–Tengo la absoluta certeza. Soy un charlatán, pero conozco a este tipo de mujeres. Si hubierais asistido a su delirio, sabríais que no hizo comedia.
–Olvidadla y olvidad Egipto.

La señora Tapeni estaba al borde de las lágrimas. Frente a ella, sentado ante una mesita baja cubierta de papiros desenrollados, se encontraba Bel-Tran, muy irritado.
–He interrogado a todo Menfis, os lo aseguro!
–Vuestro fracaso es así más lamentable, querida amiga.
–Pazair no engaña a su mujer, no juega, no tiene deudas, no realiza tráfico alguno. Parece insensato, pero ese hombre es irreprochable.
–Os lo había avisado: es visir.
–Visir o no, creí que...
–Vuestra rapacidad os deforma el espíritu, señora Tapeni. Egipto sigue siendo un país aparte, cuyos magistrados, y especialmente el primero de todos ellos, adoptan la rectitud como línea de conducta; es ridículo y está pasado de moda, lo admito, pero debemos tener en cuenta esta realidad. Pazair cree en su función y la realiza apasionadamente.

Nerviosa, la hermosa morena no sabía qué actitud adoptar.
–Me equivoqué con él.
–No me gusta la gente que se equivoca; cuando se trabaja para mi es preciso tener éxito.
–Si existe un punto débil, lo descubriré.
–¿Y si no existe?
–Bueno... Será necesario fabricarlo sin que lo sepa!
–Excelente iniciativa. ¿Qué proponéis?
–Voy a pensarlo, yo...
–Ya está todo pensado. Tengo un plan sencillo, basado en el comercio de objetos muy especiales. ¿Seguís deseando ayudarme?
–Estoy a vuestra disposición.
Bel-Tran dio sus directrices. El fracaso de Tapeni alimentó su odio hacia las mujeres; ¡qué razón tenían los griegos al considerarlas inferiores al hombre! Egipto les concedía un lugar excesivo. Una incapaz como la tal Tapeni acabaría molestándolo; mejor seria librarse en seguida de ella, demostrando así a Pazair que su famosa justicia era impotente.

En el taller al aire libre, cinco hombres trabajaban duro; con acacia, sicómoro o tamarisco fabricaban bastones arrojadizos, más o menos fuertes, más o menos caros. Kem habló con el patrón, un cincuentón desabrido de toscos rasgos.
–¿Quiénes son tus clientes?
–Pajareros y cazadores. ¿Por qué? ¿Te interesa?
–Y mucho.
–¿Por qué razón?
–¿Acaso no estás en regla?
Un obrero murmuró ciertas palabras al oído del patrón.
–¡El jefe de policía en mi casa! ¿Buscas a alguien?
–¿Fabricaste tú este bastón?
El patrón examinó el arma destinada a matar a Pazair.
–Buen trabajo... calidad superior. Con eso puede alcanzarse un blanco lejano.
–Responde a mi pregunta.
–No, no fui yo.
–¿Qué taller es capaz de hacerlo?
–Lo ignoro.
–Sorprendente.
–Lamento no poder ayudarte. Otra vez será.
Viendo que el nubio salía del taller, el patrón se sintió aliviado. El jefe de policía no era tan obstinado como decían.
Cuando el artesano cerró el taller, al caer la noche, cambió de opinión.
La enorme mano del nubio se posó en su hombro.
–Me has mentido.
–No, no, yo...
–No mientas más; ¿ignoras que soy más cruel que mi simio?
–Mi taller marcha bien, tengo buenos obreros... ¿Por qué la tomas conmigo?
–Háblame de ese bastón arrojadizo.
–De acuerdo, lo fabriqué yo.

–¿A quién se lo vendiste?
–Me lo robaron.
–¿Cuándo?
–Anteayer.
–¿Por qué no me has dicho la verdad?
–Como teníais este objeto en las manos he sospechado que estaba mezclado en un asunto más bien sucio... En mi lugar también vos habríais callado.
–¿No tienes ninguna idea sobre la identidad del ladrón?
–Ninguna. Un bastón de ese valor... Me gustaría recuperarlo.
–Agradece mi mansedumbre.
La pista del devorador de sombras desaparecía.

Neferet se ocupaba de casos difíciles y practicaba delicadas operaciones. Pese a su posición y sus pesadas cargas administrativas no negaba su ayuda en caso de urgencia.
Ver a Sababu en el hospital la sorprendió, pues aquella hermosa mujer, que rondaba ya la treintena y dirigía la más famosa casa de cerveza de Menfis, poblada de arrebatadoras criaturas, solo sufría reumatismo.
–¿Ha empeorado vuestra salud?
–Vuestro tratamiento sigue siendo muy eficaz; he cruzado vuestra puerta por otra razón.
Neferet había curado a Sababu de una inflamación en el hombro, que habría podido privarla del uso del brazo, y su paciente sentía por ella un profundo agradecimiento. Aún sin haber renunciado a la prostitución de lujo, Sababu admiraba al visir y a su esposa; la autenticidad de su pareja y su inalterable unión le permitían confiar en una forma de existencia que ella nunca conocería. Maquillada con habilidad, perfumada hasta el límite del exceso, sabiendo mostrarse atractiva, se burlaba de las conveniencias. En casa de Neferet no había percibido animosidad ni desprecio, sólo deseo de curar.
Sababu colocó un jarrón de loza ante Neferet.
–Rompedlo.
–Es un modelo muy hermoso.
–Rompedlo, os lo ruego.
Neferet arrojó al suelo el jarrón. Entre los fragmentos se encontraban un falo de piedra y una vulva de lapislázuli, cubiertos de inscripciones mágicas babilonias.
–He descubierto por casualidad este comercio –explicó Sababu–; pero antes o después lo habría sabido. Estas esculturas están destinadas a devolver el deseo a individuos fatigados, y a dar fecundidad a las mujeres estériles. Su importación es ilegal si no se ha declarado; otros jarrones semejantes contenían alumbre, una sustancia astringente que se utiliza para aumentar el placer y luchar contra la impotencia. Detesto estos paliativos; desnaturalizan el amor. Honrad Egipto interrumpiendo tan detestable tráfico.
Sababu, pese a sus actividades, tenía el sentido de la grandeza.
–¿Conocéis a los culpables?
–Las entregas se realizan en el muelle oeste, por la noche; no sé nada más.

–¿Y vuestro hombro?
–Ya no me duele.
–Si reapareciera el dolor, no vaciléis en consultarme.
–¿Intervendréis?
–Comunicaré el asunto al visir.

En el río se habían formado olas, que rompían contra las piedras del muelle abandonado hacia el que se dirigía un barco desprovisto de vela. Muy hábil, el capitán atracó suavemente; una decena de hombres acudió inmediatamente, apresurándose a desembarcar el cargamento.

Cuando terminaron su tarea, una mujer les entregó unos amuletos. Entonces, Kem desplegó a sus hombres y procedió a un rápido y fácil arresto.

Sólo la mujer se debatió e intentó huir. Tina antorcha iluminó su rostro.

–¡Señora Tapeni!

–Soltadme.

–Temo verme obligado a encarcelaros; ¿no organizáis acaso un comercio ilegal?

–Estoy protegida.

¿Por quién?

–Recibo mis consignas de Bel-Tran. Si no me soltáis, lo lamentaréis.

–Lleváosla –ordenó el nubio

Tapeni, feroz, se debatió.

Disponiendo de pruebas materiales, Pazair trató el asunto prioritariamente. Antes de convocar al tribunal organizó un careo entre Tapeni y Bel-Tran.

La hermosa morena estaba muy excitada; en cuanto vio al director de la Doble Casa blanca lo interpeló.

–¡Haced que me liberen, Bel-Tran!

–Si esta mujer no se tranquiliza, me retiro. ¿Por qué me habéis convocado?

–La señora Tapeni os acusa de haberla empleado en un comercio ilícito.

–Es ridículo.

–Ridículo! –exclamó ella–. Tenía que vender estos objetos a ciertos notables para comprometerlos.

–Visir Pazair, creo que la señora Tapeni ha perdido la razón.

–No prosigáis en ese tono, Bel-Tran, o lo diré todo.

–Como queráis.

–Pero... ¡es insensato! Os dais cuenta de que...

–Vuestro delirio no me interesa.

–¡Me abandonáis, pues! Muy bien, peor para vos.

Tapeni se volvió hacia el visir.

–¡Vos erais el primero de los notables afectados! ¡Qué escándalo si se hubiera sabido que vuestra hermosa pareja se entregaba a prácticas malsanas! Buena manera de mancillar vuestro renombre, ¿no es cierto? La idea fue de Bel-Tran; él me encargó que la llevara a cabo.

–Despreciables divagaciones.

–¡Es la verdad!

–¿Tenéis alguna prueba?

–¡Bastará con mi palabra!

–¿Quién puede dudar de que sois la autora de esta maquinación? ¡Os han cogido con las manos en la masa, señora Tapeni! El odio que sentís por el visir os ha hecho llegar demasiado lejos. Gracias a los dioses sospechaba de vos desde hacía mucho tiempo y he tenido el valor de intervenir. Estoy orgulloso de haberos denunciado.

–¿Denunciado...?

–Es cierto –reconoció el visir–. Bel-Tran redactó una advertencia referente a vuestras actividades ilegales. La mandó ayer al jefe de policía y fue registrada por sus servicios.

–Mi colaboración con la justicia es evidente –dijo Bel-Tran–; espero que la señora Tapeni sea severamente castigada. Atentar contra la moral pública es una falta inadmisible.

CAPÍTULO 28

El juez Pazair necesitó varias horas de paseo por el campo, en compañía de Bravo y Viento del Norte, para apaciguar su cólera. La triunfante sonrisa de Bel-Tran era un insulto a la justicia, una herida tan profunda que ni siquiera Neferet podía curarla.

Pobre consuelo: su enemigo acababa de perder, traicionándola, a una de sus aliadas. La señora Tapeni, condenada a una corta pena de cárcel, había perdido sus derechos cívicos. Gran beneficiado por la situación, Suti, sentenciado el divorcio, ya no debería trabajar para su ex mujer. La caída de la tejedora, cogida en la trampa de su propio latrocinio, le devolvía la libertad.

El apacible aspecto del asno y la confiada alegría del perro tranquilizaron al visir. El paseo, la serenidad del paisaje, la nobleza del Nilo disiparon su angustia. En aquellos instantes le hubiera gustado enfrentarse a solas con Bel-Tran y retorcerle el cuello.

Niñerías, porque el director de la Doble Casa blanca había tomado disposiciones para que su eventual eliminación no impidiera en absoluto la caída de Ramsés y la entrada de Egipto en un mundo donde el materialismo reinara como dueño absoluto.

¡Qué desarmado se sentía Pazair frente a aquel monstruo!

Por lo común, los visires, aunque fueran hombres de edad y experiencia, sólo dominaban su trabajo al cabo de dos o tres años; el destino exigía al joven Pazair que salvara a Egipto antes de la próxima crecida, sin darle un verdadero medio de actuar. Haber identificado al adversario no bastaba; ¿por qué seguir luchando cuando la guerra estaba perdida de antemano? Los maliciosos ojos de Viento del Norte y la amistosa mirada de Bravo fueron unos decisivos alientos. En el asno y el perro se encarnaban Fuerzas divinas; portadores de lo invisible, trazaban los caminos del corazón, fuera de los cuales ninguna vida tenía sentido.

Con ellos defendería la causa de Maat, la frágil y luminosa diosa de la justicia.

Kem estaba fuera de sí.

–Pese al respeto que os debo, visir Pazair, tengo ganas de deciros que vuestro comportamiento es estúpido, solo y en pleno campo...

–Iba escoltado.

–¿Por qué correr semejantes riesgos?

–No soportaba el despacho, la administración, los escribas. Mi tarea es hacer que se respete la justicia y debo inclinarme ante un Bel-Tran que se burla de mí, seguro de su victoria.

–¿Qué ha cambiado desde la fecha de vuestro nombramiento? Todo eso ya lo sabíais.

–Tenéis razón.

–En vez de compadeceros a vos mismo, preocupaos más bien de un oscuro asunto que agita la provincia de Abydos. Me han informado de dos heridos graves, un violento altercado entre los sacerdotes del gran templo y unos emisarios del Estado, y una negativa al trabajo. Graves delitos que llegarán a vuestro tribunal, aunque tal vez demasiado tarde; os propongo que actuemos de inmediato.

Abril traía el calor, al menos durante el día; si las noches seguían siendo frescas y propicias al sueño, el sol de mediodía ya se hacía ardiente, y comenzaban las recolecciones. El jardín del visir era una maravilla; las flores rivalizaban en belleza, componiendo una sinfonía de rojo, amarillo, azul, violeta y anaranjado.

Cuando se aventuró por aquel paraíso, inmediatamente después de levantarse, Pazair se dirigió al estanque de recreo. Como suponía, Neferet estaba tomando su primer baño. Nadaba desnuda, sin esfuerzo, renaciendo sin cesar de sus propios movimientos. Pensó en el instante en que la había contemplado así, en aquella hora bendecida, cuando el amor los había reunido en esta tierra y para toda la eternidad.

–¿No está demasiado fría el agua?

–Para ti si. Te resfriarías.

–Ni hablar.

Cuando salió del estanque, él la envolvió en un paño de lino y la besó con ardor.

Bel-Tran se niega a construir nuevos hospitales en provincias.

–No tiene importancia; tu informe me llegará dentro de poco. Como está bien fundamentado, lo aprobaré sin temer que me acusen de favoritismo.

–Ayer salió de Menfis para dirigirse a Abydos.

–¿Estás segura?

–Recibí la información de un médico que lo vio en el muelle. Mis colegas comienzan a advertir el peligro; ya no cantan las alabanzas del director de la Doble Casa blanca. Algunos consideran, incluso, que deberías prescindir de él.

–Han estallado unos disturbios, sin importancia todavía, en Abydos; hoy mismo iré allí.

¿Existía lugar más mágico que Abydos, el inmenso santuario de Osiris donde se celebraban los misterios del dios asesinado y resucitado, reservados a unos pocos iniciados, entre ellos el faraón? Como su padre Seti, Ramsés el Grande había embellecido el paraje y concedido al clero el disfrute de un vasto dominio cultivable, para que los especialistas de lo sagrado no sufrieran preocupación material alguna.

En el embarcadero, el visir no fue recibido por el sumo sacerdote de Abydos, sino por Kani, el superior de Karnak. Ambos hombres se saludaron calurosamente.

–Inesperada visita, Pazair.

–Kem me avisó; ¿tan grave es?

–Eso me temo, pero habría sido necesaria una larga investigación antes de requerirte. Tú mismo la llevarás a cabo. Mi colega de Abydos

está enfermo; me ha pedido ayuda para resistir las inverosímiles presiones de que es objeto.

–¿Qué le exigen?

–Lo que me exigen a mí y a los demás responsables de los lugares sagrados: que aceptemos poner a los trabajadores empleados en el templo a disposición del Estado. Varios administradores provinciales han llevado a cabo abusivas requisas de personal y el mes pasado decretaron trabajos obligatorios, aunque las grandes obras públicas no exijan personal suplementario hasta septiembre, tras el comienzo de la crecida.

El pulpo seguía extendiendo sus tentáculos y desafiando al visir.

–Me han hablado de heridos –intervino el nubio.

–Es cierto: dos campesinos que se negaron a obedecer las órdenes de la policía. Sus familias trabajan para el templo desde hace diez siglos; por lo tanto no aceptan ser transferidos a otra propiedad.

–¿Quién mandó a esos brutos?

–Lo ignoro. La gran revuelta ruge, Pazair; los campesinos son hombres libres y no se dejarán manipular como juguetes.

Fomentar una guerra civil violando las leyes del trabajo: ése era el plan de Bel-Tran, que ya había regresado a Menfis. Elegir Abydos como primer foco era una idea excelente; considerado como un territorio sagrado, al margen de sobresaltos económicos y sociales, la región tendría un valor ejemplar.

Al visir le hubiera gustado recogerse en el admirable templo de Osiris, al que su rango le daba acceso; pero la gravedad de la situación le impidió concederse aquel goce. Apresuró el paso hasta el poblado más cercano; Kem, con su poderosa voz, llamó a la población para que se reuniera en la plaza principal, junto al horno de pan. El mensaje corrió a una velocidad sorprendente; que el visir se dirigiera personalmente a los ciudadanos más modestos pareció un milagro. Acudieron de los campos, de los graneros, de los huertos, nadie quería perderse el acontecimiento.

El discurso de Pazair comenzó celebrando el poder del faraón, único capaz de dispensar la vida, la prosperidad y la salud a su pueblo; luego recordó que la requisa de trabajadores era una práctica ilegal y severamente castigada, de acuerdo con la antigua lev, que seguía en vigor. Los culpables perderían su cargo, recibirían doscientos bastonazos, realizarían personalmente el trabajo que querían distribuir de modo inicuo y, luego, serian encarcelados.

Aquellas palabras disiparon la inquietud y la cólera. Cien bocas se abrieron y designaron al provocador de los disturbios que habían originado el drama: Fekty, «el rapado», propietario de una mansión a orillas del Nilo y de un criadero de caballos, los más vigorosos de los cuales se destinaban a las cuadras reales.

Autoritario y brutal, el personaje se había limitado, hasta entonces, a su insolente riqueza, sin importunar a los empleados del templo.

Cinco artesanos acababan de ser llevados, por la fuerza, a su casa.

–Lo conozco –dijo Kem a Pazair cuando se acercaban a la mansión–. Es el oficial que me condenó por un robo de oro que yo no había cometido, y me cortó la nariz.

–Ahora sois jefe de policía.

–Tranquilizaos: mantendré la sangre fría.
–Si es inocente, no podré autorizar su detención.
–Esperemos que sea culpable.
–Vos sois la fuerza, Kem; que permanezca sometida a la ley.
–Entremos en casa de Fekty, ¿os parece?
Apoyado en una de las columnas del porche de madera había un hombre armado con una lanza.
–No se puede pasar.
–Aparta tu arma.
–¡Vete, negro, o te despanzurro!
El babuino tomó el asta, la arrancó de las manos del guardia y la rompió en dos. Aterrorizado, el hombre se lanzó gritando hacia la propiedad, donde unos especialistas estaban domando dos espléndidos caballos. El enorme mono los asustó, se encabritaron, se libraron de sus jinetes y huyeron por la campiña.
Varios milicianos armados de puñales y lanzas salieron de un edificio de techo plano e impidieron el paso a los intrusos. Un calvo de poderoso torso los apartó y se enfrentó con el trío compuesto por Pazair, Kem y el babuino, cuyos enrojecidos ojos se volvían amenazadores.
–¿Qué significa esta intrusión?
–¿Sois Fekty? –preguntó Pazair.
–Si, y este dominio me pertenece. Si no os largáis inmediatamente, con vuestro monstruo, recibiréis una buena paliza.
–¿Sabéis lo que supone agredir al visir de Egipto?
–El visir... ¿Es una broma?
–Traedme un fragmento de calcáreo.
Pazair puso en él su sello. Huraño, Fekty ordenó a su guardia que se dispersara.
–El visir aquí... ¡No tiene ningún sentido! ¿Y quién es ese negro alto que va con vos? Pero... ¡Lo reconozco! ¡Es él, es él!
Fekty dio media vuelta, pero su carrera fue frenada en seco por Matón, que le golpeó arrojándolo al suelo.
–¿Ya no estás en el ejército? –preguntó el nubio.
–No, me gustaba más criar mis propios caballos. Tú y yo ya hemos olvidado aquella vieja historia.
–Nadie lo diría puesto que hablas de ella.
–Actué en conciencia, lo sabes... Y, además, aquello no te impidió hacer carrera. Al parecer eres el guardaespaldas del visir.
–Jefe de policía.
–¿Tú, Kem?
El nubio tendió la mano a Fekty, empapado en sudor, y lo levantó.
–¿Dónde ocultas a los cinco artesanos que te has llevado a la fuerza?
–¿Yo? ¡Es una calumnia!
–¿No siembran el pánico tus milicianos usurpando el título de policías?
–¡Comadreos!
–Haremos un careo con tus soldados y los demandantes.
Un rictus deformó la boca del rapado.
–¡Te lo prohíbo!

Estáis sometido a nuestra autoridad –recordó Pazair–; creo indispensable un registro, tras haber desarmado a vuestros hombres, naturalmente.

Los milicianos, vacilantes, no desconfiaron lo bastante del babuino. Saltando del uno al otro, golpeando antebrazos, codos o muñecas, se apoderó de lanzas y puñales mientras Kem impedía reaccionar a los más nerviosos. La presencia del visir apagó los ardores, ante la desesperación de Fekty, que se sentía abandonado por sus propias tropas.

Los cinco artesanos estaban encerrados en un silo, hacia el que Matón había dirigido al visir. Salieron, locuaces, explicando que habían sido obligados, con amenazas, a restaurar un muro de la mansión y reparar algunos muebles.

En presencia del acusado, el propio visir anotó las declaraciones. Fekty fue considerado culpable de apropiación de trabajo público y requisa ilícita. Kem tomó un pesado bastón.

–El visir me autoriza a ejecutar la primera parte de la sentencia.

–¡No lo hagas! ¡Vas a matarme!

–Es posible que ocurra un accidente; a veces no domino mi fuerza.

–¿Qué quieres saber?

–¿Quién te dictó tu conducta?

–Nadie.

El bastón se levantó.

–Mientes muy mal.

–¡No! Recibí instrucciones, es cierto.

–¿Bel-Tran?

–¿De qué te sirve saberlo? Lo negará.

–Puesto que no espero revelación alguna, ahí van los doscientos bastonazos prescritos por la ley.

Fekty se revolcó a los pies del nubio, ante la indiferente mirada del babuino.

–Si coopero, ¿me llevarás a prisión sin golpearme?

–Si el visir está de acuerdo...

Pazair asintió.

–Lo que aquí ha ocurrido no es nada; comprobad las actividades de la oficina de recepción de los trabajadores extranjeros.

CAPÍTULO 29

Menfis dormitaba bajo un cálido sol primaveral. En los despachos del servicio de acogida de trabajadores extranjeros era la hora de la siesta. Una decena de griegos, fenicios y sirios aguardaban a que los funcionarios se ocuparan de su caso. Cuando Pazair entró en la pequeña sala donde esperaban los extranjeros, éstos se levantaron creyendo que algún responsable había llegado por fin. El visir no los desengañó. Interrumpiendo el tumulto y las protestas, un joven fenicio se erigió en portavoz.

–Queremos trabajo.

–¿Qué os han prometido?

–Que lo tendríamos porque estamos en regla.

–¿Cuál es tu oficio?

–Soy un buen carpintero y conozco un taller que está dispuesto a contratarme.

–¿Qué te ofrece?

–Cada día cerveza, pan, pescado seco o carne, y legumbres; cada diez días aceite, ungüentos y perfume. Ropas y sandalias en función de mis necesidades. Ocho días de trabajo y dos de descanso, sin contar los festivos y las vacaciones legales. Toda ausencia que sea justificada.

–Son las condiciones que aceptan los egipcios; ¿te satisfacen?

–Son mucho más ventajosas que en mi país, pero yo, como los demás, necesito el permiso de la oficina de inmigración. ¿Por qué nos retienen aquí desde hace más de una semana?

Pazair habló con los otros; sufrían la misma suerte.

–¿Vais a darnos la autorización?

–Hoy mismo.

Un escriba de abultado vientre irrumpió en la sala.

–¿Qué ocurre aquí? ¡Sentaos y callaos! De lo contrario, en mi calidad de jefe de servicio, os expulsaré.

–Vuestras maneras son más bien brutales –estimó Pazair.

–¿Por quién os tomáis?

–Por el visir de Egipto.

Se hizo un largo silencio. Los extranjeros estaban divididos entre la esperanza y el temor, el escriba miró el sello que Pazair acababa de poner en un pedazo de papiro.

–Perdonad –balbuceó–, pero no me habían avisado de vuestra visita.

–¿Por qué no dais satisfacción a estos hombres? Están en regla.

–El exceso de trabajo, la falta de personal, el...

–Falso. Antes de venir aquí he examinado el funcionamiento de vuestro servicio; no os faltan medios ni funcionarios. Vuestro salario es elevado, pagáis el diez por ciento de impuestos y recibís gratificaciones no

declarables. Disponéis de una hermosa casa, un agradable jardín, un carro, una barca y tenéis dos criados. ¿Me equivoco?

–No, no...

Terminada su comida, los demás escribas se agruparon a la entrada de los locales administrativos.

Exigid a vuestros subordinados que establezcan las autorizaciones –ordenó Pazair– y venid conmigo.

El visir llevó al escriba a las callejas de Menfis, donde el funcionario pareció molesto de mezclarse con el pueblo.

–Cuatro horas de trabajo por la mañana –recordó Pazair–, cuatro por la tarde, tras una larga pausa para la comida: ¿es éste vuestro ritmo de trabajo?

–En efecto.

–Pues no lo respetáis, al parecer.

–Hacemos lo que podemos.

–Trabajando poco y mal perjudicáis a quienes dependen de vuestras decisiones.

No es ésa mi intención, creedlo!

–Sin embargo, el resultado es deplorable.

–Vuestro juicio me parece demasiado severo.

–Pues advierto que, sin duda, no lo es bastante.

–Dar trabajo a los extranjeros no es tarea fácil; a veces tienen un carácter rebelde, hablan con dificultad nuestra lengua, se adaptan lentamente a nuestro modo de vida.

–Lo admito, pero mirad a vuestro alrededor: cierto número de comerciantes y artesanos son extranjeros o hijos de extranjeros que se establecieron aquí. Mientras respeten nuestras leyes, son bienvenidos. Me gustaría consultar vuestras listas.

El funcionario pareció molesto.

–Es algo delicado...

–¿Por qué razón?

–Estamos procediendo a una clasificación que exigirá varios meses; en cuanto esté concluida, os avisaré.

–Lo siento, tengo prisa.

–Pero... ¡Realmente es imposible!

–El fárrago administrativo no me da miedo; regresemos a vuestros locales.

Las manos del escriba temblaban. La información que Pazair había obtenido era cierta, ¿pero cómo utilizarla? Sin duda alguna, el servicio de acogida de los trabajadores extranjeros se dedicaba a una actividad ilícita de gran magnitud; tenía que definirla y arrancar las raíces del mal.

El jefe de servicio no había mentido: los archivos estaban diseminados por el suelo de las estancias oblongas donde se conservaban. Varios funcionarios apilaban tablillas de madera y numeraban papiros.

–¿Cuándo comenzasteis esta labor?

–Ayer –afirmó el responsable.

–¿Quién os lo ha ordenado?

El hombre vaciló; la mirada del visir lo convenció de no mentir.

–La Doble Casa blanca... De acuerdo con la costumbre, desea conocer el nombre de los inmigrantes y la naturaleza de su empleo para establecer el montante de los impuestos.

–Muy bien, busquemos.

–¡Es imposible, realmente imposible!

–Esta tarea me recordará mis comienzos como juez en Menfis. Podéis retiraros; dos voluntarios me ayudarán.

–Tengo el deber de secundaros

Volved a casa; mañana volveremos a vernos.

El tono de Pazair no admitía réplica. Dos jóvenes escribas, empleados en el servicio desde hacía unos meses, se sintieron satisfechos ayudando al visir, que se quitó la túnica y las sandalias y se puso de rodillas para seleccionar documentos.

La tarea parecía irrealizable, pero Pazair esperaba que el azar le descubriera un indicio, por mínimo que fuera, que le pusiera en el buen camino.

–Es extraño –observó el más joven–; con el antiguo jefe de servicio, Sechem, no habríamos tenido esa prisa.

–¿Cuándo fue sustituido?

–A principios de mes.

–¿Dónde vive?

–En el barrio del jardín, junto a la gran fuente.

Pazair abandonó los locales; Kem montaba guardia en el umbral.

–Sin novedad; Matón patrulla alrededor del edificio.

–Id a buscar a un testigo y traédmelo aquí.

Sechem, «el fiel», era un hombre de edad, dulce y tímido. Ser convocado lo había asustado, y su inmediata presentación ante el visir lo sumía en una visible angustia. Pazair no lo imaginaba como un criminal retorcido, pero había aprendido a desconfiar de las apariencias.

–¿Por qué habéis abandonado vuestro cargo?

–Orden superior; he sido transferido al control de movimiento de los barcos, a un rango inferior.

–¿Qué falta habéis cometido?

–Desde mi punto de vista, ninguna; trabajo en este servicio desde hace veinte años, no he faltado un solo día, pero cometí la equivocación de oponerme a directrices que consideraba erróneas.

–Concretad.

–No admitía el retraso que estaba acumulándose en el proceso de regularización, y menos aún la ausencia de control de las personas contratadas.

–¿Temíais que bajara la remuneración?

–¡No! Cuando un extranjero alquila sus servicios al dueño de una propiedad o a un patrón de artesanos se hace pagar muy caro, pronto adquiere tierra y propiedades que pueden legar a sus descendientes. Pero ¿por qué, desde hace tres meses, la mayoría de los solicitantes son dirigidos hacia unos astilleros que dependen de la Doble Casa blanca?

–Mostradme las listas.

–Basta con consultar los archivos.

–Temo que tendréis una desagradable sorpresa.

Sechem pareció desesperado.
–¡Es una clasificación inútil!
–¿Sobre qué soporte se inscribían las listas de personas contratadas?
–Tablillas de sicómoro.
–¿Sois capaz de encontrarlas en este fárrago?
–Eso espero.
Una nueva decepción abrumó a Sechem; tras infructuosas búsquedas, dio su conclusión.
–¡Han desaparecido! Pero existen los borradores; aunque incompletos, serán útiles.
Los dos jóvenes escribas sacaron, a manos llenas, los fragmentos de calcáreo del vertedero donde se acumulaban. A la luz de las antorchas, Sechem identificó sus preciosos borradores.

El astillero parecía una colmena en plena actividad; los capataces daban secas y precisas órdenes a algunos carpinteros que confeccionaban largas tablas de acacia. Unos especialistas ensamblaban las piezas de un casco, otros colocaban una arboladura; con consumada habilidad creaban una embarcación colocando las alfajías una sobre otra y uniéndolas con espigas y muescas.
En otro lugar del astillero, unos obreros calafateaban barcas mientras sus colegas fabricaban remos de distintos tamaños.
–Prohibida la entrada –le recordó un vigilante a Pazair, que iba acompañado por Kem y el babuino.
–¿Incluso al visir?
–Sois...
–Llama a tu jefe.
El hombre no se hizo de rogar. Llegó apresuradamente un personaje alto, seguro de sí mismo y de voz pausada; reconoció al babuino y al jefe de policía, y se inclinó ante el visir.
–¿Cómo puedo serviros?
–Me gustaría hablar con estos extranjeros.
El visir mostró una lista al jefe del astillero.
–No los conozco.
–Pensadlo bien.
–No, os lo aseguro...
–Tengo documentos oficiales que demuestran que habéis contratado, desde hace tres meses, a unos cincuenta extranjeros. ¿Dónde están?
La reacción del interpelado fue fulgurante. Emprendió la huida hacia la calleja con tanta rapidez que pareció coger desprevenido a Matón; pero el simio saltó un murete y cayó sobre la espalda del fugitivo, manteniéndolo en el suelo.
El jefe de policía tiró por los cabellos del detenido.
–Te escuchamos, muchacho.

La granja, situada al norte de Menfis, ocupaba una inmensa superficie. El visir y una escuadra de policías penetraron en la propiedad a media tarde y detuvieron a un pastor de ocas.
–¿Dónde están los extranjeros?

El despliegue de fuerzas impresionó al campesino, incapaz de contener su lengua; señaló hacia un establo.

Cuando el visir se acercó, varios hombres armados de hoces y bastones le cerraron el paso.

–No utilicéis la violencia –advirtió Pazair– y dejadnos entrar en el edificio.

Uno de ellos, tozudo, blandió su hoz; el puñal lanzado por Kem se hundió en su antebrazo.

Cesó cualquier resistencia.

En el interior del establo, unos cincuenta extranjeros, encadenados, estaban ordeñando vacas y seleccionando grano. El visir ordenó liberarlos y encadenar a sus guardianes.

El incidente divirtió a Bel-Tran.

–¿Esclavos? Sí, como en Grecia, y pronto como en todo el mundo mediterráneo. La esclavitud del hombre, querido Pazair. Procura mano de obra dócil y barata; gracias a ella llevaremos a cabo un programa de grandes obras públicas sin comprometer la rentabilidad.

–¿Debo recordaros que la esclavitud, contraria a la ley de Maat, está prohibida en Egipto?

–Si intentáis acusarme, dejadlo; nunca podréis demostrar la relación entre el astillero, la granja, el servicio de acogida de trabajadores extranjeros y yo. Os lo confieso así, entre nosotros: intentaba una experiencia que vos interrumpís torpemente pero que estaba resultando fructífera. Vuestras leyes son retrógradas; ¿cuándo comprenderéis que el Egipto de Ramsés ha muerto?

–¿Por qué odiáis así a los hombres?

–Sólo hay dos razas: los dominantes y los dominados. Pertenezco a la primera; la segunda debe obedecerme. Ésta es la única ley en vigor.

–Sólo en vuestra imaginación, Bel-Tran.

–Muchos dirigentes me aprueban, pues esperan convertirse en dominantes; aunque sus esperanzas se vean desengañadas, me habrán sido útiles.

–Mientras sea visir, nadie será esclavo en la tierra de Egipto.

–Este combate de retaguardia tendría que entristecerme, pero vuestros inútiles esfuerzos son bastante divertidos. No os agotéis más, Pazair; como yo, sabéis que vuestra acción es irrisoria.

–Lucharé contra vos hasta mi último aliento.

CAPÍTULO 30

Suti revisaba su arco de acacia; comprobaba la solidez de la madera, la tensión de la cuerda y la flexibilidad del conjunto.

–¿No tienes nada mejor que hacer? –preguntó, mimosa, Pantera.

–Si deseas reinar, necesito un arma digna de confianza.

–Puesto que dispones de un ejército, utilízalo.

–¿Lo crees capaz de vencer a las tropas egipcias?

–Enfrentémonos primero con la policía del desierto e impongamos nuestra ley en la arena. Libios y nubios confraternizan bajo tu mando; eso ya es un milagro. Pídeles que combatan, te obedecerán. Eres el señor del oro, Suti; conquista el territorio del cual tú y yo seremos dueños.

–Estás realmente loca.

–Quieres vengarte, amor mío; vengarte de tu amigo Pazair y de tu maldito Egipto. Con oro y guerreros, lo lograrás.

Besos de fuego le comunicaron su pasión; convencido de que la aventura sería exultante, el general Suti recorrió su campamento. Los irreductibles libios, especialistas en incursiones, estaban equipados de tiendas y mantas que hacían casi agradable su existencia en pleno desierto. Excelentes cazadores, los nubios perseguían la presa.

Pero la embriaguez de los primeros días se disipaba; los libios acababan tomando conciencia de que Adafi había muerto y Suti lo había matado. Ciertamente, tenían que respetar la palabra dada ante los dioses; pero se propagaba una sorda oposición. A su cabeza estaba un tal Jossete, bajo, fornido, cubierto de pelos muy negros; mano derecha de Adafi, buen manejador del cuchillo, nervioso y rápido, cada vez soportaba peor la autoridad del egipcio.

Suti inspeccionó cada vivaque y felicitó a sus hombres; cuidaban sus armas, se entrenaban y se preocupaban por la higiene.

Acompañado por cinco soldados, Jossete interrumpió a Suti, que conversaba con un grupo de libios que había regresado de un ejercicio.

–¿Adónde nos llevas?

–¿Tú qué crees?

–No me gusta tu respuesta.

–Tu pregunta me parece inconveniente.

Jossete frunció sus espesas cejas.

–Nadie me habla en ese tono.

–La obediencia y el respeto son las primeras cualidades de un buen soldado.

–Siempre que tenga un buen jefe.

–¿Te parezco insuficiente como general?

–¿Cómo te atreves a compararte con Adafi?

–Fue él el vencido, yo no; fracasó aun haciendo trampa.

–¿Lo acusas de hacer trampa?

–¿No enterraste tú mismo el cadáver de su acólito?

Con gran rapidez, Jossete intentó clavar su puñal en el vientre de Suti, pero éste detuvo el ataque con un codazo en el pecho del libio y lo derribó; antes de que se levantara, el egipcio le hundió la cara en las arenas y la inmovilizó con el pie.

–O me obedeces o te asfixio.

La mirada de Suti disuadió a los libios de ayudar a su compañero; Jossete soltó su puñal y golpeó con el puño el suelo, en señal de sumisión.

–Respira.

El pie se levantó. Jossete escupió arena y rodó hacia un lado.

–Escúchame, traidorzuelo; los dioses me permitieron matar a un tramposo y ponerme a la cabeza de un buen ejército. Aprovecharé esta oportunidad; calla y combate para mi. De lo contrario, lárgate.

Jossete volvió a la fila con los ojos bajos.

El ejército de Suti avanzaba hacia el norte, flanqueando el valle del Nilo a buena distancia de las zonas habitadas; iba por el itinerario más difícil y menos frecuentado. Con un innato sentido del mando, el joven guerrero sabia repartir esfuerzos e inspirar confianza a sus hombres; nadie discutía su autoridad.

El general y Pantera cabalgaban a la cabeza de sus tropas; la libia saboreaba cada segundo de la imposible conquista, como si se convirtiera en propietaria de aquella inhóspita tierra. Suti, atento, escuchaba el desierto.

–Hemos despistado a los policías –afirmó ella.

–La diosa de oro se engaña; nos siguen los pasos desde hace dos días.

–¿Cómo lo sabes?

–¿Pones en duda mi instinto?

–¿Por qué no atacan?

–Porque somos demasiado numerosos; deben de estar reagrupando varias patrullas.

–¡Golpeemos primero!

–Paciencia.

–No quieres matar egipcios, ¿verdad? ¡Ésa es tu gran idea! ¡Dejar que tus compatriotas te acribillen con sus flechas!

–Si no somos capaces de librarnos de ellos, ¿cómo te ofreceré un reino?

«Los de la vista penetrante» no creían lo que estaban viendo. Acompañados por temibles perros recorrían sin cesar las extensiones desiertas, interpelaban a los bandoleros beduinos, protegían las caravanas y velaban por la seguridad de los primeros. Ni un solo movimiento de un nómada pasaba inadvertido, ningún merodeador gozaba por mucho tiempo de su latrocinio. Desde hacia decenios, «los de la vista penetrante» acababan de raíz con el menor conato de turbar el orden establecido.

Cuando un explorador solitario había advertido la presencia de una tropa armada procedente del sur, ningún oficial le había creído; había sido necesario el alarmista informe de una patrulla para poner en marcha una

intervención que exigía la coordinación de policías dispersos por un vasto territorio.

Establecida su confluencia, «los de la vista penetrante» dudaron sobre la conducta a seguir. ¿Quiénes eran aquellos soldados perdidos, quién los mandaba, qué querían? La insólita alianza de nubios y libios auguraba un duro conflicto; sin embargo, los policías del desierto estaban seguros de eliminar a los intrusos sin pedir ayuda al ejército. Realizarían así una hazaña que aumentaría su prestigio y les valdría ventajas materiales.

El enemigo había cometido un grave error al acampar tras una línea de colinas, desde la que los policías se lanzarían al asalto; atacarían al anochecer, cuando la atención de los centinelas se relajara.

Rodearlos primero; disparar luego una nube de mortales flechas; terminar, por fin, cuerpo a cuerpo. La operación sería rápida y brutal: si quedaban prisioneros, los harían hablar.

Cuando rugió el desierto, el viento se levantó; «los de la vista penetrante» intentaron en vano descubrir centinelas. Temiendo una trampa, avanzaron con extremada prudencia. Cuando llegaron a lo alto de las colinas, los grupos de asalto no habían dado con ningún adversario. Desde aquella posición favorable observaron el campamento; descubrieron, estupefactos, que estaba vacío. Carros abandonados, caballos en libertad, tiendas plegadas atestiguaban la desbandada del extraño ejército. Sabiéndose descubierta, la heteróclita tropa había decidido dispersarse.

Fácil victoria, ciertamente, a la que seguiría una persecución encarnizada y el arresto de todos los soldados. Reticentes a cualquier forma de pillaje, los policías establecieron una lista detallada del material capturado. El Estado les concedería parte de él.

Desconfiados, penetraron en pequeños grupos en el campamento, cubriéndose unos a otros; los más audaces llegaron a los carros, quitaron las recias telas y descubrieron los lingotes de oro. Llamaron en seguida a sus colegas, que se reunieron alrededor del tesoro. Fascinados, la mayoría abandonaron sus armas y se sumieron en la contemplación del divino metal.

El desierto se levantó en decenas de lugares. Suti y sus hombres se habían ocultado enterrándose; apostando por el atractivo que ejercerían un campamento vacío y el cargamento de oro, sabían que su prueba seria de corta duración. Aparecieron por la espalda de los policías; cercados, éstos comprendieron que resistir seria inútil.

Suti trepó a un carro y se dirigió a los vencidos.

–Si sois razonables, nada tenéis que temer. No sólo salvaréis la vida sino que también os haréis ricos, como los libios y los nubios que están a mis órdenes. Me llamo Suti; antes de mandar este ejército serví como teniente de carros en el ejército egipcio. Yo libré a vuestra corporación de una oveja negra, el general Asher, traidor y asesino; yo ejecuté la sentencia promulgada por la ley del desierto. Hoy soy el dueño del oro.

Varios policías reconocieron al joven; la reputación de Suti había franqueado las murallas de Menfis, algunos lo consideraban ya un héroe de leyenda.

–¿No estabas encarcelado en la fortaleza de Tjaru? –preguntó un oficial.

–La guarnición intentó eliminarme ofreciéndome como víctima expiatoria a los nubios; pero la diosa de oro velaba por mi.

Pantera avanzó iluminada por los últimos rayos del poniente, que hicieron resplandecer la diadema, el collar y los brazaletes de oro con que se había adornado. Subyugados, vencedores y vencidos creyeron en la aparición de la famosa diosa lejana, llegada por fin del sur misterioso y salvaje, para aportar a Egipto los gozos del amor.

Sometidos, se prosternaron.

La fiesta estaba en su punto álgido. Hacían juegos malabares con el oro, bebían, proyectaban un porvenir fabuloso, cantaban la belleza de la diosa de oro.

–¿Eres feliz? –preguntó Pantera a Suti.

–Podría ser peor.

–Me preguntaba cómo ibas a hacerlo para no matar egipcios... Estás convirtiéndote en un buen general, gracias a mi.

–Es una coalición muy frágil.

–Ten confianza.

–¿Qué deseas conquistar?

–Lo que se presente; permanecer inmóvil es insoportable. Avancemos, creemos nuestro horizonte.

Jossete surgió de las tinieblas levantando el puñal y se lanzó sobre Suti. Felino, éste dio un salto de costado, evitando el golpe mortal. Pasado el miedo, la agresión divirtió a Pantera; la diferencia de tamaño y de fuerza era tal que a su amante no le costaría nada acabar con el horrendo y pequeño libio.

Suti falló el golpe; recuperado, Jossete intentó atravesarle el corazón. Un reflejo salvó al egipcio, pero perdió el equilibrio al esquivarlo y cayó hacia atrás.

Pantera desarmó al agresor dándole una patada en la muñeca. El deseo de matar multiplicó las fuerzas de Jossete; apartó a la rubia libia, tomó un bloque de piedra y lo arrojó sobre el cráneo de Suti. Éste no fue lo bastante rápido; apartó la cabeza, pero no pudo evitar el impacto en su brazo izquierdo y lanzó un grito de dolor.

Jossete aulló de júbilo; levantando la ensangrentada roca se colocó ante el herido.

–¡Muere, perro egipcio!

Con los ojos fijos, la boca abierta, el libio soltó su improvisada arma y cayó junto a Suti, muerto antes de haber llegado al suelo.

Pantera había apuntado bien, clavando en la nuca de Jossete su propio puñal.

–¿Por qué te has defendido tan mal?

–En las tinieblas no distingo nada... Soy ciego.

Pantera ayudó a levantarse a Suti. El hombre hizo una mueca.

–Mi brazo... está roto.

Pantera lo llevó junto al viejo guerrero nubio.

–Ponedlo de espaldas –ordenó éste a dos soldados– y colocad un rollo de tela entre sus omoplatos. Tú a la izquierda, tú a la derecha.

Los dos negros tiraron al mismo tiempo de los brazos del herido; el viejo guerrero comprobó la fractura del húmero y colocó el hueso en su

lugar, indiferente a los aullidos de Suti. Dos tablillas forradas de tela de lino contribuirían a la curación.

–No es grave –dijo el anciano–; puede caminar y mandar.

Pese al dolor, Suti se levantó.

–Llévame a mi tienda –murmuró al oído de Pantera.

Caminó lentamente para no tropezar. La rubia libia lo condujo y lo ayudó a sentarse.

–Nadie debe saber que estoy débil.

–Duerme, yo velaré.

Al amanecer, el sufrimiento despertó a Suti. Lo olvidó al contemplar aquel maravilloso paisaje.

–¡Veo, Pantera, veo!

–La luz... ¡La luz te ha curado!

–Conozco el mal: un acceso de ceguera nocturna. Se repetirá de improviso. Sólo una persona puede curarme: Neferet.

–Estamos lejos de Menfis.

–Ven.

Saltando a lomos de un caballo, la arrastró a una cabalgada.

Pasaron entre las dunas, galoparon por el lecho de un ued y treparon a una pedregosa colina.

Desde lo alto, el panorama era espléndido.

–Mira, Pantera, mira la ciudad blanca en el horizonte. Es Coptos, hacia allí nos dirigimos.

CAPÍTULO 31

El intenso calor de mayo sumía en el sopor la inmensa necrópolis de Saqqara; los trabajos de excavación de las tumbas se hacían más lentos o se interrumpían. Los sacerdotes encargados de alimentar el ku, la energía inmortal, se desplazaban con pasos cada vez más lentos. Djui, el encargado de la momificación, era el único que no tenía derecho al reposo; acababan de entregarle tres cadáveres que era preciso preparar en seguida para el viaje al otro mundo. Pálido, mal afeitado, con las piernas frágiles, extraía las vísceras y embalsamaba de un modo más o menos completo, según el precio pagado. En sus horas libres llevaba flores a algunas capillas, cuyos propietarios le ofrecían un pequeño subsidio, apreciable complemento de su salario. Djui se inclinó al cruzarse con el visir y su esposa en el camino que conducía a la tumba de Branir.

El tiempo no adormecía su pena ni curaba la herida. Sin Branir, Pazair y Neferet se sentían huérfanos; nunca podrían sustituir a su maestro asesinado. En él se realizaba una sabiduría, la resplandeciente sabiduría de Egipto que Bel-Tran y sus acólitos intentaban destruir.

Al venerar la memoria de Branir, Pazair y Neferet se unían al largo linaje de antepasados fundadores, apasionados por la verdad apacible y la serena justicia sobre las que habían construido un país de agua y de sol. Branir no había sido aniquilado; su invisible presencia los guiaba, su espíritu creaba un camino que ellos no podían distinguir aún. Sólo la comunión de los corazones, más allá de la frontera del óbito, los ayudaría a recorrerlo.

El visir se entrevistó en secreto con el rey en el interior del templo de Ptah. Oficialmente, Ramsés el Grande residía en la hermosa ciudad de Pi-Ramsés, en el corazón del delta, para beneficiarse del agradable clima.

–Nuestros enemigos deben creerme desesperado y vencido.

–Nos quedan menos de tres meses, majestad.

–¿Has progresado?

–No de modo satisfactorio. Pequeñas victorias, sin duda, pero que no hacen mella en Bel-Tran.

–¿Sus cómplices?

–Son numerosos; he logrado desenmascarar a algunos.

–Yo también. En Pi-Ramsés he depurado los cuerpos de ejército encargados de velar por las fronteras con Asia; algunos oficiales superiores recibían gratificaciones ilícitas de la Doble Casa blanca a través de distintos organismos. Bel-Tran es un cerebro tortuoso; para descubrir las huellas de su acción es preciso buscar los complicados montajes que ha elaborado. Sigamos comiéndole el terreno.

–Cada día descubro una nueva gangrena.

–¿El testamento de los dioses?

–Ni la menor pista.

–¿El asesino de Branir?

–Nada concreto.

–Tenemos que dar un buen golpe, Pazair, y conocer los límites precisos del dominio de Bel-Tran. Como nos falta tiempo, procedamos a un censo.

–Será bastante largo.

–Pide ayuda a Bagey y recurre a todas las administraciones; que los jefes de provincia se consagren prioritariamente a esta tarea. En menos de quince días obtendremos los primeros resultados. Quiero conocer el estado real del país y la magnitud de la conjura.

Cansado, encorvado, con las piernas hinchadas, el antiguo visir recibió sin embargo amablemente a Pazair, aunque a su esposa aquella visita no la complacía demasiado; no soportaba que importunaran y arrancaran a su esposo de su retiro.

Pazair advirtió que la casita en el centro de la ciudad iba degradándose; en algunos lugares, el yeso se desconchaba. No dijo ni una palabra sobre ello, por miedo a ofender a su predecesor; ordenaría que interviniera un equipo de restauradores, encargados de reparar y pintar de nuevo el conjunto de las casas de la calle, incluyendo así la morada de Bagey en el proceso de rehabilitación. Él mismo financiaría la operación.

–¿Un censo? –se sorprendió Bagey–. Es una pesada tarea.

–El último data de hace cinco años; me parece útil actualizar los datos.

–No estáis equivocado.

–Me gustará hacerlo en seguida.

–No es imposible, siempre que se tenga el apoyo efectivo de los mensajeros del rey.

Estos mensajeros formaban un cuerpo de élite encargado de transmitir las directrices del poder central; de su eficacia dependía, en especial, una aplicación de las reformas más o menos rápida.

–Os llevaré al servicio del censo –añadió Bagey–; acabaréis comprendiendo su funcionamiento, pero os haré ganar algunos días.

–Aceptad mi silla de manos.

–Lo haré para complaceros...

No faltaba ni un solo mensajero real.

Cuando el visir abrió la sesión de su consejo colgando una figurita de Maat en su cadena de oro, todos se inclinaron ante la diosa de la justicia.

Vestido con el atavío tradicional de los visires, un largo delantal almidonado hecho con un tejido grueso y rígido, que le cubría por completo el cuerpo salvo los hombros, Pazair se sentó en un sitial de recto respaldo.

–Os he convocado, por orden del faraón, para confiaros una misión excepcional: un censo tan rápido como el vuelo de un pájaro. Deseo conocer el nombre de los propietarios de campos y tierras cultivables, la superficie que poseen, el número de cabezas de ganado y sus dueños, la calidad y cantidad de las riquezas, el número de habitantes. Es inútil recordaros que las mentiras voluntarias o por omisión se considerarán faltas graves, sujetas a severas penas.

Un mensajero pidió la palabra.

–Por lo general, el censo se realiza en varios meses; ¿por qué tanta prisa?
–Tengo que tomar decisiones de orden económico y necesito saber si el estado del país ha cambiado mucho desde hace cinco años. Luego afinaremos los resultados.
–Satisfacer vuestras exigencias no será fácil, pero podremos lograrlo reuniendo con rapidez los inventarios que están al día. Tened la bondad de concretar vuestras intenciones: ¿se trata de preparar una nueva fiscalidad?
–Ningún censo se estableció nunca con esa intención; como antaño, su objetivo será el pleno empleo y un justo reparto de las tareas. Tenéis mi palabra, por la Regla.
–Recibiréis los primeros datos dentro de una semana.

En Karnak, los tamariscos florecían entre las esfinges encargadas de impedir a los profanos el acceso al templo. La primavera derramaba sus azucarados sabores, las piedras del templo se adornaban con colores cálidos, el bronce de las grandes puertas brillaba.

Neferet presidía la asamblea anual de los médicos en jefe de las principales ciudades de Egipto, reunidos en el templo de la diosa Mut, donde habían sido iniciados a los secretos de su arte.

Evocarían los problemas de la salud pública y se comunicarían los descubrimientos más importantes, de los que se beneficiarían los farmacéuticos, los veterinarios, los dentistas, los oculistas, los «pastores del ano»[9], los «conocedores de los humores y los órganos ocultos» y demás especialistas. De edad avanzada en su mayoría, admiraron el rostro muy puro de la médico en jefe del reino, su garganta de gacela, su esbelto talle, la finura de sus articulaciones; tocada con una diadema de flores de loto unidas con pequeñas cuentas, Neferet llevaba al cuello la perla de turquesa que le había ofrecido Branir, para protegerla de influencias nocivas.

El sumo sacerdote de Karnak, Kani, abrió la sesión. La piel oscura, profundamente arrugada, y las marcas de abscesos en la nuca recordaban sus actividades de jardinero, obligado a llevar pesadas cargas. Desde luego, no intentaba seducir.

–Gracias a los dioses, el cuerpo médico de este país está dirigido hoy por una mujer excepcional, preocupada por mejorar los cuidados y no por aumentar su prestigio; tras un deplorable intermedio, hemos regresado a la justa tradición que enseñó Imhotep. No nos desviemos más y Egipto conocerá la salud del cuerpo y el alma.

A Neferet no le gustaban los discursos y no se los infligió a sus colegas, dándoles en seguida la palabra. Sus intervenciones fueron breves y fructíferas; sus informes hablaron de la mejoría de las técnicas quirúrgicas, especialmente en el campo de la ginecología y de la oftalmología, y la creación de nuevos remedios a base de plantas exóticas. Varios expertos insistieron en la necesidad de mantener el alto nivel de formación de los facultativos, aunque la duración de los estudios

[9] Los gastroenterólogos.

fuera larga y se exigieran muchos años de práctica antes de considerarlos como médicos de pleno derecho.

Neferet aprobó las conclusiones; pese a la amistosa atmósfera, Kani la vio tensa, casi inquieta.

–Están realizando un censo –reveló la muchacha–; gracias a la diligencia de los mensajeros reales se conocen ya algunos resultados. Uno de ellos nos concierne directamente: el aumento excesivamente rápido de la población en algunas provincias. El control de la demografía es esencial; si lo olvidamos, condenaremos al pueblo a la miseria[10].

–¿Qué deseáis?

–Que los médicos de pueblo den a conocer métodos anticonceptivos.

–Vuestro predecesor puso fin a esta política porque el Estado debía distribuir gratuitamente los productos.

–Es una economía estúpida y peligrosa. Volvamos a facilitar anticonceptivos a base de acacia; el ácido láctico que contienen las púas y las espinas es de perfecta eficacia.

–Es cierto, pero para conservarlo hay que molerlo con dátiles y miel... ¡Esta última es muy cara!

–Las familias demasiado numerosas arruinarían los pueblos; que los médicos convenzan a los padres de esta realidad. Por lo que a la miel se refiere, convenceré al visir para que ponga una parte suficiente de la cosecha a disposición del servicio de salud.

Al ocaso, Neferet tomó la avenida que llevaba al templo de Ptah; apartado del gran eje este-oeste, columna vertebral del inmenso Karnak, el pequeño santuario se levantaba en el centro de un islote de árboles.

Algunos sacerdotes saludaron a la médico en jefe del reino; Neferet entró sola en la capilla donde se erguía la estatua de la leona Sekhmet, patrona de los médicos y encarnación de la misteriosa fuerza que engendraba, a la vez, las enfermedades y sus remedios.

La diosa, con cuerpo de mujer y rostro de leona, estaba rodeada de tinieblas; pasando por una grieta abierta en el techo, el postrer rayo de sol iluminó el rostro de la terrorífica. Sin su ayuda, ningún médico podía curar.

Como durante su primera entrevista, el milagro se reprodujo: la leona sonrió. Sus rasgos se dulcificaron, su mirada se posó en su sierva. Llegada para solicitar la sabiduría, Neferet comulgó con el espíritu de la piedra viva; por la inalterable presencia de la divinidad se transmitía la ciencia de la energía de la que lo humano era sólo una forma pasajera.

La muchacha pasó la noche meditando; de discípula de Sekhmet, se convirtió en su hermana y confidente. Cuando la fuerte luz matinal confirió a la estatua su aspecto vengativo, Neferet ya no la temía.

En todo Menfis corría un insistente rumor: la audiencia del visir seria excepcional. No sólo se había convocado a los nueve amigos del rey sino también a numerosos cortesanos, que se apretujarían en la sala de las columnas para asistir al acontecimiento. Algunos hablaban de una

---

[10] En la época de Ramsés II, la población egipcia, según estimaciones de difícil verificación, contaba con unos cuatro millones de habitantes. El Egipto contemporáneo pronto superará los sesenta millones.

dimisión de Pazair, abrumado por el peso de las responsabilidades; otros, de un golpe de efecto de imprevisibles consecuencias.

Contrariamente a la costumbre, Pazair no había organizado un consejo restringido, sino que había abierto de par en par la puerta de la sala de audiencias. En aquella hermosa mañana de mayo, se enfrentaba con toda la corte.

–Por orden del faraón ordené que se procediera a un censo cuya primera parte ha concluido ya, gracias al notable trabajo de los mensajeros del rey.

«Intenta atraerse una corporación de carácter difícil, murmuró un viejo cortesano; «sin dejar de atribuirse los méritos de su acción», añadió su vecino.

–Debo informaros de los resultados –prosiguió Pazair.

Un desagradable estremecimiento recorrió a la concurrencia; la gravedad del tono hacia temer una inesperada catástrofe.

–El aumento demasiado rápido de la población en tres provincias del norte y dos del sur hace indispensable la intervención del servicio de salud; se encargará de invertir inmediatamente esta tendencia informando a las familias.

No se emitió ningún comentario desfavorable.

–Los bienes de los templos, aunque permanecen intactos, están gravemente amenazados, al igual que los de los pueblos. Sin intervención directa por mi parte, el paisaje económico cambiaría muy pronto y ya no podríais reconocer la tierra de vuestros antepasados.

Los cortesanos perdieron su flema; la declaración del visir pareció excesiva e infundada.

–Naturalmente no se trata de una opinión, sino de hechos comprobados, cuya gravedad no podéis desconocer.

–Os ruego que los expongáis sin rodeos –solicitó el superintendente de los campos.

–Según los informes oficiales recogidos por los mensajeros reales, aproximadamente la mitad de las tierras ha caído bajo el control directo o indirecto de la Doble Casa blanca; sin advertirlo, numerosos templos provinciales mañana serán privados de sus cosechas. Muchos cultivadores, pequeños y medianos, endeudados sin saberlo, se convertirán en arrendadores o serán expulsados. El equilibrio entre propiedad privada y dominios de Estado está a punto de romperse. Lo mismo ocurre con el ganado y la artesanía.

Las miradas se clavaron en Bel-Tran, situado a la diestra del visir. En los ojos del director de la Doble Casa blanca se mezclaban el estupor y la cólera. Con los labios prietos, la nariz estremecida y la nuca rígida, fulminaba.

–La política económica practicada antes de mi nombramiento –prosiguió Pazair– se orientaba en una dirección que desapruebo. El censo demuestra sus excesos, que pienso combatir inmediatamente , gracias a los decretos firmados por el faraón. Egipto preservará su grandeza y la felicidad de su pueblo respetando los valores ancestrales; pediré por lo tanto al director de la Doble Casa blanca que siga fielmente mis instrucciones y anule las injusticias.

Públicamente desautorizado, aunque encargado de una nueva misión, Bel-Tran podía retirarse o someterse.

Pesado, macizo, se adelantó presentándose ante el visir.

–Tenéis mi lealtad: ordenad y obedeceré.

Un murmullo de satisfacción reveló el asentimiento de la corte. La crisis se había evitado; Bel-Tran reconocía sus errores, el visir no lo condenaba. La moderación de Pazair fue apreciada; pese a su juventud, tenía el sentido de los matices y sabia mostrarse diplomático, sin abandonar una irreprochable línea de conducta.

–Para cerrar este consejo –indicó el visir–, mantengo la negativa a establecer un registro civil donde consten nacimientos, muertes, bodas y divorcios. Semejante práctica restringiría la libertad, fijando por escrito acontecimientos que sólo afectan a los interesados y a sus íntimos, y no al Estado. No hagamos más inflexible nuestra sociedad abrumándola con una gestión administrativa en exceso formalista. Cuando se corona al faraón no mencionamos su edad, pero celebramos su función. Preservemos ese estado de ánimo, más preocupado por la verdad intemporal que por detalles perecederos, y Egipto conservará su armonía, a imagen del cielo.

CAPÍTULO 32

La señora Silkis, asustada, no conseguía contener la cólera de su marido. Víctima de una crisis de tetania, Bel-Tran ya no tenía la menor sensibilidad en los dedos de los pies y las manos. Presa de accesos de rabia, rompía preciosos jarrones, desgarraba papiros nuevos e injuriaba a los dioses. Incluso los ofrecidos encantos de su joven esposa eran inoperantes.

Silkis se retiró a sus aposentos; bebió un brebaje compuesto de zumo de dátiles, hojas de ricino y leche de sicómoro, destinado a apaciguar el fuego que abrasaba sus intestinos. Un médico la había advertido sobre el mal estado del plexo venoso de sus muslos, otro se había preocupado por el constante calor en el ano; ella los había despedido, antes de aceptar el tratamiento de un especialista que le había inyectado leche de mujer por medio de un clister.

Su vientre seguía haciéndola sufrir, como si expiara sus faltas. Le habría gustado tanto confiar sus pesadillas al intérprete de los sueños y solicitar los cuidados de Neferet pero el primero había abandonado Menfis y la segunda se había convertido en su enemiga.

Bel-Tran irrumpió en su alcoba.

–¡Otra vez enferma!

–Admítelo, una pestilencia me devora.

–Te pago los mejores médicos.

–Sólo Neferet me curaría.

–¡Tonterías! No sabe más que sus colegas.

–Te equivocas.

–¿Me he equivocado alguna vez desde que inicié mi ascenso? Te he convertido en una de las mujeres más ricas del país; pronto serás la más afortunada y yo tendré el poder supremo, manejando a esas marionetas.

–Pazair te da miedo.

–Me irrita cuando se comporta como el visir que cree ser.

–Su intervención le ha valido numerosas simpatías; algunos de tus partidarios han cambiado de bando.

–¡Imbéciles! Lo lamentarán; quienes no me obedezcan al pie de la letra serán reducidos a la esclavitud.

Silkis, agotada, se tendió.

–¿Y si te conformaras con tu riqueza.., y te ocuparas de mí?

–Dentro de diez semanas seremos dueños del país, ¡y quieres renunciar a causa de tu salud! Realmente estás loca, mi pobre Silkis.

Ella se incorporó, agarrándolo por el cinturón de su paño, que le venia estrecho.

–No mientas: ¿he salido ya de tu corazón y tu cabeza?

–¿Qué quieres decir?

–Soy joven y hermosa, pero mis nervios son frágiles y mi vientre, poco acogedor... ¿Has elegido ya a otra como futura reina?

Él la abofeteó, obligándola a soltarlo.

–Te he moldeado, Silkis, y seguiré haciéndolo; mientras cumplas mis órdenes no tendrás nada que temer.

La mujer no lloró, olvidando sus arrumacos; el rostro de la mujer-niña se volvió frío como el mármol.

–¿Y si yo te abandonara?

Bel-Tran sonrió.

–Me amas demasiado, querida, y te gusta mucho la comodidad. Conozco tus vicios; somos inseparables, juntos hemos renegado de los dioses, hemos mentido juntos, juntos hemos transgredido la justicia y la Regla. ¿Existe mejor garantía para una inquebrantable solidaridad?

–Deliciosa –reconoció Pazair saliendo del agua.

Neferet comprobaba la franja de cobre que rodeaba el interior del estanque y la desinfectaba continuamente. El sol doraba su piel desnuda, por la que corrían perlas de agua.

Pazair se zambulló, nadó sumergido y la cogió dulcemente por la cintura antes de emerger y besarla en el cuello.

–Me esperan en el hospital.

–Pues te esperarán un poco más.

–¿No debes ir a palacio?

–Ya no lo sé.

Su resistencia era fingida; lánguida, se abandonó. Pazair, estrechando su cuerpo, la llevó hasta el borde de piedra. Sin dejar de abrazarse, se tendieron en las cálidas losas y dieron libre curso a su deseo.

Una poderosa voz quebró la quietud.

–Viento del Norte –dijo Neferet.

–Ese rebuzno anuncia la inminente llegada de un amigo.

Minutos más tarde, Kem saludó al visir y su esposa. Bravo, dormido al pie de un sicómoro, abrió un ojo y lo cerró de nuevo, con la cabeza apoyada en sus patas cruzadas.

–Vuestra actuación fue muy apreciada –reveló al visir– las criticas de la corte se han acallado, su escepticismo ha desaparecido. Os reconocen ya como un auténtico primer ministro.

–¿Bel-Tran? –preguntó Neferet.

–Se mueve cada vez más; algunos notables rechazan sus invitaciones a cenar, otros le cierran su puerta. Se murmura que al próximo desliz vais a sustituirlo sin advertírselo. Le habéis dado un golpe fatal.

–Lamentablemente, no –deploró Pazair.

–Poco a poco vais reduciendo su poder.

–Pobre consuelo.

–Aunque tenga un arma decisiva, ¿podrá utilizarla?

–No pensemos más, sigamos actuando.

El nubio se cruzó de brazos.

–Oyéndoos, acabaré creyendo que la rectitud es la única posibilidad de supervivencia del reino.

–¿No estáis convencido de ello?

–Me costó la nariz, os costará la vida.

–Intentemos impedir esta profecía.
–¿Cuánto tiempo nos queda?
–Os diré la verdad: diez semanas.
–¿Y el devorador de sombras? –interrogó Neferet.
–No puedo creer que haya renunciado –respondió Kem pero ha perdido sus duelos con Matón. Si la duda se abre paso en su espíritu, tal vez piense en abandonar la partida.
–¿Estáis volviéndoos optimista?
–Tranquilizaos: no bajaré la guardia.
Neferet, sonriente, miró al nubio.
–No se trata de una simple visita de cortesía, ¿verdad?
–Leéis en mí demasiado bien.
–La alegría de vuestra mirada... ¿Alguna esperanza?
–Hemos encontrado la pista de Mentmosé, mi siniestro predecesor.
–¿En Menfis?
–De acuerdo con un informador, que lo vio saliendo de casa de Bel-Tran, se ha encaminado al norte.
–Podríais haberlo interpelado –consideró Pazair.
–Habría sido un error; ¿no era mejor conocer su destino?
–Siempre que no se le pierda la pista.
–Evitó los barcos para pasar inadvertido; sabe que la policía está buscándolo. Si viaja por caminos de tierra, evitará los controles.
–¿Quién lo sigue?
–Mis mejores sabuesos se relevan; en cuanto haya llegado a su objetivo, lo sabremos.
–Avisadme inmediatamente; partiré con vos.
–No es muy prudente.
–Necesitaréis un magistrado para interrogarlo; ¿hay alguien más autorizado que el visir?

Pazair estaba convencido de que conseguiría resultados decisivos; Neferet no había logrado convencerlo de que renunciara a un viaje que se anunciaba peligroso, pese a la presencia de Kem y del babuino.
Mentmosé, el antiguo jefe de policía que había enviado a Pazair al penal, burlándose de las leyes, tal vez supiera algo sobre el asesinato de Branir. El visir no dejaría pasar de nuevo la oportunidad de conocer la verdad.
Mentmosé hablaría.
Mientras el visir aguardaba el aviso de Kem, Neferet ponía a punto, con los colegas afectados, el programa anticonceptivo para todo el país. Gracias al decreto del visir, se distribuirían gratuitamente los productos a las familias. Los médicos de aldea, cuya función sería rehabilitada, cumplirían una permanente misión informativa. El servicio de salud tenía que velar, ahora, por el control de los nacimientos.
Al revés que su predecesor, Neferet no se había instalado en los locales administrativos reservados al médico en jefe del reino y a sus más cercanos colaboradores; había preferido su antiguo despacho del hospital principal, para seguir en contacto con los enfermos y los preparadores de remedios. Escuchaba, aconsejaba y tranquilizaba. Cada día intentaba hacer retroceder los límites del sufrimiento, y cada día experimentaba

derrotas de las que extraía la esperanza de futuras victorias. Se preocupaba también por la redacción de tratados de medicina[11], transmitidos desde el tiempo de las pirámides y mejorado sin cesar; un colegio de escribas especializados describía las experiencias que tenían éxito y anotaba los tratamientos.

Neferet había finalizado una operación de ojos, destinada a evitar la agravación de un glaucoma, y estaba lavándose las manos en el cuarto de baño de los cirujanos cuando un joven médico la advirtió de una urgencia. Fatigada, la joven le pidió que se encargara él; pero la paciente sólo quería consultar a Neferet, y sólo a ella.

La mujer estaba sentada con la cabeza cubierta por un velo.

–¿Qué os duele? –preguntó Neferet.

La paciente no respondió.

–Debo examinaros.

Silkis levantó su velo.

–Curadme, Neferet; de lo contrario voy a morir.

–Aquí trabajan excelentes médicos; consultadles.

–¡Vos me curaréis, y nadie más!

–Sois la esposa de un ser vil y destructor, Silkis, de un perjuro y un mentiroso. Permanecer a su lado demuestra vuestra complicidad; eso es lo que os corroe el alma y el cuerpo.

–No he cometido crimen alguno. Debo obedecer a Bel-Tran, él me moldeó, él...

–¿Acaso sois sólo un objeto?

–¡No podéis comprenderlo!

–Ni comprenderos ni cuidaros.

–Soy vuestra amiga, Neferet, vuestra amiga fiel y sincera; puesto que tenéis mi estima, concededme vuestra confianza.

–Si abandonáis a Bel-Tran, os creeré; de lo contrario, dejad de mentirme y de mentiros a vos misma.

La débil voz de la mujer-niña se hizo quejosa.

–Si me cuidáis, Bel-Tran os recompensará, ¡os lo juro! Es el único modo de salvar a Pazair.

–¿Estáis segura?

Silkis se relajó.

–¡Por fin admitís la realidad!

–Me veo continuamente confrontada a ella.

–Bel-Tran está preparando otra, mucho más atractiva. ¡Será como yo, bella y seductora!

–Sufriréis una cruel decepción.

La sonrisa de Silkis se heló.

–¿Por qué lo decís?

–Porque basáis el porvenir en la ambición, la avaricia y el odio; no obtendréis nada más si no renunciáis a vuestra locura.

–Entonces, no confiáis en mi...

---

[11] Algunos han sobrevivido; tratan de ginecología, de las vías respiratorías, de los dolores de estómago, de las vías urinarias, de oftalmología, de operaciones craneanas de medicina veterinaria. Por desgracia. sólo una ínfima parte del arte del médico egipcio ha llegado hasta nosotros.

–Antes o después compareceréis ante la justicia del visir, como cómplice de asesinato.

La mujer-niña se convirtió en furia.

–¡Era vuestra última oportunidad, Neferet! Uniendo vuestro destino al de Pazair, negándoos a ser mi médico personal, os condenáis a desaparecer sin gloria. Cuando volvamos a vernos, seréis mi esclava.

CAPÍTULO 33

Como decía una canción popular, «los mercaderes suben y bajan por el río, agitándose como moscas, transportan bienes de una ciudad a otra y avituallan a quien nada tiene». En el barco donde discutían sirios, griegos, chipriotas y fenicios, comparando sus precios y repartiéndose su futura clientela, Pazair se mantenía apartado. Nadie habría reconocido al visir de Egipto en aquel joven, vestido de un modo vulgar y que sólo llevaba como equipaje una gastada estera en la que dormía. En el techo de la embarcación, lleno de bultos, Matón velaba. Su tranquilidad demostraba que el devorador de sombras no merodeaba por los parajes. Kem no abandonaba la proa, con la cabeza encapuchada, temiendo ser identificado. Pero los mercaderes estaban demasiado ocupados calculando sus beneficios para interesarse por los pasajeros. El barco progresaba de prisa, gracias a un buen viento; el capitán y su tripulación cobrarían una buena prima si llegaban a su destino antes de lo previsto. Los comerciantes extranjeros siempre tenían prisa.

Un altercado enfrentó a los sirios con los griegos; los primeros ofrecieron collares de piedras semipreciosas a los segundos, a cambio de unos jarros procedentes de Rodas, de cuya venta se ocupaban. Pero los helenos desdeñaron la oferta, considerándola insuficiente. Aquella actitud sorprendió a Pazair, porque la transacción parecía correcta.

El incidente calmó los ardores comerciales y todos se sumieron en su meditación, mientras fluía el Nilo. Tras haber tomado «el gran río» que atravesaba el delta, el navío mercante puso rumbo al este y surcó «las aguas de Ra», un brazo del río que se separaba del curso principal y se dirigía a la encrucijada de los caminos que se dirigían a Canaán y Palestina.

Los griegos desembarcaron en una breve escala a campo abierto; Kem los siguió, imitado por Pazair y Matón. El embarcadero, vetusto, parecía abandonado; a su alrededor había bosques de papiro y marismas. Unos patos se dispersaron.

–Aquí es donde Mentmosé se puso de acuerdo con un grupo de mercaderes griegos –reveló el nubio–. Tomaron un camino de tierra que se dirigía al sudeste. Siguiendo a éstos, los encontraremos.

Los mercaderes hablaban, desconfiados; la presencia del trío los molestaba. Uno de ellos, que sufría una leve cojera, fue a su encuentro.

–¿Qué deseáis?

–Préstamos –respondió Pazair.

–¿En este rincón perdido?

–En Menfis ya no nos los conceden.

–¿Quiebra?

–Algunos negocios son imposibles, porque tenemos demasiadas ideas; tal vez acompañándoos encontremos gente más comprensiva.

El griego pareció satisfecho.
–No andáis equivocados. Vuestro simio... ¿está en venta?
–Por el momento no –repuso Kem.
–Tendría compradores.
–Es un buen animal, tímido e inofensivo.
–Os serviría de garantía, y obtendríais un buen precio.
–¿Es largo el trayecto?
–Dos horas de camino; esperamos los asnos.
La caravana se puso en marcha al paso regular de las cabalgaduras. A pesar de que iban muy cargados, los borricos no tropezaban y mantenían serena la mirada, acostumbrados a su duro trabajo. Los hombres bebieron varias veces, Pazair humedeció la boca de los cuadrúpedos.
Tras haber atravesado un campo abandonado, descubrieron la meta de su viaje: una pequeña ciudad de casas bajas, rodeada por una muralla.
–No veo el templo –se extrañó Pazair–; ni pilonos, ni puertas monumentales, ni oriflamas flotando al viento.
–Aquí no hay necesidad de lo sagrado –repuso un griego, divertido–; esta ciudad sólo conoce un dios: el beneficio. Le servimos con fidelidad y nos sienta bien.
Por la entrada principal, vigilada por dos guardias bonachones, penetraba una multitud de asnos y mercaderes. Se empujaban, gritaban, pisoteaban al vecino y se zambullían en aquel continuo río que invadía las estrechas callejas en las que se abrían puestos de distintos tamaños. Los palestinos, descalzos, con la barba puntiaguda, abundantes patillas y una opulenta cabellera sujeta en lo alto de la cabeza por una cinta, se sentían orgullosos de los multicolores mantos que compraban a los libaneses, maestros en el arte del cálculo mental. Cananeos, libios y sirios tomaban por asalto las tiendas de los griegos, llenas de productos importados, especialmente jarrones de esbeltas formas y objetos de aseo. Incluso los hititas compraban miel y vino, tan indispensables para su mesa como para sus rituales.
Al observar las transacciones, Pazair advirtió pronto una anomalía: los compradores no ofrecían nada a cambio de los bienes que adquirían. Tras encarnizados regateos, se limitaban a estrechar la mano del vendedor.
Bajo la atenta mirada de Kem y del babuino, Pazair se acercó a un voluble griego, bajo y barbudo, que exponía unas soberbias copas de plata.
–Me gusta esto.
–¡Excelente gusto! Estoy realmente asombrado...
–¿Por qué?
–Es mi preferida. Separarme de ella me entristecería de un modo indecible; lamentablemente, es la dura ley del comercio. Tocadla, joven, acariciadla; creedme, vale la pena. Ningún artesano es capaz de hacer otra semejante.
–¿Cuál es su precio?
–Empapaos de su belleza, imaginad su presencia en vuestra casa, pensad en las envidiosas y admirativas miradas de vuestros amigos. Primero os negaréis a revelar el nombre del mercader con quien hicisteis tan increíble trato, luego confesaréis: ¿quién si no Pendes podría vender semejante obra maestra?

–Debe de ser cara.
–¿Qué importa el precio cuando el arte llega a la perfección? Ofreced, Pendes os escucha.
–¿Una vaca moteada?
La mirada del griego reveló un profundo asombro.
–No me gustan las bromas.
–¿Os parece poco?
–Vuestro humor se hace grosero. No tengo tiempo que perder. Ofendido, el mercader atendió a otro cliente. Desconcertado, Pazair había ofrecido, sin embargo, un intercambio que le era desfavorable.
El visir se dirigió a otro griego; el mismo diálogo, con algunas variantes, acompañó el trato. En el momento crucial, Pazair tendió la mano. El otro se la estrechó blandamente; estupefacto, la retiró.
–Pero... ¡está vacía!
–¿Qué esperabais que contuviera?
–¿Creéis que mis jarrones son gratuitos? Dinero, ¡claro!
–No... no tengo.
–Pues bien, id a un banco; os lo prestarán.
–¿Dónde puedo encontrarlo?
–En la plaza principal; hay más de diez.
Boquiabierto, Pazair siguió las indicaciones del mercader. Las callejas desembocaban en una plaza cuadrada bordeada de extrañas tiendas. Pazair se informó; se trataba, efectivamente, de «bancos», una palabra insólita en Egipto. Se dirigió al más próximo e hizo cola; en la entrada había dos hombres armados, que examinaron al visir de los pies a la cabeza, asegurándose de que no ocultara un puñal.
En el interior había varias personas muy atareadas. Una de ellas colocaba pequeñas piezas metálicas de forma redondeada en una balanza, las pesaba y luego las ordenaba en distintos casilleros.
–¿Ingreso o extracción?
–Ingreso.
–Enumerad vuestros bienes.
–Es que...
–Apresuraos; otros clientes aguardan.
–Dada la magnitud de la operación, me gustaría discutir su valor con el más alto responsable del banco.
–Está ocupado.
–¿Cuándo podré verlo?
–Un momento.
El empleado regresó minutos más tarde; le daban cita al ocaso.

De ese modo, el dinero, «el gran retorcido», había sido introducido en aquella ciudad cerrada; el dinero en forma de monedas que circulaban, inventado por los griegos desde hacia decenios, era mantenido al margen del país de los faraones, porque pondría fin a la economía de trueque y produciría una irremediable decadencia de la sociedad[12]. El »gran

[12] Aunque se menciona la existencia de la moneda en la XXX dinastía, el Sistema monetario, sin embargo, no estaba en vigor. Hizo su aparición en Egipto sólo bajo los Ptolomeos, soberanos griegos.

retorcido» proclamaba la preeminencia del tener sobre el ser, aumentaba la natural avidez de los humanos y les hacía tocar con los dedos valores monetarios alejados de la realidad. Los visires fijaban el precio de los objetos y los géneros en función de una referencia, que no circulaba y no se materializaba en pequeños círculos de plata o de cobre, verdadera prisión para los individuos.

El director del banco era un hombre de unos cincuenta años, obeso y de rostro cuadrado; originario de Micenas, había reconstruido la atmósfera de su casa natal: pequeñas imágenes de terracota, efigies marmóreas de héroes griegos, edición en papiro de los principales pasajes de la Odisea, jarrones de largo cuello decorados con las hazañas de Heracles.

–Me han dicho que pensáis hacer un importante depósito.

–Eso es.

–¿De qué tipo?

–Poseo numerosos bienes.

–¿Ganado?

–Ganado.

–¿Cereales?

–Cereales.

–¿Barcos?

–Barcos.

–¿Y... también otras cosas?

–También muchas cosas mas.

El director pareció impresionado.

–¿Disponéis de suficiente cantidad de moneda?

–Creo que sí, pero...

–¿Qué teméis?

–Vuestra apariencia no permite suponer... semejante riqueza...

–Para viajar suelo evitar la ropa suntuosa.

–Os comprendo, pero me gustaría...

–¿Una prueba de mi fortuna?

El director asintió con la cabeza.

–Dadme una tablilla de arcilla.

–Preferiría registrar vuestra declaración en papiro.

–Tengo un aval mejor que ofreceros; dadme esa tablilla.

Desconcertado, el banquero lo hizo. Pazair imprimió profundamente su sello en la arcilla.

–¿Os basta esta garantía?

Con los ojos desorbitados, el griego contempló el sello del visir.

–¿Qué... qué queréis?

–Os ha visitado un hombre con antecedentes penales.

–¿A mi? ¡Imposible!

–Se llama Mentmosé; era jefe de policía antes de infringir la ley y ser desterrado. Su presencia en territorio egipcio es un grave delito que deberíais haber denunciado.

–Os aseguro que...

–Dejad de mentir –recomendó el visir–; sé que Mentmosé vino aquí por orden del director de la Doble Casa blanca.

Las defensas del banquero cedieron.

–¿Por qué iba a negarme a hablar con él? Mentmosé vino de parte de las autoridades.

–¿Qué os pidió?

–Que extendiera mis actividades bancarias al conjunto del delta.

–¿Dónde se oculta?

–Abandonó nuestra ciudad para dirigirse al puerto de Rakotis.

–¿Habéis olvidado acaso que la circulación de moneda está prohibida y que los culpables de este delito pueden recibir graves penas?

–Mis asuntos son legales.

–¿Habéis recibido un decreto firmado de mi puño y letra?

–Mentmosé me aseguró que las actividades bancarias eran consideradas como una situación de hecho y que anticipaban la próxima realidad.

–Habéis sido imprudente. En Egipto, la ley no es una ya una palabra.

–No podréis resistiros por mucho tiempo a esta práctica; el progreso se basa en ella y...

–Un progreso que no deseamos.

–Yo no soy el único, mis colegas...

–Visitémoslos; enseñadme esta ciudad...

CAPÍTULO 34

Lleno de esperanza, el banquero griego presentó al visir, acompañado por Matón, a sus colegas, que se encargaban de importar fraudulentamente moneda, de gestionar las cuentas de los clientes, de fijar el interés de los préstamos y proceder a múltiples operaciones bancarias, para mayor beneficio de su asociación financiera. Insistieron sobre las ventajas de su procedimiento; un Estado fuerte, manejando el sistema a su guisa, podría utilizar en su beneficio los bienes que sus súbditos se verían obligados a confiarle.

Mientras el visir escuchaba la lección, los policías de Kem, tras una señal de su jefe, se libraban de sus disfraces de libios y de griegos y cerraban las puertas de la ciudad, a pesar de las protestas de una multitud inquieta. Tres hombres intentaron escalar el muro y huir; su panza los traicionó. Incapaces de lograrlo, fueron detenidos y llevados ante el jefe de policía.

El más nervioso se defendió con vehemencia.

– Soltadnos inmediatamente!

–Sois culpables de ocultación de moneda.

–No tenéis derecho a juzgarnos.

–Debo llevaros ante un tribunal.

Cuando los tres detenidos estuvieron en presencia del visir, que reveló su título y sus funciones, su furia desapareció; lloriquearon.

–Perdonadnos... Ha sido un error por nuestra parte, un lamentable error. Somos honestos comerciantes, nosotros...

–Vuestros nombres y vuestras profesiones.

Los tres hombres eran egipcios del delta, fabricantes de muebles; una parte de su producción, no declarada, era enviada a la ciudad griega.

–Al parecer acumuláis beneficios ilícitos, perjudicando así a vuestros compatriotas. ¿Negáis los hechos?

No hubo protesta alguna.

–No seáis demasiado severo... Nos hicimos ilusiones.

–Me limitaré a aplicar nuestras leyes.

Pazair montó su tribunal en la plaza mayor. El jurado lo compusieron Kem y cinco campesinos egipcios que el jefe de policía fue a buscar a la explotación agrícola más cercana.

Los numerosos acusados, griegos en su mayoría, no discutieron el motivo de la inculpación ni la sentencia propuesta; por unanimidad, el jurado adoptó el castigo que el visir deseaba: inmediata expulsión de los culpables y prohibición definitiva de pisar suelo egipcio. Las monedas embargadas se fundirían y el metal obtenido se ofrecería a los templos, donde sería transformado en objetos rituales. Por lo que a la ciudad se refiere, seguiría perteneciendo a los mercaderes extranjeros, siempre que se amoldaran a las reglas de la economía egipcia.

El jefe de los banqueros dio las gracias al visir.
–Temía una pena más severa –confesó–; se dice que el penal de Khargeh es un infierno.
–Yo sobreviví a él.
–¿Vos?
–Mentmosé esperaba que mis huesos blanquearan allí.
–En vuestro lugar no subestimaría sus manejos; es astuto y peligroso.
–Soy consciente de ello.
–¿Sois consciente de que poniendo fin al desarrollo del sistema monetario suscitáis el odio de un temible enemigo que pensaba obtener de él enormes beneficios? Destruís una de las fuentes de riqueza de Bel-Tran.
–Y eso me satisface.
–¿Cuánto tiempo pensáis seguir siendo visir?
–Tanto como el faraón desee.

A bordo de un rápido navío, Pazair, Kem y el babuino bogaron hacia la ciudad costera de Rakotis. El visir disfrutó el verde esplendor de los paisajes del delta, donde se cruzaban innumerables caminos de agua. Cuanto más avanzaban hacia el norte más extenso se hacia el reino de las aguas; el Nilo se dilataba, preparando sus bodas con una mar soñadora y tierna que embriagaba las postreras tierras de inciertas formas. Un mundo moría en un infinito azulado y renacía en forma de olas.
En Rakotis se preparaba el pescado. Muchas pesquerías del delta habían instalado su sede principal en los barrios del pequeño puerto, donde se mezclaban las razas. A cielo abierto, en el mercado o en los almacenes, los especialistas limpiaban los pescados, los vaciaban y los aplanaban; luego los colgaban de unas varillas de madera, dejando que el sol se encargara de secarlos, o los enterraban en arena caliente o en un barro de virtudes desinfectantes. Luego procedían a la salazón; las piezas más hermosas se conservaban en el aceite, se apartaban las huevas de mújol para preparar mojama. Si la gente refinada degustaba el pescado fresco, asado y acompañado con una salsa de comino, orégano, cilantro y pimienta, el pueblo consumía pescado seco, alimento tan común como el pan. El valor del mújol equivalía a una jarra de cerveza, un cesto de percas del Nilo se cambiaba por un hermoso amuleto.
A Pazair le extrañó la tranquilidad que reinaba en la ciudad mercantil; ni un canto, ni un grupo, no había apasionadas negociaciones ni caravanas de asnos yendo y viniendo. El babuino se puso nervioso.
En el muelle, unos hombres dormían acostados sobre redes de pesca; no había ni un solo barco atracado. Una gran casa baja, de techo plano, albergaba los servicios administrativos encargados de controlar los géneros y su expedición.
Entraron. Los locales estaban vacíos. No había ningún documento, como si los archivos no hubieran existido nunca, ni siquiera un pincel de escriba o borradores de escritura. Ningún indicio probaba que los escribas hubieran trabajado allí.
–Mentmosé debe de estar cerca –sugirió Kem–; Matón percibe su presencia.

El babuino rodeó el edificio y se dirigió hacia el puerto; Kem y Pazair lo siguieron. Cuando el simio se acercó a una barca en mal estado, cinco malolientes barbudos, armados con cuchillos de abrir el pescado, abandonaron su somnolencia.

–Largaos, no sois de aquí.

–¿Sois los últimos habitantes de Rakotis?

–Largaos.

–Soy Kem, jefe de policía, hablad o tendréis problemas.

–Los negros abundan en el sur, aquí no; vuelve al lugar de donde vienes,

–¿Obedeceréis las órdenes del visir, aquí presente?

El pescador soltó una carcajada.

–El visir se refocila en su despacho de Menfis. En Rakotis, nosotros somos la ley.

–Quiero saber qué ha ocurrido –dijo Pazair con gravedad.

El hombre se volvió hacia sus compañeros.

–¿Lo habéis oído? ¡Se toma por el gran juez! Tal vez crea que nos da miedo con su mono.

Matón tenía muchas cualidades y un grave defecto: la susceptibilidad. Como oficial de policía, detestaba que se burlaran de la fuerza pública.

Su fulgurante salto sorprendió al adversario, a quien desarmó mordiéndole en la muñeca; antes de que el segundo pudiera intervenir, lo derribó de un puñetazo en la nuca. Por lo que al tercero se refiere, lo hizo caer con una zancadilla. Kem se encargó de los otros dos, demasiado endebles para resistirse.

El jefe de policía agarró al único pescador que estaba en condiciones de hablar.

–¿Por qué está desierta la ciudad?

–Orden del visir.

–¿Quién la ha transmitido?

–Mentmosé, su mensajero personal.

–¿Lo has visto?

–Aquí, todo el mundo lo conoce; al parecer tuvo problemas, pero todo se arregló. Desde que trabaja de nuevo con la justicia, se lleva muy bien con las autoridades del puerto. Se murmura que les ofrece dinero griego, monedas de metal, y que hará ricos a sus amigos. Por eso sus consignas se siguen al pie de la letra.

–¿Cuáles fueron?

–Arrojar al mar las reservas de pescado ahumado y abandonar Rakotis sin tardanza, a causa de una enfermedad contagiosa. Los escribas fueron los primeros en marcharse, los obreros y la población los siguieron.

–¿Vosotros no?

–Mis compañeros y yo no sabemos adónde ir.

El babuino pataleó.

–Estáis a sueldo de Mentmosé, ¿no es cierto?

–No, no...

La zarpa del simio apretó la garganta del pescador; en la mirada de Matón se leía la ferocidad.

–Sí, si, estamos esperándolo.

–¿Dónde se oculta?

–En el pantano, al oeste.
–¿Por qué se comporta así?
–Destruye las tablillas y los papiros que nosotros sacamos de los despachos de la administración.
–¿Cuánto hace que se ha ido?
–Poco después del amanecer; cuando vuelva, lo llevaremos al gran canal y regresaremos a Menfis con él. Nos ha prometido una casa y un campo.
–¿Y si os olvidara?
El pescador clavó en el nubio unos ojos asustados.
–No es posible, una promesa como ésta...
–Mentmosé ignora la palabra dada; es un mentiroso nato. Nunca ha trabajado para el visir Pazair. Sube en esta barca y llévanos; si nos ayudas, seremos indulgentes.

El cuarteto bogó por unas extensiones medio acuáticas, medio vegetales por donde Kem y Pazair hubieran sido incapaces de orientarse. Perturbados, unos ibis negros emprendieron el vuelo hacia un cielo donde pequeñas nubes redondas seguían el ritmo del viento del norte. A lo largo del casco se deslizaban serpientes, tan verdosas como el agua glauca.
En aquel inhóspito laberinto, el pescador avanzaba con sorprendente facilidad.
–Tomo un atajo –explicó–; aunque nos lleva mucha ventaja, lo alcanzaremos antes de que llegue al canal principal por el que circulan los barcos de transporte.
Kem lo ayudó a remar; Pazair escrutaba el horizonte, el babuino dormitaba. Los minutos transcurrían con rapidez. El visir se preguntó si su guía no estaría burlándose de ellos, pero la serenidad de Matón lo tranquilizó.
Cuando se irguió sobre sus patas traseras, los tres hombres comenzaron a creer que su persecución no sería vana; unos instantes más tarde, a menos de un kilómetro del gran canal, divisaron otra barca.
A bordo sólo había un pasajero, un hombre de cráneo calvo y rosado, que relucía al sol.
–¡Mentmosé! –gritó Kem–. ¡Detente, Mentmosé!
El antiguo jefe de policía aceleró el ritmo; pero la distancia iba reduciéndose inexorablemente.
Comprendiendo que no lograría escapar, Mentmosé les hizo frente. Una jabalina, lanzada con precisión, atravesó el pecho del pescador. El infeliz cayó y se hundió en las marismas.
–Poneos detrás de mí –ordenó Kem al visir.
El simio se zambulló.
Mentmosé lanzó una segunda jabalina apuntando al nubio; éste se agachó en el último momento, evitando el proyectil. Pazair remaba con dificultades, se encallaba en una extensión de nenúfares, se liberaba y avanzaba de nuevo.
Con una tercera jabalina en la mano, Mentmosé vacilaba; ¿mataría primero al simio o al nubio?
Matón salió del agua, agarró la proa de la barca de Mentmosé y la sacudió para volcaría; pero el hombre aplastó los dedos del animal con la

piedra que servía de anda e intentó atravesar su pata clavándola en la madera. Herido, el babuino soltó la presa cuando Kem saltaba de su embarcación a la del fugitivo.

Pese a su corpulencia y su falta de ejercicio, Mentmosé se defendió con inesperada brutalidad; la punta de su jabalina rozó la mejilla del nubio. Desequilibrado, cayó al fondo de la barca; detuvo con el antebrazo un golpe violento. La jabalina se clavó entre dos tablas. Pazair llegó a la altura de Mentmosé, que apartó la embarcación del visir; Kem agarró el pie derecho del ex policía, Mentmosé cayó al pantano.

–Dejad de resistiros –ordenó Pazair–; sois nuestro prisionero.

Mentmosé no había soltado su arma; cuando la blandía apuntando al visir, lanzó un horrible grito, se llevó la mano a la nuca, desfalleció y desapareció en el agua glauca. Pazair vio un pez gato que se deslizaba entre las cañas, junto al canal; bastante raro en el Nilo, provocaba la muerte de los bañistas que se ahogaban al quedar inconscientes cuando entraban en contacto con él[13].

Kem, loco de inquietud, vio cómo el babuino luchaba contra una corriente; se arrojó al agua y lo ayudó a subir a la barca. El simio, muy digno, le mostró su herida como si se excusara por haber fallado en el arresto.

–Lo siento –deploró el nubio–; Mentmosé ya no hablará.

Deprimido, impresionado, el visir permaneció silencioso durante el viaje de regreso a Menfis; aunque hubiera debilitado más aún el imperio subterráneo de Bel-Tran, ¿cómo no deplorar la muerte del pescador, aunque fuera un cómplice ocasional de Mentmosé?

Kem había curado a Matón, cuya herida era superficial; Neferet velaría por la completa recuperación del simio. El nubio advirtió la turbación del visir.

–No lo siento por Mentmosé; el muy crápula parecía una fruta podrida y venal.

–¿Por qué comete tantas atrocidades la pandilla de Bel-Tran? Su ambición siembra la desgracia.

–Sois la muralla contra los demonios; no cedáis.

–Esperaba velar por el respeto de la justicia, no investigar el asesinato de mi maestro y vivir tantos dramas. «La función del visir es tan amarga como la hiel», afirmó el rey en mi entronización.

El babuino posó su pata herida en el hombro del visir y no la retiró hasta que llegaron a Menfis.

Con la ayuda de Kem, Pazair redactó un largo informe sobre los recientes acontecimientos.

Un escriba le entregó un papiro sellado destinado al visir. Procedía de Rakotis y en él podían leerse las menciones «urgente» y «confidencial».

Pazair rompió el sello y descifró un sorprendente texto, que leyó en voz alta.

«Yo, Mentmosé, antiguo jefe de policía injustamente condenado, denuncio al visir Pazair como incapaz, criminal e irresponsable. Ante los

[13] El Mala plerurus electricus es una especie de pez gato eléctrico; en el choque, la víctima recibe una descarga de unos doscientos voltios.

ojos de numerosos testigos hizo arrojar al mar las reservas de pescado seco, privando así a la población del delta de su alimento básico durante semanas. A él mismo le dirijo esta denuncia; de acuerdo con la ley, está obligado a instruir su propio proceso.»

–Por eso destruyó Mentmosé los documentos administrativos de las pesquerías; así no podrán contradecirlo.

–Tienes razón –dijo el visir–; a pesar de la desvergonzada mentira, estoy obligado a demostrar mi inocencia ante un proceso. Tendremos que hacer una reconstrucción, citar testigos y demostrar la manipulación. Mientras, Bel-Tran actuará a su guisa.

Kem se rascó la nariz de madera.

–Enviaros esta misiva no bastaba; Mentmosé habría presentado denuncia a través de Bel-Tran o de cualquier otro dignatario, obligándoos así a tener en cuenta sus acusaciones.

–Claro.

–Por lo tanto sólo queda este papiro.

–Es cierto, pero basta para iniciar el procedimiento.

–Si no existiera, tampoco existiría el caso.

–No tengo derecho a destruirlo.

–Yo sí.

Kem arrancó el papiro de las manos de Pazair y lo hizo añicos, que volaron al viento.

CAPÍTULO 35

Suti y Pantera contemplaron la hermosa ciudad de Coptos, cuyas casas blancas brillaban al sol de mayo, en la orilla derecha del Nilo, a unos cuarenta kilómetros al noroeste de Karnak. De aquella capital de la quinta provincia del Alto Egipto salían las expediciones comerciales hacia los puertos del mar Rojo y los equipos de mineros hacia los parajes del desierto oriental. Allí había acudido Suti para que lo contrataran y encontrar así la pista de Asher, el general felón y asesino al que había ejecutado.

El extraño ejército de Suti se aproximó al fortín que custodiaba la ruta que llevaba a la entrada de la ciudad. Como estaba prohibido circular sin autorización por los alrededores, los viajeros se presentaban acompañados por los policías encargados de verificar su identidad y velar por su seguridad.

Los del puesto de guardia no creyeron lo que estaban viendo: ¿de dónde surgía aquella heteróclita pandilla, compuesta por libios, nubios y representantes de las fuerzas del orden? Parecía que estuvieran confraternizando, cuando «los de la vista penetrante» deberían ir vigilando a los prisioneros encadenados.

Suti avanzó solo hacia el jefe del puesto, armado con una espada.

Con el pelo largo, la piel bronceada, el torso desnudo adornado con un ancho collar de oro y unos brazaletes que ponían de relieve el vigor de sus brazos, el joven tenía la soberbia de un auténtico general que regresa con sus hombres de una campaña victoriosa.

–Mi nombre es Suti y soy egipcio, como tú; ¿por qué matarnos mutuamente?

–¿De dónde venís?

–Ya lo ves: de conquistar el desierto.

–¡Pero... es ilegal!

–La ley del desierto es la mía y la de mis hombres; si te opones, morirás estúpidamente. Vamos a apoderarnos de esta ciudad. Únete a nosotros, te irá bien.

El jefe del puesto vaciló.

–¿Os obedecen «los de la vista penetrante»?

–Son gente razonable; les ofrezco más de lo que podían esperar.

Suti arrojó un lingote de oro a los pies del jefe del puesto.

–Es sólo un modesto regalo, para evitar una carnicería.

El hombre, con los ojos desorbitados, recogió el tesoro.

–Mi reserva de oro es inagotable; corre a avisar al gobernador militar de la ciudad. Lo espero aquí.

Mientras el jefe del puesto cumplía su misión, los soldados de Suti invadían la ciudad. Como la mayoría de las ciudades egipcias, Coptos no

se protegía detrás de unas murallas; los asaltantes se dispersaron para controlar los principales accesos.

Pantera tomó tiernamente a su amante por el brazo izquierdo, como una esposa fiel. Cubierta de joyas de oro, la rubia libia parecía una diosa nacida de las bodas del cielo y el desierto.

–¿Rechazas el combate, amor mío?

–¿No es preferible una victoria sin matanzas?

–Yo no soy egipcia; me gustaría más ver a tus compatriotas destrozados por los míos. Los libios no temen batirse.

–¿Te parece el momento adecuado para provocarme?

–Siempre es el momento adecuado.

Lo besó con el ardor de una conquistadora, exaltada ante la idea de ser la reina de Coptos.

El gobernador militar de la ciudad no tardó en aparecer. Con mirada experta, evaluó al agresor. Tras una larga carrera en el ejército, que le había dado la ocasión de enfrentarse con los hititas, se preparaba para un confortable retiro en un poblado cercano a Karnak. Artrítico, se limitaba a un trabajo rutinario, lejos de los campos de maniobra. En Coptos no había riesgo de conflicto alguno; debido a su posición estratégica, la ciudad gozaba de una protección policial que desalentaba a traficantes y ladrones. Estaba preparada para reprimir una expedición de bandoleros, no para enfrentarse a temibles guerreros.

A espaldas de Suti estaban los carros bien equipados; a la derecha, los arqueros nubios; a la izquierda, los lanzadores de jabalina libios; en la encrucijada de los caminos y en las colinas, «los de la vista penetrante». Y aquella soberbia mujer de cabellos rubios, piel cobriza y adornos de oro. Aunque no creyera en leyendas, el gobernador pensó que venía de otro mundo, tal vez de las misteriosas islas situadas en los confines de la tierra.

–¿Qué exigís?

–Que me entreguéis Coptos para establecer en ella mi sede.

–Es imposible.

–Soy egipcio –recordó Suti– y he servido en el ejército de mi país; hoy, a la cabeza de mi ejército, dispongo de una inmensa fortuna y he decidido que se beneficie de ella la ciudad de los mineros y los buscadores de oro.

–¿Sois vos quien acusasteis a Asher de traición y crimen?

–Así es.

–Teníais razón; era un bribón y no tenía palabra. Quieran los dioses que no vuelva a aparecer.

–Tranquilizaos: el desierto se lo tragó.

–Se ha hecho justicia.

–Deseo evitar un enfrentamiento fratricida.

–Debo hacer que se respete el orden público.

–¿Quién piensa turbarlo?

–Vuestro ejército no me parece muy pacifico.

–Si nadie lo provoca, será inofensivo.

–¿Vuestras condiciones?

–El alcalde de Coptos es un notable fatigado y sin ambición; que me ceda su puesto.

–Esa mutación no sería efectiva sin la autorización del jefe de la provincia, que debe obtener el consentimiento del visir.
–Comencemos expulsando a ese senil anciano –decretó Pantera–; luego, el destino decidirá.
–Llevadme ante él –ordenó Suti.

El alcalde de Coptos comía carnosas aceitunas mientras escuchaba a una joven arpista dotada de un real talento; aficionado a la música, cada vez se entregaba más al ocio. La administración de Coptos no ofrecía dificultades; los grandes contingentes de la policía del desierto velaban por la seguridad, la población estaba bien alimentada, los especialistas se encargaban de metales y minerales preciosos, el templo demostraba su prosperidad.
La visita del gobernador militar le molestó; sin embargo, el alcalde aceptó recibirlo.
–Éste es Suti –dijo el militar presentando el joven al dueño de la ciudad.
–¿Suti... el acusador del general Asher?
–El mismo.
–Me complace recibiros en Coptos; ¿deseáis cerveza fresca?
–Con mucho gusto.
La arpista desapareció, un copero sirvió el delicioso brebaje.
–Estamos al borde del desastre –dijo el gobernador militar.
El alcalde dio un respingo.
–¿Qué decís?
–El ejército de Suti rodea la ciudad; si le hacemos frente habrá muchos muertos y heridos.
–¿Un ejército... con soldados de verdad?
–Nubios, excelentes arqueros; libios, expertos en el manejo de la jabalina, y... policías del desierto.
–¡Es increíble! Exijo que esos traidores sean detenidos y azotados.
–No será fácil convencerlos –objetó Suti.
–¿Que no será fácil...? ¿Pero dónde creéis que estáis?
–En mi ciudad.
–¿Os habéis vuelto loco?
–Su ejército parece eficaz –indicó el gobernador militar.
–¡Pedid refuerzos!
–¡Antes atacaré!
–Detened a este hombre, gobernador.
–No cometáis ese error –recomendó Suti–; la diosa de oro pasaría la ciudad a sangre y fuego.
–¿La diosa de oro?
–Ha llegado del lejano sur con la llave de inagotables riquezas; recibidla y conoceréis gozo y prosperidad. Rechazadla y la desgracia caerá sobre vuestra ciudad.
–¿Tan seguro estáis de vencer?
–No tengo nada que perder; y no es ése vuestro caso.
–¿No teméis la muerte?

–Me acompaña desde hace tiempo. Ni el oso de Siria, ni el traidor Asher, ni los bandoleros nubios consiguieron derribarme. Si lo deseáis, intentadlo.

Un buen alcalde debía tener cualidades de negociador; ¿no había resuelto mil conflictos utilizando el arma de la diplomacia?

–Debo tomaros en serio, Suti.

–Es preferible.

–¿Qué proponéis?

–Que me cedáis vuestro lugar y yo me convierta en el dueño de esta ciudad.

–Imposible.

–Conozco el alma de esta ciudad; nos aceptará como soberanos, a la diosa de oro y a mí.

–Vuestra toma del poder seria ilusoria; en cuanto se conociera la noticia, el ejército vendría a expulsaros.

–Será un hermoso combate.

–Dispersad vuestras fuerzas.

–Voy a reunirme con la diosa de oro –declaró Suti–; os concedo una hora de reflexión. O aceptáis mi proposición o atacaremos.

Abrazados, Suti y Pantera contemplaban Coptos. Pensaban en los exploradores que recorrían inciertas pistas en busca de tesoros mil veces soñados; ¿cuántos habían sido guiados por la gacela de Isis hacia el buen yacimiento, cuántos habían regresado vivos, para admirar la gran curva que el Nilo describía, hacia el este, a la altura de la ciudad de los buscadores de oro?

Los nubios cantaban, los libios comían, «los de la vista penetrante» verificaban los carros; nadie hablaba, a la espera de un inevitable enfrentamiento que ensangrentara caminos y campiñas. Pero unos estaban cansados de vagabundear, otros esperaban una inesperada fortuna y otros, por fin, deseaban combatir para demostrar su valor; todos estaban hechizados por la belleza de Pantera y la determinación de Suti.

–¿Se doblegarán? –preguntó ella.

–No importa.

–No matarás a tus hermanos de raza.

–Tendrás tu ciudad; en Egipto se venera a las mujeres capaces de encarnar diosas.

–No escaparás de mí pereciendo en un combate.

–Tú, la libia, amas mi tierra; su magia te ha conquistado.

–Si te devora, te seguiré; mi brujería será más fuerte.

El gobernador militar se presentó antes de que finalizara el plazo.

–El alcalde acepta.

Pantera sonrió, Suti permaneció impasible.

–Acepta, con una condición; que os comprometáis a no cometer pillaje alguno.

–Venimos a ofrecer, no a robar.

A la cabeza de su ejército, la pareja entró en la ciudad.

La noticia se había propagado con tanta rapidez que los habitantes se apretujaban en la calle principal y en las encrucijadas; Suti ordenó a los nubios que quitaran las lonas que cubrían los carros.

Brilló el oro.

Los habitantes de Coptos nunca habían visto tan gran cantidad de metal precioso; las niñas lanzaban flores a los nubios, los chiquillos corrían junto a los soldados. En menos de una hora, la ciudad entera estuvo en fiestas y celebró el regreso de la lejana diosa, cantando la leyenda del héroe Suti, vencedor de los demonios de la noche y descubridor de una gigantesca mina de oro.

–Pareces inquieto –observó Pantera.

–Tal vez sea una emboscada.

El cortejo se dirigió bacía la casa del alcalde, una hermosa mansión situada en el centro de la ciudad y rodeada por un jardín. Suti observaba los tejados; con el arco en la mano, estaba dispuesto a disparar una flecha contra cualquier tirador emboscado.

Pero no se produjo incidente alguno. De los barrios surgió una muchedumbre entusiasta, convencida de que acababa de producirse un milagro; el regreso de la lejana diosa convertiría a Coptos en la más rica de las ciudades.

En el umbral de la mansión, las siervas habían esparcido caléndulas, que formaban una alfombra anaranjada; con flores de loto en la mano, desearon la bienvenida a la diosa de oro y al general Suti. Encantada, Pantera les dedicó una sonrisa y recorrió, regia, la avenida flanqueada por tamariscos.

–¡Qué hermosa es esta casa! Mira la fachada blanca, las altas y delgadas columnas, los dinteles decorados con palmas... Aquí me sentiré bien. ¡Allí hay un establo! Pasearemos a caballo, antes de bañarnos y beber el vino dulce.

El interior encantó a la rubia libia. El alcalde tenía un gusto exquisito; en las paredes, unas pinturas evocaban el vuelo de los patos salvajes y la lujuriante vida de un estanque. Un gato montés, trepando por un tallo de papiro, se acercaba a un nido lleno de huevos de pájaro.

Pantera entró en la alcoba, se quitó el collar de oro y se tendió en el lecho de ébano.

–Eres un vencedor, Suti; ámame.

El nuevo dueño de Coptos no resistió aquella llamada.

Aquella misma noche ofrecieron un gigantesco banquete a los ciudadanos. Los más modestos degustaron carnes asadas y bebieron vinos finos; centenares de lámparas iluminaban las callejas, donde se bailó hasta el alba. Los notables prometieron obediencia a Suti y Pantera, y alabaron la hermosura de la diosa de oro, sensible a su homenaje.

–¿Por qué está ausente el alcalde? –preguntó Suti al gobernador militar.

–Ha abandonado Coptos.

–¿Sin mi autorización?

–Aprovechad vuestro corto reinado; el alcalde avisará al ejército y el visir restablecerá el orden en la ciudad.

–¿Pazair?

–Su fama no deja de crecer; es un hombre justo, pero severo.

–Buen enfrentamiento en perspectiva.

–La prudencia exige que os rindáis.

–Estoy loco, gobernador; soy un loco de imprevisibles reacciones. Mi ley es la del desierto, me importan un bledo los reglamentos.

–Salvad al menos a los civiles.

–La muerte no salva a nadie. Embriagaos; mañana beberemos sangre y lágrimas.

Suti se llevó la mano a los ojos.

–Id a buscar a la diosa de oro; quiero hablar con ella.

Pantera se deleitaba con el canto de un arpista que invitaba a los comensales a gozar el momento presente, disfrutando en él del sabor de la eternidad; una cohorte de admiradores la devoraba con los ojos. Avisada por el gobernador, se reunió con Suti, que miraba fijamente ante sí.

–Estoy de nuevo ciego –murmuró–. Llévame hasta la habitación; me apoyaré en tu brazo. Nadie debe advertir lo que me pasa.

Numerosos comensales saludaron a la pareja, cuya desaparición señaló el final de la fiesta.

Suti se tendió de espaldas.

–Neferet te curará –afirmó Pantera–; yo misma iré a buscarla.

–No tendrás tiempo.

–¿Por qué?

–Porque el visir Pazair enviará el ejército para aniquilarnos.

CAPÍTULO 36

Neferet se inclinó ante Tuy, la madre de Ramsés el Grande.

–Estoy a vuestro servicio, majestad.

–Yo debería saludar con deferencia a la médico en jefe del reino. En pocos meses vuestro trabajo ha sido notable.

Altiva, con la nariz fina y recta, la mirada severa, pronunciados pómulos y el mentón casi cuadrado, Tuy gozaba de una indiscutible autoridad moral. A la cabeza de una numerosa casa, disponiendo de un palacio en cada ciudad, aconsejaba sin ordenar y velaba por el respeto de los valores que habían convertido a la monarquía egipcia en un régimen inquebrantable. La reina madre pertenecía a un linaje de mujeres de poder, cuya influencia en la corte seguía siendo predominante; ¿no habían sido, acaso, reinas de su temple las que habían expulsado al invasor asiático para fundar el imperio tebano, cuya heredad se resumía en la dinastía de los Ramsés? Sin embargo, el descontento de Tuy crecía; hacia varios meses que ya no recibía confidencias de su hijo. Ramsés se había alejado de ella, sin desautorizarla, como si soportara un secreto en exceso pesado que ni siquiera podía confiar a su madre.

–¿Y vuestra salud, majestad?

–Gracias a vuestro tratamiento estoy muy bien, aunque los ojos me arden un poco.

–¿Por qué habéis esperado para decírmelo?

–Las preocupaciones cotidianas... ¿Acaso os preocupáis vos por vuestra salud?

–No tengo tiempo de pensar en ello.

–Pues bien, Neferet, hacéis mal. Si cayerais enferma, ¿cuántos pacientes se sumirían en la desesperación?

–Permitid que os examine.

El diagnóstico fue fácil; la reina madre tenía una irritación en la córnea. Neferet le prescribió un remedio a base de estiércol de murciélago; suprimiría la inflamación sin consecuencias secundarias[14].

–Dentro de una semana estaréis curada; no olvidéis los colirios habituales. Vuestros ojos han mejorado mucho, pero los cuidados deben ser constantes.

–Preocuparme por mi persona me resulta casi insoportable; desobedecería a cualquier otro médico. Sólo Egipto merece nuestra atención; ¿cómo soporta su función vuestro marido?

–Es pesada como un bloque de granito y amarga como la hiel; pero no renunciará.

–Lo supe en cuanto lo vi. En la corte lo admiran, le temen y tienen celos de él; es la prueba de su competencia. Su nombramiento sorprendió

[14] El estiércol de murciélago, rico en vitamina A, es también un excelente antibiótico; dicho de otro modo, el tratamiento moderno corresponde al de los antiguos egipcios.

mucho y no faltaron las criticas; con su acción ha hecho callar a sus detractores, hasta el punto de que se ha olvidado al visir Bagey. Y no es poco mérito.

–A Pazair no le preocupa la opinión de los demás.

–Mejor, sí; mientras siga siendo insensible a la condena y a la alabanza será un buen visir. El rey aprecia su rectitud y le concede, incluso, su confianza; es decir, Pazair conoce las preocupaciones más secretas de Ramsés, las que yo ignoro; y también vos las conocéis, Neferet, porque vos y vuestro marido formáis un solo ser. Es así, ¿no es cierto?

–Así es.

–¿El reino está en peligro?

–Lo está.

–Soy consciente de ello desde que Ramsés no me hace confidencias. Imagino que tendría miedo de que yo emprendiera una acción demasiado directa. Tal vez tuviera razón; hoy es Pazair quien dirige el combate.

–Los adversarios son temibles.

–Por eso ya es hora de que yo intervenga. El visir no se atreverá a pedir mi apoyo directo, pero debo ayudarle. ¿A quién teme?

–A Bel-Tran.

–Detesto a los advenedizos; afortunadamente, su ambición acaba devorándolos. Supongo que goza de la ayuda de su esposa Silkis.

–Es su cómplice, en efecto.

–Yo me encargaré de esa gallinita. Su modo de mover el cuello cuando me saluda, me exaspera.

–No subestiméis su capacidad de hacer daño.

–Gracias a vos, Neferet, conservo una vista excelente. Yo me encargo de esa peste.

–No os ocultaré que a Pazair le angustia la idea de presidir la ceremonia de entrega de los tributos extranjeros; espera que el rey vuelva a tiempo de Pi-Ramsés para asumir esta función.

–Pues que se desengañe; el humor del faraón es cada vez más sombrío. Ya no sale de su palacio, no concede audiencias y deja al visir el cuidado de encargarse de los asuntos cotidianos.

–¿Está enfermo?

–Su dentadura, sin duda.

–¿Deseáis que lo examine?

–Acaba de despedir a su dentista calificándolo de incapaz. Después de la ceremonia deberíais acompañarme a Pi-Ramsés .

Una flotilla procedente del norte conducía a los dignatarios extranjeros; ningún barco fue autorizado a circular durante las maniobras de atraque vigiladas por la policía fluvial. En el muelle, el director del servicio de países extranjeros recibió a los huéspedes de Egipto, instalados en confortables sillas de manos, seguidas por sus delegaciones. El imponente cortejo tomó la dirección del palacio.

Como cada año, vasallos e interlocutores económicos del faraón acudían a rendirle homenaje aportando tributos; en aquella ocasión, Menfis gozaba de dos días festivos y celebraba la paz, sólidamente instalada gracias a la prudencia y la firmeza de Ramsés.

Sentado en un trono de respaldo bajo, vestido con el rígido uniforme de función, con un cetro en la mano derecha y la figura de Maat al cuello, Pazair no las tenía todas consigo. A su derecha, algo retirada, estaba la reina madre; en la primera fila de los cortesanos estaban «los amigos únicos» del rey, entre ellos Bel-Tran, que parecía muy alegre. Silkis llevaba un vestido nuevo que hacía palidecer de envidia a ciertas esposas de cortesanos menos acomodados. El antiguo visir Bagey había aceptado ayudar a su sucesor, aconsejándole sobre la etiqueta; su presencia tranquilizaba a Pazair. El corazón de cobre que lucía en su pecho simbolizaría, para los embajadores, la confianza que Ramsés seguía concediéndole, y probaría que el cambio de visir no revelaba ninguna ruptura en la política exterior de Egipto.

Pazair estaba en condiciones de dirigir la ceremonia en ausencia del monarca; el año anterior, Bagey se había ocupado de esta tarea. El joven visir habría preferido permanecer en la sombra, pero conocía la importancia del acontecimiento; los visitantes tenían que marcharse satisfechos, para que las relaciones diplomáticas siguieran siendo excelentes. A cambio de los regalos, esperaban consideración y comprensión para su situación económica; el visir tenía que seguir el camino adecuado, entre el rigor excesivo y la debilidad culpable. Una falta grave en su comportamiento y el equilibrio se rompería.

La ceremonia se organizaba, sin duda, por última vez. Bel-Tran se libraría de ese antiguo ritual, desprovisto de rentabilidad inmediata. Y, sin embargo, los sabios del tiempo de las pirámides habían edificado una civilización feliz sobre la reciprocidad, la cortesía y el respeto mutuo.

La insolente satisfacción de Bel-Tran turbó a Pazair. La clausura de los bancos griegos le había dado un serio golpe, del que no parecía preocuparse en absoluto. ¿No seria demasiado tarde para frenar su marcha hacia adelante? A menos de dos meses de la fiesta de regeneración y de la abdicación forzosa del rey, el director de la Doble Casa blanca podía limitarse a esperar, sin provocar más turbulencias.

Esperar... Una prueba temible para un ambicioso cuya principal constante era la agitación. Numerosas quejas llegaban a oídos del visir, suplicándole que sustituyera a Bel-Tran por un dignatario más tranquilo y menos malhumorado. Torturaba a sus subordinados negándose a concederles el menor descanso. Pretextando trabajos urgentes, los abrumaba con expedientes artificiales para dominar a su personal e impedirle reflexionar.

Aquí y allá brotaban ya protestas; los métodos de Bel-Tran parecían demasiado brutales, desprovistos de consideración para unos empleados que no deseaban verse reducidos sólo a sus competencias técnicas. Pero no le importaba; la productividad sería la palabra clave de su política. Quien no la aceptara se vería apartado.

Algunos de sus aliados, con la mayor discreción, habían abierto su corazón al visir; fatigados por la incesante charla del financiero, que se perdía en interminables discursos en los que prometía auténticas maravillas, estaban cansándose de su doblez y de sus mentiras, a veces groseras. Su pretensión de dominar todas las circunstancias procedía de la magnitud de su avidez. Algunos jefes de provincia, seducidos al principio, manifestaban ahora una indiferencia cortés.

Pazair progresaba. Poco a poco iba poniendo en claro la verdadera naturaleza del personaje, su inconsistencia y su cobardía; el peligro que representaba no disminuía, pero su capacidad de convencer menguaba día tras día.

Pero ¿por qué parecía tan alegre?

El ritualista anunció a los visitantes; se hizo el silencio en la sala de audiencias del visir.

Los embajadores procedían de Damasco, de Biblos, de Palmira, de Alepo, de Ugarit, de Qadesh, del país hitita, de Siria, del Líbano, de Creta, de Chipre, de Arabia, de África o de Asia, de los puertos, de las ciudades mercantiles y de las capitales; ninguno llevaba las manos vacías.

El delegado del misterioso país del Punt, paraíso del África negra, era un hombre de piel muy oscura y cabellos crespos; ofreció pieles de diversas fieras, árboles de incienso, huevos y plumas de avestruz. El embajador nubio fue muy apreciado por la concurrencia a causa de su refinamiento: paño hecho con una piel de leopardo, cubierto con una falda plisada, coloreada pluma en los cabellos, pendientes de plata y anchos brazaletes. Sus servidores depositaron al pie del trono jarras de aceite, escudos, piezas de orfebrería e incienso, mientras desfilaban guepardos sujetos por correas y una pequeña jirafa.

La moda cretense divirtió: cabellos negros con mechones de desigual longitud, rostros imberbes de nariz recta, paños muy escotados con un ribete y decorados con rombos o rectángulos, sandalias de punta levantada. El embajador hizo que se depositaran puñales, espadas, redomas que representaban cabezas de animales, aguamaniles y copas. Siguió el enviado de Biblos, fiel aliado de Egipto, que ofreció pieles de buey, cuerdas y rollos de papiro.

Cada embajador se inclinó ante el visir, pronunciando la fórmula consagrada: «Recibid el tributo de mi país, como homenaje a su majestad, el faraón del Alto y el Bajo Egipto, para sellar la paz.»

El representante del Asia Menor, donde el ejército egipcio había mantenido duros combates en un pasado que Ramsés consideraba ya lejano, se presentó en compañía de su esposa. Él llevaba un paño adornado con borlas y una túnica roja y azul, de manga larga, abrochada con unos lazos; ella una falda de volantes y una capa multicolor. Su aportación, ante el asombro de la corte, fue muy escasa; por lo general, Asia clausuraba la ceremonia depositando ante el faraón o el visir lingotes de cobre, lapislázuli, turquesas, vigas de maderas preciosas, jarras de ungüento, arreos para los caballos, arcos y carcajes llenos de flechas y puñales, sin olvidar los osos, los leones y los toros destinados a la colección real. Esta vez, el embajador ofreció sólo algunas copas, jarras de aceite y joyas sin gran valor.

Cuando saludó al visir, éste no manifestó ninguna emoción.

Sin embargo, el mensaje quedaba claro: Asia hacía a Egipto graves reproches. Si los motivos de discordia no se aclaraban y sus causas desaparecían en seguida, reaparecería el espectro de la guerra.

Mientras Menfis se hallaba en fiestas, desde los almacenes portuarios a los barrios de artesanos, Pazair recibió al embajador de Asia. Ningún escriba asistía a la entrevista; antes de que las declaraciones fueran

transcritas y adquirieran valor formal, era necesario intentar restablecer la armonía.

El diplomático, de unos cuarenta años, tenía viva la mirada e incisiva la palabra.

–¿Por qué no ha presidido Ramsés en persona la ceremonia?

–Como el año pasado, se encuentra en Pi-Ramsés velando por la construcción de un nuevo templo.

–¿Ha sido desautorizado el visir Bagey?

–No es así, como habéis podido comprobar.

–Su presencia y que siga luciendo el corazón de cobre... Sí, he advertido esas indudables señales de que sigue siendo estimado. Pero sois muy joven, visir Pazair. ¿Por qué os ha confiado Ramsés una función que es, como todo el mundo sabe, abrumadora?

–Bagey se sentía demasiado cansado para seguir ejerciéndola; el rey aceptó su petición.

–Eso no responde mi pregunta.

–¿Quién puede conocer los secretos del pensamiento de un faraón?

–Su visir, precisamente.

–No estoy seguro.

–Entonces sois un fantoche.

–Vos debéis decidirlo.

–Mi opinión se apoya en hechos: erais un pequeño magistrado de provincias y Ramsés os ha convertido en primer ministro de Egipto. Conozco al rey desde hace diez años; no se equivoca sobre el valor de sus colaboradores. Debéis de ser un personaje excepcional, visir Pazair.

–Ahora, si me lo permitís, yo haré las preguntas.

–Es vuestro deber.

–¿Qué significa vuestra actitud?

–¿Os parecen insuficientes los tributos de Asia?

–Sois consciente de vuestro gesto, es casi una injuria.

–Casi, en efecto; es el testimonio de mi sangre fría y de un postrer deseo de conciliación, a consecuencias de la injuria recibida.

–No comprendo.

–Se alaba vuestro amor por la verdad; ¿es acaso una fábula?

–Por el nombre del Faraón, os juro que ignoro vuestros agravios.

El embajador de Asia se turbó; su tono se hizo menos agrio.

–Es extraño; ¿habéis perdido acaso el control de vuestras administraciones y en especial, el de la Doble Casa blanca?

–Algunas prácticas, anteriores a mi nombramiento, me han disgustado; estoy haciendo reformas. ¿Habéis sido víctimas de una indelicadeza de la que no he sido informado?

–Débil palabra. Seria más exacto hablar de una falta tan grave que podría provocar una ruptura de relaciones diplomáticas, un conflicto armado incluso.

Pazair intentó ocultar su ansiedad, pero su voz temblaba.

–¿Tendréis la bondad de aclarármelo?

–Me cuesta creer que no seáis responsable.

–Como visir acepto la responsabilidad; aun a riesgo de pareceros ridículo, os confirmo mi ignorancia. ¿Cómo reparar una falta sin conocer su naturaleza?

–Los egipcios se burlan a menudo de nuestra afición a la astucia y las conjuras; temo que ahora seáis víctima de ellas. Al parecer, vuestra juventud no os vale sólo amistad.

–Explicaos, os lo ruego.

–O sois el actor más fabuloso o no seréis visir por mucho tiempo; ¿habéis oído hablar de nuestros intercambios comerciales?

Pazair no cedió, pese a la hiriente ironía; aunque el embajador lo considerara un inepto y un ingenuo, tenía que saber la verdad.

–Cuando enviamos nuestros productos –prosiguió el diplomático–, la Doble Casa blanca nos manda su equivalente en oro. Ésa es la costumbre desde que se instauró la paz.

–¿No se ha efectuado la entrega?

–Los lingotes llegaron, pero el oro era de muy mala calidad, frágil y mal purificado, apenas servía para satisfacer a unos nómadas retrasados. Enviándonos sus reservas inutilizables, Egipto se ha burlado de nosotros. Está en juego la responsabilidad de Ramsés el Grande; consideramos que no ha cumplido su palabra.

Por eso Bel-Tran demostraba tanta satisfacción: acabar con el prestigio del rey en Asia le permitiría aparecer como un salvador, decidido a corregir las faltas del monarca.

–Se trata de un error –indicó Pazair–, no de una deliberada intención de ofenderos.

–¡Que yo sepa, la Doble Casa blanca no es independiente! Obedece órdenes superiores.

–Considerad que habéis sido víctima de un mal funcionamiento y una falta de coordinación entre los servicios que yo dirijo, pero no veáis en ello malevolencia alguna. Yo mismo informaré al rey de mi incompetencia.

–Os han traicionado, ¿no es cierto?

–Yo debo ser consciente de ello y tomar las medidas oportunas; de lo contrario pronto estaréis ante un nuevo visir.

–Lo lamentaría.

–¿Aceptaréis mis más sinceras excusas?

–Sois convincente, pero Asia exige reparación, de acuerdo con la costumbre: enviad inmediatamente el doble de la cantidad de oro prevista. De lo contrario, será inevitable un enfrentamiento.

Pazair y Neferet se disponían a partir hacia Pi-Ramsés cuando un mensajero real solicitó ver inmediatamente al visir.

–Inquietantes acontecimientos –reveló–; el alcalde de Coptos acaba de ser expulsado de su ciudad por una banda armada compuesta de libios y nubios.

–¿Heridos?

–Ninguno; se han apoderado de la ciudad sin combatir. «Los de la vista penetrante» se han unido a esos insumisos y el gobernador militar no se ha atrevido a resistir.

–¿Quién manda la tropa?

–Un tal Suti, con la ayuda de una diosa de oro que ha subyugado a la población.

Una inmensa alegría invadió a Pazair: Suti estaba vivo, ¡muy vivo incluso! Qué maravillosa noticia, aunque la reaparición, tan esperada, se produjera en circunstancias más bien caóticas.

–El cuerpo de ejército acantonado en Tebas está dispuesto a intervenir; el oficial superior sólo espera vuestras instrucciones. En cuanto hayáis firmado los documentos necesarios, yo me encargaré de transmitirlos. A su entender, pronto quedará restablecido el orden. Aunque están bien armados, los insurrectos no son bastante numerosos como para resistir un asalto en toda regla.

–En cuanto regrese de Pi-Ramsés me encargaré personalmente del asunto; mientras, que nuestros soldados cerquen la ciudad y acampen en posiciones defensivas. Que dejen pasar los convoyes de provisiones y a los mercaderes, que nadie carezca de nada. Haced que avisen a Suti de que acudiré a Coptos lo antes posible y negociaré con él.

CAPÍTULO 37

Desde la terraza de la suntuosa mansión que les habían reservado, Pazair y Neferet descubrieron la ciudad preferida de Ramsés II, Pi-Ramsés[15]. Situada no lejos de Avaris, la denostada capital de los invasores asiáticos, expulsados a comienzos del Imperio Nuevo, Pi-Ramsés se había convertido, por impulso del soberano, en la mayor ciudad del delta. Con unos cien mil habitantes, albergaba varios templos, dedicados a Amón, Ra, Ptah, el temible Seth, señor de la tempestad, a Sekhmet, patrona de los médicos, y a Astarté, diosa procedente de Asia. El ejército tenía cuatro cuarteles; al sur, el puerto, rodeado de depósitos y talleres. En el centro, el palacio real, flanqueado por las mansiones de los nobles y los altos funcionarios, y un gran lago de recreo.

En la estación cálida, Pi-Ramsés gozaba de un clima agradable, pues la ciudad estaba rodeada por dos ramas del Nilo, «las aguas de Ra» y «las aguas de Avaris»; numerosos canales la cruzaban, estanques llenos de peces ofrecían a los pescadores la oportunidad de entregarse a su distracción favorita.

El paraje no había sido elegido al azar; puesto de observación ideal sobre el delta y Asia, Pi-Ramsés era una perfecta base de partida para los soldados del faraón en caso de tumultos en los protectorados. Los hijos de los nobles rivalizaban en ardor para servir en los carros o montar magníficos caballos, rápidos y nerviosos. Carpinteros, constructores de barcos y metalúrgicos, provistos de excelentes equipos, recibían a menudo la visita del rey, atento a su trabajo.

«Qué alegría vivir en Pi-Ramsés –afirmaba una canción popular–; no hay ciudad más hermosa. El pequeño es considerado grande, la acacia y el sicómoro dispensan sombra a los paseantes, los palacios brillan de oro y turquesa, el viento es suave, los pájaros juegan alrededor de los estanques.»

Durante una corta mañana, el visir y su esposa habían disfrutado la tranquilidad de los vergeles y los olivares, rodeados de viñedos que producían los caldos que se servían en fiestas y banquetes. ¿No ascendían los graneros hasta el cielo? En la fachada de las opulentas mansiones había tejas barnizadas de azul que habían valido a Pi-Ramsés el sobrenombre de «ciudad turquesa». En el umbral de las casas de ladrillo, construidas entre las grandes mansiones, algunos niños comían manzanas y granadas, y jugaban con muñecas de madera. Se burlaban de los escribas pretenciosos y admiraban a los tenientes de carros.

La ensoñación había sido breve; aunque la fruta supiera a miel y el jardín de su residencia fuese un paraíso, el visir se preparaba para enfrentarse al faraón. Según las confidencias de la reina madre, el rey ya

[15] El nombre Pi-Ramsés significa «dominio (o templo) de Ramsés.

no creía en el éxito de su visir. Su aislamiento era el de un hombre condenado y sin esperanzas.

Neferet se maquillaba; dibujaba el contorno de sus ojos con kohl, un sulfuro de arsénico que se aplicaba con unos bastoncillos de extremo redondeado. El estuche de maquillaje llevaba el significativo nombre de «el que abre la vista». Pazair se puso al talle el cinturón de cuentas de amatista, con partes de oro repujado, que tanto le gustaba a Neferet.

–¿Me acompañarás a palacio?

–Desean que lo haga.

–Tengo miedo, Neferet; miedo de haber decepcionado al rey.

Ella se inclinó hacia atrás y apoyó la cabeza en el hombro de Pazair.

–Mi mano estará en tu mano –murmuró–; mi felicidad sería pasear contigo por un jardín apartado, donde sólo se oyera la voz del viento. Tu mano permanecerá en la mía, pues mi corazón está ebrio de alegría cuando estamos juntos. ¿Qué más podemos desear, visir de Egipto?

Relevada tres veces cada mes, el primero, el once y el veintiuno, la guardia de palacio, en cada puerta de servicio, recibía carne, vino y pasteles que se añadían a la soldada normal, pagada en cereales. Para la llegada del visir, los hombres formaron en hilera para rendir honores; su llegada seria motivo de una buena prima.

Un chambelán recibió a Pazair y Neferet, y les hizo los honores del palacio de estío. A la antecámara de blancas paredes y coloreadas baldosas seguían varias salas de audiencia, adornadas con losetas barnizadas, amarillas y marrones con remates azules, rojos y negros. En la sala del trono, las tarjetas con el nombre del rey formaban frisos. Las salas de recepción, reservadas a los soberanos extranjeros, eran un amontonamiento pictórico: nadadoras desnudas, pájaros volando, paisajes de turquesa que hechizaban la mirada.

–Su majestad os espera en el jardín.

A Ramsés le gustaba plantar árboles; de acuerdo con los deseos de los antepasados, Egipto tenía que parecerse a un inmenso jardín donde los más diversos árboles vivieran en paz.

Con una rodilla en tierra, el rey injertaba un manzano. En las muñecas llevaba sus brazaletes preferidos, de oro y lapislázuli, cuya parte superior estaba adornada con patos silvestres. A unos diez metros se encontraba el mejor guarda de Ramsés: un león semidomesticado, que había acompañado al joven rey por los campos de batalla asiáticos a inicios de su reinado. Llamado «el matador de enemigos», la fiera sólo obedecía a su dueño; quien se acercara al soberano con intenciones hostiles sería destrozado.

El visir avanzó; Neferet aguardaba en el interior de un quiosco, junto a un estanque donde jugueteaban los peces.

–¿Qué tal se porta el reino, Pazair?

El rey daba la espalda a su visir.

–Muy mal, majestad.

–¿Problemas en la ceremonia de los tributos?

–El embajador de Asia está muy descontento.

–Asia es un peligro permanente; a sus pueblos no les gusta la paz. La aprovechan para preparar la próxima guerra. He reforzado las fronteras del este y el oeste; una cadena de fortalezas impedirá que nos invadan

los libios; otra que lo hagan los asiáticos. Arqueros e infantes han recibido orden de estar al acecho, día y noche, y comunicarse entre sí con señales ópticas. Aquí, en Pi-Ramsés , recibo informes cotidianos sobre las maniobras de los principados de Asia; y recibo otros informes referentes a las actividades de mi visir.

El rey se levantó, se volvió e hizo frente a Pazair.

–Algunos nobles se quejan; algunos jefes de provincias protestan; la corte se siente desdeñada. «Si el visir se equivoca –dice la Regla–, que no oculte su error en un celemín; hágalo público y dé a conocer que lo rectifica.»

–¿Qué falta he cometido, majestad?

–¿No sancionaste a dignatarios y altos funcionarios infligiéndoles algunos bastonazos? Al parecer, los ejecutores cantaron incluso: «Hermosos regalos para vosotros, que nunca habíais recibido otros semejantes.»

–Ignoraba el detalle, pero la ley se aplicó tanto a los ricos como a los humildes. Cuanto mayor es el rango del culpable, más severo es el castigo.

–¿No te arrepientes de nada?

–No.

Ramsés dio un abrazo a Pazair.

–Estoy contento; el ejercicio del poder no te ha cambiado.

–Temía haberos decepcionado.

–Los comerciantes griegos me han dirigido una queja que llena un papiro interminable. ¿Has puesto trabas a sus negocios?

–Terminé con un tráfico ilegal de moneda y con la instalación de bancos en nuestro territorio.

–La influencia de Bel-Tran, sin duda.

–Los culpables fueron expulsados y he cortado la principal fuente de recursos financieros de Bel-Tran; decepcionados, algunos de sus amigos lo abandonan.

–En cuanto tome el poder, introducirá la circulación de dinero.

–Nos quedan unas semanas, majestad.

–Sin el testamento de los dioses, me veré obligado a abdicar.

–¿Podrá reinar un Bel-Tran debilitado?

–Preferirá destruirlo todo antes que renunciar. Los hombres de su clase no son raros; hasta hoy habíamos conseguido mantenerlos apartados del trono.

–No perdamos la esperanza.

–¿Qué nos reprocha Asia?

–Bel-Tran hizo enviar oro de mala calidad.

–¡La peor de las injurias! ¿Te amenazó el embajador?

–Sólo hay una manera de evitar el conflicto: ofrecer el doble de la cantidad prevista.

–¿La tenemos?

–No, majestad; Bel-Tran se ha encargado de vaciar nuestras reservas.

–Asia considerará que he roto mi palabra. Una razón más para justificar mi abdicación... Bel-Tran se presentará como el salvador.

–Tal vez tengamos una salida.

–No me tengas sobre ascuas.

–Suti está en Coptos, acompañado por una diosa de oro; ¿conocerá acaso algún tesoro de fácil acceso?
–Ve a su encuentro e interrógale.
–No es tan sencillo.
–¿Por qué?
–Porque Suti está a la cabeza de una banda armada; ha expulsado al alcalde de Coptos y controla la ciudad.
–Es una insurrección.
–Nuestras tropas rodean Coptos; les he prohibido que ataquen. La invasión fue pacífica, no se produjo ningún herido.
–¿Qué vas a pedirme, Pazair?
–Si consigo convencer a Suti de que nos ayude, la impunidad.
–Se evadió de una fortaleza de Nubia y acaba de cometer un acto de insubordinación de excepcional gravedad.
–Fue víctima de una injusticia y siempre ha servido apasionadamente a Egipto; ¿no merece eso indulgencia?
–Olvida tu amistad, visir, y cumple la Regla. Que se restablezca el orden.
Pazair se inclinó; Ramsés, acompañado por el león, se dirigió hacia el quiosco donde meditaba Neferet.
–¿Estáis dispuesta a torturarme?
El examen de la médico en jefe duró más de una hora. Comprobó que Ramsés el Grande padecía reumatismo, contra el que prescribió decocciones cotidianas de corteza de sauce[16] y consideró que era urgente rehacer varios empastes. En el laboratorio de palacio, Neferet preparó una amalgama compuesta de resina de alfóncigo, tierra de Nubia, miel, fragmentos de piedra machacados, colirio verde y fragmentos de cobre, y aconsejó al rey que no siguiera mascando brotes de papiro azucarado para evitar las caries y un precoz desgaste de los dientes.
–¿Sois optimista, Neferet?
–Para seros sincera, temo un absceso en la base de un molar superior izquierdo. Tendréis que someteros a una vigilancia mucho más regular; evitaremos arrancarlo, siempre que cuidéis vuestras encías con frecuentes aplicaciones de tintura de caléndula.
Neferet se lavó las manos; Ramsés se enjuagó la boca con natrón.
–No es mi porvenir lo que me preocupa, Neferet, sino el de Egipto. Conozco vuestra facultad de percibir lo invisible; como mi padre, advertís las fuerzas que se ocultan tras las apariencias. Por eso os hago de nuevo la pregunta: ¿sois optimista?
–¿Estoy obligada a contestar?
–¿Tan desesperada estáis?
–El alma de Branir protege a Egipto; sus sufrimientos no habrán sido vanos. En lo más profundo de las tinieblas aparecerá una luz.

Los nubios, apostados en los tejados de las casas de Coptos, observaban los alrededores. Cada tres horas, el viejo guerrero informaba oralmente a Suti.
–Centenares de soldados... Han llegado por el Nilo.

[16] De donde se extrae nuestra moderna aspirina.

–¿Estamos rodeados?
–Se mantienen a distancia y acampan en sus posiciones. Si atacan, no tendremos posibilidad alguna.
–Que descansen los hombres.
–Desconfío de los libios; sólo piensan en robar y en jugar a los dados.
–«Los de la vista penetrante» los vigilan.
–¿Y cuándo van a traicionarte éstos?
–Mi oro es inagotable.
Escéptico, el viejo guerrero volvió a la terraza del ayuntamiento, desde donde contemplaba el Nilo. Ya echaba en falta el desierto.
Coptos contenía el aliento.
Todos sabían que el ejército no tardaría en dar el asalto. Si la extraña tropa de Suti se rendía, se evitaría un baño de sangre; pero Pantera seguía mostrándose inflexible y convencía a sus fieles de que resistieran, so pena de terribles castigos por parte de las autoridades egipcias. La diosa de oro no había vuelto del lejano sur para ceder ante los primeros militares que llegaran.
Mañana, su imperio llegaría hasta el mar; quien la obedeciera, viviría innumerables felicidades.
¿Cómo no creer en la omnipotencia de Suti? La luz del otro mundo habitaba en él; su prestancia sólo podía ser la de un semidiós. Ignorando el miedo, daba valor a quien nunca lo había tenido. «Los de la vista penetrante» soñaban con un jefe como él, capaz de mandar sin levantar la voz, de tensar el más robusto de los arcos y destrozar la cabeza a los cobardes. La leyenda de Suti aumentaba; ¿acaso no había descubierto el secreto de las montañas extrayendo de su vientre los más raros metales? Quien se atreviera a atacarlo sería presa de las llamas que brotarían de las entrañas de la tierra.
–Has embrujado la ciudad y a sus habitantes –dijo Suti a Pantera, que languidecía al borde del estanque donde acababa de bañarse.
–Sólo es el principio, querido; Coptos pronto nos parecerá muy pequeña.
–Tu sueño se transformará en pesadilla; no podremos resistir mucho tiempo ante el ejército regular.
Pantera se echó al cuello de Suti y lo obligó a tenderse.
–¿Ya no crees en tu diosa de oro?
–¿Por qué habré sido tan insensato como para escucharte?
–Porque persisto en salvarte la vida. No te preocupes de la pesadilla limítate a la ensoñación; ¿no tiene los colores del oro?
A Suti le habría gustado resistir, pero pronto se declaró vencido. El mero contacto con su piel dorada, con aromas del más allá, despertaba un deseo tan impetuoso como un torrente; no le dejó la iniciativa y la emborrachó de caricias.
Pantera las aceptó y fue la dulzura misma. Después derribó a Suti y cayó con él en el estanque.
Seguían unidos cuando el viejo guerrero nubio interrumpió el diálogo de sus cuerpos.
–Un oficial quiere hablaros; está en la gran puerta que da al Nilo.
–¿Solo?
–Solo y sin armas.

La ciudad calló cuando Suti se enfrentó al oficial del ejército de Amón, de coloreada cota de mallas.

–¿Eres Suti?

–El alcalde me cedió su puesto.

–¿Mandas a los rebeldes?

–Tengo el honor de ser el jefe de hombres libres.

–Tus centinelas han comprobado que somos muy numerosos. Sea cual sea vuestro valor en el combate, seréis exterminados.

–Cuando estaba en los carros, mi mejor instructor me recomendó que desconfiara de la vanidad. Por lo demás, nunca he cedido a una amenaza.

–¿Te niegas a rendirte?

–¿Quién lo dudaba?

–Cualquier tentativa de huida está condenada al fracaso.

–Atacad, estamos listos.

–No soy yo, sino el visir, quien debe tomar la decisión. Mientras no llegue, recibiréis provisiones con toda normalidad.

–¿Cuándo llegará a Coptos?

–Aprovecha este respiro. En cuanto el visir Pazair desembarque, nos llevará a la victoria y restablecerá el orden.

CAPÍTULO 38

Silkis se agitó, llamó a sus sirvientas, corrió por el jardín y no dejó de moverse hasta que regresó Bel-Tran. Abofeteó a su hija, culpable de haber robado una golosina, y dejó que su hijo persiguiera a un gato, que se refugió en lo alto de una palmera. Luego se encargó del almuerzo, cambió el menú, sermoneó a sus hijos y corrió hacia el porche en cuanto llegó Bel-Tran.

–¡Querido, es maravilloso!

Dándole apenas tiempo para bajar de la silla de manos, tiró con tanta fuerza del velo de lino con el que se cubría los hombros, sensibles al sol, que lo desgarró.

–¡Ten cuidado! Me ha costado una fortuna.

–Una noticia extraordinaria... Ven, de prisa, te he servido añejo en tu copa preferida.

Más mujer-niña que nunca, Silkis hizo arrumacos durante el breve paseo y soltó sus agudas carcajadas.

–Esta mañana he recibido un mensajero de palacio.

De un cofrecillo sacó una misiva marcada con el sello del rey.

–Una invitación de la reina madre... para mi, ¡qué triunfo!

–¿Una invitación?

–A su casa, a su propio palacio. Todo Menfis lo sabrá.

Perplejo, Bel-Tran leyó el documento.

Era de puño y letra de la reina madre. Tuy no había utilizado los servicios de su secretaria, demostrando así el gran interés que tenía en encontrarse con Silkis.

–Varias grandes damas de la corte esperan este honor desde hace años... ¡Y yo lo tengo!

–Sorprendente lo admito.

–¿Sorprendente? ¡En absoluto! Gracias a ti, querido. Tuy es una mujer inteligente y está muy unida a su hijo. Ramsés ha debido de hacerle comprender que su reinado estaba terminando; la reina madre prepara el porvenir. Intentará hacer amistad conmigo para que no suprimas sus prerrogativas y sus privilegios.

–Eso supone que Ramsés le ha revelado la verdad.

–Tal vez se haya limitado a evocar su abdicación. Cansancio, mala salud, incapacidad para modernizar Egipto... Sea cual sea el motivo aducido, Tuy ha advertido la inminencia del cambio y ha tomado conciencia de tu futuro papel. ¿Cómo ablandarte, salvo introduciéndome en su círculo de confidentes? La anciana es muy astuta... ¡Pero se siente vencida! Si le fuéramos hostiles, perdería sus palacios, su casa y su bienestar. A su edad, la decadencia seria insoportable.

–Utilizar su prestigio no será mala idea. Si ella avala el nuevo poder, se implantará muy de prisa y no tendrá oposición. No me atrevía a esperar semejante regalo del destino.

–¿Cómo debo comportarme? –preguntó Silkis muy excitada.

–Con respeto y benevolencia. Accede a sus demandas, hazle comprender que aceptamos su ayuda y su sumisión.

–¿Y... si habla de la suerte de su hijo?

–Ramsés se retirará a un templo de Nubia, donde envejecerá acompañado por sacerdotes recluidos. En cuanto esté en marcha la nueva política y sea imposible dar marcha atrás, nos libraremos de la madre y del hijo; el pasado no debe molestarnos.

–Eres maravilloso, querido.

Kem se sentía incómodo. Si a Pazair no le gustaban demasiado las mundanidades y el protocolo, él los detestaba. Obligado a ponerse lujosas ropas dignas de un jefe de policía, se sentía ridículo. El barbero lo había peinado, puesto una peluca, afeitado y perfumado, un pintor había teñido de negro su nariz de madera. Hacía más de una hora que esperaba en la antecámara y no le gustaba perder el tiempo. Pero ¿cómo evitar una convocación de la reina madre?

Finalmente, un chambelán lo introdujo en el despacho de Tuy, austero lugar decorado con mapas del país y estelas dedicadas a los antepasados. Mucho más pequeña que el nubio, la reina madre le impresionó más que una fiera a punto de saltar.

–He tenido ganas de poner a prueba vuestra paciencia –confesó–. Un jefe de policía no debe perder la calma.

Kem ignoraba si debía permanecer de pie, sentarse, responder o callar.

–¿Qué pensáis del visir Pazair?

–Es un hombre justo, el único justo que conozco. Si deseáis escuchar críticas contra él, recurrid a otro.

Kem tomó conciencia en seguida de la brutalidad de su respuesta y de su imperdonable descortesía.

–Tenéis más carácter que vuestro miserable predecesor, pero practicáis menos el arte de las conveniencias.

–He dicho la verdad, majestad.

–Hermosa hazaña en un jefe de policía.

–No me importan mi rango ni mi título; los acepté sólo para ayudar a Pazair.

–El visir tiene suerte, y me gustan los hombres que tienen suerte. Vais a ayudarle pues.

–¿De qué modo?

–Quiero saberlo todo sobre la señora Silkis.

En cuanto se anunció el barco del visir, la policía fluvial liberó el acceso al muelle principal del puerto de Menfis. Pesados navíos mercantes maniobraban con la gracia de una libélula y todos encontraban lugar sin chocar con los otros.

El devorador de sombras había pasado la noche en lo alto de un silo, junto al edificio de las aduanas y un almacén de papiro.

Cometido su crimen, escaparía por allí. En la capitanía del puerto le había bastado con aguzar el oído para obtener informes precisos sobre el viaje de Pazair, que regresaba de Pi-Ramsés .

Las medidas de seguridad impuestas por Kem excluían la improvisación.

El plan del devorador de sombras descansaba en una hipótesis verosímil: para evitar la muchedumbre, ávida de dirigirse al visir, Pazair no tomaría la arteria principal, que iba del puerto al palacio. Rodeado por una escuadra de policías, tomaría la calleja que pasaba al pie del silo, que era lo bastante ancha para permitir el paso de un carro.

Un carro que acababa de detenerse, justo debajo del devorador de sombras.

Esta vez, el bastón arrojadizo no fallaría el blanco. Era un modelo sencillo, perteneciente a un lote saldado en el mercado a causa de su deterioro. El vendedor no se había fijado en el asesino, mezclado con un grupo de ruidosos compradores. Como ellos, había ofrecido a cambio unas cebollas frescas.

Perpetrado el crimen se pondría de nuevo en contacto con Bel-Tran. La posición del director de la Doble Casa blanca se deterioraba cada vez más; muchos predecían su próxima destitución. Suprimiendo a Pazair, el devorador de sombras le devolvería la seguridad en la victoria. No cabía duda de que Bel-Tran pensaría en eliminarlo, y no en recompensarlo; de modo que tomaría precauciones. Su entrevista se celebraría en un lugar desierto, su interlocutor iría solo. Si se ponían de acuerdo en un mutuo silencio, Bel-Tran se marcharía vivo y triunfante; de lo contrario, se vería obligado a hacerle callar para siempre. Sus exigencias no asustarían al financiero: más oro, la inmunidad, un cargo oficial con otro nombre y una eran mansión en el delta.

El devorador de sombras no habría existido nunca. Y Bel-Tran necesitaría de nuevo, algún día, sus servicios... Un reinado edificado sobre el crimen se consolidaba gracias al crimen.

En el muelle se encontraban Kem y su simio.

La última preocupación del devorador de sombras se disipó: el viento soplaba en la buena dirección. El babuino no advertiría su presencia y no tendría oportunidad alguna de interponerse en la trayectoria del bastón arrojadizo, que no describiría una curva, sino que caería del cielo a la velocidad del relámpago. Había una única dificultad: la estrechez del ángulo de tiro. Pero la fría rabia y el deseo de lograrlo harían que el gesto del asesino fuera perfecto.

El barco del visir atracó. Pazair y Neferet desembarcaron y fueron protegidos, inmediatamente, por Kem y sus hombres.

Tras haber saludado a la pareja con una inclinación de cabeza, Matón se puso a la cabeza del cortejo.

Eludió la gran arteria y se metió en la calleja. El fuerte viento molestaba al babuino, cuya nariz venteaba en vano. Dentro de unos segundos, el visir se detendría ante su carro. Antes de que lograra subir a él, el bastón arrojadizo le destrozaría la sien.

Con el brazo doblado, el devorador de sombras se concentró.

Kem y el simio se colocaron a ambos lados del carro. El nubio tendió el brazo a Neferet para ayudarla a subir. Tras ella iba Pazair. El devorador de sombras se levantó, vio el perfil de Pazair y, cuando estaba a punto de lanzar el arma, tuvo que retenerla en el último momento.

Un hombre se había interpuesto, ocultando al visir. Bel-Tran acababa de salvar al ser cuya desaparición deseaba.

–Debo hablaros sin tardanza –declaró el director de la Doble Casa blanca, cuyas precipitadas palabras y nerviosos gestos irritaron al babuino,

–¿Tan urgente es? –se extrañó Pazair.

–En vuestro despacho me han dicho que habíais anulado vuestras citas de varios días.

–¿Debo daros cuenta de cómo empleo mi tiempo?

–La situación es grave: apelo a la diosa Maat.

Bel-Tran no había pronunciado estas palabras a la ligera, en presencia de varios testigos, entre ellos el jefe de policía. La declaración era tan solemne que el visir tenía que acceder a la petición, siempre que estuviera fundada.

–Ella os responderá con su Regla; venid a mi despacho dentro de dos horas.

El viento se calmó; Matón levantó la mirada al cielo.

El devorador de sombras se tendió en el tejado del silo. Boca abajo, inició la retirada. Cuando oyó que el carro del visir se ponía en marcha, se mordió los labios hasta hacerse sangre.

El visir felicitó al joven Bak, que se había convertido en su secretario particular. El adolescente, escrupuloso y trabajador, no toleraba inexactitud alguna en la redacción de los documentos oficiales; Pazair le confiaba, pues, el cuidado de examinar decretos y comunicados, para seguir siendo irreprochable ante los responsables y la población.

–Me das plena satisfacción, Bak, pero sería conveniente que cambiaras de administración.

El adolescente palideció.

–¿Qué falta he cometido?

–Ninguna.

–¡Sed sincero, os lo suplico!

–Te repito que ninguna.

–¿Y por qué trasladarme pues?

–Por tu bien.

–Mi bien... Pero estoy contento a vuestro lado! ¿He molestado a alguien?

–Tu discreción te ha valido la estima de los escribas.

–Decidme la verdad.

–Bueno, sería prudente que te alejaras de mí.

–¡Me niego!

–Mi porvenir está muy comprometido, Bak, y también el de mis íntimos.

–¿Por Bel-Tran, no es cierto? Quiere acabar con vos.

–Es inútil arrastrarte en mi caída; en otra administración estarás a salvo.

–Semejante cobardía me repugna; suceda lo que suceda, quiero quedarme con vos.

–Eres muy joven; ¿por qué comprometer tu carrera?

–Mi carrera me importa muy poco; habéis confiado en mí, yo confío en vos.

–¿Eres consciente de tu imprudencia?

–¿Actuaríais vos de otro modo, en mi lugar?

–Verifica este texto sobre una plantación de árboles en el barrio norte de Menfis; que nadie discuta los emplazamientos elegidos.

Loco de contento, Bak volvió al trabajo. Sin embargo, su cara se ensombreció cuando introdujo a Bel-Tran en el despacho del visir.

Sentado en la posición del escriba, Pazair redactaba una carta para los jefes de provincia, con respecto a la próxima crecida; les pedía que comprobaran el buen estado de los diques y los embalses de contención, para que el país pudiera obtener los beneficios de la crecida de las fecundantes aguas.

Bel-Tran, vestido con una túnica nueva de pliegues muy amplios, permaneció de pie.

–Os escucho –dijo el visir sin levantar la cabeza–; ¿tendréis la bondad de no perderos en ociosos discursos?

–¿Conocéis la extensión de vuestro poder?

–Me preocupan más mis deberes.

–Estáis ocupando un puesto esencial, Pazair; en caso de faltas graves cometidas a la cabeza del Estado, vos debéis restablecer la justicia.

–Detesto las insinuaciones.

–Seré muy claro: sólo vos podéis juzgar a los miembros de la familia real y al propio rey si éste traiciona a su país.

–¡Y vos os atrevéis a hablar de traición!

–Ramsés es culpable.

–¿Quién lo acusa?

–Yo, para que nuestros valores morales sean respetados. Al enviar a nuestros amigos de Asia un oro de mala calidad, Ramsés ha comprometido la paz; que se le instruya proceso ante vuestro tribunal.

–¡Vos mandasteis ese metal defectuoso!

–El faraón no permite que nadie se ocupe de la política asiática; ¿quién va a creer que uno de sus ministros ha actuado sin sus instrucciones?

–Como suponéis, yo debo establecer la verdad. Ramsés no es culpable y lo demostraré.

–Proporcionaré pruebas contra él; como visir, estaréis obligado a tenerlas en cuenta e iniciar el procedimiento.

–La instrucción será muy larga.

Bel-Tran se indignó.

–¿No comprendéis que estoy ofreciéndoos la última oportunidad? Al convertiros en acusador del rey, podréis salvaros. Las personalidades más influyentes se unen a mi causa; Ramsés es un hombre solo, abandonado por todos.

–Le quedará su visir.

–Vuestro sucesor os condenará por alta traición.

–Pongamos nuestra confianza en Maat.

–Habréis merecido vuestra triste suerte, Pazair.

–Nuestros actos serán pesados en la balanza del más allá, tanto los míos como los vuestros.

Cuando Bel-Tran se hubo marchado, Bak puso una extraña misiva en manos de Pazair.

–He supuesto que esta carta os parecería urgente.

Pazair consultó el documento.

–Has hecho bien enseñándomela antes de mi marcha.

La pequeña aldea tebana debería haber estado dormitando bajo el cálido sol de mayo, a la sombra de las palmeras. Pero sólo los bueyes y los asnos se tomaban un descanso, pues la población se había reunido en la polvorienta plaza, donde actuaba el tribunal local.

El alcalde por fin podía vengarse del viejo pastor Pepi, un verdadero salvaje que vivía apartado, solo con los ibis y los cocodrilos, y se ocultaba en la espesura de papiro en cuanto se aproximaba algún agente del fisco. Como no pagaba impuestos desde hacia muchos años, el alcalde había decidido que su modesta parcela de tierra, unos cuantos arpendes a orillas del río, se convirtieran en propiedad del pueblo.

Apoyado en su nudoso bastón, el anciano había salido de su cubil para defender su causa. El juez del pueblo, un campesino amigo del alcalde y enemigo de infancia de Pepi, no parecía decidido a escuchar los argumentos del pastor a pesar de varias protestas.

–He aquí la sentencia: se decide que...

–Investigación insuficiente.

–¿Quién se atreve a interrumpirme?

Pazair avanzó.

–El visir de Egipto.

Todos reconocieron a Pazair, que había comenzado su carrera de juez en el pueblo donde había nacido.

Sorprendidos y admirados, se inclinaron.

–Según la ley, yo dirijo este tribunal –decretó.

–El expediente es complejo –mascculló el alcalde.

–Lo conozco bien, gracias a los documentos que me ha enviado el encargado del correo.

–Los cargos contra Pepi...

–Sus deudas están pagadas; el caso queda, pues, reducido a nada. El pastor conservará la tierra que le legó el padre de su padre.

Aclamaron al visir, le dieron cerveza y flores. Finalmente, se quedó a solas con el héroe del día.

–Sabía que volverías –dijo Pepi–; has elegido bien el momento. En el fondo, a pesar de tu extraño oficio, no eres un mal tipo.

–Ya lo ves, un juez puede ser justo.

–De todos modos, seguiré desconfiando. ¿Vuelves a instalarte aquí?

–Por desgracia, no. Tengo que marcharme a Coptos.

–Dura tarea la del visir; preservar la felicidad de la gente, eso es lo que esperan de ti.

–¿A quién no le abrumaría esa carga?

–Imita a la palmera. Cuanto más tiran de ella hacia abajo, cuanto más intentan doblarla, más se levanta y crece hacia lo alto.

CAPÍTULO 39

Pantera degustó un pedazo de sandía, se bañó, se secó al sol, bebió cerveza fresca y se acurrucó contra Suti, cuya mirada permanecía clavada en la ribera de Occidente.

–¿Qué temes?

–¿Por qué no atacan?

–Órdenes del visir, recuérdalo.

–Si Pazair viene, vamos…

–No vendrá. El visir de Egipto te ha abandonado; te has convertido en un rebelde y en un fuera de la ley. Cuando nuestros medios no puedan más, estallarán disensiones; los libios se enfrentarán muy pronto con los nubios y «los de la vista penetrante» volverán al buen camino. El ejército ni siquiera tendrá que combatir.

Suti acarició los cabellos de Pantera.

–¿Qué propones?

–Rompamos el cerco. Mientras nuestros soldados sigan obedeciéndonos, aprovechemos su deseo de victoria.

–Nos destrozarán.

–¿Qué sabes tú? Tú y yo estamos acostumbrados a los milagros. Si obtenemos la victoria, Tebas caerá en nuestras manos. Coptos me parece demasiado pequeña, ahora, y la melancolía no te sienta bien.

Él la tomó por las caderas y la levantó; con los pechos a la altura de los ojos de su amante, la cabeza echada hacia atrás, los rubios cabellos bañados por el sol y los brazos tendidos, la libia soltó un suspiro de satisfacción.

–Hazme morir de amor –imploró.

El Nilo cambiaba de aspecto; una mirada atenta descubría que el azul del río se hacía menos vivo, como si los primeros limos, procedentes del lejano sur, comenzaran a oscurecerlo.

Con junio concluía la cosecha; en las campiñas comenzaba ya la trilla.

Bajo la protección de Kem y del babuino policía, Pazair había dormido en su pueblo, al aire libre; cuando era un joven juez, a menudo se entregaba a ese placer, ávido de los perfumes de la noche y de los colores del alba.

–Nos vamos a Coptos –anunció a Kem–; convenceré a Suti de que renuncie a sus insensatos proyectos.

–¿Cómo lo haréis?

–Me escuchará.

–Bien sabéis que no.

–Hemos mezclado nuestras sangres, nos comprendemos más allá de las palabras.

–No os permitiré que lo afrontéis solo.

–No hay otra solución.
Cuando ella salió del palmeral, Pazair creyó que estaba soñando. Aérea, resplandeciente, con la frente adornada por una diadema de flores de loto y con su turquesa al cuello, Neferet se acercaba a él.
Cuando la tomó en sus brazos, ella contuvo las lágrimas.
–He tenido un sueño horrible –explicó–; morías solo, a orillas del Nilo, llamándome. He venido a conjurar el maleficio.

El riesgo sería muy grande, pero el devorador de sombras tenía que correrlo. ¿Dónde estaría el visir más expuesto que en Coptos? En Menfis era intocable. Además, añadiéndose a la atenta protección, la suerte le ayudaba de un modo insolente. Algunos habrían dicho que los dioses velaban por Pazair; aunque a veces se le ocurriera esa idea, el devorador de sombras se negaba a creerlo. Versátil, el éxito acabaría cambiando de bando.
Se habían filtrado algunas indiscreciones. En el mercado se hablaba de una tropa de rebeldes, surgidos del desierto, que se habían apoderado de Coptos y amenazaban Tebas; la rápida intervención del ejército disipaba cualquier inquietud, pero la gente se preguntaba qué castigo reservaba el visir para los turbulentos. La población apreciaba que se encargara personalmente de restablecer el orden; Pazair no se comportaba como un funcionario encerrado en su despacho, sino como un hombre dispuesto a actuar sobre el terreno.
El devorador de sombras sintió un hormigueo en los dedos.
Le recordó su primer asesinato, al servicio de los conjurados dirigidos por Bel-Tran. Al subir al barco que lo llevaría a Coptos tuvo la seguridad de que esta vez lo lograría.

–¡El visir! –aulló un centinela nubio.
Los habitantes de Coptos corrieron por las calles. Se anunció un ataque, se habló de un regimiento de arqueros de varias torres de asalto montadas sobre ruedas, de centenares de carros.
Desde la terraza de la casa del alcalde, Suti llamó a la calma.
–Efectivamente es el visir Pazair –anunció con voz poderosa–. Se ha puesto su vestido oficial y está solo.
–¿Y el ejército? –preguntó una mujer angustiada.
–No hay con él soldado alguno.
–¿Qué piensas hacer?
–Salir de Coptos y hablar con él.
Pantera intentó retener a Suti.
–Es una trampa; los arqueros te matarán.
–No conoces a Pazair.
–¿Y si sus tropas lo traicionan?
–Moriría conmigo.
–No lo escuches, no cedas en nada.
–Tranquiliza a tu pueblo, diosa de oro.

Desde la proa de un navío de guerra, Neferet, Kem y el babuino, retenido a bordo, observaban a Pazair. La joven estaba muerta de miedo, el nubio no dejaba de hacerse reproches.

–Pazair se ha empecinado porque había dado su palabra... ¡Debería haberlo encerrado!
–Suti no le desea mal alguno.
–Ignoramos en qué se ha convertido; tal vez la ambición de poder lo haya vuelto loco. ¿Con qué hombre tendrá que enfrentarse el visir?
–Sabrá convencerlo.
–No puedo permanecer aquí sin hacer nada. Voy con él.
–No, Kem; respetemos sus compromisos.
–Si le ocurre alguna desgracia, arrasaré la ciudad.
El visir se había detenido a unos diez metros de la puerta principal de Coptos, que daba al Nilo. Había tomado la enlosada avenida que llegaba al embarcadero, jalonada por pequeños altares donde, durante las procesiones, los sacerdotes depositaban ofrendas.
Con los brazos caídos, muy digno con sus rígidas y pesadas vestiduras, Pazair vio aparecer a Suti; su piel estaba bronceada, tenía el cabello largo y se había vuelto más ancho de hombros que antes. Llevaba un collar de oro y en el cinturón de su paño una daga con empuñadura de oro.
–¿Quién se acerca al otro?
–¿Respetas todavía nuestra jerarquía?
Suti avanzó.
Los dos hombres quedaron frente a frente.
–Me has abandonado, Pazair.
–Ni un solo instante.
–¿Cómo creerte?
–¿Te he mentido alguna vez? Mi posición de visir me impedía violar la ley incumpliendo la sentencia dictada contra ti. Pero la guarnición de Tjaru no te persiguió, después de tu evasión, porque yo había ordenado que permanecieran en la fortaleza. Luego perdí tu pista, pero sabia que regresarías. Aquel día, yo estaría presente, y aquí me tienes. Habría preferido una reaparición más discreta; pero ésta también me satisface.
–Para ti soy un rebelde.
–No he recibido queja alguna en este sentido.
–He invadido Coptos.
–No hay muertos, ni heridos, ni conflicto alguno.
–¿Y el alcalde?
–Se ha dirigido al ejército, que efectúa maniobras cerca de aquí. Desde mi punto de vista, no se ha cometido ningún acto irremediable.
–Olvidas que la ley me condena a ser esclavo de la señora Tapeni.
–La señora Tapeni ha sido privada de sus derechos cívicos. Así paga su lamentable intento de aliarse con Bel-Tran. No imaginaba que detestara tanto a las mujeres.
–Lo que significa que...
–Lo que significa que se te concederá el divorcio si lo deseas; podrías incluso exigir parte de sus bienes, pero no te lo aconsejo por la probable duración del procedimiento.
–¡Sus bienes me importan un bledo!
–¿Te ha colmado tu diosa de oro?
–Pantera me salvó la vida en Nubia; pero la justicia egipcia la condenó al exilio definitivo.

–No es cierto, porque su pena estaba vinculada a la tuya. Además, un acto de heroísmo en favor de un egipcio me autoriza a revisar la. sentencia. Pantera es libre de circular por nuestro territorio

–¿Dices la verdad?

–Como visir, estoy obligado a ello. Estas decisiones, adoptadas con toda equidad, serán aprobadas por un tribunal.

–No lo creo.

–Haces mal. No te habla sólo tu hermano de sangre sino también el visir de Egipto.

–¿No estás comprometiendo tu posición?

–Importa poco; en cuanto comience la crecida, seré destituido y encarcelado. La victoria de Bel-Tran y sus aliados parece inevitable; además, la guerra amenaza.

–¿Los asiáticos?

–Bel-Tran les envió oro de mala calidad; la falta incumbe al faraón. Para lavarla, sería necesario ofrecerles el doble. No tengo tiempo de recuperar nuestras reservas, insuficientes por culpa de Bel-Tran. Mire a donde mire, la trampa se ha cerrado. Al menos, os habré salvado, a ti y a Pantera; aprovéchate de Egipto durante las semanas que nos separan de la abdicación de Ramsés, y luego abandónalo. Este país se convertirá en un infierno, sometido a la ley del dinero griego, del beneficio y del más cruel materialismo.

–Yo tengo oro.

–¿El que había robado el general Asher y tú recuperaste?

–Bastaría, casi, para pagar las deudas de Egipto.

–Gracias a ti evitaríamos una invasión.

–Deberías mostrarte más curioso.

–¿Es eso una negativa?

–No lo comprendes: he descubierto la ciudad del oro, perdida en el desierto. ¡Inmensas reservas de material precioso! Ofrezco a Coptos un carro lleno de lingotes; a Egipto, lo que ascienda su deuda.

–¿Lo aceptará Pantera?

–Te será necesaria mucha diplomacia; ¡ha llegado la ocasión de demostrar tu talento!

Los dos amigos se arrojaron uno en brazos del otro.

Durante las fiestas del dios Mm, patrón de la ciudad, Coptos caía en una de las celebraciones más desenfrenadas del país. Potencia que regia la fecundidad del cielo y de la tierra, Mm incitaba a los jóvenes y las muchachas a comulgar en el reciproco impulso de su deseo. Cuando se proclamó el acuerdo de paz, el júbilo estalló con una exaltación digna de los festejos tradicionales.

Por decisión del visir, Coptos sería beneficiaria del oro de Suti, libre de impuestos; los libios eran enrolados como infantes en el cuerpo de ejército acantonado en Tebas, los nubios como arqueros de élite y «los de la vista penetrante» volvían a su misión de vigilar las caravanas y a los mineros, sin sufrir sanción alguna.

Nadie igualaba a los soldados del ejército regular cuando banqueteaban y bromeaban; en la cálida noche de junio, las carcajadas brotaban sin cesar bajo la protección de la luna llena.

Suti y Pantera recibieron al visir y a Neferet en la mansión del alcalde, puesta oficialmente a disposición del primer ministro.

La rubia libia, con sus deslumbrantes joyas de oro, ponía mala cara.

–Me niego a abandonar la ciudad; la hemos conquistado y nos pertenece.

–Abandona tu sueño –recomendó Suti–, nuestras tropas han desaparecido.

–Tenemos oro suficiente para comprar todo Egipto.

–Comienza salvándolo –recomendó Pazair.

–¡Salvar yo a mi enemigo hereditario!

–También os interesa evitar una invasión asiática; si se produce, vuestro tesoro no valdrá mucho.

Pantera miró a Neferet buscando su aprobación.

–Comparto la opinión del visir; ¿de qué os serviría la fortuna si no podéis disponer de ella?

Pantera estimaba a Neferet. Presa de la duda, se levantó nerviosa, y recorrió el vasto salón.

–¿Cuáles son vuestras exigencias? –preguntó Pazair.

–Como salvadores de Egipto –declaró Pantera, soberbia–, podemos ser muy exigentes. Puesto que estamos ante el visir, será mejor que vayamos al grano: ¿qué está dispuesto a concedernos?

–Nada.

Ella dio un respingo.

–¿Qué quiere decir nada?

–Los dos quedaréis libres de cualquier acusación e inmaculados ante la ley, porque no habéis cometido delito alguno. El alcalde de Coptos aceptará vuestras excusas y el oro que enriquecerá su ciudad, cuya felicidad habréis labrado; ¿por qué va a importunaros?

Suti soltó la carcajada.

–Mi hermano de sangre es increíble! Por su boca habla la justicia, pero no olvida la diplomacia. ¿Te has convertido en un verdadero visir?

–Eso intento.

–Ramsés es un genio, puesto que te ha elegido; y yo tengo la suerte de ser tu amigo.

Pantera se indignó.

–¿Qué reino vas a ofrecerme, Suti?

–¿No te basta mi vida, diosa de oro?

La libia se lanzó sobre el egipcio y le golpeó el pecho a puñetazos.

–¡Debería haberte matado!

–No desesperes.

Él la dominó y la estrechó contra si.

–¿Te imaginabas como un noble de provincias?

Soltando a su vez la carcajada, Pantera escapó del abrazo y tomó una jarra de vino; cuando se la ofreció a Suti, él se llevó la mano a los ojos.

–Está ciego a causa de una picadura de escorpión –gritó mientras soltaba el recipiente.

Neferet la tranquilizó.

–No os preocupéis; los accesos de ceguera nocturna son una enfermedad rara, es cierto, pero la conozco y la curaré.
La angustia fue de corta duración, pues los servicios médicos de Coptos disponían de los remedios necesarios. Neferet dio a Suti un medicamento a base de humor extraído de ojos de cerdo, galena, ocre amarillo y miel fermentada, machacados y convertidos en una masa compacta; le administró luego una decocción de hígado de buey, que tendría que ingerir diariamente durante tres meses para obtener una curación completa.

Pantera dormía tranquila; fatigada, Neleret se había adormecido. Suti miraba las estrellas, henchía sus ojos de luz nocturna. En compañía de Pazair paseaba por las calles de la ciudad apaciguada.
–¡Qué maravilla! Neferet me ha resucitado.
–No te ha abandonado la suerte.
–¿Qué ocurre con el reino?
–No estoy seguro de poder salvarlo, ni siquiera con tu ayuda.
–Detén a Bel-Tran y mándalo a prisión.
–A menudo he tenido la intención de hacerlo, pero eso no arrancaría las raíces del mal.
–Si todo está perdido, no te sacrifiques.
–Mientras quede la sombra de una esperanza, cumpliré la misión que me ha sido confiada.
–La tozudez es uno de tus numerosos defectos; ¿por qué obstinarse en dar cabezazos contra una pared? Escúchame por una vez. Tengo algo mejor que proponerte.
Ambos hombres pasaron ante un grupo de libios a las puertas de una taberna. Roncaban, ebrios de cerveza.
Suti levantó de nuevo los ojos al cielo, feliz de poder ver la luna y las estrellas; justo cuando el babuino policía, que seguía a distancia a los dos hombres, lanzó un grito de alarma, el joven descubrió al arquero, de pie en un tejado, dispuesto a disparar.
Echándose a un lado, se colocó ante Pazair.
Cuando Suti cayó, atravesado por una flecha, el devorador de sombras saltaba ya a un carro y emprendía la huida.

CAPÍTULO 40

La operación comenzó al alba y duró tres horas. Falta de sueño, Neferet extrajo energías de su interior para no cometer error alguno. Dos cirujanos de Coptos, acostumbrados a cuidar a «los de la vista penetrante», la ayudaron.

Antes de extraer la flecha, que se había clavado en el pecho de Suti, justo sobre el corazón, Neferet practicó una anestesia general. Hizo absorber al herido, a pequeños intervalos, un polvo compuesto de opio, raíz de mandrágora y piedra silicosa; durante la intervención, un ayudante diluiría el mismo polvo en vinagre y haría respirar al paciente el ácido que desprendía, para que no saliera del sueño. Para mayor seguridad, uno de los cirujanos untó el cuerpo de Suti con un bálsamo contra el dolor, cuyo principal componente era la raíz de mandrágora, poderoso narcótico.

La médico en jefe del reino comprobó el filo de sus escalpelos de piedra dura, luego amplió la incisión para retirar la punta de la flecha. La profundidad de la herida la inquietó; afortunadamente, los canales del corazón no habían sufrido, aunque Suti había perdido mucha sangre. Unas compresas de miel detuvieron la hemorragia. Con gestos lentos y precisos, la joven reparó los desgarrones, unió luego con finas tirillas, hechas de intestino bovino, los bordes de la herida principal. Dudó algunos instantes: ¿sería necesario un injerto? Confiando en su instinto y en la fortaleza de Suti, renunció a ello. Las primeras reacciones de la piel confirmaron su opinión; consolidó también los puntos de sutura con tiras de tela adhesiva, cubiertas de grasa y miel. Luego vendó el torso del herido con un tejido vegetal muy suave.

Desde un punto de vista técnico, la operación era un éxito; pero ¿despertaría Suti?

Kem registró el tejado desde el que había disparado el devorador de sombras. Recogió el arco nubio que el asesino había utilizado, antes de saltar a la calleja donde lo esperaba un carro robado a los libios. Matón se había lanzado en su persecución, sin conseguir alcanzarlo. El asesino había desaparecido en campo abierto.

El jefe de policía buscó en vano testigos fiables; uno u otro habían visto un carro que salía de la ciudad en plena noche, pero nadie era capaz de dar una descripción precisa del conductor.

Kem sintió deseos de arrancarse la nariz de madera y pisotearla.

La pata del babuino, agarrando su muñeca, le disuadió.

–Gracias por tu ayuda, Matón.

El simio no lo soltó.

–¿Qué quieres?

Matón volvió la cabeza hacia la izquierda.

–De acuerdo, te sigo.

Condujo a Kem hasta la esquina de una calleja y le mostró un mojón de piedra, arañado al pasar el carro.

–Tienes razón, huyó por aquí, pero...

El babuino llevó a su superior algo más lejos, por el camino que había seguido el vehículo. Se inclinó sobre un agujero de la calzada, luego retrocedió indicando a Kem que lo explorara. Intrigado, el nubio lo hizo. En el fondo del agujero había un cuchillo de obsidiana.

–Lo ha perdido sin darse cuenta...

Kem palpó el objeto.

–Oficial de policía Matón, creo que acabas de procurarnos un indicio decisivo.

Cuando Suti despertó contempló la sonrisa de Neferet.

–Estaba muy asustada –confesó la muchacha.

–¿Qué significa una flecha comparada con las zarpas de un oso? Me has salvado por segunda vez.

–Unos centímetros más y el asesino te habría perforado el corazón.

–¿Quedarán secuelas?

–Tal vez una cicatriz, pero el frecuente cambio de apósito debería evitarlo.

–¿Cuándo estaré en pie?

–Muy pronto, gracias a tu robusta constitución. Me pareces más fuerte todavía que en tu primera operación.

–Mi muerte se divierte, y yo también.

La voz de Neferet tembló de emoción.

–Te has sacrificado por Pazair... No sé cómo agradecértelo.

Él tomó tiernamente su mano.

–Pantera me roba todo el amor de que dispongo; de lo contrario, ¿cómo no estar loco por ti? Nadie os separará, a ti y a Pazair; el destino se desgastará contra vuestra pareja. Hoy yo he sido elegido como escudo; y me siento orgulloso, Neferet, muy orgulloso.

–¿Puede hablarte Pazair?

–Si el cuerpo médico lo permite...

El visir estaba tan conmovido como su esposa.

–No deberías haber arriesgado tu vida, Suti.

–Creí que un visir no decía tonterías.

–¿Sufres?

–Neferet es una terapeuta extraordinaria; casi no noto nada.

–Interrumpieron nuestra conversación.

–Lo recuerdo.

–Bueno, ¿y ese consejo?

–¿Cuál es, a tu entender, mi más querido deseo?

–Según tus palabras, darte la gran vida, amar, festejar, embriagarte con cada nuevo sol.

–¿Y el tuyo?

–Ya lo sabes: retirarme a mi pueblo con Neferet, lejos de la agitación a la que me veo obligado.

–El desierto me ha cambiado, Pazair; él es mi porvenir y mi reino. He aprendido a compartir sus secretos y a alimentarme con su misterio. Lejos de él me siento pesado y viejo; en cuanto la planta de mis pies entra en contacto con la arena, soy joven e inmortal. No hay ley más verdadera que la del desierto; únete a mí, tú también eres así. Partamos juntos, abandonemos este mundo de compromisos y mentiras.

–Suti, el visir existe para combatirlos y hacer que reine la rectitud.

–¿Lo lograrás?

–Cada día me ofrece su parte de victorias y denotas, pero Maat sigue gobernando Egipto; cuando reine Bel-Tran, la justicia abandonará esta tierra.

–No esperes ese momento.

–Ayúdame en mi combate.

Como si fuera una negativa, Suti se volvió de lado.

–Déjame dormir; ¿cómo podré combatir si estoy falto de sueño?

El barco de la reina madre había llevado a Silkis del puerto de Menfis al de Pi-Ramsés ; en su cabina, bien ventilada y protegida del ardiente sol de junio, la esposa de Bel-Tran había disfrutado de los atentos cuidados de un afanoso personal. Le habían dado masajes y la habían perfumado, le habían ofrecido zumo de fruta y paños frescos para colocar en la frente y la nuca, de modo que su viaje fue una maravilla.

En el embarcadero, una silla de manos, provista de dos parasoles, estaba a su disposición. El trayecto fue corto, pues llevaron a Silkis a orillas del lago de la residencia real. Dos portadores de sombrilla embarcaron con ella en un esquife pintado de azul. Sin brusquedades, los remeros la llevaron a una isla donde, sentada en un quiosco de madera, Tuy leía poemas del Imperio Antiguo, celebrando la sublime belleza de los paisajes egipcios y el respeto que los hombres debían sentir por los dioses.

Silkis, cuyo vestido de lino era de ostentoso lujo, sentía pánico. Sus numerosas joyas no la tranquilizaban; ¿sería capaz de enfrentarse con la mujer más rica e influyente de Egipto?

–Venid a sentaros junto a mí, señora Silkis.

Con gran estupefacción de la recién llegada, la reina madre parecía más una mujer del pueblo que la madre de Ramsés el Grande. Llevaba el cabello suelto e iba descalza. El vestido era simple, de tirantes, no llevaba collares, ni brazaletes, y no iba maquillada.., pero su voz llegaba al alma.

–El calor debe de haceros sufrir, hija mía.

Incapaz de hablar, Silkis se sentó en la hierba sin pensar en las inevitables manchas verdes que estropearían el precioso lino.

–Poneos cómoda, nadad si lo deseáis.

–No... no me apetece, majestad.

–¿Cerveza fresca?

Paralizada, Silkis aceptó un largo recipiente, provisto de un fino tubo metálico que permitía aspirar el delicioso líquido. Bebió varios tragos con los ojos bajos, incapaz de soportar la mirada de Tuy.

–Me gusta el mes de junio –dijo la reina madre–; su luz es de una deslumbradora franqueza. ¿Teméis el fuerte calor?

–Re... resecan mi piel.

–¿No disponéis de cremas y maquillaje?

–Sí, claro.
–¿Consagráis mucho tiempo a embelleceros?
–Varias horas diarias... mi marido es muy exigente.
–Una carrera notable, según me han dicho.
Silkis levantó un poco la cabeza; la reina madre no había tardado en hollar el terreno donde ella la aguardaba. Su miedo se atenuó; aquella mujer impresionante, de nariz fina y recta, pómulos salientes y cuadrada barbilla, iba a convertirse en su dócil esclava. La dominó un odio parecido al que la había embargado cuando se desnudó ante el guardián en jefe de la esfinge, para dejarlo a su merced y permitir que su marido lo matara. A Silkis le gustaba estar sometida a Bel-Tran, pero deseaba que su entorno estuviera a sus pies. Comenzar humillando a la reina madre le provocaba una especie de éxtasis.
–Notable, majestad; ésa es la palabra.
–Un pequeño contable que llega a ser grande del reino... Sólo Egipto permite esta clase de ascensos. Lo importante es perder la pequeñez cuando se accede a la grandeza.
Silkis frunció el entrecejo.
–Bel-Tran es honesto, trabajador y sólo piensa en el bien común.
–La lucha por el poder engendra conflictos que yo contemplo sólo de muy lejos.
Silkis se sintió llena de júbilo; el pez mordía el anzuelo. Para darse valor, bebió un poco de cerveza fresca, tan exquisita que experimentó una sensación de relajamiento.
–En Menfis se murmura que el rey está enfermo.
–Muy fatigado, señora Silkis; lleva una carga abrumadora.
–¿No debe celebrar pronto una fiesta de regeneración?
–Esa es la tradición sagrada.
–¿Y... si el ritual mágico fracasara?
–Los dioses indicarían así que debe reinar un nuevo faraón.
En el rostro de Silkis apareció una cruel sonrisa.
–¿Y sólo sería cosa de los dioses?
–Sois enigmática.
–¿No tiene Bel-Tran madera de rey?
Pensativa, Tuy observó una bandada de patos que se deslizaban por las azules aguas del lago de recreo.
–Quiénes somos para querer levantar el velo del futuro.
–¡Bel-Tran puede hacerlo, majestad!
–Admirable.
–Él y yo contamos con vuestra ayuda; todos sabemos que vuestros juicios son acertados.
–Ese es el papel de la reina madre: ver y aconsejar.
Silkis había ganado; se sentía ligera como un pájaro, rápida como un chacal, aguda como la hoja de un puñal. Egipto le pertenecía.
–¿Cómo labró su fortuna vuestro marido?
–Ampliando su fábrica de papiro. Naturalmente, manipuló las cuentas, como en todos los puestos por los que ha pasado; ningún financiero consigue igualarlo.
–¿Ha cometido deshonestidades?
Silkis se mostró voluble.

–¡Majestad! Los negocios son los negocios. Si se desea llegar muy arriba, a veces es preciso olvidar la moral. La gente ordinaria embarranca; Bel-Tran se libró de este obstáculo. En la administración cambió todos los hábitos. Nadie ha advertido sus malversaciones; el Estado ha obtenido beneficios, pero también él. Ahora va es demasiado tarde para acusarlo.

–¿Y os ha asegurado una fortuna personal?

–¡Naturalmente!

–¿De qué modo?

Silkis se sentía llena de satisfacción.

–¡Con la mayor audacia!

–Aclarádmelo.

–Os parecerá increíble. Se trata de un tráfico de papiro del Libro de los muertos; como proveedor de buena parte de la nobleza, se encarga de encontrar escribas capaces de dibujar las escenas y escribir los textos relativos a la resurrección del difunto en el otro mundo.

–¿Y de qué tipo fue el fraude?

–¡Triple! En primer lugar entregó papiro de calidad inferior a la prometida; luego redujo el volumen de los textos sin disminuir el precio de la prestación, y pagando muy poco al escriba redactor; y, por fin, repitió el proceso en las ilustraciones. Las familias de los difuntos, abrumadas por la pena, no pensaron en comprobarlo. Y tengo también una enorme reserva de monedas griegas, que aguardan en mis arcones la libre circulación del dinero... ¡Qué revolución, majestad! No reconoceréis ese viejo Egipto, sumido en inútiles tradiciones y antañonas costumbres.

–Si no me equivoco, éste es el discurso de vuestro marido.

–El único que el país debe escuchar.

–¿Pensáis alguna vez por vos misma, Silkis?

La pregunta desconcertó a la esposa de Bel-Tran.

–¿Qué queréis decir?

–¿Os parecen el robo, e1 crimen y la mentira pilares adecuados para un reinado?

Exaltada, Silkis no retrocedió.

–¿Por qué no, si son necesarios? Hemos ido demasiado lejos para retroceder. ¡Yo también soy cómplice y culpable! Lamento no haber suprimido al sabio Branir y al visir Pazair, los principales obstáculos para...

Un vértigo la hizo vacilar; se llevó la mano a la frente.

–¿Qué me sucede...? ¿Por qué os he confesado todo eso...?

–Porque habéis bebido cerveza con mandrágora; su sabor es insípido, pero desata la lengua. Gracias a ella, los espíritus débiles se liberan de sus secretos.

–¿Qué he dicho? ¿Qué os he revelado?

–La mandrágora ha actuado rápidamente porque sois una drogada –indicó la reina madre.

–¡Qué dolor de vientre!

Silkis se levantó. La isla y el cielo oscilaban. Cayó de rodillas, cubriéndose la cara con las manos.

–El tráfico de Libros de los muertos es un crimen abominable –dijo Tuy–; habéis especulado, con increíble crueldad, con el dolor de los demás. Yo misma os denunciaré al tribunal del visir.

–¡Será inútil! Muy pronto seréis mi sierva –dijo levantando la cabeza.

–No lo conseguiréis, Silkis, pues el fracaso está en vos y nunca lograréis convertiros en una dama de la corte. Todo el mundo conocerá vuestras torpezas; nadie os aceptará, aunque dispongáis de algún poder. Ya veréis, es una situación inaguantable; gente más dura que vos se vio obligada a renunciar a sus ambiciones.

–Bel-Tran os pisoteará.

–Soy una anciana y no temo a los bandidos de su clase; mis antepasados lucharon contra invasores tan peligrosos como él, y los vencieron. Si esperaba vuestra ayuda, quedará decepcionado: ya no le seréis de utilidad alguna.

–Le ayudaré, lo conseguiremos.

–Seréis incapaz de hacerlo: limitada inteligencia, nervios frágiles, carencia de personalidad propia, fuego destructor alimentado por el odio y la hipocresía. No sólo le perjudicaréis sino que, además, antes o después, acabaréis traicionándolo.

Silkis pataleó y golpeó el suelo con los puños.

Tras un signo de Tuy, la barca azul se dirigió a la orilla.

–Llevad al puerto a esta mujer –ordenó Tuy a la tripulación–, y que abandone inmediatamente Pi-Ramsés .

Silkis sintió deseos de dormir; se derrumbó en la embarcación con la cabeza llena de insoportables zumbidos, como si unas abejas le devoraran el cerebro.

La reina madre, serena, contempló las apacibles aguas del lago de recreo, sobre el que revoloteaban las golondrinas.

CAPÍTULO 41

Apoyándose en el hombro de Pazair, Suti dio los primeros pasos por la cubierta del barco que los devolvía a Menfis. Neferet vigiló la experiencia, satisfecha de las facultades de recuperación de su amigo; Pantera admiró a su héroe, soñando con un inmenso río que le pertenecería y del que sería reina. De norte a sur y de sur a norte circularían en una inmensa barca, cargada del oro que ofrecerían a los poblados diseminados por las orillas. Puesto que era imposible conquistar por la fuerza un imperio, ¿por qué no utilizar la donación? El día en que las minas de la ciudad desaparecida se agotaran, el pueblo entero celebraría los nombres de Pantera y Suti. Tendida en el techo de la cabina, confió su cuerpo de cobre a las ardientes caricias del sol estival.

Neferet cambió el apósito de Suti.

–La herida va bien; ¿cómo te sientes?

–Todavía no soy capaz de combatir, pero me mantengo en pie.

–¿Puedo rogarte que descanses? De lo contrario, los tejidos tardarán en reconstituirse.

Suti se tendió en una estera, a la sombra de una tela puesta entre cuatro estacas. Gracias al sueño, sus fuerzas reaparecerían.

Neferet observó el Nilo; Pazair la abrazó.

–¿Crees que la crecida será precoz?

–Las aguas aumentan, pero su color se modifica lentamente; tal vez tengamos algunos días de respiro.

–Cuando la estrella Sothis brille en el cielo, Isis derramará lágrimas y la energía de la resurrección animará el río nacido en el más allá; como cada año, la muerte será vencida. Y, sin embargo, el Egipto de nuestros padres desaparecerá.

–Imploro cada noche al alma de nuestro maestro desaparecido; tengo la seguridad de que no se ha alejado de nosotros.

–Un completo fracaso, Neferet: no he identificado al asesino ni he encontrado el testamento de los dioses.

Kem se acercó a la pareja.

–Perdonad que os moleste, pero me gustaría proponeros un ascenso.

Pazair se sorprendió.

–¿Vos, Kem, os preocupáis por los ascensos?

–El oficial de policía Matón lo merece.

–Debería haberlo pensado hace tiempo; sin él, yo ya estaría en la orilla de Occidente.

–No sólo os ha salvado la vida, sino que nos ha ofrecido el medio de identificar al devorador de sombras. ¿No vale esta hazaña el grado de teniente con aumento de sueldo?

–¿Cuál es ese medio, Kem?

–Dejad que Matón concluya la investigación; yo le ayudaré.

–¿De quién sospecháis?
–Tengo que hacer algunas averiguaciones antes de obtener el nombre del culpable; pero no escapará.
–¿Cuánto tiempo requerirán vuestras investigaciones?
–Un día en el mejor de los casos, una semana en el peor; cuando Matón esté frente a él, lo identificará.
–Tendréis que detenerlo para que sea juzgado.
–El devorador de sombras ha cometido varios crímenes.
–Si no convencéis a Matón de que lo respete, me veré obligado a apartarlo de la investigación.
–El devorador de sombras intentó suprimirlo enviando contra él otro babuino; ¿cómo va a olvidarlo? Impedirle cumplir su misión sería una injusticia.
–Debemos saber si el devorador de sombras es el responsable de la muerte de Branir, y a qué dueño sirve.
–Lo sabréis, no puedo prometeros nada más. ¿Cómo contener a Matón si lo provocan? Es fácil elegir entre la vida de un valiente y la de un monstruo.
–Sed muy prudentes los dos.

Cuando Bel-Tran cruzó el umbral de su mansión, nadie salió a su encuentro. Contrariado, llamó a su intendente. Sólo respondió un jardinero.
–¿Y el intendente?
–Se ha marchado con dos sirvientas y vuestros hijos.
–¿Estás borracho?
–Es verdad, os lo aseguro.
Furibundo, Bel-Tran entró en la mansión y chocó con la camarera de Silkis.
–¿Dónde están mis hijos?
–Se han ido a vuestra casa del delta.
–¿Quién lo ha ordenado?
–Vuestra esposa.
–¿Dónde está?
–En su alcoba, pero...
–Hablad.
–Está muy deprimida; desde su regreso de Pi-Ramsés no ha dejado de llorar.
Bel-Tran atravesó a grandes pasos las estancias de la casa e irrumpió en los aposentos privados de su esposa. Inmóvil, en posición fetal, sollozaba.
–¿Enferma todavía?
La sacudió, pero ella no reaccionó.
–¿Por qué has enviado a los niños al campo? ¡Responde!
Le retorció las muñecas obligándola a sentarse.
–¡Responde, te lo ordeno!
–Están... en peligro.
–Tonterías.
–Yo también estoy en peligro.
–¿Qué ha ocurrido?

Sollozando, Silkis le contó su entrevista con la reina madre.
–Esa mujer es un monstruo, me ha destrozado.
Bel-Tran no tomó a la ligera el relato de su esposa; le hizo repetir incluso las acusaciones formuladas por Tuy.
–Sobreponte, querida.
–¡Una trampa! ¡Me ha hecho caer en una trampa!
–Tranquilízate; muy pronto no tendrá poder alguno.
–No lo comprendes: ya no tengo posibilidad alguna de que me admitan en la corte. Todos mis gestos serán discutidos, todas mis actitudes criticadas, la menor de mis iniciativas vilipendiada. ¿Quién puede resistir semejante persecución?
–Tranquilízate.
–¡Tranquilizarme cuando Tuy está arruinando mi reputación!
Silkis montó en violenta cólera, aullando frases incomprensibles en las que se mezclaban el intérprete de los sueños, el devorador de sombras, sus hijos, un trono inaccesible e intolerables dolores intestinales.
Bel-Tran la abandonó pensativo. Tuy era una mujer lúcida; Silkis, a causa de sus desarreglos mentales, sería incapaz de integrarse en la corte de Egipto.

Pantera soñaba. El viaje por el Nilo, junto al visir y Neferet, le había ofrecido con toda seguridad unos instantes de insólita serenidad, en el corazón de su tumultuosa existencia. Sin confesárselo a Suti, pensaba en una gran mansión rodeada de un jardín, avergonzándose de renunciar, aunque sólo fuera por unas horas, a su sed de conquistas. La presencia de Neferet apaciguaba el fuego que la devoraba desde que tenía que luchar para sobrevivir; Pantera descubría las virtudes de la ternura, de la que siempre había desconfiado como de una enfermedad mortal.
Egipto, aquella tierra detestada, se convertía en puerto de paz.
–Debo hablaros –declaró gravemente al visir, que estaba sentado en la posición del escriba.
Pazair redactaba un decreto sobre la protección, en las provincias, de una especie animal que estaba prohibido matar y consumir.
–Os escucho.
–Vayamos a popa; me gusta contemplar el Nilo.
Acodados en la borda, como dos maravillados viajeros, el visir y la libia dialogaron mientras el agua fluía.
Por los caminos de tierra, en lo alto de las colinas, unos asnos avanzaban con paso regular llevando cargas de cereales; alrededor de los pollinos jugueteaban los niños. En los poblados, a la sombra de las palmeras, las mujeres preparaban cerveza; en los campos, los campesinos concluían la trilla al son de una flauta que tocaba antiguas melodías. Todos aguardaban la crecida.
–Os doy mi oro, visir de Egipto.
–Suti y vos habéis descubierto una mina abandonada; os pertenece.
–Guardad las riquezas para los dioses; harán de ellas mejor uso que los mortales. Pero permitidme vivir aquí y olvidar el pasado.
–Debo deciros la verdad: dentro de un mes, este país cambiará de año. Sufrirá tales trastornos que no podréis reconocerlo.
–Un mes de tranquilidad es mucho.

–Mis amigos serán perseguidos, detenidos, tal vez ejecutados; si me ayudáis, seréis denunciada.
–No cambiaré de opinión. Tomad el oro, evitad la guerra con Asia.
Y regresó al techo de la cabina, adoradora de un sol cuya violencia domeñaba.
Suti tomó su lugar.
–Camino y ya muevo el brazo izquierdo; estoy dolorido, pero es satisfactorio. Tu mujer es una hechicera.
–Pantera no le va a la zaga.
–¡Una verdadera bruja! La prueba es que todavía no he conseguido librarme de ella.
–Ha donado vuestro oro a Egipto para evitar un conflicto con los asiáticos.
–Me veo obligado a aceptarlo.
–Desea ser feliz contigo; creo que Egipto la ha conquistado.
–¡Qué horrible porvenir! ¿Tendré que exterminar un batallón de libios para devolverle el vigor? Olvidémosla; tú eres quien me preocupa.
–Ya conoces la verdad.
–Sólo una parte; pero advierto que estás ahogándote en tu principal defecto: el respeto por los demás.
–Es la ley de Maat.
–¡Tonterías! Estás en guerra, Pazair, y recibes demasiados golpes sin devolverlos. Una semana más y, gracias a Neferet, iniciaré de nuevo la ofensiva. Déjame actuar a mi modo y dificultar el juego del adversario.
–¿No te apartarás del camino de la legalidad?
–Cuando se inician las hostilidades es preciso trazar el propio camino; de lo contrario, se cae en una emboscada: Bel-Tran es un enemigo como los demás.
–No, Suti; dispone de un arma decisiva contra la que ni tú ni yo podemos hacer nada.
–¿Cuál?
–Debo mantener silencio.
–Te queda poco tiempo para actuar.
–Cuando comience la crecida, Ramsés abdicará. Será incapaz de vivir su regeneración.
–Tu actitud resulta absurda; hasta ahora has tenido razones para dudar de los unos y los otros. Pero ahora que has reunido a los seres en quien confías, revélales la naturaleza de esta arma y las verdaderas razones de la incapacidad de Ramsés. Juntos encontraremos una solución.
–Debo consultar al faraón; sólo él puede permitirme acceder a tu petición. Desembarcaréis en Menfis y yo seguiré el viaje hasta Pi-Ramsés .

Neferet depositó lotos, acianos y lirios en el altar de la pequeña capilla abierta a los vivos; así seguía en comunión con el alma de Branir, cuyo cuerpo de luz, destinado a la resurrección de Osiris, descansaba en un sarcófago, en el seno de la madre tierra.
Por una grieta abierta en un muro de la tumba contempló la estatua del maestro asesinado. Estaba de pie, en actitud de marcha, con los ojos levantados al cielo. Las tinieblas le parecieron menos profundas que de

ordinario; sorprendida, sintió que la mirada de Branir se clavaba en ella con desacostumbrada intensidad. No eran ya los ojos de un muerto, sino los de un vivo que regresaba del otro mundo para transmitirle un mensaje, más allá de las palabras y pensamientos humanos.

Conmovida, abandonó toda reflexión para percibir, a través del corazón, la verdad de lo inefable. Y Branir le habló, como antaño, con su voz grave y mesurada. Evocó la luz que alimentaba a los justos, la belleza de los paraísos donde el pensamiento bogaba entre las estrellas.

Cuando calló, la joven supo que había abierto un camino que el visir debía recorrer. La victoria del mal no era ineluctable.

Al salir del inmenso dominio funerario de Saqqara, Neferet se cruzó con Djui. Pálido, de interminables manos y frágiles piernas, se dirigía hacia su taller, donde se encargaba de la momificación.

–Me he encargado de la tumba de Branir, como deseabais.

–Gracias, Djui.

–Parecéis muy conmovida.

–No es nada.

–¿Deseáis un poco de agua?

–No, debo ir al hospital. Hasta pronto.

Con fatigados pasos, Djui caminó bajo el sol implacable en dirección a una casa de minúsculas ventanas; contra las paredes había varios sarcófagos de distintas calidades. El taller estaba en un lugar aislado; a lo lejos se distinguían pirámides y tumbas.

Una pedregosa colina impedía ver palmeras y cultivos en el lindero del desierto.

Djui empujó la puerta, que se abrió chirriando; se puso un delantal de piel de cabra, cubierto de manchas oscuras, y miró con ojos apagados el cadáver que acababan de entregarle. Le habían pagado por una momificación de segunda clase, que exigiría utilizar aceites y ungüentos. Fatigado, el especialista se apoderó de un garfio de hierro, con el que extraería por la nariz el cerebro del difunto.

A sus pies cayó un cuchillo de obsidiana.

–Perdiste este objeto en Coptos.

Lentamente, Djui se dio la vuelta.

En la puerta del taller estaba Kem, el jefe de policía.

–Os equivocáis.

–Con este cuchillo abres el flanco de los cadáveres.

–No soy el único que realiza momificaciones...

–Eres el único que ha viajado mucho desde hace algunos meses.

–Eso no es una falta.

–Cada vez que abandonas tu puesto estás obligado a advertirlo; de lo contrario, tus colegas se quejarían. Pues bien, tus desplazamientos coinciden con los del visir, a quien has intentado, en vano, suprimir varias veces.

–Mi oficio es tan difícil que a menudo necesito tomar el aire.

–En tu profesión se vive apartado y no se abandona el lugar de trabajo. No tienes familia en Tebas.

–La región es hermosa; tengo derecho a recorrerla, como cualquier otro.

–Conoces bien los venenos.

–¿Qué sabéis vos?

–He consultado tu hoja de servicios. Antes de preparar las momificaciones trabajaste como ayudante en el laboratorio del hospital; tu conocimiento del lugar facilitó tus robos.

–No está prohibido cambiar de actividad.

–También manejas perfectamente el bastón arrojadizo; tu primer oficio fue cazador de pájaros.

–¿Es un crimen acaso?

–Todos los indicios coinciden; tú eres el devorador de sombras encargado de asesinar al visir Pazair.

–Os equivocáis.

–Una prueba formal: este cuchillo de obsidiana de elevado precio. En la empuñadura tiene una marca distintiva, la de los encargados de la momificación, y un número que corresponde al taller de Saqqara. No deberías haberlo perdido, Djui, pero no querías separarte de él. Te ha perdido el amor por tu oficio, el amor a la muerte.

–En un tribunal esta prueba será insuficiente.

–Sabes muy bien que no; y la última confirmación está aquí, estoy seguro.

–¿Un registro?

–Es indispensable.

–Me opongo porque soy inocente.

–¿Qué puedes temer?

–Es mi dominio; nadie tiene derecho a violarlo.

–Soy el jefe de policía; antes de abrirme tu sótano, deja el garfio de hierro. No me gusta verte con un arma en la mano.

Djui obedeció.

–Pasa delante.

Djui comenzó a bajar la escalera de desgastados y resbaladizos peldaños. Dos antorchas, permanentemente encendidas, iluminaban un inmenso sótano donde se amontonaban los sarcófagos. Al fondo había una veintena de vasos destinados a recibir el hígado, los pulmones, el estómago y los intestinos de los difuntos.

–Ábrelos.

–Sería un sacrilegio.

–Correré ese riesgo.

El nubio quitó una tapa que representaba la cabeza de un babuino, otra de perro, una tercera de halcón; los recipientes contenían sólo vísceras.

En el cuarto, cuya tapa reproducía la cabeza de un hombre, había un gran lingote de oro. Kem prosiguió sus investigaciones y descubrió tres más.

–El precio de tus crímenes.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, Djui parecía casi indiferente.

–¿Cuánto quieres, Kem?

–¿Cuánto me ofreces?

–Has venido sin tu babuino y sin el visir para poder vender tu silencio; ¿te bastará con la mitad de mis ganancias?

–Tendrás que satisfacer, también, mi curiosidad: ¿quién te ha pagado?

–Bel-Tran y sus cómplices. El visir y tú habéis diezmado la pandilla. Sólo él y su mujer, Silkis, siguen burlándose de vosotros. Es una zorra, puedes creerme. Ella me daba las órdenes cuando querían que suprimiera algún testigo molesto.
–¿Asesinaste tú al sabio Branir?
–Llevo la lista de mis éxitos, para recordarlos cuando sea viejo. Branir no está entre mis víctimas. No hubiera retrocedido, créeme, pero nadie me lo pidió.
–¿Quién es el culpable?
–No tengo la menor idea, y me importa un comino. Tu actuación es buena, Kem; no esperaba menos de ti. Sabía que si me identificabas, no avisarías al visir y vendrías a exigir tu paga.
–Deja en paz a Pazair.
–Será mi único fracaso.., a menos que me eches una mano.
El nubio sopesó los lingotes.
–Son magníficos.
–La vida es corta; hay que saber aprovecharla.
–Has cometido dos errores, Djui.
–Hablemos del porvenir.
–El primero, haberte equivocado al evaluar lo que valgo.
–¿Lo quieres todo?
–Una montaña de oro no bastaría.
–¿Bromeas?
–El segundo, creer que Matón iba a perdonarte que le enviaras un rival decidido a despedazarlo. Tal vez otros sintieran compasión por ti, pero yo soy sólo un negro de escasos sentimientos y él un simio susceptible y rencoroso. Matón es mi amigo, estuvo a punto de morir por tu culpa; cuando clama venganza, estoy obligado a escucharlo. Gracias a él no seguirás devorando sombras.
El babuino apareció al pie de la escalera.
Kem nunca lo había visto tan furioso. Con los ojos enrojecidos, el pelaje erizado y los colmillos al aire, emitió un gruñido que helaba la sangre. No cabía ya duda alguna sobre la culpabilidad de Djui.
El devorador de sombras retrocedió, Matón dio un salto.

CAPÍTULO 42

–Tiéndete –pidió Neferet a Suti.

–El dolor ha desaparecido.

–Debo verificar los canales del corazón y la circulación de la energía.

Neferet tomó el pulso a Suti en distintos lugares mientras consultaba la pequeña clepsidra que llevaba en la muñeca; en su interior había unas graduaciones en forma de puntos que se extendían por doce líneas verticales. Calculó los ritmos internos, los comparó entre sí y advirtió que la voz del corazón era poderosa y regular.

–Si no te hubiera operado yo misma, me costaría creer que has sido víctima recientemente de una herida; la cicatrización es dos veces más rápida que lo normal.

–Mañana dispararé el arco.., si el médico en jefe del reino me autoriza a ello.

–No hagas trabajar demasiado tus músculos; sé paciente.

–Imposible, tendría la impresión de desperdiciar mi vida; ¿no debe ser parecida al vuelo de una rapaz, violento e imprevisible?

–El trato con los enfermos me hace admitir todas las formas de existencia; sin embargo, me veo obligada a ponerte un vendaje que dificultará tu esfuerzo.

–¿Cuándo regresa Pazair?

–Mañana como muy tarde.

–Espero que haya sido convincente; debemos salir de esta pasividad.

–Juzgas mal al visir; desde tu desafortunada marcha a Nubia no ha dejado de luchar contra Bel-Tran y sus aliados.

–Con insuficientes resultados.

–Los ha debilitado.

–¡Pero no eliminado!

–El visir es el primer servidor de la ley que debe hacer respetar.

–Bel-Tran sólo conoce su propia ley; por eso Pazair lucha con desiguales armas. Cuando éramos jóvenes, él evaluaba la situación y yo me lanzaba. Si se ha fijado el blanco, no fallo.

–Tu ayuda le será preciosa.

–Siempre que lo sepa todo, como tú.

–Ya he terminado el vendaje.

Pi-Ramsés estaba menos alegre que de costumbre. Los soldados habían sustituido a los viandantes, algunos carros circulaban por las calles, la marina de guerra ocupaba el puerto.

En los cuarteles, en estado de alerta, los infantes repetían ejercicios de combate. Los arqueros se entrenaban sin cesar, los oficiales superiores verificaban los arreos de sus caballos. Un aroma de guerra flotaba en el ambiente.

La guardia de palacio había sido doblada; la visita de Pazair no provocó entusiasmo alguno, como si la presencia del visir sellara una temida decisión.

El faraón ya no trabajaba en su jardín; acompañado por sus generales, estudiaba un gran mapa de Asia, desplegado en el suelo de la sala del consejo. Los militares se inclinaron ante el visir.

–¿Puedo consultaros, majestad?

Ramsés despidió a los generales.

–Estamos dispuestos a combatir, Pazair; el ejército de Seth ya se ha desplegado a lo largo de la frontera. Nuestros espías confirman que los principados de Asia intentan unirse para movilizar el máximo de soldados; el enfrentamiento será duro. Aunque mis generales me aconsejan atacar, de modo preventivo, prefiero aguardar. Diríase que el porvenir me pertenece!

–Evitaremos el conflicto, majestad.

–¿Por qué milagro?

–El oro de una mina olvidada.

–¿Es una información fiable?

–Una expedición ya se ha puesto en camino, con un mapa elaborado por Suti.

–¿Tendremos la cantidad suficiente?

–Asia estará satisfecha.

–¿Qué desea Suti?

–El desierto.

–¿Hablas en serio?

–Él habla en serio.

–¿Le convendría el cargo de jefe de «los de la vista penetrante»?

–Tal vez aspire sólo a la soledad.

–¿Algún milagro más en el zurrón?

–Suti desea conocer la verdad; me propone que reúna a los pocos que han demostrado su fidelidad y no les oculte las causas de vuestra abdicación.

–Un consejo secreto...

–Un último consejo de guerra.

–¿Qué piensas tú de ello?

–Mi misión es un fracaso, puesto que no he recuperado el testamento de los dioses. Si me autorizáis a ello, movilizaré nuestras últimas fuerzas para debilitar al máximo a Bel-Tran.

La señora Silkis era víctima de su tercera crisis de histeria desde el amanecer. Tres médicos se habían sucedido a su cabecera, sin demasiado éxito; el último le había administrado un narcótico con la esperanza de que un profundo sueño la devolviera a la razón. En cuanto despertó, a media tarde, deliró, alarmando a toda la casa con sus gritos y sus convulsiones; sólo una nueva dosis de narcótico fue eficaz, aunque sus consecuencias fueran temibles: alteración de las facultades del cerebro y degradación de la flora intestinal.

Bel-Tran tomó la decisión que se imponía. Convocó a un escriba y le dictó la lista de los bienes que legaba a sus hijos, reduciendo los de su

mujer al mínimo impuesto por la ley. Pese a lo que solía hacerse, había hecho establecer un contrato de matrimonio muy detallado que le autorizaba a administrar la fortuna de su esposa, en caso de imposibilidad o de notoria incompetencia por parte de Silkis. Incapacidad que fue declarada por los tres terapeutas, generosamente retribuidos. Provisto de aquellos documentos, Bel-Tran sería el único que dispondría de autoridad paterna sobre sus hijos, cuya educación ya no podía asumir Silkis.

La reina madre le había hecho un favor al poner de relieve la verdadera naturaleza de su mujer: un ser inestable, infantil a veces, cruel otras, incapaz de ocupar una función de primer plano.

Tras haberle servido como un hermoso objeto en recepciones y banquetes, ahora se convertía en un obstáculo.

¿Dónde estaría Silkis mejor tratada que en una institución especializada para enfermos mentales? En cuanto estuviera en condiciones de viajar la mandaría al Líbano.

Quedaba por establecer el acta de divorcio, documento indispensable puesto que Silkis seguía residiendo en la mansión familiar. Bel-Tran no podía esperar a que se marchara; libre de ella, estaría ya en condiciones de afrontar la última etapa que lo separaba de la realización de su sueño. Así debía recorrerse el camino del poder, separándose de inútiles compañeros de viaje.

Todo Egipto esperaba la crecida. La tierra estaba resquebrajada, como muerta; abrasada, quemada, desecada por un viento ardiente, se moría de sed, ávida del agua nutricia que pronto treparía por las riberas y rechazaría el desierto. Una sorda fatiga animaba a los hombres y los animales, el polvo cubría los árboles, las últimas parcelas de verdor se apergaminaban agotadas.

Sin embargo, el esfuerzo no cedía; los equipos se sucedían para limpiar canales, reparando pozos y cigoñales, consolidando los diques, amontonando la tierra que había caído y cerrando las grietas. Los niños se encargaban de llenar jarras con frutos secos, principal alimento durante el período en que el agua cubría las campiñas.

Al regreso de Pi-Ramsés , Pazair sintió el sufrimiento y la esperanza de su tierra; tal vez mañana Bel-Tran atacara a la misma agua, reprochándole no estar presente durante todo el año. El régimen que impondría iba a quebrar la alianza del país con los dioses y la naturaleza. Al romper el delicado equilibrio que hasta entonces habían respetado diecinueve dinastías de faraones, el economista dejaría el campo libre a las potencias del mal.

En el muelle del embarcadero principal de Menfis, Kem y el babuino policía aguardaban al visir.

–Djui era el devorador de sombras –reveló el nubio.

–¿Es culpable del asesinato de Branir?

–No, pero era el brazo ejecutor de Bel-Tran. Él asesinó a los veteranos supervivientes y a los cómplices del director de la Doble Casa blanca; fue él quien intentó suprimiros.

–¿Lo has encarcelado?

–Matón no le concedió su perdón. He dictado mi testimonio a un escriba; incluye acusaciones contra Bel-Tran, nombres y fechas. Ahora ya estáis seguro.

Acompañado por Viento del Norte, que llevaba un odre de agua fresca, Suti se acercó a Pazair.

–¿Ha aceptado Ramsés?

–Sí.

–Reúne inmediatamente tu consejo; estoy dispuesto a combatir.

–Antes me gustaría intentar una última gestión.

–Tenemos el tiempo contado.

–Ya han salido mensajeros llevando mis convocaciones; el consejo se reunirá mañana.

–Es tu última oportunidad.

–La última oportunidad de Egipto.

–¿Cuál es esta última gestión?

–No correré riesgo alguno, Suti.

–Permite que te acompañe.

–Aceptad la presencia de Matón –insistió Kem.

–Imposible –repuso el visir–; debo ir solo.

A unos treinta kilómetros al sur de la necrópolis de Saqqara, el paraje de Licht vivía todavía como en tiempos del Imperio Medio, horas de paz y de prosperidad. Allí se levantaban los templos y pirámides dedicados a los faraones Amenemhat I y Sesostris I, poderosos monarcas de la duodécima dinastía que, tras un período de agitaciones, habían hecho feliz Egipto. Desde aquella lejana época, setecientos años antes del reinado de Ramsés II, se respetaba la memoria de los ilustres soberanos. Sacerdotes del ka celebraban ritos cotidianos para que el alma de los reyes difuntos siguiera presente en la tierra e inspirara la acción de sus sucesores.

La pirámide de Sesostris I, situada no lejos de los cultivos, estaba reparándose, a consecuencia del hundimiento de parte de su revestimiento calcáreo blanco, procedente de la cantera de Tura.

El carro de Bel-Tran, conducido por un antiguo oficial, había tomado el camino que flanqueaba el desierto; se detuvo en el umbral de la calzada cubierta que ascendía hacia la pirámide.

Nervioso, el director de la Doble Casa blanca saltó del vehículo y llamó a un sacerdote. Su voz, irritada, pareció incongruente en el silencio que rodeaba el paraje.

Un ritualista de cráneo afeitado salió de una capilla.

–Soy Bel-Tran, el visir me ha citado aquí.

–Seguidme.

El financiero se sentía incómodo. No le gustaban las pirámides, ni los antiguos santuarios donde los arquitectos habían erigido colosales bloques, utilizando sus masas con increíble virtuosismo. Los templos trastornaban los análisis económicos de Bel-Tran; destruirlos sería prioritario para el nuevo régimen.

Mientras algunos hombres, por pocos que fueran, escaparan a la ley universal del beneficio, dificultarían el desarrollo de un país.

El ritualista precedió a Bel-Tran; en las paredes de la estrecha calzada, unos bajorrelieves mostraban al rey haciendo ofrendas a las divinidades. El sacerdote caminaba lentamente y el financiero se vio obligado a refrenar su paso. Maldecía el tiempo perdido y aquella convocatoria en un lugar olvidado.

En lo alto de la calzada había un templo pegado a la pirámide. El ritualista giró a la izquierda, atravesó una pequeña sala con columnas y se detuvo ante una escalera.
–Subid, el visir os aguarda en lo alto de la pirámide.
–¿Por qué arriba?
–Supervisa los trabajos.
–¿Es peligroso el ascenso?
–Los peldaños interiores han quedado al descubierto; si subís despacio, no corréis riesgo alguno.
Bel-Tran no dijo al sacerdote que sufría vértigo; retroceder lo hubiera puesto en ridículo. A regañadientes, comenzó el ascenso hasta el vértice de la pirámide, que culminaba a unos sesenta metros.
Inició la escalada por la arista, ante las miradas de los talladores de piedra que restauraban el revestimiento. Sin apartar los ojos de las piedras, con los pies torpes, llegó hasta la cima, una plataforma desprovista de piramidión. Éste había sido desmontado y entregado a los orfebres para que lo recubrieran de oro fino.
Pazair tendió la mano a Bel-Tran y le ayudó a ponerse de pie.
–Maravilloso paisaje, ¿no es cierto?
Bel-Tran vaciló, cerró los ojos y conservó su equilibrio.
–Desde lo alto de una pirámide, Egipto se desvela –prosiguió el visir–. ¿Habéis advertido la brutal frontera entre los cultivos y el desierto, entre la tierra negra y la tierra roja, entre el dominio de Horus y el de Seth? Y, sin embargo, son indisociables y complementarios. La tierra cultivable manifiesta la eterna danza de las estaciones; el desierto, el fuego de lo inmutable.
–¿Por qué me habéis hecho venir aquí?
–¿Conocéis el nombre de esta pirámide?
–Me importa un bledo.
–Se llama «la observadora de ambos países»; mirándolos crea su unidad. Los antiguos consagraron sus esfuerzos a construir este tipo de monumentos, nosotros erigimos templos y moradas de eternidad porque ninguna armonía es posible sin su presencia.
–No son más que un montón de piedras inútiles.
–Los fundamentos de nuestra sociedad. El más allá inspira nuestro gobierno, la eternidad nuestros actos, pues lo cotidiano no basta para alimentar a los hombres.
–Antañón idealismo.
–Vuestra política arruinará a Egipto, Bel-Tran, y os mancillará.
–Pagaré a las mejores lavanderas.
–No es tan fácil lavar el alma.
–¿Sois sacerdote o primer ministro?
–El visir es sacerdote de Maat; ¿no os ha seducido nunca la diosa de la rectitud?
–Pensándolo bien, detesto a las mujeres. Si no tenéis nada más que decirme, bajaré.
–Cuando nos prestábamos ayuda, creí que erais mi amigo; vos no erais más que un fabricante de papiro y yo un pequeño juez perdido en una gran ciudad. Ni siquiera cuestionaba vuestra sinceridad; me parecía que os animaba una verdadera fe en vuestra tarea al servicio del país. Cuando

pienso en aquel período, no consigo convencerme de que hayáis mentido siempre.

Se levantó un fuerte viento; desequilibrado, Bel-Tran se agarró a Pazair.

–Representasteis una comedia desde nuestro primer encuentro.

–Esperaba convenceros y utilizaros; una decepción, lo confieso. Vuestra tozudez y la estrechez de vuestras miras me han decepcionado mucho. No ha sido muy difícil manipularos.

–Qué importa el pasado; cambiad de vida, Bel-Tran. Poned vuestra competencia al servicio del faraón y del pueblo de Egipto, renunciad a vuestras desmesuradas ambiciones y conoceréis la felicidad de los seres rectos.

–Qué ridículas palabras... Supongo que vos mismo no las creéis.

–¿Por qué arrastrar al pueblo a la desgracia?

–Aunque seáis visir, ignoráis el sabor del poder. Yo lo conozco; este país me corresponde, pues soy capaz de imponerle mi propia regla.

El viento obligaba a los dos hombres a hablar en voz alta, espaciando sus palabras. A lo lejos, las palmeras se doblaban, sus hojas se entremezclaban y gemían como si quisieran romperse. Torbellinos de arena asaltaban la pirámide.

–Olvidad vuestro propio interés, Bel-Tran; os conducirá a la nada.

–Vuestro maestro Branir no se habría sentido orgulloso de vos y de vuestra escasa inteligencia. Al ayudarme me demostrasteis vuestra incompetencia; suplicándome así, vuestra estupidez.

–¿Fuisteis vos su asesino?

–Nunca me ensucio las manos, Pazair.

–No volváis a pronunciar el nombre de Branir.

Bel-Tran leyó su muerte en los ojos de Pazair. Asustado, retrocedió un paso y perdió el equilibrio.

Pazair lo agarró por la muñeca; con el corazón palpitante, el director de la Doble Casa blanca descendió asiéndose a cada piedra. La mirada del visir de Egipto estaba clavada en él, mientras se desencadenaba el viento de la tormenta.

CAPÍTULO 43

Desde finales del mes de mayo, el agua del Nilo era verde; a finales de junio se volvió marrón, cargada de limo y lodo. En los campos, los trabajos se interrumpieron; al finalizar la trilla comenzaba un largo periodo de vacaciones. Quienes desearan completar su peculio trabajarían en las grandes obras, cuando la inundación facilitara el transporte en barco de enormes bloques.

Una preocupación llenaba los espíritus: ¿sería el nivel de las aguas suficiente para abrevar la tierra sedienta y hacerla fecunda? Para provocar el favor de los dioses, campesinos y ciudadanos ofrecían al río pequeñas figuras de terracota o loza que representaban a un hombre gordo, de colgantes pechos y con la cabeza coronada de plantas; representaba a Hapy, el dinamismo de la crecida, formidable poder que reverdecería los cultivos.

Unas tres semanas más tarde, hacia el veinte de julio, Hapy se hincharía hasta invadir las Dos Tierras y hacer que Egipto pareciera un inmenso lago, por donde todos se desplazarían en barco para ir de un pueblo a otro. Dentro de unas tres semanas, Ramsés abdicaría en favor de Bel-Tran.

El visir acariciaba a su perro, provisto de un hueso que había mordisqueado, enterrado y vuelto a sacar de su escondrijo; Bravo sentía también los efectos de aquel período, preñado de miedos e incertidumbres. Pazair se preocupaba por el porvenir de sus fieles compañeros; ¿quién se ocuparía del perro y el asno cuando lo detuvieran y deportaran? Viento del Norte, acostumbrado a su apacible retiro, sería devuelto a los polvorientos senderos para llevar pesadas cargas. Cómplices desde hacía mucho tiempo, sus dos compañeros morirían de pena.

Pazair abrazó a su esposa.

–Debes marcharte, Neferet, sal de Egipto antes de que sea demasiado tarde.

–¿Me propones que te abandone?

–El corazón de Bel-Tran está seco; la avidez y la ambición han acabado con cualquier sentimiento. Ya nada puede conmoverlo.

–¿Lo dudabas?

–Esperaba que la voz de las pirámides despertara en él una olvidada conciencia... Sólo he conseguido reavivar su sed de poder. Salva tu vida, salva las de Bravo y Viento del Norte.

–¿Admitirías, como visir, que la médico en jefe del reino abandonara su puesto cuando una grave enfermedad cae sobre el país? Sea cual sea el fin de la aventura, lo viviremos juntos. Pregúntaselo a Bravo y Viento del Norte; ni el uno ni el otro querrán marcharse.

Cogidos de la mano, Pazair y Neferet contemplaron el jardín en el que Traviesa, la pequeña mona verde, buscaba sin cesar alguna golosina. Tan cerca ya del cataclismo, disfrutaron la perfumada paz de aquel lugar alejado del tumulto; por la mañana se habían bañado en el estanque de recreo, después habían paseado a la sombra.

–Los huéspedes del visir comienzan a llegar.

Kem y Matón saludaron al guardia, caminaron por la avenida flanqueada de tamariscos, se recogieron ante la capilla de los antepasados, se lavaron las manos y los pies en el umbral de la casa, atravesaron la galería y se instalaron en la sala de cuatro pilares, donde se hallaban el visir y su esposa. Al jefe de policía y su teniente los siguieron la reina madre Tuy, el antiguo visir Bagey, el sumo sacerdote de Karnak, Kani, y Suti.

–Con autorización del rey –declaró Pazair– puedo revelaros que la gran pirámide de Keops, donde sólo el faraón está autorizado a entrar, fue violada por Bel-Tran, su esposa y tres cómplices, el transportista Denes, el dentista Qadash y el químico Chechi. Estos últimos han muerto, pero los conjurados consiguieron su objetivo: profanaron el sarcófago, robaron la máscara de oro, el gran collar, el escarabajo de corazón, los amuletos de lapislázuli, la hachuela de hierro celeste y el codo de oro. Algunos de estos tesoros ya han sido recuperados, pero nos falta lo esencial: el testamento de los dioses, contenido en el estuche de cuero que el rey debe mantener en la mano diestra durante la fiesta de regeneración, antes de mostrarlo al pueblo y los sacerdotes. Este documento, transmitido de faraón a faraón, legitima su reinado. ¿Quién podía imaginar que se cometiera semejante robo y semejante profanación? Mi maestro Branir fue asesinado porque molestaba a los sediciosos. Kem y Matón han puesto fin a los manejos criminales de Djui, convertido en devorador de sombras a sueldo de Bel-Tran. Escasos resultados, porque no hemos identificado al asesino de Branir y hemos sido incapaces de devolver al rey el testamento de los dioses. El día de año nuevo, Ramsés se verá obligado a abdicar y ofrecer el trono a Bel-Tran. Éste cerrará los templos, introducirá la circulación de moneda y adoptará la única ley del beneficio.

Un pesado y largo silencio acogió las explicaciones del visir.

Los miembros de su consejo secreto estaban aterrorizados; como temían antiguas predicciones, el cielo caía sobre su cabeza[17]. Suti fue el primero en reaccionar.

–El documento, por precioso que sea, no bastará para convertir a Bel-Tran en un faraón respetado y capaz de reinar.

–Por eso se ha tomado el tiempo necesario para gangrenar la administración y la economía del país, y crear una red de eficaces alianzas.

–¿Y no intentaste desmantelaría?

–Las cabezas del monstruo crecen de nuevo en cuanto se las corta.

---

[17] Según la mitología, el cielo descansaba sobre cuatro grandes pilares. En caso de ruptura de la armonía con los dioses, corría el riesgo de caer sobre los humanos, creadores de disturbios.

–Sois demasiado pesimista –dijo Bagey–; muchos funcionarios no aceptarán las directrices de Bel-Tran.
–La administración egipcia tiene sentido de la jerarquía –objetó Pazair–; obedecerá al faraón.
–Organicemos la resistencia –propuso Suti–. Entre todos controlamos cierto número de sectores. Que el visir coordine las fuerzas de que dispone.
Kani, el sumo sacerdote de Karnak, pidió la palabra. El antiguo jardinero, de arrugado rostro, habló claramente.
–Los templos no aceptarán los cambios económicos que Bel-Tran quiere imponer, pues llevarían a nuestro país a la miseria y la guerra civil. El faraón es, en espíritu, el servidor del templo; si traiciona ese deber primordial, no sería más que un jefe político a quien no se le debería ya obediencia.
–En ese caso –confirmó Bagey–, la jerarquía administrativa quedaría libre de sus compromisos; ha prestado juramento de fidelidad al mediador entre el cielo y la tierra, no a un déspota.
–El servicio de salud dejará de funcionar –precisó Neferet–; estando en relación con los templos, rechazará el nuevo poder.
–Con seres como vosotros –dijo la reina madre con voz conmovida–, la partida no está perdida todavía. Sabed que la corte es hostil a Bel-Tran y que nunca aceptará en su seno a la señora Silkis, cuyas bajezas conocen.
–¡Magnífico! –exclamó Suti–. ¿Habéis conseguido introducir la discordia en esa pareja de criminales?
–Lo ignoro, pero esa mujer-niña, cruel y perversa, tiene la cabeza llena de pájaros. Si no me equivoco, Bel-Tran va a abandonaría o ella lo traicionará. Cuando vino a Pi-Ramsés para asegurarse de mi futura complicidad, parecía muy segura de su éxito; al marcharse, su cerebro había naufragado. Una pregunta, visir Pazair: ¿por qué no están aquí los «amigos únicos» del rey?
–Porque ni Ramsés ni yo hemos identificado a los cómplices, más o menos pasivos, de Bel-Tran. El rey ha decidido ocultar la verdad para proseguir la lucha mientras sea posible, sin poner al adversario al corriente de nuestras iniciativas.
–Les habéis propinado fuertes golpes.
–Pero, lamentablemente, ninguno decisivo. Ni siquiera será fácil la resistencia, pues Bel-Tran se ha infiltrado en el ejército y los transportes.
–La policía os es fiel –afirmó Kem–; y el prestigio de Suti es tan grande entre «los de la vista penetrante» que podrá movilizarlos sin dificultad.
–¿No controla Ramsés las tropas acuarteladas en Pi-Ramsés ? –interrogó Suti.
–Ésa es la razón de su presencia allí.
–El cuerpo de ejército que reside en Tebas me escuchará –dijo Kani.
–Nómbrame general en Menfis –exigió Suti–; sabré hablar con los soldados.
La proposición obtuvo la unanimidad del consejo secreto.
–Queda el transporte marítimo, que está en manos de la Doble Casa blanca –recordó Pazair–; por no hablar de los servicios de riego y de los encargados de los canales, que Bel-Tran intenta corromper desde hace varios meses. Por lo que a los jefes de provincias se refiere, algunos se

han separado de él, pero otros creen aún en sus promesas. Temo conflictos internos que causen numerosas victimas.

–¿Queda otra solución? –preguntó la reina madre–. O abdicamos todos ante Bel-Tran, y el Egipto de la diosa Maat ha muerto, o rechazamos la tiranía y preservamos la esperanza, aunque sea al precio de nuestras vidas.

Ayudado por Bagey, que había vencido las reticencias de una esposa hostil a ese aumento de trabajo, Pazair redactó decretos relativos a la explotación de los dominios después de la crecida y a la puesta en condiciones de estanques de riego fuera de servicio. Elaboró un programa de grandes obras civiles y religiosas, por un período de tres años. Esos documentos demostrarían que el visir pensaba seguir actuando y que ningún trastorno amenazaba el reinado de Ramsés.

La fiesta de regeneración sería grandiosa; unos tras otros, los jefes de provincias, acompañados por las estatuas de las divinidades locales, llegaban a Menfis. Alojados en palacio, con las consideraciones debidas a su rango, hablaron con el visir, cuya autoridad y cortesía apreciaron. En Saqqara, en el interior del recinto de Zóser, los ritualistas preparaban el gran patio donde Ramsés, llevando la doble corona, reuniría en su ser simbólico el norte y el sur; en aquel espacio mágico, el soberano comulgaría con cada potencia divina para recoger su fuerza y ser capaz de gobernar.

El nombramiento de Suti, cuya leyenda se había extendido muy de prisa, había provocado el entusiasmo en los cuarteles de Menfis. El nuevo general reunió inmediatamente a sus tropas, anunciándoles que se había evitado la guerra en Asia y que se les concedía una prima excepcional. La fama del joven jefe alcanzó su apogeo durante el banquete ofrecido a la tropa. ¿Quién, si no Ramsés, garantizaría una paz duradera, que tanto deseaban los soldados egipcios?

La policía sentía cada vez mayor admiración por Kem, cuya indefectible fidelidad al visir era conocida por todos; el nubio no necesitó discursos para mantener la cohesión de sus subordinados en torno a Pazair.

En todos los templos de Egipto, por recomendación del sumo sacerdote Kani, que actuaba de acuerdo con el rey y el visir, se prepararon para lo peor. Sin embargo, los especialistas de la energía sagrada en nada cambiaron el desarrollo de los días y las noches; los ritos del alba, del mediodía y del ocaso se llevaron a cabo con regularidad, como había ocurrido desde la primera dinastía.

La reina madre concedió numerosas audiencias y dialogó con los cortesanos más influyentes, miembros de la alta administración, agregados a la casa real, escribas encargados de la educación de las élites, nobles damas, responsables de la etiqueta. Que Bel-Tran, considerado un agitador, y Silkis, una desequilibrada, desearan pertenecer al círculo íntimo de la monarquía parecía una locura de la que mejor era reírse.

Bel-Tran no se reía.

La vasta ofensiva que Pazair dirigía estaba dando frutos. Comenzaba a tener dificultades para hacerse obedecer por su propia administración y tenía que encolerizarse, cada vez más a menudo, con subordinados negligentes. Los rumores aumentaban; tras la regeneración de Ramsés, el visir nombraría un nuevo director de la Doble Casa blanca, y Bel-Tran, demasiado ambicioso, demasiado impaciente e incapaz de librarse de sus molestas vestiduras de advenedizo, seria devuelto a su explotación de papiro del delta. Algunos transmitían informaciones confidenciales, según las cuales, la reina madre habría denunciado al visir un tráfico con el Libro de los muertos. El ascenso de Bel-Tran había sido rápido; ¿no seria más rápida su caída? A esas dificultades se añadía la prolongada ausencia de la señora Silkis, recluida en su mansión; se afirmaba que sufría una enfermedad incurable que le impedía aparecer en los banquetes que, antaño, tanto le gustaban.

Bel-Tran maldecía, pero preparaba su venganza; fuera cual fuese la oposición, la barrería. Convertirse en faraón era detentar el poder sagrado ante el que se inclinaba el pueblo. La rebelión contra el rey, el crimen más grave que pudiera cometerse, merecía el castigo supremo. Los vacilantes se unirían al nuevo monarca, los partidarios de Pazair lo abandonarían; traidor desde hacía mucho tiempo a su palabra y sus juramentos, Bel-Tran ya no creía en las promesas. Cuando hablaba la fuerza, le respondían la debilidad y la huida.

Pazair tenía el poder de un jefe, pero se había equivocado poniéndolo al servicio de una ley caduca. Hombre del pasado, afecto a valores antañones, incapaz de comprender las exigencias del porvenir, tenía que desaparecer. Puesto que el devorador de sombras no había conseguido suprimirlo, Bel-Tran lo eliminaría a su modo, haciendo que lo condenaran por incuria y alta traición. ¿No se había opuesto el visir a las necesarias reformas y a la transformación del Estado? Tenía que esperar quince días para su triunfo, quince días para que cayera un visir inflexible y obstinado... Bel-Tran, cada vez más nervioso, ya no regresaba a casa. La rápida degradación física de Silkis lo horrorizaba; los papeles del divorcio ya estaban en regla y no quería ver de nuevo a aquella mujer ajada.

El director de la Doble Casa blanca se quedaba en su despacho cuando los funcionarios se marchaban, y pensaba en sus proyectos y en las múltiples decisiones que debería tomar en poco tiempo. Golpearía con fuerza y rapidez.

Cuatro lámparas de aceite, que no producían humo alguno, le ofrecían una satisfactoria iluminación. Insomne, el financiero pasó la noche revisando los elementos de su estrategia económica; aunque en buena parte desmanteladas, sus redes de influencia, que serían apoyadas por los banqueros y comerciantes griegos, impondrían sus opiniones a la población, tanto más fácilmente cuanto su arma fundamental, cuya naturaleza Pazair ignoraría hasta el último momento, fuera utilizada con absoluta eficacia.

Un ruido sobresaltó a Bel-Tran. A horas tan avanzadas, el edificio estaba desierto; intrigado, se levantó.

–¿Quién está ahí?

Sólo le respondió el silencio. Tranquilizado, recordó que la ronda nocturna garantizaba la seguridad de los locales. Se sentó en la posición

del escriba y desenrolló un papiro contable, esbozo del nuevo sistema fiscal.

Un poderoso antebrazo le apretó la garganta. Medio ahogado, Bel-Tran gesticuló intentando liberarse.

–Quédate tranquilo o te hundo un puñal en los lomos.

La voz de su agresor no le era desconocida.

–¿Qué queréis?

–Hacerte una pregunta; si respondes, salvarás la vida.

–¿Quién sois?

–Saberlo no te seria de gran utilidad.

–No cederé a las amenazas.

–No tienes valor suficiente para resistir.

–Sé quien sois... ¡Suti!

–General Suti.

–No me haréis ningún daño.

–Desengañaos.

El visir os condenará!

–Pazair ignora lo que estoy haciendo; torturar a un individuo de tu especie no me molesta. Si éste es el precio de la verdad, estoy dispuesto a pagarlo.

Bel-Tran advirtió que su interlocutor no bromeaba.

–¿Cuál es vuestra pregunta?

–¿Dónde está el testamento de los dioses?

–No lo sé...

–Basta ya, Bel-Tran; no es hora de mentiras

–Soltadme; hablaré.

Suti soltó la presa. Bel-Tran se acarició el cuello y lanzó una mirada al puñal que Suti blandía.

–Aunque me hundierais esta hoja en el vientre, no sabríais nada más.

–Probémoslo.

La hoja hirió la carne de Bel-Tran; la sonrisa del financiero sorprendió a Suti.

–¿Os complace morir?

–Matarme seria estúpido; ignoro el lugar donde se oculta el testamento de los dioses.

–Mientes.

–Utilizad vuestra arma y cometeréis un crimen inútil.

Suti vaciló, pues la seguridad de Bel-Tran lo turbaba. El director de la Doble Casa blanca debería haber temblado de miedo y derrumbarse ante la idea de fracasar, tan cerca ya de su objetivo, por aquella brutal intervención.

–Salid de aquí, general Suti; vuestra acción era inútil.

CAPÍTULO 44

Suti vació una copa de cerveza fresca que no calmó su sed.

–Es increíble –le dijo a Pazair, que había escuchado su relato con la mayor atención–. Increíble.., pero Bel-Tran no mentía, estoy seguro. Ignora el escondrijo del testamento de los dioses.

Neferet sirvió de nuevo a Suti; la pequeña mona verde saltó al hombro del joven general, metió un dedo en la copa, brincó hasta el tronco del sicómoro más cercano y se ocultó entre el follaje.

–Temo que te haya engañado; Bel-Tran es un temible charlatán, maestro en el arte del fingimiento.

–Esta vez decía la verdad, aunque no tenga sentido alguno. Créeme: yo estaba dispuesto a atravesarlo, pero esta revelación me quitó las ganas de hacerlo. Me siento perdido... oriéntanos tú, visir.

El portero de la mansión avisó a Neferet que una mujer insistía en hablar con ella; autorizada a entrar en el jardín, la camarera de Silkis se prosternó ante la médico en jefe del reino.

–Mi dueña está agonizando; os reclama.

Silkis no volvería a ver a sus hijos; al leer el acta de divorcio que le había comunicado un escriba, a espaldas de Bel-Tran, había caído en una crisis histérica que la había dejado sin fuerzas.

A su alrededor, todo era suciedad: pese a la intervención de un médico, la hemorragia intestinal no había podido ser detenida.

Silkis se miró en un espejo y tuvo miedo; ¿quién era aquella bruja de ojos hinchados, rostro deforme y estropeada dentadura? Pisotear el espejo no había abolido el horror; Silkis sentía la degradación de su cuerpo, rápida e ineluctable.

Cuando le fallaron las piernas, la esposa de Bel-Tran fue incapaz de levantarse. En la gran mansión abandonada sólo quedaban el jardinero y la camarera; la levantaron y la pusieron en la cama. Deliraba, aullaba, caía en una letargia y, luego, deliraba de nuevo.

Silkis estaba pudriéndose en su interior.

En un momento de lucidez ordenó a su sirvienta que llamara a Neferet; y ésta había acudido. Hermosa, radiante, apacible, la miraba.

–¿Deseáis que os lleven al hospital?

–Es inútil, voy a morir... No queráis decirme lo contrario.

–Tendría que auscultaros.

–Vuestra experiencia os permite emitir un juicio... Estoy horrible, ¿no es cierto?

Silkis se arañó el rostro con las uñas.

–Os odio, Neferet; os odio porque poseéis lo que me hace soñar y no tendré nunca.

–¿No os ha colmado Bel-Tran?

–Me abandona porque soy fea y estoy enferma... Un divorcio con todas las de la ley. ¡Os odio, a vos y a Pazair!

–¿Somos acaso responsables de vuestra desgracia?

Silkis inclinó la cabeza hacia un lado; un sudor malsano humedecía sus cabellos.

–He estado a punto de ganar, Neferet, a punto de aplastaros, a vos y a vuestro visir. Supe ser la más hipócrita de las mujeres, inspiraros confianza, ganarme vuestra amistad... sólo con la intención de perjudicaros y venceros. Habríais sido mi esclava, obligada a obedecerme sin cesar.

–¿Dónde oculta vuestro marido el testamento de los dioses?

–Lo ignoro.

–Bel-Tran os ha pervertido.

–¡No lo creáis! Estábamos plenamente de acuerdo desde que comenzó la conjura; ni una sola vez me opuse a sus decisiones. El asesinato de los veteranos, los crímenes del devorador de sombras, la eliminación de Pazair... Todo lo quise, lo aprobé y me felicité por ello. Yo daba las órdenes, yo redacté el mensaje que llevó a Pazair a casa de Branir... Pazair en la cárcel, acusado del asesinato de su maestro, ¡qué victoria!

–¿Por qué tanto odio?

–Para dar a Bel-Tran el primer lugar, para que me elevara a su altura. Estaba decidida a mentir, a hacer cualquier trampa y a engañar a todo el mundo para lograrlo. Y ahora me abandona... porque mi cuerpo me ha traicionado.

–¿Os pertenecía la aguja que mató a Branir?

–No maté a Branir. Bel-Tran hace mal en dejarme, pero vos sois la verdadera culpable. Si hubierais aceptado cuidarme, habría conservado a mi marido en vez de pudrirme aquí, sola y abandonada.

–¿Quién asesinó a Branir?

Una maligna sonrisa iluminó aquel rostro deforme.

–Pazair y vos estáis equivocados. Cuando lo comprendáis, será muy tarde, demasiado tarde. Desde los infiernos, donde los demonios abrasarán mi alma, contemplaré vuestra decadencia, hermosa Neferet.

Silkis vomitó; Neferet llamó a la camarera.

–Lavadla y desinfectad la estancia con una fumigación; os enviaré un médico del hospital.

Silkis se incorporó con ojos enloquecidos.

–¡Vuelve, Bel-Tran, vuelve! Los pisotearemos con nuestras sandalias...

Jadeante, con la cabeza echada hacia atrás y los brazos en cruz, cayó inanimada.

Con el mes de julio se afirmaba el reinado de Isis, la soberana de las estrellas, la gran hechicera cuyo seno generoso e inagotable dispensaba cualquier forma de vida. Mujeres y niñas, evocando sus bondades, preparaban sus más hermosos vestidos para la gran fiesta organizada el primer día de la crecida. En la isla de Filae, territorio sagrado de la diosa en el extremo sur de Egipto, las sacerdotisas repetían los fragmentos de música que se tocaban cuando ascendían las aguas.

En Saqqara, los ritualistas ya estaban listos. En cada capilla del patio donde se realizaría la regeneración se había instalado la estatua de una

divinidad. El faraón subiría una escalera y besaría el cuerpo de piedra, animado por una fuerza sobrenatural; ésta penetraría en él y lo rejuvenecería. Moldeado por las potencias divinas, la obra maestra concebida por el Principio y realizada por el templo, el faraón, vinculo entre lo invisible y lo visible, se llenaría de la energía necesaria para el mantenimiento de la unión de las Dos Tierras. Aseguraría así la coherencia de su pueblo y lo conduciría a la plenitud, aquí y en el más allá.

Cuando Ramsés el Grande llegó a Menfis, tres días antes de la fiesta de regeneración, fue recibido por la corte al completo. La reina madre le deseó que superara con éxito la prueba ritual, los dignatarios le aseguraron su confianza. El rey afirmó que la paz con Asia sería duradera y que, después de la fiesta, seguiría reinando con la eterna ley de Maat.

En cuanto la breve ceremonia hubo terminado, Ramsés se encerró con su visir.

–¿Hay algo nuevo?

–Un hecho turbador, majestad: pese a una intervención bastante dura de Suti, Bel-Tran afirma que ignora dónde se encuentra el testamento de los dioses.

–Pura mentira.

–Supongamos que no.

–¿Qué conclusiones sacar de ello?

–Que ni vos ni nadie podríais presentar el testamento a los sacerdotes, a la corte y al pueblo.

Ramsés se turbó.

–¿Lo habrán destruido nuestros enemigos?

–Entre ellos existen graves disensiones; Bel-Tran ha eliminado a sus cómplices y se divorcia de la señora Silkis.

–Si no esta en posesión del documento, ¿cómo piensa actuar?

–Intenté, por última vez, apelar a la chispa de luz que habría podido quedar en su corazón. Fue una gestión inútil.

–No renuncia, pues.

–Silkis, en su delirio, afirmó que estábamos equivocados.

–¿Qué significan estas palabras?

–Lo ignoro, majestad.

–Abdicaré antes de que comience el ritual y depositaré mis cetros y coronas ante la única puerta del recinto sagrado de Saqqara; en vez de una regeneración, los ritualistas celebrarán la coronación de mi enemigo.

–El servicio de las aguas es formal: la crecida comenzará pasado mañana.

–Por última vez, Pazair, el Nilo inundará la tierra de los faraones; el año próximo, cuando vuelva, alimentará a un tirano.

–La resistencia se organiza, majestad; el reinado de Bel-Tran va a resultar muy difícil.

–Sólo el título de faraón impone la obediencia; pronto recuperará el terreno perdido.

–¿Sin el testamento?

–Se burló de Suti. Voy a retirarme al templo de Ptah; nos veremos ante la puerta del recinto de Saqqara. Has sido un buen visir, Pazair; el país no va a olvidarte.

–He fracasado, majestad.
–Desconocíamos el mal; no teníamos medios para combatirlo.

La noticia corrió de sur a norte: la crecida sería perfecta, ni demasiado débil ni demasiado fuerte. Ninguna provincia carecería de agua, ningún pueblo se vería perjudicado. El faraón gozaba del favor de los dioses, puesto que era capaz de alimentar a su pueblo; su regeneración convertiría a Ramsés en el más grande de los reyes, ante el que toda la tierra se prosternaría. Todo el mundo se agitaba en torno a los medidores del Nilo; unas graduaciones trazadas en la tierra permitían evaluar el ritmo de la crecida de las aguas y el dinamismo de Hapy. Por el aumento del caudal del río, por su coloración oscura, se advirtió que el milagro anual estaba a punto de producirse. El júbilo invadió los corazones, la fiesta comenzó antes de hora.

Los miembros del consejo secreto del visir no ocultaron su tristeza. La reina madre acusaba el peso de los años; Bagey, el antiguo visir, estaba cada vez más encorvado; Suti sufría por sus múltiples heridas; Kem mantenía la cabeza gacha, como si le avergonzara su nariz de madera; las arrugas de Kani, el sumo sacerdote de Karnak, se habían hecho más profundas; la dignidad de Pazair estaba preñada de desesperación. Cada uno de ellos, en su terreno, había realizado el máximo esfuerzo, con una sensación de fracaso. ¿Qué quedaría de los compromisos adquiridos cuando el nuevo faraón dictara su ley?

–No os quedéis en Menfis –aconsejó Pazair–. He fletado un barco hacia el sur; desde Elefantina será fácil llegar a Nubia y ocultarse allí.

–No tengo la intención de abandonar a mi hijo –declaró Tuy.

–Silkis está muriéndose, majestad; Bel-Tran os hará responsable de su muerte y será implacable con vos.

–He tomado una decisión, Pazair, me quedo.

–Yo también –indicó Bagey–; a mi edad, ya no temo nada.

–Siento desengañaros; encarnáis una tradición cuya desaparición exige Bel-Tran.

–Se romperá los dientes en mis viejos huesos; tal vez mi presencia junto a Ramsés y la reina madre lo incite a la moderación.

–En nombre de los sumos sacerdotes –declaró Kani–, veré a Bel-Tran tras su entronización y pondré de relieve nuestro sometimiento a las Leyes y virtudes económicas que forjaron la grandeza de Egipto; así sabrá que los templos no concederán su apoyo a un tirano.

–Vuestra existencia estará en peligro.

–No me importa.

–Debo quedarme para protegerte –dijo Suti.

–Yo también –añadió Kem–; estoy a las órdenes del visir y de nadie más.

Conmovido hasta las lágrimas, el visir Pazair clausuró su último consejo evocando a la diosa Maat, cuya regla sobreviviría tras la extinción de la humanidad.

Tras haber relatado a Pazair su última peregrinación a la tumba de Branir, Neferet se había marchado al hospital para operar a un enfermo, víctima de un traumatismo craneal, y dar las últimas consignas a sus

colaboradores. Había afirmado que la comunión con el alma de su maestro no era ilusoria; aunque no lograba traducir el mensaje del más allá, en palabras humanas, estaba convencida de que Branir no los abandonaría.

Sólo ante la capilla de los antepasados, Pazair permitió que su reflexión bogara hacia el pasado. Desde que había asumido la función de visir, no había tenido oportunidad de meditar así, liberado de una realidad sobre la que ya no tenía poder alguno.

Lo mental, aquel mono loco que era preciso mantener encadenado, se había tranquilizado; el pensamiento se liberó, agudo y preciso como el pico de un ibis. El visir recordó los hechos, uno tras otro, desde el instante crucial en que, negándose a avalar el inverosímil traslado del guardián en jefe de la esfinge de Gizeh, había contrariado, sin saberlo, el plan de los conjurados. La encarnizada búsqueda de la verdad había estado sembrada de emboscadas y peligros, pero no se había desalentado. Hoy, a pesar de que había identificado a algunos de los conjurados, entre ellos su jefe, Bel-Tran, y su esposa Silkis, y a pesar de que disponía de algunos elementos del enigma y conocía el objetivo de la maquinación, Pazair se consideraba equivocado. Arrastrado por el torbellino, no había tomado las distancias necesarias.

Bravo levantó la cabeza y gruñó suavemente; el perro percibía una presencia. En el jardín, los pájaros, despiertos, revolotearon. Alguien se deslizó a lo largo del estanque de los lotos y se dirigió hacia el porche. Pazair sujetó al perro por el collar.

¿Un emisario de Bel-Tran encargado de eliminarlo, un segundo devorador de sombras al que Matón no había interceptado? El visir se preparó para la muerte; seria el primero en caer bajo los golpes del nuevo dueño de Egipto, impaciente por eliminar a sus adversarios.

Viento del Norte no se había manifestado; el visir temió que el agresor lo hubiera degollado. Le suplicaría, sin duda inútilmente, que respetara a Bravo.

Apareció a la luz de la luna, con una corta espada en la mano, los desnudos pechos cubiertos de signos extraños y la frente adornada de estrías negras y blancas.

–¡Pantera!

–Debo matar a Bel-Tran.

–Pinturas de guerra...

–Es la costumbre de mi tribu; no escapará a mi magia.

–Mucho me temo que sí, Pantera.

–¿Dónde se oculta?

–En su despacho de la Doble Casa blanca, y bien custodiado; tras la visita de Suti, no quiere correr riesgo alguno. No vayáis, Pantera; seríais detenida u os matarían.

Los labios de la libia hicieron una mueca.

–Todo ha terminado, entonces...

–Convenced a Suti para que abandone Menfis esta misma noche; refugiaos en Nubia, explotad vuestra mina de oro, sed felices. No me sigáis en mi caída.

–Prometí a los demonios de la noche destruir a ese monstruo y cumpliré mi promesa.

–¿Por qué correr semejante riesgo?
–Porque Bel-Tran quiere hacer daño a Neferet; me niego a que destruyan su felicidad.
Pantera corrió por el jardín; Pazair la vio escalar el muro con la agilidad de un felino.
Bravo volvió a dormirse, Pazair reanudó su meditación.
Extraños detalles volvieron a su memoria; para no extraviarse, fue anotándolos en tablillas de arcilla.
A medida que el trabajo avanzaba, otros aspectos de su investigación, olvidados hasta entonces, fueron saliendo a la luz. Pazair agrupó los indicios, comparó conclusiones provisionales y fue siguiendo extrañas pistas, que la razón le había impedido tomar en serio.
Cuando Neferet regresó, al amanecer, Bravo y Traviesa la festejaron; Pazair la tomó entre sus brazos.
–Estás agotada.
–La operación ha sido difícil; y luego he ordenado mis cosas. Mi sucesor podrá proseguir el trabajo sin problemas.
–Ahora, descansa.
–No tengo sueño.
Neferet advirtió la multitud de tablillas colocadas en columnas.
–¿Has trabajado durante toda la noche?
–He sido un estúpido.
–¿Por qué te injurias así?
–Estúpido y ciego, porque me negaba a ver la verdad. Una falta imperdonable para un visir; una falta que habría precipitado Egipto en la desgracia. Tenias razón: se ha producido un acontecimiento, el alma de Branir ha hablado.
–Quieres decir que...
–Sé dónde se encuentra el testamento de los dioses.

CAPÍTULO 45

Cuando la estrella Sothis brilló en el Oriente, compañera del sol al amanecer, se proclamó en todo el país el nacimiento de la crecida. Tras varios días de angustia, de las aguas creadoras surgía el año nuevo; las celebraciones serían excepcionales porque la fiesta estaría acompañada por la regeneración de Ramsés el Grande.

Demonios, miasmas y peligros invisibles habían sido vencidos; gracias a los conjuros de la médico en jefe del reino, Sekhmet la terrorífica no había enviado contra Egipto sus hordas de enfermedades. Todos llenaron recipientes de loza azul con el agua del nuevo año, que llevaba en su seno la luz de los orígenes. Conservarla en una morada aseguraba su prosperidad.

También en palacio cumplieron con la costumbre; un recipiente de plata que contenía el precioso líquido fue depositado a los pies del trono en el que Ramsés el Grande se había sentado con las primeras luces del alba.

El rey no llevaba corona, ni collar, ni brazalete; se había limitado al simple paño blanco del Imperio Antiguo.

Pazair se inclinó ante él.

–El año será feliz, majestad; la crecida es perfecta.

–Y Egipto conocerá la desgracia...

–Espero haber cumplido mi misión.

–No te reprocho nada.

–Ruego a vuestra majestad que revista las insignias del poder.

–Vana petición, visir; ese poder ya no existe.

–Está intacto y seguirá estándolo.

–¿Estás burlándote de mí cuando Bel-Tran va a penetrar en esta sala del trono y apoderarse de Egipto?

–No vendrá.

–¿Has perdido la razón?

–Bel-Tran no es el jefe de los conjurados. Iba a la cabeza de quienes violaron la gran pirámide, pero el instigador de la conjura no participó en aquella expedición. Kem me había sugerido esta hipótesis, al interrogarse sobre el número de los conspiradores, pero mis oídos permanecieron sordos; a medida que descubríamos la magnitud de su plan, Bel-Tran fue imponiéndose como su portavoz, mientras el manipulador permanecía en la sombra. No sólo creo conocer su nombre sino también el escondrijo del testamento de los dioses.

–¿Lo encontraremos a tiempo?

–Estoy convencido de ello.

Ramsés se levantó, se adornó el pecho con el gran collar de oro y las muñecas con los brazaletes de plata, se puso la corona azul, tomó en su mano derecha el cetro de mando y se sentó en el trono.

El chambelán solicitó autorización para intervenir; Bagey solicitaba audiencia. El soberano disimuló su impaciencia.

–¿Te molesta su presencia, visir?

–No, majestad.

El antiguo visir avanzó, con el rostro sombrío y rígido porte, llevando como única joya el símbolo de su antigua función, un corazón de cobre colgando de una cadena que llevaba al cuello.

–Nuestra derrota no se ha consumado todavía –reveló el rey–; Pazair cree que...

Ramsés calló; Bagey no se había inclinado todavía ante él.

–Éste es el hombre del que os he hablado, majestad –dijo Pazair.

El monarca quedó estupefacto.

–¡Tú, Bagey, mi antiguo visir!

–Entregadme el cetro de mando; ya no sois apto para gobernar.

–¿Qué demonio se ha apoderado de tu espíritu? Traicionarme así, tú...

Bagey sonrió.

–Bel-Tran supo convencerme de lo acertado de sus opiniones: el mundo al que aspira, y que moldearemos juntos, me conviene. Mi coronación no sorprenderá a nadie y tranquilizará al país. Cuando el pueblo advierta las transformaciones que Bel-Tran y yo habremos impuesto, será demasiado tarde. Quienes no nos sigan se quedarán por el camino, donde se secarán sus cadáveres.

–Ya no eres el hombre que conocí, el magistrado íntegro e incorruptible, el geómetra preocupado por la verdad...

–Los tiempos cambian, los hombres también.

Pazair intervino.

–Antes de conocer a Bel-Tran os limitabais a servir al faraón y aplicar la ley, con una severidad próxima al rigor excesivo. El financiero os mostró otros horizontes; supo comprar vuestra conciencia, porque estaba en venta.

Bagey permaneció helado.

–Era preciso asegurar el porvenir de vuestros hijos –prosiguió Pazair–; ostensiblemente, demostrabais vuestra poca afición a los bienes materiales, pero os habéis convertido en cómplice de un hombre cuya avidez es el rasgo característico que lo domina. También vos sois ambicioso, puesto que deseáis el poder supremo.

–Basta ya de discursos –interrumpió secamente Bagey. Y tendiendo la mano hacia el faraón añadió: El cetro de mando, majestad, y la corona.

–Debemos comparecer ante los sumos sacerdotes y la corte.

–Lo celebro; renunciaréis al trono en mi favor.

Con mano firme y rápida, Pazair tomó el corazón de cobre, tiró de él, rompió la cadena de la que colgaba y entregó la joya al rey.

–Majestad, abrid este mórbido corazón.

Ramsés rompió el emblema con su cetro. En su interior se hallaba el testamento de los dioses.

Bagey, petrificado, no se había movido.

–¡Cobarde entre los cobardes! –exclamó el rey.

Bagey retrocedió; sus fríos ojos contemplaron a Pazair.

–Sólo esta noche he descubierto la verdad –confesó el visir con voz tranquila–. Como tenía plena confianza en vos, era incapaz de suponer

vuestra alianza con un ser como Bel-Tran, y menos aún vuestro papel de oculto dirigente. Apostasteis por mi credulidad y habéis estado a punto de triunfar. Y, sin embargo, debería haber sospechado de vos desde hace tiempo. ¿Quién podía ordenar el traslado del guardián en jefe de la esfinge, haciendo caer la responsabilidad sobre el general Asher, cuya traición conocía? ¿Quién podía tirar de los hilos de la administración y organizar semejante conjura, salvo el propio visir? ¿Quién podía manipular al antiguo jefe de policía, Mentmosé, tan preocupado por conservar su puesto que ejecutaba las órdenes sin comprenderlas? ¿Quién permitió a Bel-Tran ascender por la jerarquía sin contrarrestar su acción? Si yo mismo no me hubiera convertido en visir, no habría percibido la magnitud de esta función y el campo de acción que implica.

–¿Cediste a las amenazas o a la extorsión de Bel-Tran? –preguntó el faraón.

Bagey permaneció mudo; Pazair respondió en su lugar.

–Bel-Tran le pintó un risueño porvenir, donde por fin ocuparía el primer puesto, y Bagey supo cómo utilizar un personaje tosco, pero conquistador. Bagey se ocultaba en las tinieblas, Bel-Tran se mostraba. Durante toda su existencia, Bagey se ha refugiado tras los reglamentos y la sequedad de la geometría, pues la cobardía habita en su corazón; lo comprobé cuando, en las difíciles circunstancias en que teníamos que afrontar juntos a nuestros enemigos, prefirió huir antes que ayudarme. Bagey desconoce la sensibilidad y el amor a la vida; su rigor era sólo la máscara del fanatismo.

–¿Y te has atrevido a llevar al cuello el corazón del visir, a hacer creer que eras la conciencia del faraón?

La cólera de Ramsés hizo retroceder a Bagey, que seguía mirando a Pazair.

–Bagey y Bel-Tran –prosiguió este último– basaron su estrategia en la mentira. Sus cómplices ignoraban el papel de Bagey e incluso desconfiaban de él. Esta actitud me engañó. Cuando el viejo dentista Qadash se hizo molesto, Bagey dio orden de eliminarlo. Y la misma suerte habrían corrido el transportista Denes y el químico Chechi si la princesa Hattusa no hubiera satisfecho personalmente su venganza. Por lo que a mi desaparición se refiere, tenía que colmar la decepción de ver cómo el puesto de visir se alejaba de Bel-Tran. Tras mi sorprendente nombramiento, esperaba corromperme; despechado, intentó desacreditarme. Cuando se consumó su fracaso, ya sólo le quedaba el crimen.

Ninguna emoción se leía en el rostro de Bagey, indiferente a la lista de sus fechorías.

–Gracias a Bagey, Bel-Tran avanzaba con plena seguridad; ¿quién buscaría el testamento de los dioses en el corazón de cobre, símbolo de la conciencia de los deberes del visir, que el faraón le había autorizado a conservar como reconocimiento a los servicios prestados? Bagey había previsto aquel gesto. Sin dejar nada al azar, tenía así el mejor y el más inaccesible de los escondrijos. Acurrucado en las sombras, nadie lo identificaría antes de que tomara el poder. Hasta el último momento

concentraríamos nuestra atención en Bel-Tran, mientras Bagey, que era miembro de mi consejo secreto, informaba a su cómplice de mis decisiones.

Como si la proximidad del trono le resultara intolerable, Bagey se alejó más de él.

–El único punto donde no me equivoqué –precisó Pazair– fue la relación entre la conjura y el asesinato de Branir. ¿Pero cómo suponer que estuvierais mezclado, poco o mucho, con tan abominable crimen? Fui un visir lamentable, con mis prejuicios, mi ceguera y mi confianza en vuestra autenticidad. También aquí vuestros cálculos resultaron acertados... hasta el amanecer de este espléndido día en el que Ramsés el Grande será regenerado. Branir tenía que ser suprimido; como sumo sacerdote de Karnak, habría ocupado una posición predominante y me habría proporcionado medios de investigación de los que carecía. ¿Y quién sabía que Branir iba a ocupar aquella función? Cinco personas. Tres de ellas estaban fuera de cualquier sospecha: el rey, el predecesor de Branir en Karnak y vos mismo. Los otros dos, en cambio, eran excelentes sospechosos: el médico en jefe del reino, Nebamon, que deseaba eliminarme y casarse con Neferet, y el jefe de policía, Mentmosé, su cómplice, que no vaciló en enviarme a presidio sabiéndome inocente. Durante mucho tiempo creí en la culpabilidad de uno de ellos, antes de convencerme de que no habían atentado contra la vida de mi maestro. El arma del crimen, la aguja de nácar, parecía señalar a una mujer; seguí falsas pistas pensando en la esposa del transportista Denes, en la señora Tapeni y en Silkis. Para clavar aquella aguja en el cuello de la víctima, sin que hiciera el menor gesto para defenderse, era necesario pertenecer al estrecho círculo de sus íntimos, carecer por completo de sensibilidad, ser capaz de matar a un sabio aceptando verse condenado, y demostrar una perfecta precisión en el criminal gesto. Ahora bien, la investigación demostró que las tres damas no eran culpables de la fechoría, al igual que no lo era el predecesor de Branir, que no salió de Karnak y no estaba, por lo tanto, en Menfis el día del crimen.

–¿Olvidáis al devorador de sombras? –preguntó Bagey.

–El interrogatorio de Kem disipó mis dudas; no fue el asesino de Branir. Sólo quedáis vos, Bagey.

El acusado no lo negó.

–Conocíais bien su modesta morada y sus costumbres; con el pretexto de felicitarlo, lo visitasteis a una hora en la que nadie os vería. Hombre de las tinieblas, sabéis pasar inadvertido. Os dio la espalda y hundisteis en su nuca una aguja de nácar que habíais robado a Silkis, durante una de vuestras entrevistas secretas con Bel-Tran. Jamás se cometió, en esta tierra, mayor cobardía. Luego, vuestros éxitos se sucedieron: desaparecido Branir, yo en presidio sin que vuestra responsabilidad se viera comprometida, un jefe de policía incapaz de identificaros, Neferet esclava del médico en jefe Nebamon, Suti reducido a la impotencia, Bel-Tran pronto sería visir y Ramsés obligado a abdicar en vuestro favor. Pero no supisteis evaluar el poder del alma de Branir y olvidasteis la presencia del más allá; aniquilarme no bastaba, era necesario impedir también que Neferet percibiera la verdad. Bel-Tran y vos, que despreciáis a las

mujeres, os equivocasteis desdeñando su acción; sin ella, yo habría fracasado y ahora seríais dueños de Egipto.

–Dejadme salir del país con mi familia –pidió Bagey con voz ronca–; mi mujer y mis hijos no son culpables.

–Serás juzgado –decretó el faraón.

–Os he servido con fidelidad, sin ser recompensado en mi justo valor. Bel-Tran, en cambio, lo advirtió; ¿quién era Branir, quién es ese miserable Pazair comparado conmigo y con mi saber?

–Eres un falso sabio, Bagey, la peor especie de criminal; el monstruo que alimentaste en ti mismo te ha devorado.

Aquel día de fiesta, los despachos de la Doble Casa blanca estaban desiertos. Temiendo una nueva intervención de Suti, Bel-Tran no había prescindido de la guardia, exigiendo incluso que redoblara su atención, El jolgorio le divertía; el pueblo ignoraba todavía que estaba gritando el nombre de un monarca destronado. ¿Quién se extrañaría de que un desacreditado Ramsés cediera el puesto a Bagey, estimado por todos? Confiarían en un viejo visir, sin ambiciones aparentes.

Bel-Tran consultó su reloj de agua; a aquellas horas, Ramsés ya habría abdicado; Bagey se habría instalado en el trono, empuñando el cetro de mando. Un escriba tomaría nota de su primera decisión: destituir a Pazair, encarcelarlo por alta traición y nombrar visir a Bel-Tran. Dentro de algunos minutos, una delegación vendría a buscarlo y lo llevaría a palacio, donde asistiría a la ceremonia de entronización del nuevo monarca.

Bagey se embriagaría muy pronto de un poder que era incapaz de asumir; Bel-Tran sabría halagarlo, tanto como fuera necesario, y actuaría a su guisa. En cuanto el Estado estuviera en sus manos, el financiero se libraría del viejo funcionario si la enfermedad no se encargaba, por él, de esa tarea.

Desde la ventana del primer piso, Bel-Tran vio a Kem a la cabeza de un escuadrón de policías. ¿Por qué seguía el nubio ocupando el cargo? Bagey se había olvidado de sustituirlo. Bel-Tran no cometería ese tipo de errores; se rodearía, rápidamente, de subordinados afectos a su causa.

El porte marcial de Kem intrigó al financiero; el nubio no parecía un vencido, obligado a ejecutar una orden desagradable.

Bagey, sin embargo, le había asegurado que no existía el menor riesgo de fracaso; nadie encontraría el escondrijo del testamento de los dioses.

La guardia de la Doble Casa blanca bajó las armas y dejó pasar a Kem. Bel-Tran sintió pánico; se había producido un incidente. Salió de su despacho y se dirigió hasta el fondo del edificio, donde había una salida de emergencia en caso de incendio.

Bel-Tran corrió el cerrojo y se introdujo en una galería que daba a un jardín. Deslizándose entre amates de flores, flanqueó el muro.

Cuando se disponía a derribar al guarda de la puerta que daba acceso al recinto de la Doble Casa blanca, una masa cayó sobre sus hombros y lo derribó. El rostro de Bel-Tran se hundió en la tierra blanda, acabada de regar por un jardinero; el puño del babuino policía clavó al fugitivo en el suelo.

Ante las miradas de los sumos sacerdotes de Heliópolis, Menfis y Karnak, el faraón, tras haber unido el norte y el sur, entró en el patio de la regeneración. Solo frente a las divinidades, compartió el secreto de su encarnación y, luego, regresó al mundo de los hombres.

Portador de la doble corona, Ramsés estrechó en su mano derecha el estuche de cuero que contenía el testamento de los dioses, legado de faraón en faraón.

Desde la «ventana de aparición» de su palacio de Menfis, el rey mostró a su pueblo el documento que lo convertía en el soberano legítimo.

Unos ibis emprendieron el vuelo desde los cuatro puntos cardinales, encargándose de propalar la noticia; desde Creta a Asia, desde el Líbano a Nubia, vasallos, aliados y enemigos sabrían que el reinado de Ramsés el Grande proseguía.

El decimoquinto día de la crecida, el alborozo era muy grande.

Desde la terraza de su palacio, Ramsés contemplaba la ciudad, iluminada por innumerables lámparas. En las cálidas noches de estío, Egipto sólo pensaba en la alegría y el placer de vivir.

–Qué magnífica visión, Pazair.

–¿Por qué el mal se apoderó de Bagey?

–Porque estaba en él desde su nacimiento; cometí el error de nombrarlo visir, pero los dioses me han permitido repararlo al elegirte. Nadie modifica su naturaleza profunda; nosotros, encargados del destino de un pueblo, herederos de una sabiduría, debemos saber discernirla. Ahora es preciso hacer justicia; en ella y sólo en ella se apoyan la grandeza y la felicidad de un país.

CAPÍTULO 46

–Distingamos la verdad de la mentira –declaró Pazair–; y protejamos a los débiles para salvarlos de los poderosos.

Se abría la audiencia del tribunal del visir.

Tres acusados, Bagey, Bel-Tran y Silkis, tenían que responder de sus crímenes ante Pazair y un jurado compuesto por Kani, sumo sacerdote de Karnak, Kem, jefe de policía, un maestro de obras, una tejedora y una sacerdotisa de Hator. Debido a su estado de salud, la señora Silkis había sido autorizada a permanecer en casa.

El visir leyó la acusación, en la que no se omitía detalle alguno. Cuando Kem había comunicado a Silkis el texto que se refería a ella, la mujer se había encerrado en el mutismo, Bagey no manifestó emoción alguna y se desinteresó de las acusaciones que le formulaban; Bel-Tran protestó, gesticuló, injurió a sus jueces y alegó que había actuado correctamente.

Tras una breve deliberación, el jurado dictó su veredicto, que fue aprobado por Pazair.

–Bagey, Bel-Tran y Silkis, reconocidos culpables de conjura contra la persona del rey, perjurio, asesinato y complicidad con asesinato, traición y rebelión contra Maat, son condenados a muerte, en esta tierra y en el más allá. En adelante, Bagey se llamará «el cobarde»; Bel-Tran, «el ávido», y Silkis, «la hipócrita». Llevarán estos nombres por toda la eternidad. Como son enemigos de la luz, su efigie y su nombre serán dibujados con tinta fresca sobre una hoja de papiro que se atará a una figurilla de cera hecha a su imagen y semejanza, que será atravesada con una lanza, pisoteada y arrojada luego al fuego. De ese modo, cualquier rastro de los tres criminales desaparecerá, tanto de este mundo como del otro.

Cuando Kem llevó a Silkis el veneno para que ella misma ejecutara la sentencia, la camarera le informó de que había muerto poco tiempo después de haber sabido su nombre y el de sus cómplices. La hipócrita había fallecido en una última crisis de histeria; su cadáver fue quemado.

Bel-Tran había sido encarcelado en el cuartel que estaba al mando del general Suti; ocupaba una celda de muros blanqueados, en la que daba vueltas sin cesar, con los ojos clavados en la redoma de veneno que el jefe de policía había depositado en medio de la estancia. El ávido no quería darse muerte, pues eso lo aterrorizaba; cuando la puerta se abrió, pensó en arrojarse sobre el recién llegado, derribarlo y emprender la fuga. Pero la aparición lo dejó inmóvil.

Pantera, con el cuerpo cubierto de pinturas de guerra, lo amenazaba con una corta espada; en su mano izquierda llevaba una bolsa de cuero. La mirada de la joven era terrorífica; Bel-Tran retrocedió hasta apoyarse de espaldas en la pared.

–Siéntate.

Bel-Tran obedeció.
–¡Come y satisface tu avidez!
–¿Veneno?
–No, tu alimento preferido.
Apoyando la hoja en el cuello de Bel-Tran, lo obligó a abrir los labios y vertió en su boca el contenido de la bolsa, monedas griegas de plata.
–¡Sáciate, ávido, sáciate hasta la nada!

El sol estival se reflejaba en las caras de la gran pirámide de Keops, cubiertas de blanco calcáreo de Tura; todo el edificio se transformaba en un poderoso rayo petrificado cuya intensidad no soportaba mirada alguna.
Con las piernas hinchadas, la espalda encorvada, Bagey seguía penosamente a Ramsés; el visir cerraba la marcha. El trío franqueó el umbral del inmenso monumento y avanzó por un corredor ascendente. Jadeante, el asesino de Branir progresaba cada vez con mayor lentitud; subir por la gran galería fue un verdadero suplicio. ¿Cuándo acabaría aquella ascensión?
Tras haberse inclinado, a riesgo de romperse los riñones, penetró en una vasta sala de desnudas paredes, cuyo techo estaba formado por nueve gigantescas losas de granito. Al fondo había un sarcófago vacío.
–He aquí el lugar que tanto deseabas conquistar –dijo Ramsés–; tus cinco cómplices, que lo profanaron, ya han sido castigados; tú, cobarde entre los cobardes, contempla el centro energético del país, descifra el secreto del que querías apropiarte.
Bagey vaciló temiendo una trampa.
–Ve –ordenó el rey–; explora el lugar más inaccesible de Egipto.
Bagey se enardeció. Avanzó junto a la pared, como un ladrón, buscó en vano una inscripción, un escondrijo de objetos preciosos, y llegó al sarcófago, sobre el que se inclinó.
Pero... está vacío!
–¿No lo desvalijaron tus cómplices? Mira mejor.
–Nada... No hay nada.
–Estás ciego, vete pues.
–¿Irme?
–Sal de la pirámide, desaparece.
–¿Me dejáis partir?
El faraón permaneció silencioso. El cobarde penetró en el corredor bajo y estrecho y descendió por la gran galería.
–No he olvidado su condena a muerte, visir Pazair. Para los cobardes, el veneno más violento es la luz de mediodía; la que va a golpearle cuando salga de la pirámide lo aniquilará.
–¿No sois el único autorizado a penetrar en este santuario, majestad?
–Te has convertido en mi corazón, Pazair; ven junto al sarcófago.
Los dos hombres posaron sus manos en la piedra fundamental de Egipto.
–Yo, Ramsés, hijo de la luz, decreto que ningún cuerpo visible repose ya en este sarcófago. De este vacío nace la energía creadora, sin la que un reino sólo seria el mediocre gobierno de los hombres. Mira, visir de

Egipto, mira el más allá de la vida y venera su presencia. No lo olvides al impartir justicia.

Cuando el faraón y su visir salieron de la gran pirámide, los bañó la dulce claridad del poniente; en el interior del gigante de piedra, el tiempo había sido abolido. Hacía largo rato que los guardias se habían llevado el cadáver calcinado del cobarde, fulminado en el umbral del templo de las purificaciones.

Suti se impacientaba; pese a la importancia de la ceremonia, Pantera se retrasaba. Aunque se negó a confesarle por qué había cubierto su cuerpo con pinturas de guerra, estaba convencido de que sólo la libia era lo bastante cruel como para asfixiar al ávido; Kem se había limitado a comprobar la muerte del condenado, cuyo cuerpo sería quemado como el de sus cómplices, pero no había abierto investigación alguna.

La corte entera se había desplazado a Karnak; nadie quería perderse la grandiosa ceremonia con la que Ramsés iba a recompensar a su visir, cuyas alabanzas cantaban las Dos Tierras. En primera fila, junto a Kem, con vestido de gala, estaban Viento del Norte, Bravo y Matón. El asno, el perro y el babuino policía, ascendido al grado de capitán, tenían un aspecto digno.

En cuanto finalizaran los festejos, Suti se marcharía hacia el gran sur, para restaurar la ciudad perdida y poner de nuevo en condiciones la explotación de oro y plata; en pleno desierto, se atracaría de sublimes alboradas.

Por fin llegó, adornada con collares y brazaletes de lapislázuli, forzando la admiración de los más indiferentes; su rubia cabellera, melena de indomable fiera, despertó muchas envidias femeninas. Traviesa, la pequeña mona verde de Neferet, se había instalado en su hombro izquierdo. Pantera lanzó coléricas miradas a algunas hermosas, demasiado atentas a la presencia del general Suti.

Todo el mundo guardó silencio cuando el faraón, llevando un codo de oro, se dirigió hacia Pazair y Neferet, que se hallaban situados en el centro del patio inundado por el sol.

–Vosotros salvasteis Egipto del caos, de la rebelión y la desgracia; recibid este símbolo, que sea vuestro objetivo y vuestro destino. Por él se expresa Maat, el intangible zócalo del que nacen los actos justos. Que la diosa de la verdad nunca abandone vuestros corazones.

El propio faraón consagró la nueva estatua de Branir, que fue depositada en la parte secreta del templo, con la de los demás sabios admitidos en el santuario. El maestro de Pazair y Neferet había sido representado como un escriba anciano, con los ojos clavados en un papiro desenrollado en el que se había escrito una fórmula ritual: «Vosotros que me contemplaréis, saludad mi ka, recitad por mí las palabras de la ofrenda; derramad una libación de agua y lo mismo harán por vosotros.» Los ojos de Branir brillaban de vida: cuarzo en los párpados, cristal de roca para el ojo y la córnea, y obsidiana en la pupila componían una mirada de eternidad.

Cuando la noche de estío parpadeó sobre Karnak, Neferet y Pazair levantaron los ojos. En lo alto de la bóveda celeste había aparecido una nueva estrella; atravesó el espacio y se unió a la polar. En adelante, el alma de Branir, apaciguada, viviría en compañía de los dioses.

A orillas del Nilo se elevó el canto de los antepasados: «Que los corazones sean clementes, habitantes de las Dos Tierras, ha llegado el tiempo de la felicidad, pues la justicia ha recuperado su verdad; la verdad expulsa la mentira, los ávidos son rechazados, quienes transgreden la Regla caen boca abajo, los dioses han sido colmados y vivimos días maravillosos, en la alegría y la luz.»